

J.C. MARWILL

Bazzaqel

Y las armas mágicas



Razdgel

Y las armas mágicas



J.C. MARWILL

Treinta años después de derrotar a una temible reina, quien puso al mundo de los humanos y seres mágicos en tinieblas, nuevos sucesos inesperados están por ocurrir. Un ser siniestro intentará resurgir nuevamente a la reina de la oscuridad.

Para detener su cruel plan, Razzagel y un grupo de jóvenes guerreros buscarán conseguir las poderosas armas mágicas. Con ellas, intentarán vencer, definitivamente, al mal que aspira reaparecer.

En el transcurso de la historia, veremos acontecimientos asombrosos e inexplicables llenos de magia y fantasía. Asimismo, iremos conociendo un sinfín de aventuras de nuestro pequeño héroe, quien irá develando los grandes poderes que encierra. De esta manera, descubriremos si es un mago o, capaz, alguien que mejor que eso.

Para mis queridos padres y abuelos, quienes siempre me contaban historias llenas de magia y fantasía en sus relatos cuando era un niño. Por ellos, llevaré sus iniciales en el transcurso de mis novelas: J.C.

Para Bettie y Brian, quienes aman las historias fantásticas tanto como yo; y para mis mejores amigos, quienes me apoyaron en todo este tiempo desde que inicié con esta aventura: Marlon, Juan, Jeremy, Michael y Gian.

Título original: Razzagel y las armas mágicas

Copyright ©J.C. Marwill, 2019

*Autor: Marlon Moreno Tarazona
Corrector: Piero Alessandro Pino Benites
Portada: Arturo Vergara Salazar
Diseño: Arturo Vergara Salazar*

El Copyright y la Marca Registrada del nombre y del personaje Razzagel, de todos los demás nombres propios y personajes, así como de todos los símbolos y elementos relacionados, son propiedad de J.C. Marwill, 2019

Lima, Perú - 2019

Indice

- [1.Noche de celebración](#)
- [2. Una extraña sombra](#)
- [3. El guerrero misterioso](#)
- [4. Magia de Curación](#)
- [5. La reunión de los reinos](#)
- [6. Despedida antes del amanecer](#)
- [7. Cazadores en el castillo](#)
- [8. Elección y decisión](#)
- [9. Luna mapa](#)
- [10. Un nuevo guerrero nació](#)
- [11. El último integrante](#)
- [12. Duelo en la nieve](#)
- [13. Spidwhée y Gremédith](#)
- [14. Tartanuel, el elfo del bosque Oscuro](#)
- [15. Una visita inesperada](#)
- [16. La posada del viajero sonriente](#)
- [17. El becerro dorado](#)
- [18. El plan de Cragooz](#)
- [19. Odrewill el gigante de fuego](#)

Noche de celebración

Cerca a unas misteriosas montañas heladas, existía un reino llamado Goussendor, rodeado de lugares ocultos y mágicos. Dentro de este, se ubicaba un castillo imponente, el cual se encontraba enfrente de una colina totalmente verde, llena de vida, donde crecían flores muy extrañas, que emanaban un olor increíble. Al igual que algunos animales, una pareja de duendes escogieron vivir cerca de ellas; por ello, construyeron, en los alrededores, una pequeña casa en un árbol gigante de moras. Esta tenía una puerta muy angosta a la vista: era tan pequeña que solo una persona podría entrar a la vez; sin embargo, como los duendes eran unas criaturas mágicas muy ingeniosas y poseían un poder asombroso, crearon varios compartimentos en lugares muy reducidos, a tal punto que se podía observar, en el interior, despensas llenas de abundante comida, y varias habitaciones donde guardaban oro, plata y diversas clases de piedras preciosas. A estos seres les encantaba tener objetos muy relucientes y habitar en lugares secretos. Habían varios de estos, cerca de la colina, que eran utilizados para jugar a las escondidillas: su pasatiempo preferido.

Goussendor, uno de los cinco reinos más importantes de los humanos, contaba con el castillo más grande que pudiera existir. Este se localizaba encima de un gran monte, que le daba la ventaja de tener una vista espléndida de casi todo el reino. Poseía unas grandes escaleras que llevaban a la entrada de la enorme puerta principal. Tenía muchas torres de piedra en forma de punta y otras con un acabado cuadrado. A su vez, una enorme muralla circular resguardaba toda la fortaleza, lugar donde habitaba Ginn Bucks, el rey.

Este era muy alto, un poco viejo, pero con la fuerza y vitalidad de un joven. Tenía una pequeña barbilla muy puntiaguda que le daba a su rostro una forma triangular.

Siempre llevaba una elegante armadura de color esmeralda con algunos diseños de plata en los bordes; también solía usar una capa sencilla con un pequeño broche de oro en medio del pecho y, al costado de la cintura, sujetaba una misteriosa espada de un color muy llamativo, en un grueso cinturón de plata. Se dice que aquella arma podía brillar en las noches más oscuras, sobre todo cuando la luz de la luna no llegaba.

Una de sus aficiones favoritas era presenciar las peleas de enfrentamiento y, en ellas, las técnicas y las destrezas de lucha.

En general, al rey le gustaba vivir en tranquilidad y con mucha alegría; era amante de las historias, los viajes interminables y la buena música. ¡Qué no esperar de él!

Su personalidad era de admirar: era un tipo sencillo y noble que siempre estaba pendiente de las necesidades de su pueblo.

En los días de celebración del reino, donde debería haber una magnífica y hermosa fiesta con un gran banquete, barriles de cervezas, garrafas de vino, buena música y bailes, no había nada parecido. ¿Solían festejarlo? Sí, pero él y su familia solo se reunían con los pobladores en los largos escalones del castillo. ¿Qué sucedía entonces? Todos se sentaban cómodos y emocionados para escuchar al rey narrar sus hermosas y viejas historias (en especial los niños del pueblo).

Al término de cada relato, siempre daba una gran carcajada con la intención de que los demás

sientan el mismo goce. Asimismo, en algunas ocasiones, en el intermedio de sus cuentos, utilizaba su pequeño broche de oro, al cual le daba un giro y..., por arte de magia, desaparecía. Gracias a este asombroso objeto, podía volverse invisible y caminar entre las sombras por unos cuantos segundos. De esta manera, aparecía, sin que los demás lo noten, en diferentes lugares: detrás de un barril, de rocas, de arbustos o, incluso, de cualquier persona. Rápidamente, desaparecía, aunque solo por unos cuantos segundos. Esto le ayudaba a escabullirse y darle más emoción a sus relatos.

Ginn Bucks había contraído matrimonio con una hermosa y muy joven princesa llamada Zwein, hija de Ghelly y Baffer Roncktone, gobernantes de un reino llamado Windflurf. A este, le decían el reino de los grandes vientos, porque en ese lugar solían aparecer grandes ventarrones, sobre todo, la última noche de cada luna llena.

Ginn y Zwein se habían conocido en la última celebración ostentosa y magnánima que el reino de Goussendor había realizado. Aquella noche fue peculiar, ya que llegaron a asistir diferentes reinos de distintos lugares. En ese entonces, todavía Ginn era príncipe y se encontraba con vida su padre: el viejo rey Dolcal Bucks. Fue una festividad de aquellas: no solo por la celebración del reino de Goussendor o por el cumpleaños de Ginn, sino lo más importante fue que el viejo rey le entregó el trono del reino a Ginn, su único hijo y sucesor. Sin embargo, poco después de aquella fiesta, el rey Dolcal murió en una terrible batalla, donde, también, muchas vidas llegaron a perderse.

Treinta años después de aquellos episodios, en una tarde muy especial, nuestra historia comienza. Ginn y Zwein, los actuales gobernantes de Goussendor, tuvieron tres hijos: Ralf, el mayor de los hermanos, el joven más intrépido y sagaz de todo el reino; Jazz, el segundo, fuerte como su padre, muy apuesto, atractivo, amable, con gran habilidad en el uso de diferentes armas; y, por último, el pequeño Razzagel, el menor de todos, el más consentido de su madre y el más querido del reino.

Razzagel solo tenía doce años de edad y era igual de apuesto como sus dos hermanos. Sus ojos eran de color azul oscuro, su cabello era marrón, corto y lacio; tenía un cuerpo muy delgado y una tez clara. Él siempre solía hacer algunas bromas o pequeñas travesuras a los pobladores del reino e, incluso, a los guardias y soldados del castillo. Nadie podía librarse de aquellas ocurrencias.

El pequeño era muy bueno con todos, ya que ayudaba siempre a su familia, a los más necesitados y, también, a los animales heridos que encontraba en el bosque Iris, víctimas de cazadores o de enfrentamientos con otros animales.

Usualmente, iba a jugar en las faldas de la colina, junto al árbol gigante de moras; era, sin duda alguna, su lugar favorito. Razzagel se divertía ahí con su gran amigo, un pequeño ser mágico llamado Cleo, hijo de la pareja de duendes Effio y Kellhy. Este duendecillo era muy diferente a sus padres: tenía una cabellera larga de color rubio, tez clara y pálida, una nariz algo pequeña y unas orejas estiradas, con un poco de curva al final, muy graciosas pero poderosas; ya que, podía escuchar a cientos de metros de distancia pasos que comenzaban a acercarse al castillo. El pequeño duende, junto con sus padres, vivía en el gran árbol de moras.

Cleo y Razzagel jugaron casi toda la tarde. Se encontraban muy cansados por andar correteando por todo el reino; se recostaron en el pasto seco de la colina y comenzaron a formar figuras de animales con las nubes espesas que cruzaban por el majestuoso cielo. De pronto, Cleo escuchó una voz muy conocida que venía desde lo lejos.

—¡Razzagel! ¡Razzagel!

Era Zwein, la madre del pequeño príncipe.

El duendecillo, con un poco de temor y tartamudeando, miró a su amigo y dijo:

—E-e-es momen... momento de marcharme, Razzagel; tu madre llegará en unos cuantos minutos y es mejor que no nos vean juntos porque hemos estado haciendo muchas travesuras y seguro de que hoy sí nos regañará, peor aún, les dirá a mis padres. Mejor me voy. ¡Te veré en la noche!

Después de esas palabras, dio un gran brinco, desde el lugar donde se encontraba recostado, y poco a poco comenzó a desaparecer en el camino.

Zwein caminaba muy desesperada y agitada buscando a su menor hijo. Lo había estado haciendo por todo el castillo y por gran parte del bosque Iris. Se detuvo por unos instantes y pensó en el lugar donde siempre le gustaba ir a su hijo: el viejo árbol de moras ubicado en las faldas de la colina. Al llegar ahí, lo encontró y empezó a refunfuñar con una actitud muy seria.

—¡He estado buscándote casi por todo el reino! Me dijeron que te encontraron con Cleo, haciendo de las tuyas en el lugar del comercio. ¡Esta es la segunda vez donde dos de los nuevos comerciantes se han vuelto a quejar de ti y de tu amigo el duende! ¿Qué es lo que sucede con ustedes?

En aquel lugar del comercio, se encontraban varias tiendas juntas; estas podían verse en todo el camino que serpenteaba antes de llegar al castillo. Cerca de aquellas, también se podía observar el pequeño y vistoso poblado de Goussendor: sencillo, pero muy ordenado, con caminos de piedras y viviendas de concreto, que estaban separadas por callejones muy angostos. El castillo de Goussendor estaba situado a muy corta distancia donde los comerciantes vendían sus productos. Las puertas de este solo abrían un domingo de cada mes, lo llamaban “*Domingo de Feria*”. Durante todo este día, podían apreciarse mercaderes de distintos lugares que llegaban con las verduras más frescas, las carnes y pescados más sabrosos, y las telas y bisuterías más finas de cada reino.

—Razzagel, hijo, tienes que tener demasiado cuidado al tratar con los pobladores, ya que no todos pueden aguantar tus bromas —dijo, con énfasis, Zwein—. Sé que aún eres un niño, pero tienes que aprender a comportarte. Regresemos ahora mismo al castillo que hoy día estamos de fiesta. Después de tres décadas, el reino ha decidido celebrarlo y tienes que vestirme para la ocasión. Vámonos, de inmediato, que tu padre debe de estar esperándonos. Pronto caerá la noche y tenemos que estar todos listos e impecables.

El pequeño, muy desganado, miró con tristeza a su madre.

—No deseo estar en la fiesta. Quiero seguir jugando con Cleo. Además, mis hermanos siempre me molestan, ¡me odian!, porque soy el más débil, creo yo. Así que hoy no me siento bien para estar junto a ellos.

Zwein siempre desprendía dulzura. Jamás podía estar demasiado tiempo enojada con sus hijos y en especial con el último. Ella se enfadaba por un rato, pero luego lo olvidaba y seguía siendo la misma.

La reina, al escuchar la suavidad del tono de voz con la que su hijo le había hablado, se tocó el pecho con las dos manos, lo miró fijamente, se inclinó y desplazó una mano hacia la cabeza del pequeño.

—No tienes de qué preocuparte, hijo, solo son bromas, bromas de hermanos..., pero eso no quiere decir que te odian, ni siquiera intentes pensarlo; ellos siempre se preocupan por ti e, incluso, más que nosotros. Ahora que ya lo sabes, por favor, regresemos al castillo que el tiempo está en nuestra contra. Acuérdate que hoy, también, es el cumpleaños de tu padre.

—¡Es cierto! —exclamó Razzagel—. Se me olvidó por completo.

—Ves, entonces, regresemos al castillo —sugirió Zwein.

—¡Sí!, claro que sí —respondió el pequeño—. ¡Vayamos!

Al caer la noche, en el reino, las dos grandes entradas, que estaban en el medio de la muralla que protegía al castillo, comenzaron a abrirse. Estas se dividían, a su vez, en dos grandes puertas por cada lado -cabe indicar que estas solo podían abrirse desde adentro-.

Después de mucho tiempo, las enormes y fuertes puertas de roble se encontraban abiertas de noche para la gran celebración de Goussendor. Rápidamente, los soldados del castillo se colocaron en dos filas, por lado, para recibir a los invitados extranjeros y pobladores del reino.

—¡Qué magnífica fiesta tendremos! —dijeron algunos soldados.

La celebración que se estaba realizando se encontraba en el patio de armas del castillo, un lugar con demasiado espacio y muy cerca a los largos escalones de la entrada principal. Habían colocado una gran y hermosa tienda con finas sedas decorativas; también se podía observar muchas luces azules alrededor de esta y un pequeño escenario para los músicos.

Al cabo de un rato, los artistas empezaron a entonar cánticos muy hermosos, acompañados de tambores, silbatos, trompetas y flautas que hacían de esa noche, una espectacular.

Se sentía el olor a tabaco; las copas y vasos de bronce estaban llenos de cerveza de moras y vino azul proveniente de las tierras del sur; se veía abundante comida puesta en unas mesas circulares: todo era perfecto.

Los pobladores de Goussendor se encontraban esa noche en el castillo, pero antes de salir de sus casas, habían colocado, en medio de sus puertas, unos recipientes redondos que contenían unas luces muy brillantes, estas eran casi como el brillo vivo de las estrellas. Todo este “ritual” lo realizaban cada año en los días de celebración del reino.

Esa noche, llegaron invitados muy especiales de los diferentes reinos de los humanos. Sin embargo, a pesar de que los seres mágicos estuvieron invitados, no asistieron a la celebración. Desde el sur, arribó el reino de Windflurf; desde el norte, el reino de Berrotolk; desde el este, el reino de Glowmbur, y solo faltaba el último reino de los humanos que quedaba en el oeste y el segundo más importante entre ellos, Khanexu's.

Los hombres más antiguos de Goussendor comenzaban a preguntarse y a murmurar.

—Han llegado los representantes de casi todos los reinos de los humanos; solo faltan los de Khanexu's. ¿Qué habrá sucedido con ellos?

En ese momento, empezaron a recordarlos. Eran fuertes y altos, tenían una barba peculiar, vestían prendas largas de colores rojo y negros muy brillantes. Asimismo, se les vinieron a la mente al gran rey Kan Treu y a su prodigioso hijo, sin dudas, se vislumbraba a este último como el guerrero más fuerte de ese reino.

Sin embargo, después de unos instantes, dicho tema de conversación se desvaneció y siguieron expectantes a la salida del rey, la reina y sus tres hijos.

Todas las personas, que habían llegado a la celebración de Goussendor, empezaron a disfrutar de la fiesta: charlaban, bailaban, bebían y se reían a carcajadas. De pronto, una gran voz se escuchó. Era nada menos que... Ralf, el hijo mayor de Ginn y Zwein. Él tenía el cabello negro muy corto, era alto y de tez blanca, llevaba una elegante armadura muy flexible de color plata con un diseño de dos tigres en el pecho y una capa de color carmín.

Este al bajar los largos escalones del castillo, con una copa en la mano, miró a todos los presentes.

—¡Salud, querido reino de Goussendor! Yo, como futuro rey, les doy la bienvenida. Pueden contar conmigo para cualquier consulta, duda o pregunta. ¡A su servicio!

Terminó su breve presentación e hizo, de inmediato, una fina reverencia.

Los demás reyes de los diferentes reinos, que se encontraban en la fiesta, empezaron a murmurar.

—¡Qué descaró! ¿Llamarse rey a sí mismo? ¡Qué arrogancia la de ese muchacho!

Baffer, rey de Windflurf y padre de Zwein, se sintió tan orgulloso de ver a su nieto bajar por esos largos escalones que, inmediatamente, levantó su copa y empezó a decir en voz alta:

—¡A tu salud, heredero del trono! ¡Nieto mío, venga por aquí!

Por otro lado, en la colina, la pareja de duendes empezó a encender sus luces mágicas; estas eran como fuegos artificiales. Aquellas subían hasta el cielo, en espirales, dejando, a su paso, un hermoso camino de colores azules. Unas explotaban y se esparcían en todo el firmamento como si fuesen estrellas fugaces; otras, al reventar, creaban diversas figuras mágicas.

Al escuchar y ver este acontecimiento, los invitados se quedaron maravillados de aquellas luces mágicas que adornaban el hermoso cielo nocturno.

En esos momentos, otra voz se comenzó a oír en los largos escalones.

—¡Qué hermoso!, ¡qué hermoso! —dijo Jazz, el segundo hijo Bucks.

Este llevaba un imponente atuendo de color verde, unos pantalones marrones, un enorme cinturón de plata que le rodeaba la cintura y unos pendientes en cada oreja; él era el más apuesto en todo el reino y siempre le gustaba alardear de su gran belleza.

—¡Divino! ¡Qué espectáculo! —continuó diciendo Jazz—. Que bellas luces mágicas que hoy adornan este hermoso cielo; jamás pensé en volver a ver algo tan maravilloso.

Los presentes voltearon a ver quién estaba hablando.

Jazz prosiguió.

—Yo, con copa en mano, brindo por los magníficos duendes de las colinas que alegran esta noche tan sublime. Además, brindo por ustedes y les agradezco por venir. ¡Sean todos bienvenidos! ¡Salud!

Mientras Jazz se quedaba observando como las luces mágicas de los duendes recreaban hermosas figuras, las mujeres más jóvenes del reino corrían a verlo, abrazarlo y cogerlo de los brazos. Él era un joven muy, pero muy apuesto, fuerte, de estatura alta, cabello negro largo y de ojos marrones muy penetrantes. De pronto, una hermosa y armoniosa voz empezó a escucharse cerca del escenario donde se encontraban los músicos. Jazz, en ese momento, al oír tan dulce melodía, sintió un gran placer que, de un brinco, se dirigió hasta allá. En este transcurso se preguntaba: «¿Quién será la que canta? ¿De quién será esa hermosa voz?». Al llegar, al fin vio de quién se trataba.

Era una hermosa princesa llamada Diana, hija de Aurora, reina de Glowmbur. La doncella llevaba elegantes prendas, dignas de una princesa, y utilizaba una lira de color dorado con la que tocaba y cantaba para el reino de Goussendor.

Emocionado, el príncipe Jazz se quedó observando su fino y delicado encanto por un buen momento. La espero hasta que ella dejara de tocar y cantar. Luego, se acercó suavemente hacia ella.

—Diana te haces llamar, ¿verdad?

—Sí —respondió ella, con una fina y delicada voz.

—Querida princesa, me he quedado encantado con tus hermosas melodías. Tu linda voz me ha traído hacia ti como cuando una sirena canta y atrae a los hombres hasta las profundidades de sus aguas; era verdad lo que decían de tu belleza: eres realmente excepcional.

—Oh, qué lindas palabras. ¿En serio te gustan mis cantos? —preguntó, con una tenue voz y algo ruborizada.

—¿Si me gustan? —respondió Jazz—. No solo me gustan, ¡me encantan! Tu voz es tan preciosa que me ha atraído hacia ti.

—Eres muy atento conmigo.

—Te mereces la luna y más. ¿Podrías cantar algo para mí?

—Sí... claro que sí, querido príncipe. Hoy es la fiesta de Goussendor y cantaré para ustedes.

De pronto, cuando Diana se proponía a cantar, se abrió la gran puerta negra del castillo. Ginn y Zwein salieron y empezaron a bajar, pausadamente, los largos escalones. Todos los pobladores, soldados y guardias del reino comenzaron a ponerse de rodillas e inclinaron sus cabezas al verlos venir.

—¡No! ¡No! —exclamó Ginn, con una gran voz—. Levántense todos. No tienen que hacer eso. Hace años que no se ha realizado esa irrisoria reverencia hacia nuestras personas. Hoy es una hermosa noche, la fiesta de nuestro reino. Así que les pregunto: ¿tienen que volver a inclinar la cabeza e, incluso, volver a ponerse de rodillas?

—¡Eso no me parece justo!

Todos los pobladores lo miraron sorprendidos, pero a la vez muy contentos por la bondad que expresaba.

—Queridos amigos, hemos pasado por tantas cosas juntos que no me parece adecuado que vuelvan a hacer ese gesto. Nosotros no somos dioses, somos, simplemente, gobernantes que dirigen este reino a un mejor destino. Así que les pido, por favor, que ahora mismo se pongan de pie —expresó, levantando su puño derecho con un tremendo apretón.

Los presentes, después de escuchar ese breve discurso, empezaron a aplaudir, en señal de respeto y agradecimiento.

—Hoy celebraremos las festividades del reino, mi cumpleaños y un año más de estar comprometido con mi maravillosa esposa. Quiero que todos recuerden los grandes agasajos, la diversión, los bailes, la música y las historias que se realizaban acá cuando aún mi padre estaba con vida. ¡Disfrutemos todos de esta gran velada!

Ginn, casi en los últimos peldaños, quiso impresionar, con un gran espectáculo, a todos los presentes; por ello, cogió su pequeño broche de oro, le dio un giro y... desapareció por unos cuantos segundos. Cuando estaba a punto de aparecer, Razzagel se interpuso en su camino e hizo que su padre perdiera el equilibrio. Los pequeños traviesos, Razzagel y Cleo, se encontraban jugando de nuevo y haciendo de las suyas. El rey, al no querer impactar con su hijo, tropezó y cayó al suelo dando una voltereta. Sí que había realizado un gran espectáculo, ya que todos sus invitados, al verlo en el piso, comenzaron a reírse estruendosamente. Al rey Ginn no le quedó otra opción que también reírse de su “gran número artístico”.

—¡Qué humillación! —se dijo a sí mismo—. No puedo creer que me esté pasando esto. No me queda de otra, tengo que seguir riendo.

Zwein, al ver lo que Razzagel había ocasionado, se quedó observándolo con una mirada muy fría. No le gustó que Ginn sea el centro de la diversión o mejor dicho el centro de una burla. Pero no era el momento de estar molesta, así que solo movió la cabeza y dio un gran suspiro.

Razzagel, al ver que su madre intentaba decirle algo, empezó a correr con Cleo en dirección al bosque Iris; este quedaba al lado derecho del castillo en la segunda puerta de la muralla. El pequeño tenía temor que lo regañaran o, peor aún, que lo castigaran. Sabía que esta vez sí iba en serio.

—¡Vamos, Cleo! ¡Corre! ¡Corre! Mi madre nos castigará. ¡Salgamos de aquí!

—¡Espérame! ¡Espérame! —gritó Cleo, corriendo atrás de él.

Kellhy, que en ese momento había llegado, observó que Cleo se dirigía hacia el bosque; tenía la sospecha que su hijo había hecho algo malo. De pronto, desapareció y de un momento a otro... volvió aparecer delante de los dos muchachos.

—Cleo, Razzagel, ¿qué es lo que ustedes dos están tramando?

Los miró fijamente.

—¿Acaso estuvieron haciendo travesuras? ¿A dónde creen que van? Pues se acabó la diversión. ¡Vengan conmigo!

Kellhy los cogió de los brazos y cuando estaba por desaparecer, junto con ellos, Zwein se acercó.

—No te preocupes, Kellhy. Déjalos que vayan donde quieran; de todas formas, se aburrirán en la fiesta, aún son muy jóvenes.

Kellhy había quedado muy sorprendida por la reacción de Zwein; ella creía que Cleo y Razzagel habían hecho algunas travesuras, ya que cuando se juntaban eran una dinamita.

La reina le planteó una idea.

—¿Por qué no vamos a encender algunas luces mágicas?

—Mi señora, me parece perfecto. Solo deme unos segundos y estaré con usted.

La duende miró nuevamente a los pequeños.

—¡Jovencitos! Espero que no estén tramando algo para estropear la noche. A los mayores, nos toca divertirnos, así que ustedes también pueden hacerlo. ¡Vayan y jueguen!

Para Razzagel y Cleo fue lo mejor que habían escuchado esa noche, así que corrieron lo más rápido que pudieron hacia el bosque Iris. Kellhy y Zwein se juntaron y empezaron a platicar.

—Kellhy, estuve viendo, por la ventana de mi habitación, las luces mágicas que ustedes prepararon y me han gustado mucho; no cabe duda que han mejorado sus habilidades.

—Sí, mi reina, desde hace mucho tiempo Effio y yo estuvimos creando las mejores luces mágicas para el día de hoy.

La duende se quedó pensando en la última vez que había platicado con Zwein.

—Mi señora, tiempo que no tenemos una conversación como esta.

—¡Es verdad! No tenemos una conversación así hace años. He estado muy ocupada criando a los hijos. Es una labor muy ardua. Tú me darás la razón, ese pequeño vale por tres.

Kellhy esbozó una sonrisa

—Sí, es verdad. Por cierto, señora, ¿es verdad que desea encender algunas luces mágicas?

—Así es, querida, aunque sea solamente una.

—Entonces, coga mi mano y en unos cuantos segundos estaremos allá.

Mientras ellas se dirigían a la colina a encender algunas luces, Razzagel y Cleo habían llegado al bosque Iris, pero ni bien llegaron a la entrada de este, escucharon un gran quejido, como si alguien estuviese pidiendo ayuda con una voz muy quejumbrosa.

Ellos acudieron deprisa para averiguar de quiénes eran aquellos lamentos. Vieron, a corta distancia, entre unos árboles enormes, a un caballo blanco herido que tenía las dos patas de atrás muy golpeadas, rasgadas.

—¿Un caballo? —se preguntaron muy sorprendidos.

Aquella voz que habían escuchado era como la de una mujer pidiendo ayuda, no la de un caballo. Quizás el viento de la noche les había jugado una mala pasada, pero no le dieron mucha importancia e, igual, fueron corriendo al lugar donde se encontraba aquel animal.

De pronto, Cleo, frunciendo las cejas, empezó a decir algo extraño que llamó la atención de Razzagel.

—¡Esto tiene que ser obra de los murckoos! Tienen que ser ellos. A estos temibles seres, les complace herir de gravedad a los animales para que mueran por sí solos: son muy malvados y despiadados; tienen una fuerza espantosa, incluso, podrían asesinar hasta cinco hombres de un solo golpe. Lo que no entiendo es cómo han llegado hasta acá. Ellos no pueden entrar a este ni a ningún otro reino. Quizá solo sean falsas suposiciones las que estoy haciendo. Probablemente, lo que sucedió, en verdad, es que un animal enorme ha intentado cazarlo. Sí, sí, seguramente eso pasó. No han sido los murckoos.

—¿Murckoos? —preguntó Razzagel muy sorprendido.

El pequeño príncipe se sentía muy confundido; no entendía lo que decía Cleo. «¡Seguro habla disparates!», se dijo a sí mismo.

No obstante, le llamó tanto la atención que le preguntó en un tono burlón.

—¿Qué son murckoos? ¿Existen? —soltó algunas risitas.

Para Cleo, ese tema no tenía nada de gracia, debido a ello ni se rió ni movió los ojos. Solo camino hacia el caballo, se inclinó, tocó la herida y empezó a relatar lo que sentía.

—Aunque al inicio quería negarlo, es evidente: esto ha sido obra de los murckoos. No hay otro ser que realice rasguños tan feroces como estos.

Se quedó pensativo por unos instantes y, de pronto, volvió a decir.

—Lo que no logro entender es cómo han podido entrar al reino.

—Pero, ¿quiénes son esos seres? —preguntó, intrigado, Razzagel—, ¿por qué han atacado a este caballo? Este y los de su tipo son muy respetados en todos los reinos; los mismos animales, como las ardillas y los pequeños conejos, les dan de comer; incluso, algunas bestias feroces se controlan frente a ellos.

—Te lo contaré ahora mismo —respondió el duende—. Ellos alguna vez fueron guerreros oscuros, mejor dicho, humanos dominados por el mal. Llevaban armaduras de color plata tan brillantes que casi no se podía distinguir sus rostros. Tenían espadas negras, vestían capas rojas y tenían diferentes habilidades, incluso, algunos, podían usar magia muy oscura. Ellos venían de un reino diferente al que nosotros conocemos. En realidad, pocos saben de ellos, por eso casi nadie menciona sus nombres. Son de un reino lleno de oscuridad y maldad.

Aquellos guerreros hacían muchas maldades por cada lugar al que iban hasta que un mago muy poderoso apareció y los encerró en el cuerpo de unos animales que estaban cerca de ellos; sin embargo, se llegaron a convertir en unas fieras enormes. Estas poseían colmillos y garras muy afiladas, orejas puntiagudas, piel gris tan dura como el acero y cola con muchas púas negras y blancas como las de un gran puercoespín.

Luego de eso, el mago los desterró de todos los reinos y creó cinco torres de piedras. Posteriormente, colocó un sello de magia en estas para proteger a todas las tierras; de esta manera, los murckoos u otros seres malignos, no volverían a ingresar jamás.

Lo que me extraña es cómo han vuelto a entrar. La primera torre que fue creada protege a las tierras del centro, incluyendo al reino de Goussendor, con una barrera de magia muy poderosa. Esta se encuentra al final del camino de este bosque, en un lugar estratégico que cuida desde la

montaña Helada hasta la colina: es muy poderosa. Si algún ser oscuro la llegara a tocar, moriría de inmediato. Por ello, al inicio me costaba creer que los murckoos hayan hecho ese daño; sin embargo, al parecer, sí fueron ellos.

Razzagel se quedó atónito al escuchar todo esto. No podía creerlo, tenía que saber más.

—¡Oh! —exclamó Razzagel. ¿Es verdad lo que dices?

—Yo nunca miento. ¿Por qué dudas de mí?

—No es eso, solo que recién me lo estás contando. Es una sorprendente historia.

—¡No es una historia! —chilló, con un pequeño quejido—. ¡Todo lo que te he dicho es cierto! «O eso es lo que me contaron mis padres», pensó.

—Bien, yo te creo.

De pronto, el caballo relinchó de dolor, emitiendo un gran sonido de desesperación. No podía mover las patas de atrás y solo esperaba el último suspiro. El animal no podía hacer nada, sabía que pronto moriría.

—¿Razzagel, qué haremos ahora? —preguntó muy desesperado Cleo—. Si lo llevamos hasta el castillo, no resistirá, ya que sus heridas son muy graves.

—No te preocupes, mi madre me enseñó una magia o algo parecido. Yo puedo curarlo. Solo observa con atención y jamás digas de esto a nadie.

—¿Lo puedes curar?

—Sí, espera y verás, solo dame un poco de espacio.

De pronto, Razzagel puso una mano en su frente y la otra en las patas del caballo donde tenía la herida y dijo unas pequeñas palabras: “*Donnsonna, Donnsonna, Donnsonna*”. Luego, una extraña luz dorada brotó de la mano de Razzagel y las heridas empezaron a cicatrizar.

—¿Qué extraña magia? —dijo Cleo con asombro.

El caballo relinchó y, de un gran brinco, se levantó, corrió despavorido y se adentró en el bosque Iris, pues tenía miedo que lo volvieran atacar.

Razzagel estaba muy contento al ver al caballo recuperado, por ello alzó su mano derecha y la movió de lado a lado.

—¡Adiós, caballo! —gritó—. ¡Visítame pronto!

Cleo había quedado muy sorprendido al ver que su amigo tenía ese poder mágico oculto y empezó a interrogarlo.

—¿Tu madre te pudo enseñar todo eso?, ¿puedes curar a todos los seres vivos?, ¿puedes enseñarme?

—¡Sí! —dijo—. Yo puedo enseñarte, pero no sé si puedo curar a todos los seres vivos. Por ejemplo, no puedo hacerlo con humanos ni con seres mágicos o eso creo. En realidad, hasta ahora nunca lo he intentado. Solo recuerdo que una vez, cuando me tropecé cerca del lago y me dañé la rodilla izquierda, intenté curarme, pero no pude. Creo que, para nosotros los humanos, no sirve esta magia. Mi madre solo me enseñó cómo hacerlo con un pequeño gorrión que se estrelló en mi ventana y quedó muy herido, incluso, con el ala rota; entonces, desde ese momento, comencé a practicar y practicar hasta que, en una noche, pude curar a una ardilla que se había caído del árbol donde este vivía. Hasta el día de hoy, solo lo he intentado con animales.

Los ojos de Cleo saltaron de emoción al escuchar a Razzagel.

—¡Eres genial, amigo mío!

—Gracias, Cleo. Solo no se lo cuentes a nadie en el castillo, incluso, ni a tus padres.

—No te preocupes. ¡Yo soy una tumba!

—Eso espero. Ahora quiero que me cuentes un poco más de ese tal mago y de esos murckoos; tengo curiosidad por saber todo acerca de ellos.

—¡Mmm! ¡De acuerdo! Aquel mago vive dentro del castillo. Su nombre es Monderhen. Mis padres solo me contaron algunas historias sobre él. Me dijeron que estuvieron en el momento que lanzó un hechizo y convirtió a esos guerreros oscuros en terribles monstruos, llamados murckoos. Sin embargo, jamás los he llegado a ver.

—¿Y cómo puedes saber que fueron esos murckoos quienes dañaron al caballo? Quizás haya sido otro animal. Por ejemplo, el oso panda de las montañas heladas que bajó a buscar comida y en un enfrentamiento, clavó sus filudas garras. Además, recuerda que los pandas son los únicos animales que siempre enfrentan a los caballos, ya que ellos son muy celosos.

—Mmm... no creo que haya sido alguno de los osos —dijo Cleo, en un tono reflexivo—. Aunque no sé bien cómo, creo que han sido los murckoos. Hay rumores que, desde hace un tiempo, se esconden por estos lares unos seres terroríficos y que solo salen de noche, por ello es que casi nadie los ha visto.

—Ya veo —contestó Razzagel—. Entonces es muy probable que ellos hayan sido.

—Así es, amigo. Mi padre me mostró cómo eran y qué hacían esos murckoos por medio de unas imágenes de sombra que él había recreado. Parecían tan reales por todos los movimientos que hacían pero, aparentemente, solo era una ilusión. En esas imágenes, vi cómo atacaban a otros animales y los dejaban en un estado deplorable. Igual como dejaron a aquel caballo.

Razzagel tenía un rostro de emoción y confusión a la vez.

—¿Imágenes? No logro entenderte.

—Sí, imágenes con movimiento. Me las enseñó en una pequeña fogata que hicimos en nuestro jardín subterráneo. En ese momento, me quedé muy sorprendido. Solo lo hizo una sola vez, pero, para mí, fue increíble. Me gustaría aprender los hechizos que él realiza. Si hubieses visto, amigo mío, cómo se movían sus manos y cómo con las sombras se formaban esas inimaginables imágenes que empezaban a moverse. Espero ser como él algún día.

El pequeño príncipe lucía, sin dudas, muy entusiasmado. Sus ojos brillaban como la luna.

—Mmm... ¡Sensacional! no sabía que tu padre podría realizar ese tipo de cosas. Esas imágenes de sombra deben de ser tan maravillosas como sus luces mágicas. Cómo me hubiese gustado presenciar eso. En su momento, le pediré que a mí también me las muestre. Por ahora solo sígueme contado. ¡Es emocionante!

—Claro, amigo. Bueno, también sé que esos murckoos solo dañan a los animales, mas no llegan a matarlos ni a comérselos, porque también, en parte, son animales. Con todo lo que estoy recordando, estoy seguro de que fue un murckoo quien hizo ese daño —indicó Cleo.

—Ya comprendo. Sí que son seres espantosos —añadió Razzagel.

—¡Sí! Por ello, el mago no tuvo otra opción que utilizar un hechizo de traslado de cuerpos. Con tal magia, pensó dominarlos; no obstante, no acabó como él pensó. Es por eso que las torres de piedra fueron creadas por él para protegernos de esos monstruos y de otros seres oscuros si llegasen a aparecer; aunque, también cuidan algo más, pero, la verdad, no sé qué es, pues mi padre no quiso darme más detalles.

Por otro lado, acerca del mago, creo que ayer alcancé a verlo en uno de los salones del gran castillo. Tenía una túnica muy larga y andaba muy preocupado, agarrándose la cabeza, caminando

de un lado a otro como pensando en algo muy importante. Yo no lo conozco en persona, pero sé que vive allí, alejado de todos. Mis padres me prohibieron ir donde él, incluso, hablar sobre él. No debería haberte contado nada, pero sé que también guardarás este secreto.

En el transcurso que el duende relataba todo acerca de estos seres, Razzagel se había quedado muy pensativo. El pequeño príncipe no sabía nada al respecto de los murckoos, de las torres de piedra, del mago y muchos menos de la barrera protectora que existía en Goussendor. Producto de la impresión, se quedó mirando al horizonte por algunos cuantos segundos. Pensaba y se preguntaba por qué sus padres no le habían contado todo ello. Cleo se dio cuenta que su amigo se había quedado como una estatua pensante, así que dio un pequeño grito para despertarlo del letargo...

—¡Razzagel! ¿Guardarás el secreto, cierto?

—¿Qué dices? —preguntó, sorprendido

—El secreto de todo lo que te he contado —dijo Cleo—. ¿Lo guardarás verdad?

—¡Sí!, ¡claro que sí! Yo guardaré este secreto como tú, el mío. Pero, solo quiero que me respondas una cosa más y seas sincero —indicó el pequeño príncipe.

—Claro, mi amigo.

Razzagel miró a Cleo con mucha curiosidad y dijo:

—¿Jamás has visto al mago en persona?

—No, ni siquiera en esas imágenes de sombra. Todo lo concerniente a lo del mago solo lo narró; no quiso mostrármelo. Pero sí sé que él vive dentro del castillo y que jamás sale de allí. Es por eso que pienso que, quien estuvo en el último salón del castillo ayer, era él. Se movía de un lado a otro tocándose la cabeza. Realmente se veía muy consternado.

—¿Estás seguro que vive adentro del castillo?

—¡Sí! Él vive allí desde hace mucho tiempo. Mi padre Effio a veces le lleva tabaco de nuestros cultivos y se quedan horas y horas conversando. Creo que son muy buenos amigos.

—¡Me imagino! En cambio, yo ni siquiera sabía que los magos existían en estos tiempos. Pensaba que eran solo viejas historias. Lo que me causa mucha curiosidad es por qué mis padres no me habían contado nada al respecto. Es muy extraño.

—Es que casi nadie sabe de eso —explicó Cleo—. Mi padre me lo contó, porque un día escuché hablar a mi madre sobre los murckoos. A partir de ello, día y noche, les estuve preguntando qué eran. Por ello, me contaron la historia completa, y me hicieron prometer que no diría nada.

El ambiente de misterio y curiosidad invadió a los pequeños. Razzagel miró con una sonrisa pícaro a su amigo. Indudablemente, una gran idea se le había ocurrido.

—Cleo, ¿te parece si regresamos al castillo y buscamos a ese tal mago? Ahora, que todos se encuentran en la fiesta, seguro que pasaremos desapercibidos. Yo quiero ver al mago del que tanto hablas; supongo que debe hacer todo tipo de hechizos y nos podría contar él mismo sus grandes hazañas.

Los ojos de Razzagel volvieron a brillar de emoción. Siempre soñó con conocer a un verdadero mago, ya que solo sabía de ellos por los cuentos antiguos o por algunos libros que los describían; en cambio, esta vez iba a ver en persona a uno. Es más, este vivía dentro de su castillo. ¡Qué más podía pedir!

Cleo se emocionó mucho por aquella idea. Antes de partir, hizo que Razzagel prometa no decir ni una sola palabra sobre todo lo que le había contado, porque si no sus padres se disgustarían con

él. De esta manera, ambos pactaron no hablar de lo platicado.

—¡Ahora si, vamo! —exclamó Razzagel.

—¡Está bien, amigo mío, dame tu mano y estaremos allá en un instante!

En ese momento, el pequeño príncipe cogió la mano del duende y desaparecieron del bosque. No obstante, después de unos segundos, aparecieron en el mismo lugar. Lo intentaron una y otra vez hasta que Cleo agotó todo su poder mágico.

Razzagel miró a su amigo muy cansado.

—¿Qué es lo que sucede?

—No lo sé, no puedo ir hasta allá, por más que lo intento hay algo que me detiene y me regresa a este mismo lugar. Quizás se encuentra muy lejos. Nosotros los duendes podemos trasladarnos solo a pequeñas distancias con nuestro poder mágico. No nos queda otra opción que ir caminando.

—¡Entonces, no perdamos mas el tiempo! ¡Vayamos!

Mientras tanto, en la fiesta, que se encontraba apunto de culminar, se empezó a escuchar una canción muy alegre, de esas que le gustaban al viejo Dolcal, abuelo de Razzagel. El rey Ginn se sintió con tanta dicha y añoranza que empezó a cantar.

*Goussendor abre sus puertas en esta noche especial,
tambores, flautas y trompetas sonarán,
y, en el cielo, tú verás, que mil estrellas brillarán,
¡Nuestros duendes tan famosos nos alegrarán!
En el reino, las princesas con sus cantos te harán bailar,
y todos en el reino se alegrarán,
bailando, bailando, bailando tú estarás.
Goussendor, en la colina, con muchas flores te recibirá,
y un árbol de moras tan gigante encontrarás,
y, desde allí, a lo lejos, tú verás
una montaña helada que el sol la hará brillar.
Esto es ¡Goussendor! ¡Goussendor! ¡Goussendor!
Goussendor... ¡Ja, ja, ja!*

—¡Feliz noche de celebración! —gritó Ginn, con las dos manos extendidas.

En ese momento, cuando todos se encontraban en el castillo bailando, bebiendo y compartiendo el gran banquete, entre charlas y risas, una gran sombra cubrió todo el majestuoso cielo y apagó con un fuerte viento todas las luces del castillo hasta quedar en completa oscuridad. Empezó a escucharse un chillido muy perturbador, tan fuerte que hizo que algunos salgan corriendo del castillo muy asustados, mientras que otros miraban el firmamento atónitos; los músicos dejaron de tocar y todos empezaron a moverse de un lado a otro.

—¡Corran! ¡Escóndanse! —comenzaron a gritar.

Cuando al fin terminó de cruzar esa enorme sombra, las luces y las grandes antorchas volvieron a encenderse.

Ginn junto a los demás reyes se quedaron observando el cielo nocturno con rostros llenos de intranquilidad.

Una extraña sombra

Jazz y Diana no pudieron soportar aquel chillido perturbador. Conmocionados, corrieron lo más rápido posible hacia donde se encontraba Ginn.

—¿Qué es lo que está ocurriendo? ¿Por qué, de pronto, se apagaron todas las luces y volvieron a encenderse? —preguntó Jazz desesperado.

—No lo sé, hijo mío, pero en este momento tenemos que mantener la calma —respondió Ginn—. Ve a decirles a los guardias que aumenten la seguridad y que vayan a investigar rincón por rincón la causa de esto.

—Sí. Claro. Eso mismo haré —resopló Jazz.

El joven príncipe fue de prisa a avisar a los guardias del castillo.

«¿Quién habrá emitido aquel chillido?, ¿qué cosa habrá sido?», se preguntaba mientras corría.

En el patio del castillo, Ginn no pudo soportar a aquella muchedumbre que daba alaridos. Refunfuñó y luego dio un gran grito.

—¡SILENCIO!

Lanzó una mirada petrificante a todos.

—¿Cuál es el temor?

—¡Todo vuelve a repetirse! ¡Nada es seguro! ¡Nada es seguro! —dijeron algunos pobladores.

—Nada de eso sucederá. Ahora necesito que todos regresen a sus casas. ¡Yo me encargaré de resolver esto!

El rey, con aquellas palabras, trató de calmar a los que aún se encontraban en el patio de armas atemorizados por aquel suceso.

En esos momentos de tensión, Zwein y Kellhy regresaron al castillo. Vieron, en el patio, todas las mesas desordenadas, la comida en el piso, los barriles de cervezas destrozados, los instrumentos esparcidos por el suelo, y a la mayoría de los pobladores corriendo, desesperados, hacia sus casas.

—¿Qué es lo que ha pasado aquí? —preguntó Zwein, muy preocupada.

—No creo que sea el momento de darte una respuesta porque aún no lo sé —respondió Ginn, con demasiada inquietud—. Necesito que vayas adentro, al salón principal, y asegures que los demás se tranquilicen. Nuestros invitados y algunos pobladores deben de estar muy asustados, ya que salieron huyendo de aquí. Hablaremos con todos ni bien investigue un poco.

—Pero...

—¡Está bien! Sí, mi señor —dijo Kellhy, interrumpiendo a Zwein.

Kellhy miró de reojo a Zwein.

—Señora Zwein, mejor hagamos lo que dice el rey —murmuró—. Algo malo debe estar ocurriendo. Adentro mejor lo averiguamos.

Ambas fueron en dirección al salón principal.

El salón principal se encontraba en el primer piso, a unos metros de la gran puerta negra del castillo. Aquel lugar era enorme. En este, solían realizarse, años atrás, las grandes celebraciones del reino. Tenía una gran pista de baile, muchos cuadros de hermosos paisajes, de grandes guerreros y de algunos personajes desconocidos.

En la pared del centro, había un gran retrato del padre de Ginn. Junto a él, se encontraba el escudo de Goussendor, que tenía como imagen a un gran zorro blanco de nueve colas.

En el trayecto, entablaron una pequeña conversación.

—No puedo creer lo que ha ocurrido aquí, o lo que está por venir. No quiero ni pensarlo —dijo Zwein—. Tú crees que...

—Mi señora —intervino Kellhy—, no piense nada malo; seguro que un pequeño incidente ocurrió.

El rostro de Kellhy lucía con cierta angustia. Al percatarse de esto, Zwein se dirigió a ella.

—¿Hay algo más, cierto? Dímelo por favor.

A la duende no le quedó más remedio que contar lo que había llegado a oír.

—Bueno... Sí, sí lo hay. Creo que llegué a percibir un pequeño sonido, aunque no sé cómo explicárselo.

El rostro de Zwein lucía muy angustiado.

—¿De qué se trataba?

—Era como... un chillido, muy diferente al que emiten los animales. Como había demasiado ruido, no pude identificar quién lo hacía. Quizás mis viejos oídos ya no funcionan como antes.

—No te preocupes. ¡Lo averiguaremos adentro!

Por otro lado, después de unos minutos, Razzagel y Cleo llegaron al castillo. Sin embargo, se dieron con la sorpresa que el patio, donde se estaba realizando la fiesta, se encontraba casi vacío. Pensaron que todo ya había terminado y que su plan para buscar al mago iba ser imposible.

El pequeño príncipe solo vio que su padre, su hermano mayor y algunos reyes tenían una misteriosa conversación. Entre los murmullos, se podía oír los quejidos de Ginn y de su abuelo Baffer.

En esos instantes, Ralf se dio cuenta que su pequeño hermano y Cleo seguían en el patio.

Él era una persona muy firme y respetaba, estrictamente, las reglas e instrucciones. Verlos ahí solos no le agrado, así que fue por ellos.

—¿Qué es lo que están haciendo acá? Vayan adentro y ayuden en lo que puedan, dejen de estar jugando que no estamos para eso ahora.

—¿Ralf, qué es lo que ha ocurrido? —preguntó Razzagel—. ¿Dónde se encuentran todos?

—¡Acaso no has entendido! —dijo Ralf enfurecido—. ¿Por qué nunca haces caso a tus mayores? Ve deprisa y no preguntes más, ya que todo lo ocurrido aquí es una situación que no te compete.

—Está bien, hermano —respondió Razzagel, con un nudo en la garganta.

El pequeño miró a su amigo con tristeza.

—Cleo, vamos.

De pronto, los ojos de Razzagel empezaron a llenarse de lágrimas. No le gustó la forma que su hermano le había hablado. Era un niño muy sentimental.

Cuando los pequeños entraron al salón principal, observaron a varios de los pobladores sentados

en algunas sillas, muy asustados. Razzagel vio a su madre muy alterada y con una pequeña fuente ayudando, junto a Kellhy y con algunos sirvientes, a todos los que se encontraban allí.

—¿Qué es lo que está ocurriendo aquí? —preguntaron Razzagel y Cleo.

—¡No lo sé! —respondió Zwein—. ¿Dónde han estado?

—En el bosque, pero... solo en la entrada —respondió Razzagel.

De pronto, uno de los ancianos, que había escuchado la pregunta, dijo:

—Mis señores, y-yo-yo sé lo que ha ocurrido acá. Una sombra gigantesca cubrió el hermoso cielo nocturno, las luces se empezaron a apagar por el tremendo viento que hizo al cruzar y, luego, un chillido muy espeluznante comenzó a oírse e hizo que todos, los que estábamos presentes, corriéramos en diferentes direcciones.

—¿Qué cosa era? —preguntó Zwein.

—No lo sabemos, mi señora, pero no quiero imaginarme qué o quién habrá emitido aquel monstruoso chillido; solo sé que mi corazón comenzó a latir fuerte y mis oídos retumbaron demasiado —respondió aquel anciano con bastante temor.

—¡Mmm! —dijo Kellhy—. Creen que fue...

—¡Silencio, Kellhy! —intervino Ginn desde la puerta del salón principal—. No tienes permitido hablar de esto y mucho menos delante de los presentes. En la mañana, tendremos noticia. Por ahora, no hagamos tontas suposiciones.

—Me parece perfecto que hablemos de esto después de investigar —replicó Zwein—, pero creo que no es la forma de responder.

Ginn se dio cuenta que estaba muy exaltado por los últimos acontecimientos.

—Tienes razón, querida, no debí hablar en ese tono.

El rey se dirigió a los presentes y, en especial, a Kellhy.

—¡Discúlpennos todos! Hemos tenido un día muy agitado y por hoy ha sido suficiente; vayan a descansar a sus hogares que mañana, seguramente, tendremos un hermoso día y olvidaremos este mal rato. Con su permiso. Hasta mañana.

—No tiene que disculparse, mi señor —dijo Kellhy con una noble voz.

—Gracias por entenderme, estimada Kellhy. Por favor, saluda de mi parte a Effio. Las luces que adornaron el cielo esta noche lucieron maravillosas.

—No se preocupe, yo le haré saber.

El rey Ginn se fue a su habitación y los demás empezaron a retirarse.

La duende miró a su hijo.

—Cleo, es hora de irnos.

El pequeño duende, de un gran brinco, se acercó a su madre y, mientras comenzaban a desaparecer, levantó la mano derecha y la movió de lado a lado para despedirse de su amigo.

—¡Hasta mañana, Razzagel!

—¡Adiós, Cleo! Nos volveremos a ver en la mañana —grito Razzagel. Luego puso su dedo índice de manera vertical, entre sus labios, en señal que no diga nada de lo ocurrido en el bosque Iris.

Cleo entendió la señal, así que asentó la cabeza y desapareció por completo junto a su madre.

Todos, aquella noche, se fueron a dormir muy preocupados por aquel suceso. Mientras Ginn, en su habitación, se movía de un lado a otro pensando en aquel chillido que hizo que todos salieran huyendo del festín. Al conciliar el sueño, tuvo unas pesadillas espantosas acerca de lo ocurrido hace mucho tiempo. Despertó y ya era de día.

En la mañana, los pobladores de Goussendor, no salían de sus casas; tenían temor de lo ocurrido

la noche anterior. Ginn se levantó de su cama y vio a lo lejos, por la ventana de su habitación, que nadie en el reino había salido.

—¿Qué es lo que está ocurriendo aquí? —vociferó el rey.

Muy enfadado bajó a la cocina. Al entrar, se dio con la gran sorpresa de que Effio, Kellhy, Jazz y Zwein se encontraban preparando el desayuno.

—¿Qué hacen aquí? ¿Dónde están todos nuestros sirvientes? ¿Y la señora Leni? ¿Dónde está? Sus ojos saltaban como dos esferas gigantes.

—¡Tranquilidad, esposo mío! —dijo Zwein—. Les di a todos lo sirvientes el día libre, incluido a la señora Leni.

Leni era una persona muy regordeta, tenía el cabello ondulado, la nariz encorvada y los ojos color verde. Ella era la encargada de la cocina y de los quehaceres del castillo.

—¿Y por qué has permitido eso? —replicó Ginn.

—Porque ellos están muy preocupados y también tienen familia e hijos que deben estar muy asustados por lo ocurrido anoche —contestó Zwein.

—Bueno, tienes razón —asintió Ginn—. Ahora tendrás que esforzarte en preparar el desayuno porque aún tenemos a nuestros invitados en el castillo. Les pedí que pasen la noche aquí y que hoy, a mediodía, retornen a sus reinos.

—Eso lo sé muy bien —dijo Zwein—. Por eso, todos estamos ayudando desde muy temprano. Tú también deberías ayudar en vez de criticar.

Ginn empezó a reírse con mucha fuerza, de tal manera que todo el castillo llegó a escucharlo.

—¡Lo dudo! Ahora iré a entrenar un poco y, luego, me daré una ducha. ¡Nos vemos, querida esposa!

Mientras Ginn se alejaba de la cocina para ir al salón de entrenamiento, Cleo y Razzagel ponían los cubiertos en la larga mesa del comedor principal; Jazz, por otro lado, cocinaba unos ricos huevos revueltos con un poco de tomate y grandes trozos de jamón del reino.

Zwein y Kellhy preparaban té, jugo de moras, café, y cortaban muchas frutas para el desayuno. Al pobrecillo de Effio le tocó hornear el pan.

—Es mi primera vez horneando. Por qué a mí no me tocó preparar los riquísimos huevos con jamón —refunfuñaba—. Yo no sirvo para ser un panadero.

—¡Apúrate! —dijo Kellhy—. No estamos para lamentos hoy: tenemos que apresurarnos. ¡Pongamos más empeño!

—¡Ya voy! ¡Ya Voy! —comenzó a gruñir Effio, tanto así que su cara se puso roja como la de un tomate.

—Muy bien, así me gusta —dijo Kellhy, soltando, a su vez, pequeñas risitas.

Zwein, al no ver un buen rato a los pequeños, preguntó desde la cocina.

—¿Terminaron de poner la mesa?

—¡Nooo! —respondió Razzagel—. ¡Aún no, mamá!

—Cuando lo hagan, quiero que vayan a las habitaciones de nuestros invitados y que les digan que el desayuno se servirá en el comedor principal —ordenó Zwein en voz alta.

—¡No hay problema, nosotros nos encargaremos de eso! —gritó Razzagel, desde el comedor que quedaba muy cerca a la cocina.

Por otro lado, en la sala de entrenamiento, Ginn se encontraba ejercitándose con unos muñecos hechos de madera; sin embargo, en aquel momento, un extraño con capucha negra se había acercado a la gran puerta de la muralla, que aún seguía abierta desde la noche anterior. El rey se detuvo por un rato y quedó observando a aquel encapuchado. Trató de ver su rostro, pero estaba

muy lejos.

El salón de entrenamiento quedaba a la mano izquierda de las largas escaleras. Era un lugar enorme donde se podía hallar todo tipo de armamento, muñecos de madera y una gran plataforma para batirse a duelo.

De repente, aquel encapuchado levantó su mano derecha y lo señaló con el dedo. Ginn no podía creer lo que estaba viendo. Pensó que era un espejismo o que alguien que le estaba jugando una tonta broma. Se tocó los ojos con las manos, luego los cerró y al abrirlos aquel sujeto ya no se encontraba allí. Ginn se quedó pensando por un buen rato con los brazos cruzados. Aquel encapuchado le había traído viejos recuerdos que venían vagamente a su memoria.

De pronto, escuchó una gran voz.

—¿Qué haces aquí?

Ginn se estremeció tanto con aquella voz que brinco hacia atrás, cogió su espada y dio un giro rápido. Al voltear, se dio cuenta que quien había hablado era nada menos que su hijo mayor Ralf. Este reaccionó de inmediato esquivando con gran destreza el filo de la espada de Ginn.

—¿Qué es lo que sucede contigo, padre?

—¡Dios mío! Eras tú, Ralf. ¿Cómo has entrado aquí?

Ralf lo miró con extrañeza y respondió rápido.

—Por la puerta de atrás. ¿Qué es lo que sucede?

—Nada, hijo, solo me distraje por un rato y recordé algo... solo eso. Pero dime, cuando venías para acá, ¿llegaste a ver algo extraño en la primera puerta de la muralla?

—¿Algo extraño? ¿Extraño... como qué?

—Bueno, no importa, dejémoslo así. Puede ser que mis ojos me hayan fallado. No hagas caso a este viejo loco. Mejor entrenemos juntos. ¿Te gustaría practicar un poco?

—Claro que sí, padre, para eso he venido.

Ginn y Ralf entrenaron por un buen rato, pero el cuerpo del rey empezó a sentir el agotamiento del ensayo, pues ya no era el jovencito de antes. Se detuvo en un muro y reposó muy agitado.

—Creo que la edad esta vez me ha vencido. Estoy muy lento —resopló Ginn dando un gran suspiro.

Ralf sonrió y asintió las palabras de su padre.

El rey prosiguió.

—Por ahora, ha sido suficiente; además, tu madre debe estar esperándonos para el desayuno. Ella se levantó muy temprano para prepararlo.

Ralf se asombró mucho.

—¿Mi madre está preparando el desayuno?

—¡Sí! No tan solo está tu madre, también tus hermanos y los duendes. Seguro de que ya debe estar listo.

—¡No puedo creerlo! ¿Dónde están los sirvientes? Acaso nos abandonaron por lo sucedido anoche.

—No, no es eso —contestó Ginn—. Tu madre tuvo la gran idea de darles el día libre hoy. Anoche estuvieron todos muy asustados. No solo los sirvientes, sino, en general, todos en Goussendor.

—¿Qué humillación! ¡Mi madre una cocinera!

—No lo veas de esa forma, ella solo quiere ayudar. Tus hermanos también están con ella, incluso, observé a Jazz preparando los huevos con jamón.

—¡Él no tiene remedio! Seguro hace eso porque quiere seducir a Diana, la princesa del reino de Glowmbur. Anoche lo vi muy entretenido con ella. Hoy presumirá y dirá que él ha hecho casi

todo.

Ginn, al escucharlo, sonrió.

—¡Pues me parece una buena idea! ¡Tú deberías hacer lo mismo! ¿Cuándo piensas comprometerte?

El rey volvió a soltar una gran carcajada.

Ralf, frente a las frases de su padre, se sonrojó.

—¡Qué! ¿Qué cosas dices? Mejor vayamos a quitarnos estos trajes sucios para luego ir al comedor. Mi madre nos debe estar esperando como dices.

Ginn, poniendo su gran mano derecha en el hombro izquierdo de Ralf, continuó riéndose.

—¡Ja, ja! Siempre evitas responder sobre eso, ¿no?. Pero no hay problema. Váyanos, hijo mío.

Después de cambiarse, Ginn seguía recordando la aparición de aquel hombre encapuchado y comenzó a preguntarse a sí mismo si lo que había visto era real o si, en verdad, ya estaba perdiendo la visión por estar envejeciendo. Cerró sus ojos y con el rostro fruncido, por un momento, empezó a tocarlos formando unos pequeños círculos. Cuando volvió a abrirlos, se miró al espejo. «Estoy muy bien. Me apresuraré a cambiarme, todos deben estar esperándome», se dijo.

—¡Ginn! ¡Ginn! —gritó Zwein desde la puerta de su habitación.

—¿Sí? —preguntó Ginn, un poco asustado—. ¿Qué es lo que sucede?

Todos están esperándote para comenzar a tomar el desayuno. Es necesario que estés presente.

—¡Oh, eso era! —dijo aliviado el rey.

—¡En un momento estaré con ustedes!

Después de varios minutos, cuando Ginn, al fin, estuvo listo, se dirigió al comedor principal. Sin embargo, al terminar el último peldaño de la escalera, vio, por una ventana circular, cerca al gran árbol gigante de moras, nuevamente a aquel hombre encapuchado con vestimentas negras.

—¡Esto no es una ilusión! —vociferó Ginn—. ¡Ralf! ¡Ralf!

—¿Qué es lo que sucede? —respondió Ralf, desde el comedor, con una hogaza de pan entre sus manos.

—¡Acércate! ¡Ven de prisa!

Ralf se reunió de inmediato con su padre, todavía con la boca llena de comida.

—¿Qué sucede?

Con un nudo en la garganta, que ni siquiera le permitía pasar la saliva, el rey preguntó.

—¿Llegas a ver algo en la colina?

—¡No! ¡No, padre! ¿Estás bien?

—¡Sí! Sí lo estoy, pero acabo de ver a un hombre encapuchado cerca al árbol de los duendes y se ha quedado mirándome un buen rato.

—¿Hombre encapuchado?

¡Es lo que he visto! Ve a buscarlo rincón por rincón y lleva algunos soldados contigo. ¡No vuelvan sin él!

—Pero, padre...

—¡HAZ LO QUE TE ESTOY PIDIENDO! —bramó furioso Ginn.

—De acuerdo, de acuerdo.

Ginn se encontraba muy seguro de lo que había visto. Estaba muy enfadado. Su cara parecía la de un perro lleno de rabia.

Zwein, al escuchar el tono de voz de Ginn, fue a ver por qué este hacía tanto escándalo. Lo vio caminando de un lado a otro con el rostro enfurecido.

—¿Qué es lo que está sucediendo?

—¡No es nada!

—¡Regresa al comedor ahora mismo! Empiecen sin nosotros. Ralf y yo tenemos algunos pendientes que arreglar.

Zwein, sin reclamo alguno, volvió al comedor principal tratando de disimular aquel incidente; pensó que solo era algo pasajero. Por otro lado, todos sus invitados se encontraban sentados en la gran mesa disfrutando los alimentos deliciosos que estaban puestos.

Effio seguía murmurando y refunfuñando entre dientes

—¿Yo un panadero? ¡Yo soy un duende! ¡Un ser mágico!

—Tranquilo, señor duende —dijo Jazz—. Yo nunca he preparado huevos con jamón; pero, sin duda alguna, hoy en día, ¡me considero un gran cocinero!

—¡Ja, ja! —rió Effio con la cesta de pan de trigo entre sus manos que había sacado del horno para llevar al comedor—. A mí no me engaña. Usted está aquí por la señorita Diana.

Jazz al escuchar eso se puso muy nervioso y se ruborizó.

—¡Silencio! Por favor, no diga nada que mi madre puede escuchar. Además, a mí siempre me ha gustado ayudar.

Effio volvió soltar su gran risa chillona.

—Sí, seguro que sí, joven Jazz. No se preocupe que nadie está escuchando, ya que todos están disfrutando del delicioso desayuno. Suenan más los platos que la conversación que tenemos.

Mientras tanto, en el comedor principal, Razzagel y Cleo conversaban acerca de lo sucedido la noche anterior sobre el caballo, el mago y el supuesto murckoo que se encontraba escondido en el bosque. También, entre pequeños susurros se preguntaban sobre lo que había mencionado aquel anciano.

—¿Cleo, les mencionaste a tu padres que encontramos aquel caballo?

—No —respondió—. ¿Y tu?

—No, tampoco. Aunque quisiera, no creo que sea el momento. Mejor es dejarlo así —dijo Razzagel.

—Sí, mi amigo, es lo mejor —respondió Cleo.

—Bueno, aparte de eso, ¿pudiste averiguar lo que pasó anoche en el castillo?

—No, mi amigo —respondió Cleo—. Estuve preguntándoles a mis padres, pero esta vez no quisieron decirme nada; los noté muy preocupados. Los he escuchado hablar por la noche con un volumen muy, pero muy bajo, y creo que en otro tipo de lengua, ya que no entendí nada de lo que decían. Mis orejas esta vez no pudieron captar su misteriosa charla.

—¡Mmm! —susurró Razzagel con un pequeño suspiró—. Bueno, yo tampoco pude averiguar nada. Todos están actuando de una forma muy extraña. Eso me intriga.

—Sí —dijo Cleo, de inmediato—. Ojalá sepamos algo de todo esto.

El pequeño príncipe, después de quedarse pensativo por unos segundos, dijo:

—¿Qué te parece si hoy vamos a buscar al mago? —sugirió Razzagel—. Yo deseo verlo. Quisiera saber cómo es.

—Está bien —murmuró Cleo—. Yo también quiero conocerlo. Vayamos cuando todos partan hacia sus respectivos reinos.

—¡Suena genial! —indicó Razzagel con emotividad.

De pronto, un tremendo estruendo vino de los cielos e hizo temblar todo el reino de Goussendor. El viento comenzó a soplar tan fuerte que los árboles crujieron y cientos de pequeños animales salieron del bosque despavoridos.

El suelo y las paredes del castillo comenzaron a temblar. Platos, cubiertos, cuadros y demás objetos caían por doquier.

Los pobladores, que aún seguían atemorizados en sus casas, apenas podían sostenerse.

—¡Jazz! ¡Razzagel! —gritó Zwein—. ¡Afuera! ¡Todos afuera!

Kellhy y Effio juntaron a un grupo de reyes y reinas y, con sus poderes mágicos, los llevaron hacia el patio del castillo en un par de segundos. Cleo hizo lo mismo con la reina Zwein y con algunas de las princesas. Mientras tanto, Jazz ayudaba a salir a Razzagel y a Diana.

Todos se encontraban afuera del castillo. Habían logrado salir sin daño alguno. De un momento a otro, un gigantesco rayo azotó al castillo; este cayó en el medio del patio. Luego de un par de segundos, el suelo dejó de temblar y el viento, de soplar. Parecía que todo se había calmado.

Los pobladores salieron de sus casas al ver que todo se estaba normalizando. Estos empezaron a dirigirse hacia el castillo para saber qué estaba ocurriendo en el reino.

Ginn, que se encontraba en la puerta principal de la muralla junto a su hijo y los soldados, vio el tumulto de gente que venía por el camino que serpenteaba la fortaleza.

—¡Pobladores de Goussendor! —exclamó Ginn—. ¿Qué es lo que les trae por aquí?

—¡Rey Ginn, nos encontramos muy preocupados por estos fortuitos acontecimientos! —dijeron algunos—. Tenemos preguntas y dudas, y necesitamos respuestas frente a todo esto.

—¡Tranquilos! ¡No está pasando nada malo! ¡Solo es un suceso inesperado de la naturaleza! —exclamó Ginn, tratando de guardar la calma.

Sin embargo, el rey se encontraba nervioso. Él sabía que algo extraño estaba ocurriendo. No obstante prosiguió y levantó el puño derecho en señal de confianza.

—¡No hay nada de qué preocuparnos!

En ese momento, un ventarrón muy frío se apoderó de toda la atmósfera. Se escuchó fuertemente una risa maquiavélica.

—¿No hay nada de qué preocuparnos? —dijo una voz siniestra—. Pues déjame decirte que ¡mientes!, ¡mientes! Yo puedo sentir tu temor, puedo olerlo. Y no solo el tuyo, sino el de todos los presentes.

—¿Quién eres? —dijeron algunos pobladores—. ¿Qué cosa eres?

—¿Acaso no me ven? —dijo aquella voz, en un tono burlón.

Los presentes empezaron a observar a todos lados, muy atemorizados.

—¿Por qué miran al cielo? ¿Por qué todos están tratando de buscarme con sus inútiles ojos?

Buscan mi voz, pero no pueden verme. En cambio, yo puedo sentir cómo sus corazones palpitan

por el miedo que ahora tienen. Puedo estar aquí, puedo estar allá; puedo entrar en sus mentes, en sus sueños y, de esa manera, destruirlos; sin embargo, todo tiene que suceder en su debido tiempo —continuó aquella voz.

—¿Qué? —preguntó Ginn, tratando de hallar de dónde provenía—. ¿Quién eres? ¡Sal ahora mismo!

—¿Que quién soy? —volvió hablar aquella voz siniestra—. Todos quieren verme, pues les daré el gusto y el placer de que lo hagan.

De pronto, un gran silencio se sintió en todo el castillo: no se escuchó ningún murmullo ni soplo del viento. Luego de algunos segundos, el suelo, repentinamente, volvió a temblar y en aquel lugar donde había caído el rayo, de inmediato, un enorme remolino de arena empezó a brotar. Los pobladores, junto al rey Ginn, corrieron hacia aquel lugar y, desde adentro de la tolvanera, una sombra se llegó a notar. Aquella figura extraña no tocaba el suelo, parecía que estaba levitando sin ayuda de nadie. Vestía una túnica negra muy larga y vieja. Era alto y de aspecto calavérico. Su cabello era extenso y de color gris, no tenía nariz, no se podía observar muy bien su rostro. Usaba unos botones en el pecho que se encendían de un color dorado muy apagado cada vez que daba un gran respiro.

—¡Aquí estoy, rey Bucks! —dijo la sombra, haciendo una reverencia—. ¿Querías verme? ¿Querían verme? ¡Ahora todos ya lo pueden hacer!

Extendió sus brazos huesudos e hizo desaparecer aquel remolino. Cuando al fin se mostró por completo, aquel espectro emanaba un olor nauseabundo, una mezcla de hedor a descomposición y a muerte.

Este quedó observando detenidamente a cada uno de los presentes.

—¿Quién eres y qué es lo que haces aquí? —gritó Ginn—. ¿Tú has estado causando todo esto?

—¡No! —chilló aquel espectro—. ¡Yo no he causado nada de esto! Esto ha sucedido porque ustedes encerraron a mi reina; por ello, todos los presentes... ¡pagarán!

Aquella sombra prosiguió y gritó con ira.

—¡Ella volverá y gobernará todo este mundo!

Después de decir estas palabras, este espantoso ser, cubierto en túnicas negras, que parecía haber salido de otro mundo, volteó a la derecha y quedó observando fijamente a los hijos del rey.

—Veo que tu familia ha crecido, rey Bucks. Pero no todos estarán contigo cuando llegue el momento en que todo se convierta oscuridad.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir con eso? ¿CÓMO ME CONOCES?

—Muchas preguntas haces, Bucks, pero te lo diré y en algún momento lo entenderás.

El espectro volvió a reír con mucha malicia. Miró penetrantemente a Ginn y se acercó a él.

—Yo puedo sentir como tu sangre corre por tus venas; puedo oler tu aroma, tu temor. Tú eres hijo del viejo Dolcal. ¡Yo lo asesiné! Y me gusto verlo sufrir. Era débil, cobarde y codicioso; tenía pensamientos malos y perversos. ¡Yo... me alimento de todo eso!

El rey no soportó escuchar todo lo que le decía. La rabia y la furia estremecían todo su cuerpo; por ello, de inmediato, desenvainó su espada y, cuando estaba apunto de atacarlo, aquel espécimen terrorífico, al percatarse de la rara arma que tenía entre sus manos, dio un gran brinco y retrocedió.

—¡NO! ¡TÚ NO VOLVERÁS A USAR ESA ESPADA! —chilló furioso—. ¡Y tampoco saldrás de

este castillo!

Este ser, que poco a poco estaba obteniendo más forma, volvió hacerse solo una sombra y rápidamente abrió la palma de su mano derecha y de esta brotó un gran resplandor de color negro que, de inmediato, se transformó en unos pequeños aros negruzcos. Este los lanzó hacia Ginn y se extendieron por sus brazos lentamente. Era como si un poder lo estuviese poseyendo. Finalmente, estos aros se transformaron en unos brazaletes oscuros y muy pesados. Todo ello inmovilizó al rey e hizo que suelte su brillante espada. Ginn no podía creer lo que le estaba ocurriendo.

El espectro soltó una risa siniestra.

—Estos brazaletes que te he colocado no te dejarán usar esa espada ni salir del castillo -como ya te había mencionado-, ya que si lo haces, absorberán la poca vida que te queda; por tanto, morirías en unos minutos. Así que este lugar será tu tumba.

En ese preciso momento, Jazz, que era uno de los mejores guerreros de Goussendor, cogió el arco y las flechas de uno de los guardias del castillo y disparó una de ellas al cuerpo de aquel personaje oscuro.

—¡Cállate, maligno! ¡Lárgate de aquí!

La flecha que Jazz había soltado fue directo al pecho del tenebroso ser, pero esta atravesó sin hacerle daño alguno. Con una risa malévola comenzó a jactarse.

—¡Querido príncipe, ninguna arma creada por los humanos puede herirme, menos matarme, así que guarda tus flechas ahora mismo!

De pronto, mientras terminaba de decir esas palabras, Ralf y un grupo de soldados fueron atacarlo con espadas y lanzas, pero -tal como dijo esa sombra- ninguno pudo tocarlo ni herirlo. Todos estos ataques hicieron que aquel ser se enfurezca.

De inmediato, abrió sus dos manos, de lado a lado, y expulsó una enorme ráfaga de viento e hizo caer a varios de ellos.

—¿Ustedes acaso no entienden? —chilló furioso—. El momento llegará a su debido tiempo. Hoy solo he venido a advertirles que nuestra diosa y reina de la oscuridad muy pronto despertará de su sueño profundo y no podrán vencernos con sus inútiles ejércitos ni con sus extrañas armas.

Luego de aquella advertencia, el espectro se elevó y desapareció de la vista de todos. Dejó un olor nauseabundo que se sentía por todo el castillo.

El guerrero misterioso

Cuando aquella sombra desapareció, los árboles del bosque crujieron de inmediato y un gran viento huracanado rugió desde La montaña helada. Los pobladores salieron del castillo y, entre la muchedumbre, se oían murmullos y gritos que decían:

—¡Goussendor ya no es un sitio seguro!

Razzagel no entendía absolutamente nada de lo que dijo aquel personaje siniestro, pero al ver a los pobladores correr despavoridos, volteó a la izquierda y, entre la multitud, observó a su padre en una escena poco agradable: Ginn se encontraba de rodillas con la cabeza inclinada, mirando sus brazos con aquellos brazaletes.

El pequeño príncipe, al ver a su padre en ese estado, corrió a abrazarlo y trató de levantarlo junto a Cleo. Mientras los pequeños hacían todo su esfuerzo, Ginn, sin decir ninguna palabra y con un nudo en la garganta, empezó a ponerse de pie, muy suavemente. Por su mente pasaban muchas ideas indescriptibles: una y otra vez se preguntaba a sí mismo quién era aquel personaje siniestro y por qué ninguna arma pudo tocarlo. Su ira y confusión hizo que diera un grito de impotencia, el cual retumbó en todo el castillo. Luego, de una manera violenta, intentó retirarse los brazaletes oscuros, pero no pudo ni siquiera moverlos. Mientras más lo intentaba, más se pegaban a la piel.

Ralf, el mayor de los hermanos y gran guerrero de Goussendor, se acercó deprisa a los soldados del reino.

—¡Vayan a resguardar todas las entradas! No permitan que ningún extraño entre al castillo. Si algún desconocido se llegará acercar a las puertas, ¡las flechas responderán!

Con aquella orden, los guardias cerraron las grandes puertas de la muralla lo más pronto posible; de esta manera, aseguraron todo el inmenso castillo.

Mientras tanto, todos los pobladores se encerraron en sus casas y dejaron las calles angostas totalmente vacías. Los gobernantes de los otros reinos decidieron quedarse en el castillo por unos cuantos días con el fin de averiguar quién era aquel ser siniestro.

Ginn, un poco más tranquilo y ya en su habitación, caminaba de un lado a otro, pensando sobre aquel maligno que había aparecido en el castillo y sobre aquella advertencia que hizo. No sabía de qué material eran esos brazaletes negros y por qué no podía desprenderse de ellos. Durante varios días, intentó encontrarle lógica al hecho de que estos no le dejaban levantar nuevamente su espada; sin embargo, no halló la respuesta.

Poco a poco, de nuevo, empezaba a sentir desesperación y cólera; estos sentimientos empezaban a corroer su espíritu.

Todo aquello había sido demasiado difícil para el rey y para el reino de Goussendor.

En el transcurso de esos días, Ralf, que era el mayor de sus hermanos y el sucesor al trono, entrenaba día y noche junto al jefe del ejército de Goussendor, llamado Gunder Ror, uno de los hombres más leales al rey. Con él, planeaba una estrategia contra el maligno que apareció. Así lo llamaron sin saber su nombre ni de dónde vino. El objetivo era capturarlo y asesinarlo con ayuda de los demás soldados.

Mientras tanto, Razzagel junto a Cleo se encontraban sentados en la colina, cerca del árbol gigante

de moras. Ellos se sentían muy apenados por todo lo que estaba sucediendo en el reino, ya que no les gustaba ver que sus padres estén tan preocupados y alterados.

En ese momento, el pequeño príncipe con una voz suave y tranquila dijo:

—Cómo me gustaría que ese mago poderoso aparezca y acabe con ese maligno que vino aterrorizar a todo Goussendor.

—¡Vayamos a buscarlo! —exclamó Cleo, dando un pequeño brinco.

Sin embargo, Razzagel miró con tristeza a su amigo.

—No, no podemos. Ahora en todos los pisos del castillo hay demasiados soldados y si nos encuentran merodeando por ahí, le dirán a mi padre. Yo ya no quiero tener problemas.

—Tienes razón —contestó apenado el duendecillo.

De pronto, el pequeño príncipe alzó sus brazos emocionado.

—¡Ya sé! Vayamos al bosque a ver la torre de piedra con aquel sello que puso el mago. Con eso sabré si en verdad él existe y si todo lo que me has contado es real.

—¡Todo es real! —dijo Cleo un poco enojado—. ¡Yo jamás digo mentiras! Pero, está bien... ¡vamos!

—Ya, mi amigo, te creo, pero quiero verlo por mí mismo. Antes de ir allá, pasemos primero por el castillo a buscar alimentos para el camino.

Cuando llegaron a la fortaleza, lo primero que hicieron fue ir a la cocina. El pequeño príncipe cogió un bolso y guardó unas manzanas, un par de moldes de queso, un puñado de nueces y dos frascos de jugo de moras; mientras que el pequeño duende lo esperaba en la puerta de la cocina haciéndole la guardia para que no logaran verlos.

—¡Date prisa! —dijo Cleo.

—Dame unos cuantos segundos. Solo me falta poner algunas cosas más —respondió Razzagel.

Cuando este estuvo apunto de salir de la cocina, escuchó un leve sonido que venía de los almacenes de alimentos; se acercó sin hacer ruido alguno a esa puerta y llegó a escuchar pequeños murmullos: como si dos personas estuviesen teniendo una conversación. Luego, se inclinó muy despacio y, por una abertura muy angosta, echó una mirada. Observó que ahí adentro se encontraba un pequeño zorzal que había ingresado por un agujero. Aquel animal solo emitía una linda y hermosa canción como si cantara para alguien más.

Como el pequeño era demasiado curioso, volvió a mirar, pero esta vez para el lado izquierdo. Entre la poca luz que había adentro, vio a un sujeto muy extraño. Aquel vestía un traje azul claro con bordes dorados; su rostro se veía muy lozano, su cabellera era de color negro, tan larga que le cubría casi toda su espalda, más no tenía barba. Además, llevaba consigo un bastón largo de color gris en la mano derecha, que tenía un diseño muy curioso en la parte superior.

Razzagel quedó atónito. Jamás había visto a un sujeto tan extraño. En ese momento, Cleo fue a buscarlo, ya que se había demorado más de la cuenta. Al verlo ahí en la puerta espiando se puso furioso.

—¿Razzagel, qué es lo que haces ahí? ¡Vámonos, hay que darnos prisa!

—¡Silencio, Cleo! Hay un sujeto muy extraño aquí.

—¿Un sujeto? Cómo alguien puede estar adentro si solo es un almacén que contiene alimentos del mes.

—No te estoy mintiendo. Ven a verlo tú mismo.

Cleo, con cierta duda, empezó a acercarse a la puerta, pues no creía que alguien pudiera estar ahí: le resultaba imposible pensar que alguien quisiera estar entre los alimentos. Al inclinarse, el pequeño duende rozó, con su brazo derecho, el bolso que Razzagel tenía e hizo caer una manzana. El personaje, que se encontraba adentro de aquel almacén, se percató que lo estaban espionando y desapareció en un instante.

—¡Ves lo que has hecho! —dijo furioso Razzagel—. Solo espero que aquel sujeto no se haya dado cuenta.

—Lo siento, lo siento —dijo Cleo muy apenado.

El príncipe, muy rápido, miró nuevamente por la angosta abertura que había en la puerta, pero ya no logró verlo. Entonces, con mucha prisa, tomó la manija de la puerta y la empujó con fuerza, pero solo vio al pequeño zorzal haciendo algunos golpes a la pared con su pico. De un momento a otro, el animalito abrió sus alas y despegó el vuelo por aquel agujero que había entrado.

—Solo era un pequeño zorzal —dijo Cleo—. Quizás te has confundido con la sombra de aquella ave y la luz del sol. El reflejo de esa pequeña abertura te hizo una mala jugada.

Razzagel se quedó pensativo.

—No creo, amigo. Yo vi algo más.

Cleo lo miró y en un tono burlesco dijo:

—¡Solo era un reflejo de esa ave!

—No, yo no me he confundido, sé lo que he visto y era un sujeto muy extraño con un bastón largo de color gris.

—Está bien, te creo. Es probable que sea el mago, pero es demasiado raro, porque jamás sale de su habitación ni de aquel salón. Sin embargo, si lleva consigo su bastón, debe ser él.

—Probablemente, yo jamás lo he visto, pero sí me pareció un sujeto muy extraño e, incluso, sus vestimentas eran muy raras.

—Exactamente, así son los magos, son muy extraños —dijo Cleo, alardeando saber más de ellos.

El pequeño príncipe se quedó por un momento dubitativo, pero luego reaccionó.

—Bueno..., Cleo, es hora de irnos de acá.

—Sí, tienes razón, salgamos de aquí. Toma mi mano y estaremos en la entrada del bosque en un abrir y cerrar de ojos.

Cuando ya se encontraban en la entrada de aquel, se dirigieron por unos pequeños arbustos, muy sigilosos, para que los guardias no logren verlos. Mientras corrían en dirección al bosque, Cleo empezó a tener un poco de sed por utilizar su poder mágico, ya que para trasladarse, tenía que usar mucha energía. Razzagel cogió de su bolso un frasco de jugo de moras y se lo entregó. El duende se sentó en una roca, que estaba cerca de dos grandes árboles, y comenzó a beberla rápidamente. Luego continuaron caminando por el inmenso bosque, hasta que, de un momento a otro, se escuchó un murmullo que venía de lejos.

Ambos fueron a investigar lo más rápido que pudieron, pero, cada vez que se acercaban, aquel murmullo se hacía más fuerte. Cleo se adelantó un poco usando su poder y subió a una de las ramas más altas de un gran árbol.

—Cleo, ¿qué es lo que ves? —le preguntó Razzagel, desde los arbustos.

—Espérame un momento. Tengo que subir un poco más, hay demasiadas ramas y hojas aquí, aún no logro ver nada.

De pronto, el pequeño duende logró ver la torre de piedra con aquel símbolo antiguo que había colocado el mago. Este era realmente enorme, a tal punto que casi bordeaba la torre.

Utilizando su poder mágico, Cleo bajó del árbol en un instante.

—¡Razzagel, encontré la torre de piedra! Está por este lado. Hace mucho tiempo que no he venido por aquí y ya me había olvidado el camino. ¡Vayamos!

—Está bien. Cleo, viste quién estuvo haciendo aquellos murmullos.

—¡Uy, no! No me fijé. Solo vi la torre y bajé lo más rápido que pude, pero déjame decirte que ahora no estoy escuchando nada. Creo que ya se fueron.

—¿Estás seguro?

—Sí, porque ya no escucho nada.

—Bueno, mi amigo, si tú lo dices. No perdamos más tiempo que está por anochecer y será muy difícil regresar al castillo.

Cuando estuvieron por llegar a la torre de piedra, que quedaba casi al pie de una gran montaña verdosa y por el bosque Iris, escucharon un chillido escalofriante; no dudaron ni un segundo en esconderse. En forma de protección, dieron un gran brinco hacía unos arbustos para ocultarse.

Aquellos chillidos y murmullos, que se habían estado emitiendo, eran nada menos que las de dos grandes bestias terroríficas: murckoos. Estas se encontraban muy cerca de la torre y se movían de un lado a otro. Querían entrar de cualquier forma al bosque, pero, apenas, cuando soltaban su aliento pestilente, el vapor que les salía del hocico hacia activar la barrera protectora de luz de la torre de piedra y, de inmediato, se veía un destello con un gran brillo azul por todo Goussendor. Aquella barrera era invisible. Fue creada para que ninguna criatura oscura pueda entrar (como ya una vez el pequeño duende lo había mencionado).

—¡Mira, Razzagel! Esas bestias enormes deben ser los murckoos. Son iguales a las que mi padre me mostró en sus figuras de sombra. Sin embargo, no me explico qué estarán haciendo acá y cómo han podido llegar hasta este lugar... Algo no está bien.

La cara del pequeño príncipe cambió completamente. Estaba aterrado.

—¿Esas bestias son los murckoos?

—Sí, no hay duda alguna. Ellos son.

—¡Mira sus colmillos y garras! ¡Qué miedo! —dijo con nerviosismo Razzagel.

—¡Sí, dan miedo! No hagamos ningún tipo de ruido, amigo. Aunque no puedan entrar, es mejor ser muy precavidos —añadió Cleo.

Luego de quedarse observándolos por un rato, escondidos entre los arbustos, una ráfaga de viento helado sopló con demasiada fuerza e hizo mover las grandes ramas de los árboles. Al ver que aquellas crujían y se movían, una sombra gigantesca empezó a cruzar bordeando la torre de piedra. Era el espectro que había aparecido días atrás en el castillo y que, ahora, comenzaba a descender muy lentamente hacia los dos murckoos, como si estos tres seres estuvieran apunto de tener una reunión o algo parecido.

Se sentía el olor nauseabundo de aquel maligno en el ambiente.

Cleo, al ver que aquel espectro se había reunido con los dos murckoos, no lo pensó dos veces y, con su poder mágico, llevó a Razzagel al árbol más grande que había para ver lo que estos hacían y que ellos no logren verlos.

Se quedaron sin hacer ningún tipo de ruido entre una rama muy larga llena de hojas. El pequeño, de inmediato, contempló toda la torre de piedra: desde la punta hasta la base. De esta, lo que más llamó su atención fue el símbolo que tenía dibujado. De un momento a otro, Razzagel dio un gran suspiro. Se había acordado que esa misma figura era la misma que tenía el bastón de aquel sujeto que vio en el almacén. Una sonrisa se le dibujó en el rostro.

—Cleo, todo lo que has dicho era cierto.

—Sí, todo es real. Pero no hagamos ningún tipo de ruido en este momento que nos descubrirán.

¡Guardemos silencio!

—Está bien, solo que estoy muy feliz porque ahora sé que ese tal mago existe y, de seguro, él mismo acabará con aquel maligno que vino a atormentarnos.

En ese preciso momento de entusiasmo, la rama que sostenía a los dos pequeños se quebró y los hizo caer unos centímetros. Sin embargo, Cleo, que era un buen escalador de árboles -ya que siempre practicaba en su árbol gigante de moras-, pudo agarrarse del ramaje; cogió a Razzagel con la mano derecha para ponerlo a salvo y lo empujó hacia una rama más pequeña. Entre todo este alboroto, cayó el último frasco de jugo que Razzagel traía consigo en su bolso; este impactó en el suelo e hizo que el vidrio dé un gran estallido, algo inusual en el bosque. Podría haber sido cualquier otra cosa, ¿pero un frasco de vidrio?

El estruendo, que emitió aquel objeto, hizo que los tres personajes que se encontraban allí pongan la mirada a los alrededores del bosque. Después de ello, emitieron unos chillidos y aullidos muy extraños, a tal punto que espantaron a muchos animales.

—¿Quién anda ahí? —gritó el maligno, dando un giro rápido con su larga túnica—. ¡Salgan ahora mismo!

Razzagel y Cleo no dijeron ninguna palabra. Sus corazones latían tan rápido, como el de un colibrí, por el temor que los llegaran a descubrir.

Sin tener respuesta, aquel espectro cogió su botón dorado que llevaba en el pecho y, con este, tocó la barrera invisible. Al hacer contacto, automáticamente, se abrió un agujero de regular tamaño y entró por aquella abertura. Mientras empezaba a dirigirse hacia el árbol donde los pequeños estaban escondidos, el orificio se cerró de inmediato.

Cleo no podía creer lo que había sucedido. Se quedó temblando boquiabierto. «Ahora todo tiene sentido. Ese monstruo hizo entrar a los murckoos, ya que es capaz de abrir un agujero sobre la propia barrera de protección que el mago colocó», pensó.

—¡Razzagel! —susurró el duende muy despacio.

—¿Qué?

—¿Has visto lo mismo que yo? Ese ser siniestro pudo crear una entrada. Eso quiere decir que él hizo que esas bestias entren y ataquen al caballo la vez anterior. ¿Recuerdas que nosotros pensamos que habitaba uno dentro de Goussendor y que se escondía en el bosque? —dijo Cleo, suavemente...

—Sí..., inferimos erróneamente. Ahora todo está más claro. Tenemos que decirles a mis padres —respondió el pequeño príncipe. Sí, eso haremos, ni bien llegemos, por el momento —De acuerdo. Por ahora, ya no hablemos; nos podría escuchar —acotó Cleo.

—Está bien —contestó Razzagel, ocultándose aún más entre los arbustos.

Mientras los pequeños, se quedaron en absoluto silencio, el ser siniestro se percató de que había un frasco de vidrio hecho trizas. Inmediatamente, dirigió su mirada hacia la cima del árbol.

—¡Sé que están ahí! —vociferó el maligno. ¡Bajen, ahora mismo de ese árbol!

Pero por más grito y chillido que hacía, ninguno se atrevió a responder. Estaban totalmente petrificados.

—¡Última advertencia! —gritó nuevamente—. Si no bajan de donde se ocultan, haré entrar a estas dos fieras que están muy hambrientas y listas para asesinar a cualquiera, así que ¡no pierdan el

tiempo y bajen de una buena vez!

Cleo, con un nudo en la garganta, tragó un poco de saliva y se armó de valor. Cogió una de las manzanas que estaba en el bolso que llevaba Razzagel y se la lanzó a aquel monstruo.

—¡Jamás te haremos caso, demonio! —exclamó Cleo.

Luego, cogió el brazo de Razzagel y desaparecieron en un instante hasta la mitad del camino.

Aquel personaje siniestro dio un gran chillido; sin lugar a dudas, se había puesto muy furioso. De inmediato, se dirigió hacia aquellas bestias, cogió de nuevo su botón dorado que llevaba en el pecho y los colocó contra la barrera que protege al reino; aquel artilugio pudo abrir un enorme agujero.

—¡Entren, mis guerreros oscuros! —dijo el maligno—. Vayan a buscar a esos dos chiquillos y tráiganmelos aquí, en especial al humano que en su interior se percibe la sangre real. Ellos no deben estar muy lejos, ya que los duendes solo pueden trasladarse a muy cortas distancias. Mis guerreros oscuros, les prometo destruir pronto todas las torres de piedra y darles la libertad que tanto anhelan; les aseguro que volverán hacer ustedes mismos y saldrán de esos cuerpos en los que ahora están atrapados. ¡Vayan! ¡Vayan!

Cleo había hecho uso de todo su poder mágico al escapar de las garras de aquel espectro. Trasládarse hasta el medio del camino era casi imposible, pero la desesperación hizo que pueda ir más allá de sus límites.

Mientras los dos murckos iban a toda prisa a capturarlos, Razzagel y Cleo corrían a toda velocidad. El miedo los rodeaba. No descansaron ni un solo segundo hasta que, el pequeño príncipe tropezó con una gran raíz que brotaba de un gran árbol. El duende retrocedió para ayudarlo, pero, de pronto, sus orejas puntiagudas empezaron a moverse por sí solas.

—¡Los murckos se acercan a gran velocidad! ¡Vamos, Razzagel, levántate! ¡Corramos!

Cuando este intentaba ponerse de pie, dio un gran quejido: su pie izquierdo había sufrido una fractura.

—¡No puedo estar de pie! Siento mucho dolor al pisar. No creo poder correr.

—Apóyate en mi hombro. Escondámonos por aquellos arbustos, así no nos encontrarán. ¡Están muy cerca!

Razzagel, sin fuerzas, al borde del llanto, dijo:

—Cleo, y si usas tu poder mágico, así podremos llegar más rápido,

—Lo siento, amigo mío, no puedo por ahora. Necesito un poco más de tiempo: estoy muy agotado. Utilicé más magia de lo normal. Nosotros, los duendes, solo vamos a cortas distancias y para venir hasta acá, he usado todo mi poder.

—¡Oh, vaya! Entonces, solo queda escondernos.

—¡Sí! ¡No perdamos más el tiempo!

Aunque Cleo podía seguir corriendo y escapar de los temibles murckos, jamás habría abandonado a su mejor amigo; así que cogió del brazo a Razzagel, lo apoyó en su hombro y casi arrastrándolo lo llevó hacia los frondosos arbustos. Cuando ya estaban más seguros y muy ocultos, vieron que algo o alguien, con mucha fuerza, empezaba a mover bruscamente todas las ramas que los ocultaba.

Ambos ya no podían hacer nada: ni correr ni escapar de ese lugar. Solo atinaron a abrazarse muy fuerte. Cerraron los ojos y pensaron que era el final de sus vidas. Sin embargo, un animal empezó a relinchar y, de un gran brinco, se acercó a ellos.

El duende, al no sentir nada extraño ni algo que los fuera a atacar, fue el primero en abrir los ojos suavemente. Aquel ser, que había estado haciendo mover bruscamente los grandes arbustos, se

había quedado mirándolos detenidamente.

—¡Razzagel! —gritó Cleo—, es el caballo, el caballo que ayudaste hace días. ¡Abre los ojos!

Este abrió los ojos de inmediato, se levantó y arrastrándose, con el pie fracturado, se acercó al animal que días anteriores había ayudado.

Pese al dolor que en ese momento sentía, su rostro se llenó de esperanza y felicidad.

—Caballo, viniste ayudarnos, ¿verdad?

El caballo blanco, repentinamente, irguió su tremenda cabeza, la movió de arriba hacia abajo y empezó a relinchar; luego de ello, se inclinó muy despacio y arrastró una de sus patas delanteras unas cuantas veces como diciéndoles que suban a su lomo.

—¿Quieres que subamos? ¿Nos llevarías al castillo? —preguntó Razzagel, con un leve quejido.

El caballo de nuevo movió la cabeza como signo de respuesta. Después se inclinó por completo al suelo. Aquella expresión había sido, sin duda alguna, un, ¡sí!

—¡Subamos, Cleo! —dijo Razzagel—. Nos ha permitido ir en su lomo. Nos llevará al castillo de inmediato.

La suerte de los pequeños parecía haber cambiado. Subieron al caballo y empezaron a galopar en dirección a la fortaleza. Mientras iban a toda prisa, las aves, que estaban en los árboles, tomaron vuelo dejando sus grandes nidos vacíos; y las ardillas y los conejos empezaban a ocultarse. Eran señales que algo siniestro estaba a punto de suceder.

Al rato, las orejas del pequeño duende comenzaron a moverse nuevamente. Cleo miró hacia atrás y se dio cuenta que lo que hacía huir a los animales eran los murckoos que corrían a gran velocidad, destruyendo todo a su paso.

—¡De prisa, más rápido! —exclamó el duende con su voz chillona—. Los murckoos están detrás de nosotros; nos están alcanzando.

El caballo comenzó a correr con mucha más velocidad como si el viento lo llevara por sí solo, pero aquellas bestias salvajes eran demasiado veloces y estaban a unos cuantos centímetros de alcanzarlos.

Para Razzagel y Cleo, no había más esperanza que solo confiar en la velocidad en que iba el caballo. Su suerte dependía de otro fortuito suceso.

Al verse casi acorralados y, sin escapatoria alguna, el caballo blanco relinchó con mucha fuerza y enseguida las aves que estaban volando en dirección al sur, dieron media vuelta y empezaron a descender. Estas, velozmente, con sus alas extendidas, comenzaron a dar picotazos y algunos cuantos rasguños a las dos murckoos.

—¡Cleo, nos salvamos! —exclamó Razzagel—. El caballo ha llamado a todas esas aves. ¡Ellas los detendrán!

—No creo que puedan detener a esas bestias, pero por lo menos ganaremos un poco de tiempo y así podremos llegar al castillo —respondió el duende.

En ese momento, el rostro del pequeño príncipe se llenó de euforia.

—¡El castillo! ¡Se ve la punta de la torre, Cleo!

—¡Sí! Es cierto, se puede ver la torre desde aquí. ¡Querido caballo, a toda prisa!

Los infortunios que habían pasado los dos pequeños en el bosque Iris estaban a punto de acabar, ya que se encontraban muy cerca a las puertas del castillo. Sin embargo, al llegar, estas se encontraban totalmente cerradas. El caballo no esperó más y comenzó a dar golpes, una y otra vez, a las grandes puertas con sus dos patas delanteras. Los pequeños también ayudaron: comenzaron a gritar con todas sus fuerzas, a tal punto que sus alaridos se escucharon por todo el castillo.

—¡Nos atacan, nos atacan! —gritaban.

Mientras tanto, Ralf y Jazz, que se encontraban entrenando, corrieron de inmediato a la segunda entrada del castillo al oír los gritos de desesperación.

—¡Guardias, abran las puertas! —gritó Ralf con fuerza—. ¡De inmediato!

—Pero...

—¡Solo háganlo! —volvió a indicar Ralf.

Los guardias no tuvieron otra salida que hacer caso al príncipe. Las grandes puertas de las murallas comenzaron a abrirse y, de inmediato, el caballo, tan veloz como si fuese un relámpago, ingresó hasta el patio de armas.

Aquellos gritos, que se oyeron con demasiada desesperación y conmoción, hicieron que Ginn saliera de su habitación. Él se había encerrado por varios días: no quería hablar con nadie.

Un rey solucionaba los problemas, pero este se había encerrado en ellos mismos; es decir, se había creado un mundo con pocas esperanzas. Pensaba que esta vez no iba a poder defender a su reino; se sentía un ser inútil con esos brazaletes y recordaba, en cada momento, aquellas palabras del personaje maligno que había aparecido días atrás. No obstante, al escuchar el pedido de ayuda de su último hijo, dejó su orgullo y salió rápidamente.

—¿Qué es lo que está ocurriendo aquí? —gritó desde la gran puerta negra del castillo.

—¡Padre, padre!, los murckoos han entrado al reino. Aquel ser maligno que vino la otra vez los ha hecho traspasar la barrera protectora. Están en el bosque. Van a llegar en cualquier momento al castillo, por ello hay que cerrar las puertas. Por favor, haz que las cierren pronto —dijo Razzagel muy agitado.

—¿Cómo? ¿Murckoos? —preguntó furioso el rey—. Ellos no existen. Solo son cuentos de hadas. Además, ¿ustedes qué hacían en el bosque?—. ¡Aquel ser los hubiese podido asesinar!

—Padre, ellos sí existen y están apunto de llegar. Las aves los detuvieron en el camino y este caballo nos ha traído hasta acá —dijo Razzagel, que aún seguía montado con su amigo en aquel animal—. Nosotros fuimos al bosque a ver aquella torre de piedra. Cleo me contó que hace mucho tiempo un mago muy poderoso colocó en ella un símbolo enorme para protegernos de las bestias y otros seres malignos.

Ginn se encontraba furioso. Resopló como un rinoceronte. Se acercó al caballo y subió la mirada hacia Cleo.

—¡Duende entrometido! ¿Por qué le llenas la cabeza de fantasías y de personajes que no existen a mi hijo?

—Pero, señor Ginn...

—¡Bajen ahora mismo del caballo! —dijo furioso Ginn sin dejar hablar a Cleo.

—Padre, sí existen, están por llegar. Debes creernos. Los hemos visto y vienen a toda velocidad —replicó Razzagel.

—Tú siempre queriendo ser el centro de atención —intervino, de inmediato, Ralf—. ¿Cuándo dejarás de mentir y molestar a todos con tus cuentos, hermanito? Por poco y yo también lo creo. Todo eso solo son cuentos para niños.

Nadie en el castillo creía lo que decía Razzagel. Los guardias y soldados comenzaron a dar grandes carcajadas, ya que conocían cómo era el pequeño: siempre les jugaba algunas bromas, por eso, ya no podían creerle. No obstante, de pronto, uno de los guardias, que seguía en las enormes puertas de la muralla, empezó a gritar.

—¡Corran! ¡Corran! Se acercan dos enormes bestias a gran velocidad.

Aquel guardia junto a algunos de los soldados trataron de cerrar las enormes puertas de la muralla

con todas sus fuerzas, pero fue demasiado tarde: estas eran muy pesadas. En ese momento, como si un viento huracanado azotara con fuerza, los dos murckoos entraron destrozando una de las puertas que estaba entreabierta.

—¡Corran! ¡Escóndanse! —dijeron los guardias.

Ginn siempre intentó proteger a sus hijos, por ello nunca les había contado de aquellos monstruos, de las torres de piedra y de la barrera de protección. Sin embargo, por la coyuntura por la cual atravesaba, inclinó la cabeza por algunos segundos y luego la irguió. Levantó sus dos puños y dijo muy fuerte:

—¡NO! ¡NINGUNO DE NOSOTROS VA A HUIR! Juntos acabaremos con esas bestias.

El rey miró a Jazz y le ordenó:

—Hijo, entra al castillo con algunos soldados; lleva contigo a tu hermano Razzagel y al duende. Asegura el lugar y protéjase desde ahí si es que fallamos.

Jazz se había quedado helado al ver los dos monstruos. Él nunca había visto uno de ellos, Solo atinó a responder, con voz entrecortada:

—De acuerdo, padre.

Sin embargo, pese a las recomendaciones, Razzagel, Cleo y el caballo se escondieron en el salón de entrenamiento. Jazz al ver esto, con algunos soldados, entró al castillo y cerró la gran puerta negra.

Los guardias que estaban en el lugar se encontraban muy asustados e hicieron, con mucho temor, dos filas, uno tras otro; se colocaron en posición de batalla. Gunder Ror, jefe del ejército de Goussendor y Ralf, a pesar de que no conocían a dichas bestias se armaron de valentía y se colocaron delante de los soldados, junto al rey Ginn. Todos ya se encontraban listos para empezar el enfrentamiento. Los dos murckoos los esperaban bufando y chillando; estaban apunto de iniciar el combate.

—¡Soldados, ataquemos todos juntos! —exclamó Ginn con fuerza—. ¡Todos a ellos! ¡Ninguno retroceda!

Los soldados, Ralf y Gunder Ror jamás se habían enfrentado a unas bestias tan aterradoras como esas. No sabían qué eran esos dos esperpentos, solo recordaron el nombre que Razzagel había mencionado.

Así, empezó el feroz combate. Flechas, espadas y lanzas rebotaban de la piel de los temibles murckoos. Estaban desesperados. Estos seres eran demasiado resistentes.

En un instante de inspiración, Ralf cogió su espada con un pequeño escudo de color marrón y junto con Gunder Ror empezaron a hacer técnicas combinadas, una tras otra: estaban en completa coordinación; incluso, parecía que podían vencerlos, pero, de pronto... una de las bestias, con su larga cola llena de púas, golpeó el escudo de Ralf y, por el fuerte impacto, cayó muy lejos y quedó inconsciente. Ginn, al ver a su hijo en el suelo con el cuerpo inerte, corrió y se colocó enfrente de los dos murckoos, e intentó utilizar su espada; sin embargo, en ese momento, recordó que no la traía, ya que no podía volver a usarla ni tocarla por aquella magia oscura que le había hecho ese maligno. Se quedó inmóvil.

Gunder Ror, que aún seguía en pie, cogió una cuerda que estaba en el suelo y se deslizó por debajo de uno de esos seres. Ató sus enormes patas, y luego le dio un extremo de la cuerda a Ginn. Este la amarró en uno de los caballos que se encontraban a su alrededor. Juntos jalaron, con

mucha vehemencia, hasta que uno de los murckoos cayó. El rey, de inmediato, cogió la espada de Ralf, se subió a la cabeza del temible animal y la introdujo en su cuello, cortándola de lado a lado. Ginn fue muy cuidadoso al hacerlo, ya que esta era la única forma de matarlos y él, mejor que nadie, lo sabía.

Cuando estaban por enfrentarse a la otra bestia, esta rugió con fuerza y emitió un enorme chillido. Pareciese que estaba dispuesta a todo. Los guerreros se agarraron las orejas por el tremendo estruendo. El sonido era ensordecedor. No podían resistirlo. Algunos soltaron sus armas y solo se escuchaban sus quejidos. El murckoo no perdió tiempo y, de un golpe, con sus garras afiladas, asesinó a varios de los soldados. Gunder Ror, con las manos aún en las orejas, se dirigió donde el rey y le dijo:

—¡Continuemos peleando, señor mío, todavía no hemos sido derrotados!

Los soldados comenzaron a retroceder. Aquel sonido seguía estallando en sus oídos. El temible animal, de inmediato, dio un gran brinco y empezó a acercarse hacia Ginn y Gunder Ror. Tenía a ambos en la mira. Los arrinconó hacia los muros del castillo.

—Entréguenme al niño —ordenó el murckoo.

—¡Mugrosa bestia! —dijo Ginn, mostrando su enojo—. ¿Quién los ha dejado entrar al reino?

—No es asunto tuyo —respondió el murckoo y acercó su tremendo hocico hacia ellos.

El rey reaccionó y levantó la espada de Ralf nuevamente; Gunder Ror hizo lo mismo, pero aquel animal estaba muy pendiente de cada movimiento que hacían y, con su garra derecha, los tiró al suelo; de inmediato, con la otra, comenzó a aplastarlos, muy lentamente.

—Me los voy a comer —dijo el murckoo, mostrando sus dientes afilados—. ¡Mueran! ¡Mueran!

De pronto, se escuchó una voz muy extraña detrás de la temible bestia.

—¿Estás a gusto haciendo todo esto? ¡Déjalos libres ahora mismo o morirás en mis manos, asquerosa bestia!

—¿Quién eres tú para que me des órdenes? —respondió el murckoo, mirando a aquel hombre misterioso.

—Veo que tú no entiendes, pues ahora mismo morirás.

Ginn quería saber qué era lo que estaba ocurriendo. ¿De quién era aquella voz que empezó a retar al semejante animal?

El murckoo no siguió escuchando las palabras de aquel guerrero misterioso y continuó aplastándolos con su pesada garra, cada vez, más y más fuerte.

Aquella voz era la de un hombre muy singular: Kanmeus Treu, el guerrero más poderoso y sagaz del reino del oeste, Khanexu's, el hijo prodigio del rey Treu. Este imponente luchador cogió de su cintura una extraña espada de doble filo y una parte de esta empezó a cambiar de color. De un momento a otro, la espada se encendió y brotaron de ella enormes llamas de fuego. Dio un gran brinco y deslizó la poderosa arma hacia el monstruo. Le había cortado parte la cabeza.

El rey Ginn observaba, desde el suelo, como la extraña espada había decapitado -con gran facilidad- al murckoo; mientras tanto, Gunder Ror se quitaba, con todas sus fuerzas, la pesada garra de la bestia para salir de allí.

Cuando se levantaron, Ginn quedó muy sorprendido por aquel hombre que había hecho semejante acto. Este tenía un aspecto muy extraño: llevaba una túnica negra muy larga con capucha y una curiosa espada al rojo vivo.

—¿Tú eres quien estuvo rondando la otra vez? —preguntó de inmediato el rey.

El silencio desesperó a Ginn y nuevamente se dirigió a él.

—¿Dime quién eres tú, guerrero misterioso?

Aquel tipo, sin decir palabra alguna, empezó a voltear lentamente y se quitó la larga túnica negra que llevaba. Su vestimenta interna era distinta: llevaba una armadura muy flexible con diseños de color plata en el dorso. Sus pantalones eran de un color rojo oscuro. Su rostro representaba juventud. Tenía el cabello largo y casi nada de barba. Usaba un pendiente inusual de plata en la oreja izquierda.

—Soy Kanmeus Treu, hijo de Kan Treu del reino de Khanexús. Estoy aquí solo por diversión, pero los vi tan entretenidos que quise participar en la fiesta —dijo sonriente.

—¿Qué es lo que estás diciendo? —contestó furioso Gunder Ror—. ¿Eres un tonto o qué?

—Bueno, creo que primero deberían ayudar a sus soldados antes de hacerme tantas preguntas.

Ginn lo miró de pies a cabeza. Le llamó mucho la atención esa atípica espada, que aún seguía en llamas.

—Veo que llevas la espada de tu padre —dijo el rey, acercándose a Kanmeus con pasos muy cortos.

—Es una larga historia, rey Ginn, después habrá momento de contarle; primero, ayudemos a los soldados que se encuentran heridos y luego hay que deshacernos de aquellas bestias —contestó, guardando su extraña arma.

—¡Desde luego que sí! —dijo Ginn—. Ya habrá tiempo de oír esa larga historia.

Después de aquel enfrentamiento contra los murckoos, los soldados, que aún seguían en pie, comenzaron a reunir los cadáveres que yacían en el castillo; otro grupo fue a retirar a las dos bestias muertas, aún con un poco de miedo.

En esos instantes, un aire gélido invadió el ambiente. Una de las bestias que estaba en el suelo, empapado de sangre, con la cabeza aún en su cuerpo, empezó a moverse e intentó levantarse.

Ginn y los demás soldados se sorprendieron mucho y un miedo empezó a invadirlos. Algunos empezaron a retroceder. El rey, inmediatamente, se dirigió donde Ralf se encontraba tirado para protegerlo. De pronto, el murckoo dio un gran salto, comenzó a mover la cabeza y se puso hablar.

—¡Interesante! Ustedes pudieron acabar con mis guerreros oscuros. No son tan inútiles como pensaba. Solo déjenme decirles que, muy pronto, pondré a todos los reinos en tinieblas y lograré destruir todas las torres de piedra.

Todos al escucharlo se quedaron atónitos. Aquella rara voz se les hacía conocida, ya que sentían que la habían escuchado hace poco.

En ese instante, Kanmeus, hijo del rey Kan Treu, se dio cuenta que no era un murckoo quien estaba hablando, sino otro ser que había poseído aquella bestia. Rápidamente, dijo:

—¡Barkun..., cállate de una buena vez, monstruo infernal! ¡YO MISMO TE DESTRUIRÉ! ¡SAL DE ESE CUERPO!

—¡Oh! ¡Eres tú, guerrero del fuego! Ahora sé quién acabó con mis súbditos. Me acuerdo muy bien de ti. Aún sigues vivo, pero muy pronto recuperaré todas mis fuerzas y, esta vez, no podrás escapar —replicó aquel maligno.

Kanmeus no aguantó más. No toleraba escuchar aquella voz y, de inmediato, desenvainó nuevamente su espada, la volvió a encender y con una gran ráfaga de fuego incendió por completo al murckoo moribundo y le cortó el cuello.

—¡Barkun, yo me encargaré de destruirte! —repitió nuevamente el joven guerrero.

Mientras el murckoo se quemaba, los presentes empezaron a mirar a Kanmeus con gran admiración. Asimismo, quedaron impactados por el nombre que había pronunciado haciendo referencia al ser siniestro que día antes se les había aparecido, en el reino, para darles aquella

advertencia. Hasta antes de ese momento solo lo llamaban maligno, pero ahora ya sabían de quién se trataba: Barkun.

Magia de Curación

Jazz seguía dentro del castillo con algunos soldados, pero al no escuchar ningún tipo de enfrentamiento, decidió abrir las puertas para averiguar qué había sucedido. No podía esperar más tiempo escondido.

—¡Soldados de Goussendor! —exclamó Jazz—. ¡Ayudemos a los nuestros!

Cuando salieron, solo llegaron a ver aquel guerrero llamado Kanmeus, que aún seguía con su espada de fuego encendida, frente a aquellos dos monstruos que yacían en el patio del castillo.

Jazz, sorprendido, se quedó viendo a aquel sujeto y gritó con fuerza.

—¿Tú quién eres?

Kanmeus, sin decir una sola palabra, dio media vuelta, agitó su espada y las llamas se apagaron en un instante. Luego, la guardó, tranquilamente, en la vaina que llevaba en su cintura.

—¡Jazz, por aquí! —dijo Ginn, tratando de levantar a Ralf que aún estaba inconsciente.

Al escuchar el llamado de su padre, desvió la mirada fija que tenía en Kanmeus. No obstante, seguía vigilándolo con disimulo por el rabllo de sus ojos. Al poco tiempo, al darse cuenta de que su hermano estaba herido, fue corriendo hacia él. En ese trayecto, cruzó por el lado izquierdo de aquel joven guerrero.

—¿Qué es lo que ha ocurrido con Ralf, padre? —preguntó Jazz—. ¿Qué eran esos monstruos?

—Solo se ha desmayado —respondió Ginn—. No hay nada de qué preocuparse. Vamos, ayúdame a llevarlo adentro para que descanse. Por otro lado, sobre esas bestias, ya les contaré más adelante. Aún tengo que averiguar algunos detalles de estos últimos acontecimientos. Te pido un poco de paciencia. No hay que expandir el pánico con los del reino.

—Esta bien, padre —accedió Jazz—, no hablaré de esto, pero qué les explicaremos a los reyes.

—Ya se me ocurrirá alguna idea —dijo Ginn—. Primero hay que trasladar a Ralf a dentro.

Cuando levantaron a Ralf para llevarlo a su habitación, Razzagel, Cleo y el caballo, aprovecharon en salir del salón de entrenamiento, donde se habían quedado escondidos.

El pequeño príncipe, con el pie muy adolorido, daba cortos pasos apoyándose del hombro de Cleo. No podía caminar por sí solo.

Jazz, al observar así a su pequeño y travieso hermano, se detuvo por un momento.

—¡Cielos! ¿Qué te sucedió?

—Mientras trataba de escapar de esos monstruos, tropecé con una raíz muy larga de un árbol gigantesco.

—Has tenido mucha suerte, ya que pudiste sobrevivir de esas bestias. Sin embargo, eso no te quita lo travieso que eres, hermanito. Yo, cuando tenía tu edad, no me hacía tantos líos.

Empezó a soltar algunas risas.

Luego, se acercó a Razzagel y lo cargó para llevarlo a su cuarto para que descanse.

—¿Padre, podrás tú solo con Ralf? —preguntó Jazz.

—No te preocupes por mí, hijo. Lleva contigo a Razzagel.

El rey miró a su alrededor para ver quién podría ayudarlo.

—¿Kanmeus, podrías darme una mano?

—¡Claro que sí! ¡Cómo no hacerlo, rey Ginn! —contestó, haciendo una fina reverencia.

—¿Padre, conoces a ese sujeto? —intervino Jazz. Su mirada nuevamente la puso en el joven

guerrero. Aún desconfiaba de él.

—A profundidad, aún no —susurró Ginn—. Pero... si no fuera por él, uno de los monstruos me habría asesinado y, seguramente, habría ocurrido lo mismo con todos. Creo que es una muy buena persona. Podemos confiar en este joven.

—Bueno, si así lo dices —indicó, aliviado, Jazz—. ¡Nos vemos, padre!

—Hermano, espera un momento —intervino Razzagel.

El pequeño se dirigió a su amigo Cleo.

—¿Podrías alimentar y darle de beber al caballo? Debe estar muy hambriento y sediento.

—No te preocupes, amigo mío. Lo haré —respondió de inmediato Cleo.

Cuando el duende empezaba a retirarse, el rey Ginn agregó:

—Cleo, apenas termines de alimentarlo, suéltalo al bosque y regresas de inmediato. Hoy te quedarás con nosotros. Tus padres no se encuentran en el reino, ya que los he enviado a las afueras a realizar unas labores muy importantes. Ellos volverán mañana muy temprano. Les prometí que te cuidaríamos.

—¿Cómo? —preguntó, sorprendido, Cleo—. ¿Y en qué momento se fueron?

Ellos partieron hace varias horas —respondió Ginn—. Por ahora, no más preguntas, solo apresúrate en dejar al caballo y regresar al castillo.

—Está bien señor —dijo Cleo.

El pequeño duende se sentía muy triste, ya que iba a ser la primera vez que pasaría la noche sin sus padres.

Mientras Cleo iba a darle de comer al caballo, Kanmeus y Ginn, rápidamente, levantaron a Ralf para llevarlo hacia su habitación. En el camino, Ginn le preguntó:

—Aquel ser que parece un espíritu terrorífico se llama Barkun, ¿cierto?

—Así es, rey Ginn —respondió Kanmeus—. ¿Ustedes no sabían nada de él?

—No, recién lo vimos hace unos cuantos días. Por ello, por lo pronto, te voy a pedir que no mencionemos nada de esto adentro. Mañana ya lo hacemos con mas tranquilidad. ¿Te parece?

—Como usted diga, rey Ginn —respondió Kanmeus, dándole un apretón de manos.

Cuando estaban por llegar a la gran puerta negra, Ginn llamó a Gunder Ror. Le pidió que no mencionara nada acerca del nombre pronunciado por el joven de Khanexu's ni de la rara espada que llevaba en su cintura. El mismo les explicará a los demás lo sucedido, ya que no todos conocían los objetos mágicos como los que llevaba Kanmeus ni el nombre de aquel maligno. Quería evitar el pánico.

Gunder Ror, con una voz firme, dijo que iba a hacer caso a todas las indicaciones. Luego dio media vuelta y se retiró a deshacerse de los cuerpos tendidos de los murckoos.

Ginn, con ayuda de Kanmeus, llevó a Ralf a su habitación y Jazz hizo lo propio con Razzagel. Luego, bajaron al salón principal.

Las habitaciones de los príncipes se ubicaban en la parte izquierda del segundo piso, por unos pasadizos y escaleras que daban al tercer piso. Estas se encontraban alineadas, según la edad: de mayor a menor

En el salón principal se encontraban todo los reyes y reinas. Estos discutían sobre el destino de

sus territorios. Ellos se habían escondido en aquel lugar al enterarse que los murckoos podían cruzar la barrera de magia que protegía a sus reinos. Fueron los únicos que no los llamaron monstruos o bestias, ya que sabían de su existencia y del daño que podían causar. Ginn, sin importar lo que murmuraban, les contó con lujos y detalles lo ocurrido afuera. Además, les mencionó el nombre del joven guerrero y la hazaña que había realizado.

—Así que te llamas Kanmeus —dijo Baffer Roncktone, padre de Zwein, en un tono poco amigable—. ¿Qué es lo que haces aquí?

Kanmeus no le dirigió la palabra; no quiso hablar con el rey de Windflurf. Años atrás, su padre, Kan Treu, había tenido una riña cuando aún él era un niño y recordó con ira aquellas palabras de desprecio de Baffer hacia el reino de Khanexu's.

Al sentirse humillado por aquel joven guerrero, Baffer se acercó muy despacio hacia él y, con su mano izquierda, apretó el brazo derecho de Kanmeus.

—Muchacho, no te vez tan fuerte que digamos —dijo, burlándose del joven guerrero. ¿En serio tú solo derrotaste a uno de los murckoos? Yo diría que has tenido suerte, un gran golpe de suerte para un endeble como tú. Es demasiado extraño que aquellas bestias hayan aparecido al mismo tiempo que tú.

Baffer, después de dirigirse a Kanmeus, miró a todos los presentes, alzando los brazos.

—Queridos amigos, sabemos muy bien que aquellos murckoos no pueden entrar por sí solos. La barrera de magia los hubiera destruido en un instante. ¿No les parece todo esto muy misterioso?

—¿Qué es lo que está insinuando! —vociferó Kanmeus—. Tenga cuidado con sus palabras que yo no he venido a este lugar para que lancen injurias sobre mí. Yo no soy enemigo de este reino. Yo soy hijo del rey Kan Treu. ¡Soy el príncipe de Khanexu's!

Entre murmullos, comenzaron a preguntarse si aquel joven guerrero era el príncipe de ese reino.

—¿Miren sus prendas? —susurraron algunos.

—No son las que suelen llevar la realeza de Khanexu's —dijeron otros—. Además, tiene un pendiente muy extraño en la oreja. Debe de ser un farsante, un impostor; sin duda alguna, se está haciendo pasar por el hijo del rey.

—¿Qué es lo que están murmurando? —dijo Ginn, mirando a todos a su alrededor—. Dejen al joven tranquilo. Vayan ahora mismo a descansar, es muy tarde para hacer tontas suposiciones y, por favor, no acusen ni piensen mal de las personas que aún no conocen.

—Como siempre, aún eres noble y blando —intervino Baffer—. Además, ¿tú qué nos puedes decir? Si no has salido de tu habitación en varios días. Eso es señal de debilidad. ¡Para todos nosotros, él es un extraño! Sus vestimentas e, incluso, su armadura no se asemejan a las de su reino. Aparte de ello, puedes explicarnos, ¿cómo los murckoos han podido entrar a Goussendor sin un solo rasguño?

—Bueno... aún no lo sé —indicó Ginn.

—¡CÓMO TE ATREVES A DECIR QUE NO SABES! —dijo, furioso, Baffer, empuñando su mano izquierda—. Nuestro mago utilizó un hechizo muy poderoso y logró que todas esas torres de piedras nos puedan proteger de los seres oscuros. ¿O acaso ya lo olvidaste?

—No, pero...

—Murckoos, guerreros oscuros, bestias e, incluso, elfos... elfos oscuros, no deberían tener acceso alguno a ningún reino. Y ni siquiera has investigado sobre aquel maligno que te ha colocado esos brazaletes negros. A ver, dime, Ginn, ¿tú qué has hecho por tu reino? —dijo Baffer muy exaltado, rociando saliva por todo su rostro.

Ginn respiró muy hondo.

—Ahora no te voy a responder nada, pero mañana, seguramente, sabremos todo lo que está ocurriendo.

Zwein, quien se encontraba en la habitación de Ralf, intentando calmar la fiebre que le había brotado, al escuchar el escándalo en el primer piso, bajó inmediatamente cortando la conversación.

—¿Padre, por qué estás gritando? No ves que hemos perdido a varios de nuestros soldados hoy. ¡Casi asesinan a mis dos hijos! También son tus nietos. Por favor, guarda un poco de respeto y silencio que tienen que descansar. Por otro lado, les pediré que no hablen mal de este joven, ya que si no fuese por su ayuda, no estaríamos vivos para contarlos. Ustedes no hicieron nada al respecto. Además, si este joven desearía matarnos o hacernos daño, ya lo hubiese hecho, pero aún sigue aquí con nosotros ayudándonos.

—¡Eso es cierto! —dijo Ghelly, muy reflexiva—. Esposo mío, vayamos a descansar, no deberíamos entrometernos.

Beffer se puso muy furioso. Pensó que había quedado en ridículo frente a los otros reyes. Él siempre quería tener la razón en todo y dudaba de cualquier persona que no conociera a cabalidad.

Ghelly, al ver el rostro enrojecido de Beffer, lo cogió suavemente del brazo, se recostó en él y trató de tranquilizarlo; luego, poco a poco, lo llevó hacia la habitación para descansar. Mientras se alejaban, los chillidos de Beffer aún seguían escuchándose.

Antes de entrar a su aposento, ella, con una voz muy suave, dijo:

—Querido esposo, debes tranquilizarte. Este es el reino en el que tu hija y su esposo gobiernan; tienes que respetar las decisiones que ellos tomen y, para ser sincera contigo, yo no veo malicia alguna en ese joven. Tranquilo. Mañana será un mejor día.

Ghelly lo abrazó fuerte, le dio un pequeño beso en la mejilla, y Beffer empezó a calmarse.

—¡Está bien, mujer! Tienes razón. Es mejor que ellos tomen sus propias decisiones.

Después que ambos se marcharon, todos los que se encontraban en el salón principal, se disculparon y agradecieron a Kanmeus por tal hazaña. Luego, también, se retiraron hacia sus habitaciones.

—Jazz —dijo Zwein—, lleva a este joven a una de nuestras habitaciones y dile a la señora Leni que le prepare una deliciosa cena. Seguro debe de estar muy hambriento.

—Gracias, señora Zwein —respondió, de inmediato, Kanmeus—. Le agradezco por su hospitalidad y por ser muy generosa conmigo, pero, en esta ocasión, no tengo apetito, solo deseo descansar. Espero lo comprenda.

—Vamos, no tengas vergüenza —replicó Jazz.

—¡Discúlpenme! Pero solo soy un extraño y ya les he ocasionado algunos problemas con sus conocidos —indicó Kanmeus.

—¡No es nada, hijo! —dijo Ginn, palmoteándole el hombro—. Vamos a la cocina a que nos preparen un delicioso platillo y luego ya nos iremos a descansar. Espero que estos reyes nos hayan dejado algo en las despensas.

Las risas entre ellos no se hicieron esperar.

—Jazz, tú también deberías cenar con ellos. Serás de gran compañía —opinó Zwein.

—Está bien, madre. ¿Tú no deseas venir con nosotros?

—No creo poder acompañarlos. Tengo que ir a ver a Razzagel a su habitación. Le dije a una de las sirvientas que le pongan algunas hierbas medicinales en el pie y que lo cubran con una venda

para que le calme el dolor. Luego, iré a ver a Ralf —explicó Zwein.

—Quisiera ir contigo a ver a mis hermanos. Me preocupa Ralf, ya que no despertaba —dijo Jazz.

—No es necesario, hijo, solo tiene un poco de fiebre. Está descansando y, por el momento, yo iré a verlo.

—De todas maneras, cuando terminemos de cenar, pasaré por su habitación —dijo Jazz.

—Por supuesto —susurró Zwein—. Puedes ir a verlo cuando acaben.

Mientras Zwein se dirigía a la habitación de Razzagel para saber cómo seguía su pie, Cleo se encontraba sentado enfrente de su amigo, en una mecedora muy grande.

Al entrar al cuarto y al ver al duende, se quedó muy sorprendida.

—¿A qué hora has llegado, Cleo? —preguntó Zwein.

—Hace unos minutos, señora —contestó y se paró inmediatamente.

—Ustedes dos no se pueden separar ni por un momento, ¿no? Pero ya es hora de que regreses a tu casa; tus padres deben estar esperándote. Por cierto, no los he visto por acá.

—No, madre, Cleo se quedará hoy con nosotros —intervino Razzagel—. Sus padres han salido del reino, y no retornarán hasta mañana.

—Así es, mi señora —acotó Cleo—. El rey les ha ordenado realizar algunas actividades fuera del reino. Bueno... eso fue lo que nos dijo.

—¿Qué será lo que estará tramando? —murmuró Zwein, tocándose el mentón con la mano derecha.

Razzagel y Cleo solo atinaron a mirarse y a abrir los brazos como símbolo de duda.

—¿Cleo y por qué has llegado a estas horas? —preguntó nuevamente Zwein.

Me encontraba alimentando al caballo que nos trajo de vuelta al castillo. Él fue quien nos salvó de esas bestias. Lo dejé en el bosque.

—¡Mmm! —exclamó Zwein—. Bueno, imagino que ustedes aún no han cenado. Voy a pedirle a la señora Leni que les prepare un bocadillo, par de traviosos. Regreso en un momento.

Zwein se retiró.

—Cleo, me hubiera gustado despedirme de aquel caballo —dijo Razzagel, con un suspiro.

—Cuando te recuperes iremos a buscarlo, así podrás despedirte correctamente.

Después de algunos minutos, Zwein regresó de la cocina con las manos ocupadas: traía, entre ellas, una pequeña fuente. La colocó al lado de la cama. En esta había algunas frutas picadas, dos vasos de leche fresca, queso, panes y algunas rosquillas dulces que les gustaban a todos los niños del reino.

—¡Espero que lo disfruten! —dijo Zwein, tocando la cabeza de Cleo.

—¿Qué delicia, madre! —indicó Razzagel, mirando los alimentos. Gracias por tanta atención.

Los pequeños empezaron a devorar todo lo que había en la fuente; parecía que no hubiesen probado ningún alimento en mucho tiempo; pero, cuando Razzagel se movió para coger una última rosquilla, su madre observó que la venda que ataba el pie de su hijo estaba muy suelta.

—¿Puedes levantarte un momento de la cama? —preguntó Zwein, desde la mecedora.

—¡Madre, no puedo! Mi pie izquierdo me duele mucho. No puedo caminar.

—¡Oh, hijo! Tranquilo. Veo que solo es una pequeña fractura. No te preocupes. Yo puedo ayudarte.

La reina se levantó de la mecedora, se dirigió hacia la cama, cogió el pie izquierdo de Razzagel con suavidad y empezó a retirar la venda que llevaba puesta. Cuando terminó de hacerlo, vio un gran hematoma cerca del tobillo.

—¡Vaya, qué sorpresa! ¡Yo te curaré! —dijo Zwein—. Pero debes prometerme que no te alejarás tanto del castillo, ya que no podría soportar que algo malo te llegase a suceder.

—Lo prometo, madre. Ya no iré tan lejos. Después de ver aquellas bestias, no pretendo salir del castillo —indicó Razzagel.

—Entonces, aliviaré ese dolor —dijo Zwein, muy optimista.

La reina cogió nuevamente el pie de su hijo, lo puso sobre la cama, formó un pequeño cuadrado con sus dos manos y dijo la siguiente frase:

—*Donn Ossium*.

Después de indicar esa frase, las manos de Zwein empezaron a resplandecer. Comenzó a separarlas muy despacio hasta formar una “U”. Luego, continuó moviéndolas, hasta formar un triángulo. En instante, una luz cálida y confortable salió de sus manos, e hizo desaparecer el hematoma y la pequeña fractura que tenía Razzagel en el pie.

—¡Esto es realmente increíble! —exclamó Cleo.

El pequeño duende se encontraba muy sorprendido; tenía los ojos saltones como los de una lechuza nocturna. Este nunca había visto una magia tan poderosa que sirviese para curar a los demás.

—Señora, usted es una persona admirable —dijo Cleo, con gran asombro.

—Gracias por el halago, pequeño duendecillo. Cuando tengamos un poco de tranquilidad en el reino, yo te enseñaré esta magia de curación. Será muy sencillo para ti porque tú eres un ser mágico y por tu sangre corre esa habilidad.

Cleo, al oír todo eso, se alegró muchísimo a tal punto que empezó dar varios brincos en toda la habitación. Desaparecía y volvía a aparecer varias veces de la emoción.

—¡Levántate de esa cama! —dijo Zwein—. Ahora sí podrás hacerlo. Ya no sentirás dolor.

Razzagel siguió la indicación de su madre y, de inmediato, dio un leve salto para ver si era cierto lo que le decía.

—¡Cleo! —gritó Razzagel—. Ya no siento dolor; ya no me duele. Mírame. Puedo saltar, ¡puedo saltar!

Cleo era el duende más feliz en ese momento. Aquella magia había curado a su mejor amigo en un instante y él quería saber cómo conjurar aquel hechizo. Sentía que muy pronto lo iba aprender, ya que Zwein le había prometido enseñarle.

Juntos empezaron a reírse y a dar grandes brincos en la habitación.

De pronto, varios gritos de desesperación y dolor se comenzaron a escuchar desde la habitación de Ralf; estos estaban llegando a todos los pasadizos del castillo.

Zwein, Cleo y Razzagel fueron a ver qué es lo que estaba ocurriendo. Al llegar, observaron cómo Ralf se retorció de dolor en su cama; parecía que algo le incomodaba desde su interior.

Ginn, que se encontraba en la cocina con Jazz y Kanmeus, también escuchó los gritos que venían desde el segundo piso.

—¡Padre, son los gritos de Ralf! —dijo, de inmediato, Jazz.

Este se levantó de la silla y desenvainó su espada. Corrió lo más rápido que pudo hacia el cuarto de su hermano. Kanmeus también lo siguió con su espada en la mano, ya que pensó que el enemigo había regresado y entrado al castillo.

Al llegar a la habitación, los dos jóvenes se detuvieron y se colocaron en cada lado de la puerta, en posición de ataque, sin hacer ningún tipo de ruido, para observar qué era lo que estaba pasando. De pronto, el rey Ginn llegó como un búfalo furioso y, de una patada, empujó la puerta. Al entrar se dieron con la sorpresa que Zwein, Razzagel y Cleo sujetaban, fuertemente, el cuerpo de Ralf. El dolor que sentía este era inmenso. Despertó a todos en el castillo con sus gritos; sin embargo, ninguno quiso salir de su habitación después de lo ocurrido con los murckoos.

—¿Qué es lo que está sucediendo aquí? —gritó Ginn, entrando bruscamente a la habitación.

—¡No lo sé! —dijo Zwein—. Por más que intentó revisarlo, no puedo; se mueve demasiado. ¡Vengan a sujetarlo!

—Jazz, Kanmeus, ayudemos a Zwein —dijo Ginn.

Ambos soltaron sus espadas y cogieron, cada uno, un brazo de Ralf; Ginn y los dos pequeños, las piernas.

Zwein comenzó a revisarlo de pies a cabeza, pero no encontraba absolutamente nada extraño hasta que Ralf irguió la cabeza y una extraña vena negruzca apareció en su cuello. Esta empezaba a avanzar lentamente hacia su oreja derecha.

La reina, al ver esa extraña línea negra en el cuello de su hijo, rompió bruscamente las ropas que le cubrían el dorso y observó que, en la costilla izquierda, tenía una diminuta púa oscura incrustada. Mientras Ralf se movía, aquella se enterraba más y más en su cuerpo. Las líneas negras empezaron a expandirse por todos lados.

—Señores, este es el veneno de un murckoo —dijo con firmeza Kanmeus—. Las venas negras simbolizan que la sangre está contaminada. Si llegan hasta la cabeza de Ralf, entrarán al cerebro y morirá de inmediato. ¡Déjenme ayudarlos!

Todos quedaron mirándolo. Él prosiguió.

—Primero debemos sacar esa púa que está en su costilla y hacerle un pequeño corte en la parte del cuello para que pueda salir toda la sangre contaminada.

—¡Adelante! ¡Hazlo rápido! —dijo Ginn muy exaltado.

Kanmeus cogió una pequeña daga, que llevaba en su pierna izquierda, y realizó los dos cortes que había mencionado.

Mientras la sangre contaminada drenaba del cuello, Ralf se desmayó. Quedó inconsciente nuevamente. Kanmeus guardó su daga y del bolsillo izquierdo de su cinturón sacó un pequeño frasco azul.

—¿Qué es eso? —preguntó Zwein, prestando mucha atención a lo que hacía Kanmeus.

—Este frasco contiene lágrimas de flor de campana. Las encontré camino aquí y cogí algunas de ellas. Esto ayudará a seguir purificando el veneno, además le calmará el dolor y cerrará las heridas que he abierto —explicó Kanmeus.

—¿Lágrimas de flor de campana? —dijo Zwein—. Estas solo crecen en un solo lugar. Has debido pasar por el bosque Oscuro, ya que solo la neblina de ese sitio, puede abrir aquellas flores. ¡Qué bueno! ¡Esto ayudará!

—Así es, señora.

—¡Entrégamelas que yo se las pondré!

—¡Vaya! ¡Vaya! Usted sabe demasiado. Se ve que conoce muy bien el bosque Oscuro.

—¡Por supuesto! —intervino Cleo—. Ella es una gran hechicera. La señora Zwein ha curado el pie de Razzagel en unos cuantos segundos.

—¡Oh! —dijo Kanmeus—. Ahora entiendo todo. He escuchado muchas historias en las que dicen que aquí en Goussendor existe una gran hechicera que utiliza la magia de curación. Es un gran don

el que usted posee.

—Se cuentan muchos mitos de mi habilidad, pero es necesario que no salga de Goussendor —indicó Zwein con severidad—. Cleo, esto también va para ti.

—No se preocupe, señora, esto será un secreto —prometió Kanmeus.

Cuando la sangre negra paró de salir del cuello y de la costilla de Ralf, Zwein derramó algunas gotas en las heridas del cuerpo de su hijo y aquellas líneas venosas empezaron a borrarle junto con los cortes que le había hecho el joven guerrero.

—¡Gracias por todo, Kanmeus! —dijo Ginn con un gran suspiro—. Qué hubiésemos hecho sin tu ayuda. Te debo mi vida y la de mi hijo.

Después del gran susto que habían pasado, Zwein cubrió a Ralf con una cobija y le colocó un paño húmedo en la frente.

Razzagel y Cleo, ya es hora de que vayan a dormir —dijo la reina—. Todos deberían hacer lo mismo. Dejemos descansar a Ralf. Mañana estará mucho mejor.

—¡Sí, tienes razón! —dijo Ginn—. Muchachos, salgamos ahora mismo de aquí que mañana nos espera un día muy duro.

—Yo quisiera quedarme a cuidar a Ralf, ya que no sé si es buena idea dejarlo solo. Quizás necesite algún tipo de ayuda en la madrugada —sugirió Jazz.

—No es necesario —dijo Zwein—. ¡Yo lo haré, hijo, no te preocupes! Ustedes necesitan descansar; han tenido un día muy complicado. Jazz, lleva contigo a Kanmeus y bríndale una habitación.

—Está bien, madre, lo dejo en tus manos. Kanmeus, vamos, yo te enseñaré tu habitación.

—De acuerdo, yo te...

Cuando el joven guerrero le estaba respondiendo a Jazz, Ralf, de un momento a otro, se levantó, inconscientemente, con los ojos entreabiertos, giró su cabeza hacia la derecha y, en segundos, se desplomó. Luego, empezó a convulsionar y botó un líquido viscoso por la boca.

Ginn no entendía qué era lo que estaba ocurriendo. Pensó que Kanmeus era el culpable de todo y que su extraña pócima era un veneno mortal. Se llenó de ira y lo empujó violentamente al guerrero contra la pared. Lo levantó con sus enormes manos, le apretó el pecho y empezó a gritarle:

—¿Qué es lo que había en ese frasco? —preguntó furioso—. ¡Respóndeme, ahora mismo!

—¡Suéltame! ¡Suéltame! —dijo Kanmeus con la voz entrecortada—. So-solo eran lágrimas de flor de campana... solo eso.

—¡Suéltalo ahora mismo! —gritó Zwein muy enfadada—. Lo que el muchacho dice es cierto. Yo conozco el aroma de esas flores y sus poderosos efectos. ¡Él no tiene la culpa!

Ginn seguía descontrolado.

—¡Es demasiado tarde! —exclamó Zwein—. Es hora de abrir la Habitación del sueño. Lleven a Ralf a la entrada. Yo les daré el alcance.

—¿Habitación del sueño? —dijeron todos.

El único que no preguntó acerca de este misterioso lugar fue Ginn.

—¡Sí, llévenlo ahora mismo, ya que no nos queda mucho tiempo! —replicó la reina. ¡Ginn guíalos a la entrada!

Kanmeus junto a Jazz levantaron a Ralf y lo llevaron hasta la entrada de dicha habitación guiados por Ginn. Aquellas venas negras empezaron a brotarle nuevamente, pero esta vez se esparcían muy rápido por todo su cuerpo. Parecía que era demasiado tarde. El veneno aún seguía en él.

Zwein corrió lo más rápido que pudo hacia su habitación. Se acercó al tocador donde había un espejo realmente enorme, con diseños de oro en los bordes, y empezó a empujarlo con todas sus

fuerzas, pero este era tan pesado que no logró moverlo ni un centímetro. Entonces, cogió una pequeña estatuilla de bronce que se encontraba cerca de ella y la lanzó hacia el espejo destrozándolo por completo. Detrás, se veía una pared de color gris que tenía un bloque diferente al resto; este estaba cubierto con un poco de masilla. Zwein desprendió aquella parte con facilidad e introdujo su mano derecha con el fin de encontrar un objeto muy preciado. Buscó y buscó y al fin pudo hallar lo que deseaba: un pequeño libro que tenía como título *Magicus donn* con letras legibles muy finas. Este, en la parte del centro, llevaba un extraño objeto de varios aros y una pequeña piedra circular de color verde en el medio de estos.

Zwein no tuvo tiempo de revisarlo. Cogió aquel libro y fue rápidamente a encontrarse con los demás. Todos se encontraban esperándola en el tercer piso, frente a una pared con bloques muy antiguos. Era la única pared que tenía un color distinto, pero nadie, en el castillo, se había percatado de ese detalle -ni siquiera el pequeño Razzagel, que era el más curioso de todos y que conocía perfectamente cada rincón del castillo.

—¿Padre, seguro que estamos en la entrada de dicha habitación? —preguntó Jazz, observando todos los pasadizos a su alrededor.

—Sí, esta es la entrada a la habitación del sueño —dijo Ginn—. Sé que no saben de su existencia, pero es tiempo que conozcan este recinto.

De pronto, Zwein apareció y, sin decir ninguna palabra, se paró enfrente de aquella pared y empujó, con su mano derecha, un bloque de ladrillo muy antiguo, desgastado por el paso de los años. En instantes, aquel se esfumó y apareció, en vez de este, un símbolo tallado en piedra, igual al que llevaba su libro en la cubierta. La reina, rápidamente, arrancó el objeto de la portada y lo colocó en aquella parte, como si fuese una llave que abriría un portal secreto.

La extraña piedra de color verde del objeto comenzó a resplandecer e hizo que los aros giren a su alrededor. Cuando estos se detuvieron, la pared empezó a abrirse de lado a lado. En el interior, se contemplaba un pequeño pasadizo secreto que nadie, absolutamente nadie, conocía, excepto Ginn, Zwein y la señora Leni.

Todos, de inmediato, entraron a aquel lugar. Después de dar unos pasos, vieron una puerta circular con el mismo diseño del objeto misterioso. Al parecer, este solo era una llave que les había permitido ingresar. Zwein tocó con su mano derecha el centro de la puerta y esta empezó a moverse, emitiendo un leve chillido.

Cuando las puertas se abrieron por completo, los primeros en entrar fueron Ginn y Jazz, ya que cargaban a Ralf; luego, siguieron Razzagel, Cleo, Kanmeus y Zwein.

En aquella habitación se sentía mucha paz. El entorno era muy fresco, aun, sin tener ventanas por las cuales pueda entrar el aire.

—Sean todos bienvenidos a la Habitación del sueño —dijo Zwein.

Ni bien estuvieron adentro, las puertas se cerraron súbitamente. Quedaron, en principio, en completa oscuridad, pero, poco a poco, iban apareciendo unas pequeñas bolitas de luces, como si fuesen pequeñas luciérnagas. Aquellas venían en diferentes direcciones, traspasaban los cuerpos de todos, y hacían que la habitación tenga luz propia.

Esta era enorme; tenía muchos objetos antiguos y en el medio había un círculo gigante con el mismo símbolo que estaba en el libro.

—¡Rápido! —gritó Zwein—. Coloquen a Ralf al medio de esta circunferencia.

—¡De acuerdo! —exclamó Ginn.

Ginn, junto a Jazz, llevaron el cuerpo casi moribundo de Ralf al círculo, mientras los demás miraban con asombro lo que acontecía. Para Razzagel y Cleo todo esto era mágico, habían piezas

realmente increíbles adentro.

Aléjense lo más que puedan de este círculo —dijo Zwein. Necesito un poco más de espacio para realizar este hechizo.

Colocó el libro en el piso, lo abrió y buscó, entre una de las páginas, un título que decía *Donnsonna lux vitae*.

Entre aquellas hojas, habían varios círculos dibujados, varias posiciones y movimientos de manos. Eran instrucciones sin duda alguna.

Luego de observar aquellos bocetos, Zwein se arrodilló, colocó sus dos manos abiertas, y empezó a decir palabras difíciles de entender, como si estuviese hablando en una lengua antigua; sin embargo, no había nada escrito: solo se apreciaba los dibujos.

De un momento a otro, todos guardaron silencio. Se quedaron observando, sin decir ninguna palabra, cada movimiento que ella hacía. Finalmente, una luz dorada surgió de aquel círculo donde Ralf se encontraba.

Zwein, de inmediato, se puso de pie, juntó las manos y formó un círculo cerca de su abdomen. Luego dijo:

—*Donnsonna maximum*.

Pronto, las manos de Zwein se llenaron de una extraña energía de luz. Esta se conectó con el símbolo dibujado en el piso. Todo el cuerpo de Zwein empezó a brillar junto al de Ralf.

Razzagel y Cleo quedaron maravillados con ese espectáculo. Los ojos del pequeño duende brillaban de emoción al ver a Zwein haciendo aquel hechizo. Mientras, los demás se encontraban atónitos al ver, por primera vez, a una hechicera de curación realizando tal magia.

—¡Madre, eres extraordinaria! —exclamó Jazz.

—¡Silencio! —dijo Ginn—. Aún no termina, nadie haga ningún tipo de ruido.

Mientras tanto, Ralf seguía retorciéndose. Toda esa luz que brotaba del círculo y de Zwein, empezó a tomar forma de una esfera brillante y entró al cuerpo de Ralf. Zwein, sin moverse del lugar donde se encontraba, levantó las dos manos y de nuevo aquella esfera de luz, tan dorada como el sol, salió del cuerpo de Ralf y se elevó. Esta había sacado todo el veneno y sangre contaminada. De inmediato, aquella esfera se torno negra y dio varios giros en la parte superior de la habitación.

Por fin, todo había acabado. Zwein dirigió la mirada hacia Ralf y observó que el cuerpo de su hijo había vuelto a la normalidad. Entonces, movió sus manos y dirigió esa esfera de luz hacia un recipiente muy antiguo de piedra, que estaba rodeado de varios espejos, para ocultarla. Cuando al fin Zwein, terminó ese proceso, cayó al piso. Se encontraba muy débil.

La reunión de los reinos

Al día siguiente, después de todo lo ocurrido la noche anterior, Ralf se despertó muy temprano. Tenía un fuerte dolor de cabeza y un sabor amargo en su boca. Recordaba, muy vagamente, que una de las bestias le había dado un gran golpe en el pecho. Se levantó de la cama, con el cuerpo adolorido; se dirigió hacia su espejo, que era muy largo y ovalado; se miró todo el dorso y no tenía ni un solo rasguño.

Dijo en voz alta, medio incrédulo:

—Ha sido un sueño terrible.

—No, Ralf, no ha sido ningún sueño. Todo lo que ha pasado fue real —dijo Ginn.

Ralf se quedó asombrado al ver a su padre en su habitación.

—Quedaste inconsciente después de aquel enfrentamiento que tuvimos contra los murckoos. Te has salvado gracias a tu madre —comentó Ginn.

—¿En serio? —preguntó con un leve quejido—. ¿Y qué son esos seres llamados murckoos? ¿Por qué han llegado hasta aquí?

—Por supuesto, tu madre te ha salvado. Sé que tienes miles de preguntas acerca de todo lo acontecido, pero ya habrá tiempo para contarte todo esto a detalle. Por el momento, sigue descansando un poco más. Le pediré a la señora Leni que, luego, te traiga algunos alimentos para que recuperes tus fuerzas.

—Estoy bien. Solo déjame cambiarme y-y-y... bajaré en unos minutos —dijo, agarrándose la cabeza en señal de dolor.

—¡No! Hoy te quedarás en tu habitación. Te lo ordeno como tu padre y rey de Goussendor.

Con aquel mandato, Ginn dio media vuelta y se retiró de la habitación de Ralf.

En todo el reino, empezó a correr mucho viento, un viento muy helado que congelaba hasta los huesos. No era una mañana cualquiera. Era señal que el invierno pronto llegaría a Goussendor.

Mientras tanto, Kanmeus, que también se había despertado muy temprano, salió a caminar. Después de haber hecho su recorrido, fue hacia la parte más alta del castillo. Para llegar a su cometido, caminó por varios pasadizos; y, luego, subió a una de las torres del lado derecho. Este lugar era amplio, rectangular y sin techo. Gozaba de una vista espectacular: se podía visualizar todo el reino. Veía cómo las aves dejaban sus nidos, cómo las ardillas llevaban sus moras y nueces a sus refugios, y cómo otros animales entraban al bosque a buscar un lugar para los meses de invierno.

Razzagel y Cleo, en ese preciso momento, llegaron hasta esa parte de aquella torre para disfrutar del día porque sintieron, desde muy temprano, el viento helado que soplabla fuerte y, para ellos, eso significaba una sola cosa: nieve..., nieve en todo el castillo y ese lugar era el primero donde se llenaba de esos pequeños cristales de hielo. Ellos, en esta parte, podrían jugar haciendo bolas y lanzarlas uno al otro, armar muñecos o, quizás, hasta unos bellos ángeles. La nieve los ponía realmente muy felices. No obstante, sabían que todavía faltaban algunas semanas para que esta aparezca en el reino.

—¿Señor Kanmeus, qué hace usted solo aquí? —preguntó Cleo.

—Lo mismo que ustedes dos: sentir el viento acariciar mi rostro y esperar, con alegría, los primeros copos de nieve.

De pronto, un sonido muy agudo interrumpió la conversación. Una campanilla empezó a tintinear fuertemente. Aquel objeto era mágico, ya que se escuchaba por todo el inmenso castillo con tal solo dar un pequeño movimiento. Era la señora Leni que llamaba para que se sirvan el desayuno.

Ella daba cuatro campanadas para el desayuno, tres para el almuerzo, dos para la merienda y una para la cena.

—¿Qué es lo que está sonando? —preguntó asustado Kanmeus.

—Es la campanilla de la señora Leni —dijo Razzagel—. De esa forma, ella nos avisa cuando el desayuno ya está servido en la mesa. Vamos rápido, Kanmeus, porque a ella no le gusta que la hagan esperar con toda la comida servida.

—¿Qué forma tan rara de avisar! —dijo Kanmeus.

—No diga eso. La señora Leni se resentiría si llegase a escucharlo. Ella se esmera mucho en cocinar. Le cuento que hace unas rosquillas deliciosas que le van a encantar.

—Oh, me has abierto el apetito —respondió el joven guerrero.

—Hay que darnos prisa —dijo Razzagel, corriendo hacia el comedor junto a cleo. Kanmeus al escucharlo aceleró el paso y los siguió.

Cuando entraron al comedor principal, vieron a todos los invitados sentados en una gran mesa. El príncipe de khanexu's se quedó muy sorprendido. Añoró aquellos días cuando vivía en su castillo.

—¡Dios mío! —susurró Beffer—. Desayunaré con este individuo.

Ghelly, que se encontraba junto a Beffer, levantó su pie debajo de la mesa y le dio un pisotón.

—Querido esposo, puedes calmarte de una buena vez —susurró Ghelly, en la oreja de Beffer. El rey de Windflurf miró a su esposa y respiró muy hondo.

—Niños, vengan por aquí —dijo Leni, amablemente—. Joven Kanmeus, acá hay un espacio también para usted.

—Venga por aquí, Kanmeus —gritó Jazz, mostrándole un espacio a su lado para que pueda sentarse a desayunar.

Todos ya incorporados en la mesa del comedor principal empezaron a disfrutar del gran banquete que la señora Leni había preparado con mucho ahínco; sin embargo, nadie en la mesa hablaba: ni un pequeño diálogo se llegaba a escuchar.

De pronto, Razzagel tomó una rosquilla y se la ofreció a Kanmeus.

—Prueba —dijo Razzagel—. Te gustará mucho. La salsa dulce que hay adentro hará una explosión de sabor ni bien la muerdas.

—Está bien, la probaré —dijo Kanmeus, muy agradecido.

Kanmeus se quedó viendo la rosquilla. Parecía de buen tamaño. Cuando dio el primer mordisco, explotó toda la salsa de moras que tenía adentro y manchó toda su barba, y rostro de color morado.

—¡Te lo dije! Te dije que te iba a gustar demasiado —dijo Razzagel, poniéndose a reír.

El pequeño le había preparado una de sus típicas bromas. Todos los presentes observaron cómo el rostro de Kanmeus se puso de color morado y empezaron a dar grandes carcajadas.

En ese preciso momento, Zwein, repentinamente, dejó de reírse y, con gran asombro, dirigió su mirada al balcón, que tenía las puertas entreabiertas. Observó cómo la nieve empezaba a caer. Se levantó de la mesa, caminó hacia una de las puertas, la abrió y, en instante, una ventisca helada entró al comedor principal.

Todos, absolutamente todos, comenzaron a levantarse de sus sillas y se dirigieron hacia el balcón

sin poder creer lo que veían. Estaban muy sorprendidos. Ginn no sabía qué pensar ni qué decir; solo observaba como caía la nieve, menuda y pausada.

—Falta casi medio mes para que comience a nevar en Goussendor. Es muy extraño que esto pase ahora —comenzaron a decir entre murmullos.

De pronto, se comenzó a escuchar un gran ruido que venía desde el cielo. Era como un gañido muy agudo. Todos movieron sus cabezas de lado a lado, tratando de buscar de dónde venía aquel sonido.

—¡Es un halcón! ¡Un halcón... blanco! —gritó Razzagel.

Sin duda alguna, era un halcón blanco. Este era más grande que los habituales. Volaba, alrededor del castillo, con una imponente elegancia y planeaba sus grandes y hermosas alas. Sus gañidos se escuchaban por todo el lugar.

En el último círculo que hizo, miró a todos y se dirigió, a gran velocidad, al barandal del balcón donde se encontraban.

El halcón blanco se quedó parado, por unos cuantos segundos, viendo a cada uno de los reyes (de izquierda a derecha). Beffer se acercó, muy despacio, para espantar a aquella ave; pero, de inmediato, una luz blanca cubrió por completo al animal.

Los presentes, sorprendidos, dieron un paso hacia atrás. Poco a poco, el halcón empezó a hacerse cada vez más grande. Se empezó a transformarse delante de todos. Cuando al fin dejó de brillar, pudieron observar que se trataba de una persona que vestía una túnica de color azulina con bordes áureos muy finos y zapatos largos de punta; a su vez, poseía un medallón dorado que le colgaba en el cuello y un bastón largo de color gris.

Cuando Razzagel lo vio, se acordó de aquel sujeto que había divisado en el almacén.

—¡Yo sé quién es usted! —exclamó Razzagel—. ¡Usted es el mago que vive aquí en el castillo!

Al escucharlo, el sujeto, de inmediato, dio media vuelta para ver a Razzagel y, sin decir nada, se retiró la capucha que le cubría la cara. Era un rostro aún joven, como si los años no pasaran por él. No podía creer que era el mago del que tanto le había hablado Cleo. Resultaba inaudito para Razzagel que él sea el mago que tanto admiraba.

—¡ Es usted, señor Monderhen! —dijo Ginn, inclinándose enfrente de él.

Todos los reyes comenzaron a hacer lo mismo y luego le preguntaron:

—¿Qué lo trae de nuevo por aquí, señor? No ha cambiado en lo absoluto.

Monderhen, al ver este gesto, dijo:

—Levántense, amigos míos. Dejemos la formalidad hoy. Hace mucho tiempo que no los he visto y me doy cuenta que han envejecido, queridos reyes y reinas. Después habrá tiempo para que puedan contarme, con más tranquilidad, cómo les ha ido. Ha estado ocurriendo muchos acontecimientos y tengan por seguro que estamos en un gran peligro. Desde este momento, todos tienen que partir hacia sus reinos, juntar a sus soldados y dar aviso a los demás pueblos que se encuentren a sus alrededores. Sé que la relación no es muy buena con algunos de los seres mágicos, pero ahora es el momento que todos nos unamos —indicó el mago.

Todos se quedaron atónitos con la revelación. Monderhen caminó hasta la salida de la puerta del comedor principal, dio un pequeño giro y dijo muy exaltado:

—¿Qué esperan para seguirme? Por favor, solo un representante de cada reino entrará a la Sala de reuniones que está ubicada en el último piso de este castillo. Los demás pueden continuar con lo que estaban haciendo.

—Monderhen, hay un pequeño problema —dijo Ginn.

—¿Qué tan pequeño es? —preguntó el mago—. ¡LES DIJE QUE ME SIGAN!

—Pero, señor...

—Tranquilo, Ginn, yo sé muy bien que Fherll Bonn y Kan Treu, los reyes de Glowmbur y Khanexu's, respectivamente, están muertos. Por ello, Aurora que tome el lugar de Fherll y aquel joven que venga con nosotros en representación de Kan.

—¿QUE? ¿Cómo que tu padre está muerto? —preguntó Ginn, muy sorprendido, a Kanmeus.

—Se lo iba a contar hoy. Aún no habíamos hablado de eso; tampoco el motivo por el cual yo estoy aquí —respondió Kanmeus.

—¡Sígueme de una buena vez! —gruñó Monderhen—. ¡No perdamos más el tiempo! Ya habrá momento de responder esas preguntas.

Ralf, a pesar de que se encontraba todavía muy débil, había llegado hasta el comedor. Después de haber escuchado todo lo que había mencionado el mago, dijo:

—Y-y-yo... yo también quiero participar. ¡Déjenme hacerlo por favor!

—Sí, sí, tú también deberías venir con nosotros. Seguramente, podrás servirnos de mucha ayuda —dijo Monderhen.

Todos empezaron a desplazarse hacia la entrada del castillo, cerca a la gran puerta principal.

—Eres terco, Ralf, te ordené que te quedaras en tu habitación; aún no te encuentras bien —expresó molesto Ginn.

—Lo sé, solo que no pude quedarme en la habitación: hacía demasiado frío. Cuando iba del cuarto al comedor, escuché que nos encontrábamos en gran peligro; por ello, te pido que me dejes ir contigo —respondió, aún tambaleándose.

—¡GINN, QUÉ ES LO QUE ESPERAS! —bramó furioso Monderhen—. ¡Ven rápido!

El rey, junto a Ralf, fue con los demás.

—Todos nos encontramos aquí, ¿verdad? —preguntó Monderhen, mirando si alguno faltaba.

—Sí, todos estamos completos —respondió, de inmediato, Beffer.

El mago empezó a dibujar un círculo alrededor de los presentes y, cuando terminó, golpeó su bastón dos veces al piso diciendo *Vanishka*. Aquel hechizo hizo que empiecen a elevarse unos metros del piso y luego, que desaparezcan del lugar. Este hecho dejó en el ambiente un rastro de pequeñas bolas azules en forma de destellos.

—Aún no pierde su estilo —dijo Zwein, con una gran sonrisa en el rostro.

—¿Que? —dijo Jazz, muy sorprendido—. ¿Conoces a esa persona?

—Así es, hijo —respondió Zwein—. Pero creo que algunos no saben nada de aquel, así que, hasta que ellos bajen de la reunión, no habrá preguntas, y eso va para todos.

—Madre, solo quiero saber una cosa: —intervino Razzagel—. ¿dónde se fueron?

—Se fueron a la Sala de reuniones —respondió Jazz inmediatamente—; este se encuentra en el último piso del castillo.

Luego de que Jazz responda dio media vuelta y se acercó a Diana para seguir tomando el desayuno. Los demás que se quedaron hicieron lo mismo.

Mientras tanto, Razzagel y Cleo, entre susurros, hablaban de aquella magia que había realizado el mago. Estaban muy sorprendidos. Comieron lo más rápido que pudieron para seguir platicando de lo acontecido.

Segundos después de que Monderhen los había llevado al último piso del castillo con sus poderes, caminaron solo unos pasos y llegaron a la puerta de la Sala de reuniones.

—¿Cómo hemos llegado tan rápido hasta aquí? —preguntó sorprendido Ralf—. Este es el último

piso del castillo.

—Este es uno de los innumerables trucos de un mago. Ellos pueden trasladarse a distintos lugares en un abrir y cerrar de ojos. Sin embargo, algunos seres mágicos, como los duendes también tienen esta habilidad, aunque estos solo pueden ir a corta distancia.

—Es muy extraño que nosotros, los humanos, poseamos ese don llamado magia. No obstante, hay unos seres llamados kreinlls quienes han fabricado, por años, objetos mágicos. Es muy difícil de obtener uno de esos, ya que no son de compartir lo suyo —explicó Beffer.

—Beffer, estás muy bien informado —dijo Monderhen—. Pero no lleguemos a ese punto todavía. De pronto, todos comenzaron a ingresar al salón. Kanmeus y Ralf, que jamás habían entrado ni visto este lugar, observaron una mesa rectangular, de regular tamaño con varias sillas y objetos fuera del lugar. En ese momento, Monderhen, de nuevo, utilizó su magia y reordenó todo el ambiente en un instante.

—Siéntense rápido —dijo Monderhen, cerrando las cortinas y la puerta de la entrada al salón.

—¿Señor, qué es lo que está ocurriendo? —preguntó, de inmediato, Aurora.

—Sí, todos, en esta sala, queremos saber lo que está ocurriendo —dijo muy preocupado Teuthell Krot, rey del reino de Berrotolk—. ¿Por qué estamos en gran peligro? ¿Qué es lo que ocurre?

—Comencemos —dijo Monderhen—. Hace varias semanas que he estado muy preocupado y empecé a investigar. Nos encontramos en medio de un gran peligro. No solo en Goussendor, sino, en realidad, en todos los reinos y lugares donde puedan habitar seres vivientes.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó Ralf.

—Hace poco, ustedes han presenciado que un ser maligno los ha estado atormentando. Además, los murckoos han comenzado a entrar al reino, ¿verdad? —dijo Monderhen.

Los presentes se quedaron pensativos al saber que el mago estaba al tanto de todo. Este prosiguió mirando a todos los presentes.

—El nombre de ese maligno es Barkun.

Todos quedaron boquiabiertos, a excepción de Ginn y Kanmeus. Para los demás tanta fue la sorpresa de escuchar ese nombre tan siniestro que se paralizaron por completo.

—¿Como conoces a ese ser? —preguntó, de golpe, Beffer.

Él es un espectro, uno de los tres jefes de la oscuridad y, por cierto, el más fuerte de ellos, pero ustedes jamás lo llegaron a ver en aquellos días de oscuridad. Antes, este ser fue un mago, el primero de todos. Alcanzó la inmortalidad mediante hechizos y rituales oscuros. No cabe duda que es muy peligroso. Se dice que aquel que intenta conseguir más poder por medio de magia oscura, se va destruyendo, hasta volverse un espectro con aspecto tétrico y calavérico.

Barkun ha regresado, después de treinta años, y solo hay una sola explicación: él intenta despertar a Leyarbelin, la diosa maligna del reino oscuro.

—Esperen un momento —dijo Ralf—. ¿De quién estamos hablando? ¿Quién es Leyarbelin?

—Entiendo. Veo que algunos no saben de lo que estoy hablando. Ahora mismo les contaré, brevemente, de aquellos años siniestros —dijo Monderhen, levantándose de la silla.

Caminó por todo el salón, dando pasos cortos, apoyado de su bastón y con la mano derecha atrás. Mientras iba de un lugar a otro, empezó a narrar:

—En este mundo existían dos hermanas: Katrina y Leyarbelin. Ellas dos crecieron en este maravilloso lugar donde habitaban seres mágicos, humanos, gigantes y bestias en total armonía. No obstante, cuando las dos niñas comenzaron a crecer, se percibía que algo malicioso se desarrollaba en Leyarbelin. Pareciese que la oscuridad la llamaba desde muy pequeña.

Kanurhen, padre de Katrina y Leyarbelin, varios siglos atrás, había castigado a algunos seres malignos, ya que estos solo buscaban hacer atrocidades. La misión de este ser poderoso era deshacerse de ellos, pero sintió piedad y, solamente, los desterró a una oscuridad eterna. Debido a ello, él creó un reino siniestro, alejado de todo, llamado Badardor, un área realmente tenebrosa. Este tenía una única entrada, ubicada en lo más profundo de la Montaña oscura. Los seres que vivían en aquel lugar, poco a poco, comenzaron a revelarse ante el castigo impuesto por Kanurhen. Este, al ver la maldad que habitaba en ese lugar, se dio cuenta que había creado un espacio lleno de maldad y rencor con seres sin amor ni corazón.

Asimismo, creó a Los cinco reinos, que hoy en día nosotros conocemos, llamados así, en conmemoración a las cinco tribus humanas que existieron por primera vez. Cabe resaltar que existían otros reinos más antiguos como el de los seres mágicos; sin embargo, Kanurhen había compartido tanto con los humanos que se encariño con ellos, ya que estos no tenían poderes ni objetos mágicos con qué defenderse.

Debido a esto, para protegerlos, decidió sellar la única entrada al reino de Bardador. Para esta hazaña, él llamó a los tres elfos más poderosos de los bosques, a dos kreinlls, famosos herreros, y a nosotros, los tres magos de las montañas. Junto a Kanurhen, realizamos ese proceso. Después de haber sellado aquel portal, él nos entregó cinco cristales de poder y nos pidió crear cinco armas indestructibles.

Los kreinlls, que son conocidos como herreros mágicos, trabajaron durante varios días en la creación de las armas. Los tres elfos más antiguos y nosotros, los tres magos, combinamos los cristales con las cinco armas brindándoles poderes ocultos. Cuando estaban listas, se las entregamos a Kanurhen. Él les dio un nombre, relacionado al origen de este mundo, a cuatro de las cinco armas: el del aire, el del fuego, el del agua y el de la tierra. A la última arma le otorgó un poder especial, es decir, aquel que cuando cayera la oscuridad, volvería a dar luz de vida, de esperanza para todos.

Después de ello, Kanurhen convocó a los cinco jefes de las aldeas de los humanos (en esos días, aún no se denominaban reyes) y a cada uno les entregó un arma. Al jefe de Khanexu's, le entregó la espada de doble filo y la llamó "La espada del fuego"; al jefe de Windflurf le entregó dos dagas doradas y las llamó "Las dagas del viento"; al jefe de Glowmbur le entregó un báculo de color plata y lo llamó "El báculo sagrado del agua", al jefe de Berrotolk le dio dos guantes negros y los llamó "Los guantes indestructibles de la tierra"; y por último, al jefe de Goussendor le entregó "La espada de la luz".

Cuando terminó de entregar las cinco armas, les dijo: "Cada reliquia que les he encomendado tiene conexión con un elemento de la naturaleza; estas solo serán escuchadas al que posea un corazón puro y tenga deseos de mantener la paz. Ustedes serán los protectores de las tierras de sur, del norte, del este, del oeste y del centro".

Estos objetos serán llamados Las armas mágicas contra la destrucción. Con estas, podrán mantener seguros a los reinos de cualquier peligro que los puedan acechar.

Luego de ello, Kanurhen nombró reyes a los jefes de las aldeas y les brindó el espacio necesario para que formen sus enormes castillos y puedan vivir en paz con todos sus pobladores.

Cuando Katrina y Leyarbelin obtuvieron una sapiencia y edad adecuadas, Kanurhen las reunió en el pico de La montaña helada, donde ellos vivían, para delegar los territorios. A Katrina, su hija menor, le entregó el dominio de Los cinco reinos y me eligió para que sea guía de ella. A Leyarbelin, su hija mayor, le otorgó más poder y le dijo: "Deseo que tú lideres el reino de Bardador; ellos necesitan de una gobernante rígida, debido a que se encuentran totalmente solos y

desorientados. Hasta que no acepten sus errores y el daño que han causado, no serán perdonados. Por ello, hija, quiero que te encargues de esos seres. Sé que contigo recapacitarán, ya que tú eres una persona justa y cauta. De esta manera, por fin, algún día volveremos a vivir en paz en este hermoso mundo, donde no exista maldad alguna”.

Sin embargo, a Leyarbelin no le había gustado la idea de su padre, debido a que ella deseaba gobernar Los cinco reinos y al no poder contradecirlo, se fue obligada al reino oscuro de Badardor a liderar a todos los temibles y malignos seres que habitaban en ese lugar, junto a su guía Itanzgul, el mago de la montaña Oscura.

Después de casi un siglo, la hora final de Kanurhen había llegado: cayó muy enfermo. Su último deseo era ver de nuevo a su hija Leyarbelin, mas no pudo, ya que ella no deseaba hacerlo por el rencor que le tenía.

Nosotros ni los elfos, que tienen el poder de curar, pudimos salvarlo. Lamentablemente, falleció.

Por otro lado, Leyarbelin cada vez se iba llenando de ira, furia y rencor. Odiaba a su padre realmente, ya que jamás le había gustado la idea de gobernar un lugar frío y siniestro, donde ni siquiera caía los rayos del sol. Poco a poco, el reino oscuro fue consumiéndola. Tiempo después, Leyarbelin y el mago Itanzgul se convirtieron en personas malignas. Estos crearon, desde las entrañas de la montaña Oscura, a otros tipos de seres malignos como orcos, ettins y crenwolts. En poco tiempo, reunieron un enorme ejército y se vislumbraba una gran batalla.

Al ejército del reino de Bardador, se unieron los elfos oscuros, aquellos que habían sido castigados por Kanurhen siglos atrás. Los seres malignos que habitaban allí junto a su reina Leyarbelin, nombraron a sus tres jefes de la oscuridad y uno de ellos fue Barkun, el primer mago de este mundo, un ser maligno que tiene la habilidad de transformar, poseer e hipnotizar a seres muy poderosos; además, entrar en sus sueños para así atormentarlos. En realidad, puede hacer eso a aquellos que contengan, en su corazón, una pizca de maldad y pensamientos perversos o a seres débiles que acepten pertenecer al lado oscuro. Estos, de inmediato, se llegan a convertir en personas oscuras dominados por la maldad.

Con Barkun de aliado, Leyarbelin e Itanzgul abrieron el portal -que una vez sellamos- y conectaron el reino Oscuro con Los cinco reinos. Ese hecho puso en tinieblas a todos.

Luego, Barkun, con las artes oscuras que manipula a la perfección, convirtió a los humanos más fuertes de todos los reinos en sujetos oscuros. Primero fue a Khanexu's, luego a Berrotolk, donde reunió a un ejército de miles de hombres. A todos ellos les otorgaron armas muy poderosas con magia oscura del mago Itanzgul.

Finalmente, después de reunir a todo un ejército completo, Leyarbelin pidió a Katrina que se uniera a ella para que juntas puedan manejar a todos los seres y gobernar un nuevo mundo. Sin embargo, esta no accedió a aquella petición y, al negarse, la ira de su hermana aumentó aún más. De esta manera, dio inicio a la gran batalla entre Los cinco reinos y el reino de Badardor.

Los reyes se reunieron y decidieron utilizar las armas mágicas que Kanurhen les había entregado. Estos, junto con todas sus tropas, se unieron al enorme ejército conformado por gigantes, bestias, elfos, kreinlls y otros seres mágicos; no obstante, fueron cayendo poco a poco. Primero, fue derrotado Danm, padre de Aurora, y con él desapareció el Báculo sagrado del agua; después, le tocó el fin a Dhren, abuelo de Teuthell, y con él desaparecieron Los guantes negros indestructibles de la tierra. Solo quedaron, Baffer, Kan y Ginn con las tres armas restantes.

Era difícil, sin dudas, derrotar a Leyarbelin, ya que esta se había vuelto muy poderosa.

Katrina al ver que todos los hombres comenzaban a caer, junto a los seres mágicos y bestias,

utilizó gran parte de su poder para realizar un gran hechizo: del suelo surgió una gran ola de fuego que acabó con la mayoría del ejército maligno e, incluso, logró herir de gravedad a Leyarbelin. Sin embargo, esto no la hizo retroceder, debido a que aún tenía un as bajo la manga: sus temibles monstruos voladores llamados Crenwolts y miles de murciélagos gigantes que llegaban, a gran velocidad, a atacar desde el cielo.

Como la reina de Bardador seguía destruyendo todo lo que Katrina amaba, esta me pidió que lleve las últimas tres armas al pico de la Montaña helada para salvaguardarlas si es que algo terrible pasase, así que fui a pedírselas a los reyes que aún seguían con vida.

No obstante, antes de ello, tomó parte del poder de cada una de estas y lo guardó en su cetro para realizar un último hechizo: crear una esfera mágica indestructible para encerrar a su hermana si es que no entraba en razón.

Katrina intentaba que Leyarbelin la escuche y pueda redimirse, sin embargo esta no le hacía caso y seguía atacándola con varios hechizos repetidos. Yo no podía ir a defenderla, ya que me encontraba rodeado de varios Crenwolts e intentaba realizar el encargo que me había encomendado. Sobre el lomo de mi fiel compañero, el rey de todas las aves, fui a cumplir con la misión.

En esos instantes, pude observar, desde lo alto, la verdadera intención de Katrina: estaba dejando que Leyarbelin la ataque y se acerque más para realizar su última arremetida. Cuando esto ocurrió, no desaproveché la oportunidad y, de inmediato, realizó el poderoso hechizo llamado *Doomlock*. Este era el más fuerte que tenía, ya que traía consigo parte del poder resguardado de las tres armas mágicas en su cetro. Al ejecutarlo, Leyarbelin se trasladó, en unos segundos, a la esfera mágica que Katrina había creado.

En ese entonces, pensamos que todo, por fin, había terminado, pero al parecer nos equivocamos. Después de tenerla encerrada, la llevamos directo a lo más profundo de las cuevas de Neptanzal, un lugar totalmente árido, donde habitan los hombres lobos de plata.

Parecía que la paz había llegado para todos. Leyarbelin había caído derrotada y con ella todo su ejército. No obstante, no todo había terminado ahí, ya que Itanzgul aún seguía con vida junto a los guerreros oscuros de Barkun.

Desde la grieta de una montaña que quedaba muy cerca de ese lugar, aquel esperó, sigilosamente, a que saliéramos de las cuevas donde llevamos a Leyarbelin y, junto a sus guerreros, arrojó una lanza de luz que atravesó el cuerpo de Katrina. Fue, en ese momento, donde, como último recurso, cogí el medallón dorado de ella y, con el misterioso poder que este tiene, pude acabar con el mago Itanzgul.

Luego, utilicé todo mi poder y realicé un hechizo contra los guerreros oscuros: trasladé sus almas malignas a unos animales que estaban cerca de las grietas de la montaña; sin embargo, como este conjuro era muy potente, no logré controlarlo y ellos pudieron convertirse en unas fieras gigantes, hoy conocidas como murckoos. Aquellos empezaron atacar a los que aún seguían de pie y acabaron rápidamente con algunos elfos, humanos y otros seres. Por ello, para defender a todo ser viviente y para que todos los reinos quedaran protegidos, coloqué cinco torres de piedra que están conectadas a un objeto de gran poder que se encuentra al fondo de las cuevas de Neptanzal. De esta manera, estos seres y algunos crenwolts, que seguían con vida ocultándose entre las nubes, no volverían a pisar nuestras tierras. Durante treinta años, hemos pensado que todo había acabado, pero como verán... no es así. Barkun pudo sobrevivir a la gran ola de fuego, y aún sigue con vida. Ha estado escondiéndose por mucho tiempo para recuperar su poder. Los guerreros oscuros que ustedes han combatido todavía le siguen siendo fiel.

En todo este tiempo, ha llegado a someter a varios seres mágicos muy poderosos de diferentes lugares, convirtiéndolos en seres malignos. Pero lo que me inquieta de todo esto es que aún no he podido averiguar su verdadera ubicación. Solo sé que en la montaña Oscura no se encuentra.

Es por eso que los he reunido aquí. Tenemos que acabar con él de una vez antes que logren liberar a la poderosa Leyarbelin.

—¡Esto es inaudito! —dijo furioso el viejo Baffer—. Las cuevas de Neptanzal están rodeadas de un campo de magia que Katrina y tú crearon; además, las resguardan los hombres lobos de plata. Es imposible que alguien, con sentido común, deseara entrar allí, a menos que quiera ser asesinado.

—Creo que todos sabemos eso, Baffer, de eso no hay duda —dijo Monderhen—. Pero por una simple razón Barkun puede entrar a Los cinco reinos, e ignorar, en cierta medida, las torres de piedra que coloqué como protección.

—¿Cómo puede ignorar una magia tan poderosa como la suya? —dijo Teuthell Krot, levantándose de la silla.

—En el pecho lleva dos botones dorados que los kreinlls fabricaron para Kanurhen. Esos objetos mágicos absorben cualquier tipo de magia, por ello puede ingresar con ligereza, a pesar de las barreras que protegen a los reinos. Sin embargo, como él no tiene el poder suficiente, se cierran muy rápido; debido a esto, no comienza un ataque. Barkun tiene bajo su poder a algunos kreinlls que están ayudándolo a crear armas mágicas para destruir por completo las cinco torres de piedra. Si logra su cometido, pondrá a todos, nuevamente, en las tinieblas: el campo de magia desaparecerá y podrá entrar con todo su ejército a atacar a los hombres lobos; luego de eso, fácilmente recuperará la esfera donde Leyarbelin se encuentra encerrada, ya que, al desaparecer las torres, también disipará el hechizo que conjuramos junto a Katrina. Este hechizo está cubierto por un campo de magia que conlleva en su interior una pluma de fénix. Este elemento impide que en ese lugar se use magia u objetos mágicos; además, este hace que nadie pueda coger la esfera. Ni siquiera yo, siendo un mago, podría tocarla, y si un ser común llegase a intentar retirarla, tendría una muerte aterradora. Sin embargo, si destruyen las cinco torres, sí sería posible... Ese es un punto débil. Por ello, queridos amigos, tenemos que acabar con el último jefe de la oscuridad y defender las torres mágicas —explicó Monderhen.

Todos quedaron muy sorprendidos al enterarse de aquella hazaña que había hecho el mago junto a Katrina.

—¿Pero cómo Barkun pudo conseguir esos botones dorados? —preguntó, furibundo, Ginn.

—Esos botones estuvieron en mi poder. Kanurhen me los entregó antes de morir —contestó Monderhen—. Tu padre Dolcal fue el culpable de todo; él los robó y se los entregó a Leyarbelin. Ella le había ofrecido ser uno de los gobernantes del nuevo mundo que formaría.

Los presentes escuchaban atentos. El mago prosiguió.

—¿Por qué crees que te entregó La espada de la luz? Las armas mágicas solo pueden ser escuchadas a quienes tengan un corazón puro y deseen mantener la paz en este mundo.

—¿Entonces... es verdad que Barkun mató a mi padre? —preguntó Ginn.

—Sí, lo hizo cuando fuiste a la batalla junto a los otros reinos, pero todos pensaron que murió de un ataque al corazón. La verdad es que ese ser maligno destruyó su mente y luego le estrujó su corazón —respondió Monderhen.

—Ahora, todo tiene sentido —dijo Ginn, inclinando la cabeza.

Todos se quedaron unos segundos en completo silencio, hasta que...

—Señor Monderhen —dijo Teuthell—, ¿qué tiene en mente?, ¿qué es lo que debemos hacer?

—Debemos reunir Las cinco armas mágicas para destruir a Barkun y al ejército que está reuniendo —sugirió Monderhen.

—Mmm... bueno, por el momento, no se podrá —dijo apenado Beffer—. Las dagas del viento desaparecieron del reino, junto con mi hijo, jefe del ejército de Windflurf. Lamentablemente, no se ha vuelto a saber nada de él ni de las dagas. Yo se las entregué para que sea el siguiente protector. Me pareció que alguien joven, astuto y de buen corazón como él, las llevara consigo; sin embargo, una noche después de una gran discusión conmigo, decidió partir del reino, llevándose consigo el arma. Mandé a muchos de mis soldados a buscarlo por varios años con el fin de que retorne al castillo, pero ha desaparecido sin dejar rastro alguno.

—¿Qué es lo que dices? —dijo enfurecido Monderhen—. ¡No puedo creerlo! Como siempre tus impulsos te han traicionado; aún no aprendes a controlarte. ¿Así te consideras un rey tolerante? Tendrán que encontrarlo como de lugar, ya que él es el nuevo protector de las dagas.

—¡Esperen todos! ¡Hay que calmarnos en momentos como estos! —dijo Kanmeus—. Yo aún conservo La espada de doble filo de mi padre y la llevo conmigo.

—Yo también, la mía —dijo Ginn—. Pero, hay un gran problema, no puedo usar La espada de la luz, debido a estos brazaletes negros que me colocó aquel maligno, además me imposibilitan salir de este reino.

—Déjame verlos —dijo Monderhen—. ¿Cuándo ocurrió esto?

Se quedó sorprendido por toda la magia oscura que irradiaba de estos objetos.

—Aproximadamente, hace una semana. ¿Puedes retirármelos? —preguntó Ginn, en un tono suave.

—No, rey Ginn, no podré retirarlos, tiene magia de los kreinlls y está combinada con una magia oscura peculiar. Solo si destruimos a Barkun podrás liberarte de estos brazaletes.

—¡Maldición! ¡Maldición! —gritó Ginn, golpeando bruscamente la mesa con sus puños.

—No se preocupen —dijo Kanmeus, mostrando su espada—. ¡Yo mataré a Barkun! En todo este tiempo aprendí a utilizar la espada de mi padre.

Cuando Kanmeus mostró la espada de fuego, la mirada de Ralf cambió repentinamente. Jamás en su vida había visto un objeto mágico. Ansiaba tener uno.

—¿Cómo es que tú tienes tan valiosa espada? —preguntó Ralf.

—¡Es cierto! —dijo Kanmeus—, ahora, les diré cuál fue el motivo que me trajo a este reino —continuó—. Estoy aquí para pedirles La espada de la luz y buscar las demás armas mágicas para destruir a Barkun. Deseo vengar al reino de Khanexu's y a mi padre.

Todos se quedaron mirando a Kanmeus. Este siguió explicando.

—Hace unos meses que ese maligno llamado Barkun hechizó, con su gran poder, al gigante de fuego del volcán Barquedrell. Este es uno de los gigantes que protege las cuevas de Neptanzal y su nombre es Odrewill. También llevaba unos brazaletes negros como los del rey Ginn. Este ser ha destruido casi todo el reino de Khanexu's. Recuerdo que cuando intentó llegar al castillo, con los pocos hombres que nos quedaban, lo atacamos, pero fuimos cayendo poco a poco. Mi padre utilizó todo el poder de La espada del fuego, sin embargo, no le pudo hacer daño alguno. Aquel gigante lanzó unas enormes llamas y quemó por completo el castillo.

En esos momentos de desasosiego, Barkun apareció y al ver que varios hombres pedían ser salvados, les ofreció ayuda a cambio de que formen partido de su ejército. Algunos aceptaron y, rápidamente, empezaron a cambiar a guerreros oscuros.

Mi padre y yo seguimos luchando hasta el último, pero Odrewill lanzó otra enorme llamarada.

Pudimos salvarnos, en primera instancia, ya que con la espada se logró formar un escudo que nos pudo proteger; no obstante, Barkun voló muy rápido hacia nosotros y clavó sus garras en el cuello de mi padre. Cuando lo vi caer, tomé su espada y fui a atacarlo. De esta arma mágica, salió una enorme llamarada. No obstante, en ese momento, el gigante Odrewill aprovechó que yo estaba sin protección y, con el gran mazo que llevaba en la mano, me golpeó en el pecho y quedé inconsciente.

—¿Y cómo has sobrevivido? ¿Cómo puede ser que el reino de Khanexu's... haya sido destruido? —preguntó Baffer, con mucha impotencia y con las dos manos puestas en la mesa.

—Yo había quedado herido, pero un kreinll, amigo mío, fue el que me ayudó y me mantuvo a salvo en el lugar donde ellos viven —respondió Kanmeus.

—¿Todo el reino quedó destruido? —preguntó Teuthell Krot.

—Todo no. Hay lugares donde aún no ha atacado. Seguro que hay cientos de personas que deben estar ocultándose en los alrededores —dijo Kanmeus.

—Mientes —dijo Teuthell Krot—. Yo pasé hace más de dos semanas por esas tierras y no vi ni un solo vestigio de alguna batalla.

—¡Eso es imposible! —dijo Kanmeus—. Yo estuve en aquella lucha. Después de dos meses viviendo con los kreinlls, aprendí a utilizar esta poderosa espada. El rey de los kreinlls fabricó para mí este pendiente plateado; con este puedo utilizar todo el poder mágico de La espada del fuego.

—¿Y con cuántas personas Barkun fue a atacarlos? —preguntó Aurora, observando cada movimiento del joven.

—Solo fueron el gigante y ese espectro —dijo con énfasis Kanmeus.

—¿Qué? —dijeron todos—. ¿Solo ellos dos?

—Sí, así es —contestó Kanmeus.

—Pero por qué no hay ninguna señal de batalla —vociferó Teuthell.

—No lo sé —dijo Kanmeus—, no lo sé. No tiene sentido lo que pregunta. Yo estuve ahí cuando mataron a mi padre. No me explico por qué no vio nada cuando pasó por allí.

—Mmm..., entonces, puede ser una sola cosa —dijo Monderhen, chasqueando los dedos.

—¡ESTE MUCHACHO MIENTE! —dijo furioso el viejo Baffer, señalándolo con su mano derecha.

—No es así, estimado Baffer —deslindó el mago—. Creo que debes relajarte por un momento. Si todo lo que dice Kanmeus, es verdad, entonces esto solo puede ser producto del encantamiento de los kreinlls. Ellos pueden ocultarse mediante sus hechizos de reflejo, o espejismo, de esta forma logran pasar desapercibidos frente a nuestros ojos. Es un tipo de magia muy distinta a la mía. Por ello, aunque el reino de Khanexu's esté destruido por dentro, no se verá jamás eso por fuera. Solo si logran entrar, podrán ver la realidad del estado en que se encuentra el reino. Eso explica lo que menciona Teuthell.

—¡Tiene razón, señor! —dijo Kanmeus—. Los kreinlls usan ese tipo de magia. Yo estuve a salvo en el lugar donde viven ellos. Este queda muy cerca de Khanexu's —prosiguió—. Cuando yo terminé de aprender a utilizar el poder de la espada combinado con el de este pendiente, averigüé un poco más de las armas mágicas. Conseguí la ubicación de La espada de la luz y vine a Goussendor. El kreinll que ayudó a crear las poderosas armas me dijo: “La espada de la luz puede encontrar a las demás armas perdidas”. Por todo ello, hoy me encuentro delante de ustedes.

—¿Eso es verdad, señor Monderhen? —preguntó Ginn, pasando un poco de saliva.

—Así es, amigo mío —respondió el mago. Estas armas las creamos con el único fin de proteger a

todo ser viviente. Como los humanos no tenían poderes mágicos y no podían defenderse frente a otras criaturas malignas, les otorgamos, a ustedes, estas armas. Sin embargo, si llegaban a morir sin haberlas transferido a nuevos protectores, de corazón puro, se desvanecerían de inmediato hasta que lleguen otros dignos de poseerlas. Cabe indicar que la única capaz de no desaparecer es La espada de la luz.

El cristal con que está forjada no permite que se pierda. Además, es la única arma que tiene incrustado el cristal en el mango.

Todos quedaron atentos al relato.

—Pero también hay otra forma —añadió Monderhen—. Un arma mágica aparecerá solo si el nuevo protector tiene la necesidad imperiosa de usarla para un fin noble, la desea de corazón y está cerca de ella. Todas pueden escuchar los sentimientos, los deseos de cada persona; es decir, las armas eligen a los protectores.

En este caso, Kanmeus puede usar La espada del fuego porque él se encontraba cerca de ella y, al morir su padre, esta buscó al siguiente protector. Sin duda alguna, encontró en él las ganas de cuidar y ayudar a su reino. Desde ese momento, la espada le correspondió. Sin embargo, no podrá usar La espada de la luz, ya que uno no puede utilizar dos armas mágicas. Solo el protector que la tenga esta última podrá encontrar las demás. El cristal que se encuentra en el mango hará brillar toda la espada cuando esté muy cerca de otras y, de esta manera, podrá hallarlas.

Kanmeus comprendió lo que el mago le explicaba.

—Por eso, si te entregamos La espada de la luz, no te servirá de nada —dijo Monderhen—. Primero, tendremos que esperar a que el nuevo protector de esa espada aparezca para que te pueda ayudar en la búsqueda de las armas mágicas contra la destrucción.

—Pero..., señor Monderhen —dijo Kanmeus—. No podemos perder más el tiempo. Si Barkun recupera sus fuerzas, todo estará perdido.

—Tiene razón este joven —dijo con firmeza Teuthell Krot.

—Entonces hay una solución, ¿verdad? —preguntó Ralf.

—Sí, sí la hay —dijo Monderhen.

—No hay nada más que decir —dijo Ralf—. Yo llevaré La espada de la luz y ayudaré a Kanmeus a encontrar las demás armas mágicas.

—¡Muy bien! ¡Entonces, está decidido! Me parece un gran plan. Mañana probaremos si eres tú el protector de la espada —dijo Monderhen, con una leve sonrisa—. Ahora todos ustedes tienen que volver a sus castillos y preparar a sus ejércitos para todo lo que se avecina. Mientras tanto, yo me encargaré que los seres mágicos protejan cada punto estratégico de los reinos.

La reunión, finalmente, había terminado. Sin embargo, cuando se encontraban a punto de retirarse de aquella sala, escucharon un chillido que venía desde el cielo; este era tan agudo y fuerte que todos empezaron a temblar.

—¡Por fin está aquí! —dijo Monderhen, dando media vuelta—. Subamos a la azotea.

—¿Qué es lo que sucede? —dijeron todos.

—No pregunten y subamos —respondió Monderhen.

¿Pero... dónde se encuentran las escaleras? —preguntaron, observando todo el salón.

¡Oh! —exclamó el mago. Esperen un momento.

Monderhen, de inmediato, con su bastón, dio un leve golpe a una de las paredes que se encontraba al frente de la mesa, donde estaban reunidos; luego, susurró un hechizo: *Ocultsite*. De pronto, aquella pared se retorció abriéndose desde el medio; segundos después, una escalera había

aparecido enfrente de todos. Sin emitir pregunta alguna, comenzaron a subir muy rápido. Cuando se encontraban en la azotea del castillo, se dieron cuenta que un enorme animal descendía del cielo, aunque solo se veía una sombra gigantesca. Pronto observaron sus tremendas alas desplegadas, que las agitaba muy despacio para descender, creando una ventisca helada. La sorpresa fue aún mayor al ver que entre sus garras llevaba a los duendes que se encontraban inconscientes.

—¡Effio! ¡Kellhy! —gritó Ginn, corriendo hacia el animal—. ¡SUCIA AVE! ¿Qué has hecho con ellos?

—No hizo nada, rey Ginn —dijo Monderhen—. Mi ave no es culpable de esto. Él solo fue a ayudarlos. Te escuché pedirles a los duendes que vayan averiguar a las cuevas de Neptanzal qué estaba sucediendo. Tú has cometido este error. Los mandaste sin protección alguna. ¡Pero déjame enmendar tu falta!

Monderhen se acercó, de inmediato, donde el ave había dejado a los dos duendes; luego, dibujó un círculo alrededor de ellos, dio un gran soplo y dijo:

—*Levanisset.*

La piedra que se encontraba en aquel bastón del mago comenzó a brillar. De este, brotó una luz cálida alrededor de ellos, golpeó al piso, dos veces, nuevamente, con su bastón y, en un instante, los duendes abrieron sus ojos.

—Señor Ginn, joven Ralf, señor Monderhen, ¿qué es lo que hacen aquí?, ¿dónde estamos? —preguntaron los duendes muy desorientados.

—Se encuentran en la azotea del castillo, queridos amigos —contestó Monderhen, con una sonrisa sublime en el rostro.

—¿Qué es lo que les ha pasado? ¿Cómo han terminado así? —preguntó, de inmediato, Ginn.

—No recuerdo muy bien... Solo sé que Hannuilt, el jefe de la manada de los hombres Lobo de plata, nos comenzó a atacar; tratamos de trasladarnos, usando nuestros hechizos, pero no podíamos emplearlos; me pareció muy extraño; hasta que, sus garras nos alcanzaron y caímos al suelo; tratamos de movernos y tampoco podíamos; solo alcancé a ver que un animal se acercó volando... No recuerdo nada más —respondió Effio.

—¿Kellhy y tú recuerdas algo más? —preguntó de nuevo.

—No, mi señor, recuerdo lo mismo que Effio—. Creo que algo extraño les debió ocurrir a los hombres lobos, ya que jamás los he visto tan extraños. Solo recuerdo aquellos ojos nublados. Parecían estar ciegos. Sin embargo, al momento de escapar, observamos la esfera donde se encuentra encerrada Leyarbelin. Aún sigue allí. Eso es todo lo que puedo recordar.

—No, querida Kellhy —dijo Monderhen—. Lo que sucede que los hombres lobos de plata están bajo la hipnosis de Barkun.

Hannuilt es un poco agresivo; desea siempre ser el más fuerte entre todos y estoy seguro de que Barkun los ha convertido, a él y a su manada, en sus esclavos, o por los menos intenta hacerlo. Ustedes no pudieron moverse por una simple razón: sus garras de plata pueden dejarlos en estado inerte, como si estuviesen petrificados; de este modo, ellos inmovilizan a sus atacantes y ganan la pelea.

Los duendes comprendieron lo que les había ocurrido.

—¿Se fijaron si llevaban unos brazaletes puestos? —preguntó Monderhen.

—No tenían y sé a qué se refiere —respondió Effio.

—¡Qué bueno! —dijo el mago. Luego respiró profundo, haciendo un pequeño silbido.

Les explicare. Los ojos nublados o grises indican que no los controla por completo. La hipnosis es

solo una habilidad que posee, mas no un hechizo. En cambio, si tuviesen los brazaletes negros, sus ojos serían negros o amarillos penetrantes por completo. Eso sí sería un gran problema, ya que ellos son muy fuertes —aclaró Monderhen.

Los duendes asintieron.

—Tiene razón, señor. Odrewill tiene los ojos amarillos —exclamó kanmeus inmediatamente, empuñando los puños contra la mesa.

—Lo sé —dijo Monderhen—. Con él ya no podemos hacer nada, ya que forma parte de la oscuridad. Sin embargo, con Hannuilt sí tenemos opción de regresarlo a la normalidad; él sería un gran aliado.

Monderhen se quedó pensando por unos cuantos segundos mientras comenzaba a caer la nieve con mucha intensidad. Todo el bosque, en poco tiempo, se había cubierto de blanco. Los grandes copos empezaban a caer desde lo alto de los árboles.

En ese momento, el ave que trajo a los duendes empezó a abrir sus gigantescas alas y voló hacia el barandal de la azotea. Algunos no conocían al gran compañero de Monderhen y retrocedieron, con un poco de temor.

—¡No teman! —dijo Monderhen, caminando hacia el barandal—. Este animal es mi fiel compañero. Es el rey de todas las aves; él vive en la montaña helada. Lo conozco desde que era un polluelo.

Aquella ave era inmensa. Tenía el pecho de color blanco; su lomo y sus alas, en cambio, combinaban dicho color con el gris. Su cabeza era como la de un águila. En esta, tenía dos bigotes largos por el pico y una gran melena en forma de cola de caballo.

—Su nombre es Hisszeld y es mi gran compañero —dijo el mago. Effio, mi querido y viejo amigo, él los pudo rescatar de las cuevas de Neptanzal.

En aquellas cuevas, no se puede usar ningún tipo de magia. Katrina se encargó de hacer un gran hechizo de protección con la pluma de un ser muy sagrado: un fénix. Aquella pluma, sumada a la magia y el poder de la piedra de mi bastón, hace que objetos o hechizos no sirvan; por ello, que los hombres lobos de plata cuidan ese lugar. Estos seres son perfectos para este tipo de trabajo: ellos son buenos cazadores y no usan ninguna magia —explicó el mago.

—¡Gracias! —exclamó Kellhy, con una pequeña voz solloza—. Gracias, Hisszeld por rescatarnos.

Aquella ave dio un gran chillido; dio media vuelta extendiendo sus dos grandes alas para emprender su vuelo y... de pronto, Monderhen, de un brinco, subió a su lomo.

—Queridos amigos —dijo el mago—, partan mañana hacia sus reinos, antes del amanecer, y no olviden lo que les indiqué. Ah, también recuerden que utilizar los portales está prohibido, es decir, no deben trasladarse por ningún motivo. Ya les explicaré a detalle esta indicación más adelante —continuó—. Rey Gimm, mañana al mediodía, volveré para iniciar el plan estratégico. Por ahora, tengo algo pendiente que realizar.

Después de dar aquellas indicaciones, Monderhen dejó el castillo junto a su fiel compañero Hisszeld.

Despedida antes del amanecer

Al retirarse el mago, los demás fueron a la entrada que Monderhen había hecho aparecer; sin embargo, se quedaron sorprendidos, ya que esta se encontraba totalmente cerrada y, por más que buscaron, no hallaron la salida.

—¿Cómo bajaremos de aquí? —preguntaron algunos reyes.

—¡Effio, Kellhy! —dijo Ginn—, ¿pueden trasladarnos a todos hasta el primer piso?

—¡Por supuesto! —respondieron—. Por favor, tómense de las manos.

—Vengan. Hagamos lo que dicen los duendes —dijo Ginn.

—¿Estamos completos, verdad? —consultó Effio.

—Sí, todos estamos acá reunidos —respondió Kanmeus, con el cuerpo tembloroso.

—Kellhy, contemos hasta tres —dijo Effio.

—Uno, dos y... tres —contaron los duendes.

En breves instantes, todos los presentes ya se encontraban en el salón principal.

Ginn, antes de retirarse, les pidió a todos que sean muy discretos con la plática que tuvieron con el mago.

—Hagamos lo que nos sugirió Monderhen —dijo Ginn—. Partan hacia sus reinos antes del amanecer, reúnan a sus ejércitos y díganles lo que está ocurriendo. Yo haré lo propio acá en Goussendor.

—¡De acuerdo! —exclamó Bffer—. Ahora, todos salgamos de acá.

—Esperen un momento —dijo, con firmeza, Teuthell Krot—. Escuché decir al mago que aún está prohibido utilizar los portales, ¿cierto? o ¿acaso entendí mal?

—Así es, rey Teuthell —dijo Ginn—. Monderhen tendrá una fuerte razón para no emplearlos.

—Pero si no los usamos, al menos los de mi reino, tardaríamos, casi dos semanas, en retornar tal como demoramos a nuestra llegada. Cabe resaltar que vinimos muy rápido, ya que tengo a los a los caballos más veloces de todas las tierras —replicó Teuthell Krot.

—Si el mal ha regresado, es mejor ser precavidos y seguir las órdenes del mago aunque tardemos en volver —indicó Aurora.

—Probablemente, puedan regresar más rápido, señores —dijo Effio—. Disculpen que los interrumpa, pero Kellhy y yo, podemos dejarlos muy cerca, de esta manera solo tardarían unos cuantos días en llegar a sus respectivos reinos.

—Tienes toda la razón —afirmó Aurora—. Pero solo háganlo con Teuthell y Bffer, ya que son los reinos que se encuentran más alejados. Nosotros podemos irnos por nuestra cuenta, debido a que estamos cerca de Goussendor.

—No se diga más —asintió Bffer—. Partiremos antes del amanecer.

Bffer se acercó a Kanmeus y a su nieto Ralf, y les dijo:

—¡Muchachos, encuentren todas las armas mágicas! En sus manos está el destino de todos. Nosotros nos encargaremos de darles el tiempo necesario.

—Abuelo, es la primera vez que te noto así —dijo Ralf.

Ralf se sorprendió al escuchar a su abuelo hablando de ese modo. Él siempre se mostraba duro

con los demás.

—Bueno, entonces, todo está decidido —dijo Ginn—. Ahora es momento de actuar con naturalidad.

Los reyes asintieron con la cabeza en señal de aprobación.

—Effio y Kellhy, recuerden no mencionar ni una sola palabra sobre lo conversado. Mantengámoslo en secreto —indicó Ginn.

—No se preocupe, rey Ginn, no mencionaremos esto a nadie —dijeron los duendes.

Cuando salieron del salón principal, todos estaban muy tensos, ya que recordaban lo que el mago les había dicho. Se acercaron, lentamente, al comedor y, en ese momento, Razzagel fue corriendo hacia Ginn.

—Padre, se han demorado demasiado. Mira por la ventana. Está nevando muy fuerte. Mañana habrá tanta nieve alrededor que podremos armar muchos muñecos —dijo el pequeño, con la sonrisa de lado a lado.

El rey seguía pensando en la situación complicada que tenían que afrontar, mientras Razzagel seguía hablando.

—Jugaremos, ¿verdad? Padre..., padre, ¿me escuchas?

Beffer, al darse cuenta de que Ginn no respondía ni una sola palabra a su hijo, intervino.

—¡Claro que sí! Tu padre jugará contigo.

Cargó a Razzagel para que no pueda preguntar más.

—¡Oh..., qué pesado estás! Recuerdo que, cuando eras muy pequeño, te podía cargar con una mano... sí, con una mano; cabías en mi palma, en esta palma —explicó, mostrándole su mano izquierda.

—¿Abuelo, mi padre se encuentra bien? —preguntó Razzagel.

—Sí, solo está un poco cansado. Solo eso, ¿verdad, Ginn? —dijo Beffer

Ginn aún no respondía. Se había quedado parado como si fuese una estatua. De pronto, movió la cabeza y comenzó a caminar.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué me miran así? —preguntó Ginn.

—Te quedaste sin hacer nada, no te movías y ni siquiera hablabas —contestó Ralf—. ¿Te encuentras bien?

—Sí..., sí lo estoy, pero me siento muy cansado. Iré a mi habitación a recuperar energías —dijo el rey, agarrándose la cabeza—. ¡Disculpen todos! Nos veremos luego.

Mientras Ginn se dirigía a su habitación, Cleo apareció en el comedor y observó que sus padres se encontraban detrás de la reina Aurora. El pequeño duende, con una gran sonrisa en el rostro, fue corriendo a darles un gran abrazo. Jamás se había separado tanto tiempo de ellos. Así haya sido solo un día.

—¿Dónde han estado?

—Una larga historia —dijo Kellhy—. Tenemos mucho que contarte. Vamos a casa. Te prepararé un delicioso platillo para almorzar.

—¡Vamos entonces! —dijo emocionado Cleo.

Antes de retirarse, el duendecillo volteó y se dirigió a Razzagel.

—¡Adiós, amigo! Nos vemos mañana para armar esos muñecos de nieve. ¡Ya quiero verlos!

—Claro que sí. Yo también quiero armarlos —respondió Razzagel—. Tengo varias cosas en mi

habitación para ponerles. ¡Nos vemos, querido amigo!

En ese momento, Zwein observó a Kellhy fijamente; esta tenía un rostro desencajado: su mirada lo decía todo. Sin embargo, solo levantó la mano derecha para despedirse y, sin decir ni una sola palabra, dio media vuelta y desaparecieron del castillo.

—Nosotros también iremos a tomarnos un descanso —dijo de inmediato Baffer, con un gran bostezo—. Luego empacaremos para retornar a Windflurf. ¡Salgamos de aquí, Ghelly!

—Espera un momento, padre. ¿Qué es lo que está sucediendo? ¿Hay algo que debo de enterarme? —preguntó Zwein, con un rostro lleno de intriga.

De pronto, Ralf intervino. Baffer y Ghelly se fueron a sus habitaciones

—No es nada malo, madre —dijo—. Creo que te estás preocupando más de la cuenta. Mejor deberías ir a ver a mi padre; me parece que se siente un poco mal. Yo iré a pedirle a la señora Leni algún platillo, ya que me siento realmente con un gran apetito. Sin dudas, ahora mismo, devoraría todo lo que hay en el almacén.

Zwein quedó mirándolo.

—¡Por cierto, madre! —exclamó Ralf—. No te agradecí por lo de anoche. Muchas gracias por estar conmigo y ayudarme. Eres una magnífica hechicera. En otro momento, me contarás de tus grandes hazañas.

Después de decir esto, Ralf se fue a la cocina en busca de alimentos.

Zwein se quedó intrigada. Se dirigió directamente a su habitación para preguntarle a Ginn qué es lo que habían hablado en la Sala de reuniones. A ella no le gustaba que le guarden secretos y más en estas circunstancias.

...

Ralf, ya en la cocina, le pidió a la señora Leni varios de sus platillos favoritos, pero cuando volteó hacia la izquierda observó que su hermano Jazz también se encontraba ahí. Este estaba tomando chocolate caliente, en una pequeña mesa redonda, junto a Diana.

—¿Hermano, a qué hora regresaron? —preguntó Jazz, muy sorprendido al ver a Ralf—. Bueno, eso ya no importa. Ven y siéntate con nosotros. El chocolate está muy bueno; lo acaba de preparar la señora Leni. Le pediré que te sirva uno. ¿Deseas, no?

—No te preocupes. Continúen con su plática. No quiero incomodarlos —dijo Ralf.

—¿Incomodarnos? Solo estamos bebiendo chocolate caliente para aplacar este frío que ha llegado a Goussendor —dijo Jazz, mirando fijamente a Diana.

—Hermano mío, conozco tus pequeñas intenciones —comenzó a reír Ralf.

Ralf se acercó a Jazz y palmoteó dos veces su hombro. Luego se dirigió a la bella chica que acompañaba a su hermano.

—Tú eres Diana, ¿verdad? Eres demasiado hermosa para este pequeño saco de huesos.

Jazz esta vez no se ruborizó al momento, pero sus mejillas lo delataban: se estaban poniendo de un color rojo pálido.

Diana comenzó a reírse, se levantó de la silla y puso su mano derecha entre sus labios en señal de complicidad.

—Bueno, muchachos —dijo, soltando algunas risitas más—. Seguro, tienen mucho de qué hablar. Mi madre debe estar buscándome. Nos vemos después.

Hizo una pequeña reverencia, en forma de agradecimiento, a la señora Leni.

—Muchas gracias, señora Leni —agregó—. Es el mejor chocolate que he tomado en mi vida y sobre todo con una muy agradable compañía.

—Hasta luego, mi niña. Gracias por tus halagos —respondió la señora Leni, guiñándole el ojo izquierdo.

Diana se marchó sonriente.

—Joven Ralf, me da gusto que se encuentre totalmente bien —dijo Leni, mirando hacia Ralf—. En este momento, empezaré a cocinar sus platillos favoritos ¿Desea todos?

—¡Sí, sí, por favor! Tengo mucha hambre.

De un momento a otro, los ojos de Jazz se agrandaron.

—¡Ralf! —dijo de inmediato Jazz—, ¿sabías que nuestra madre es una gran hechicera de curación?

—Por su puesto —respondió—. Desde muy pequeño, ella intentó enseñarme a dominar ese poder, pero fue inútil. No todos pueden realizar hechizos. Es un don que, lamentablemente, no poseo.

—¡Oh! —dijo Jazz, muy impresionado—. Entonces tú lo sabías. ¿Por qué jamás me lo comentaste?

—No lo sé —respondió Ralf—. Me pareció irrelevante en ese momento. Era muy pequeño.

—¿Irrelevante? —dijo Jazz—. Me hubiese gustado saberlo antes.

—Hoy, en la reunión que tuvimos, me enteré que casi nadie, entre los humanos, nace con ese don —comentó Ralf—. Hasta ahora, la única que conozco es nuestra madre.

—¿En serio? —preguntó Jazz.

—Sí, así es —dijo Ralf—. Sin embargo, también me enteré que para los que no tenemos ese don existen artículos mágicos que podemos utilizarlos sin necesidad de mencionar hechizos. Incluso, sé quienes nos los pueden fabricar. Por ejemplo, Kanmeus tiene uno de esos en forma de pendiente. Lo lleva puesto en la oreja izquierda.

—Lo que mencionas, es cierto —respondió Jazz—. También lleva una espada de doble filo que se cubre de llamas cuando tiene algún enfrentamiento. Yo la vi, al salir del castillo, al final del combate, cuando él había derrotado a uno de los murckos. Realmente, fue increíble la forma cómo estaba cubierta de fuego.

—Sí, definitivamente las armas mágicas son increíbles, hermano. Por cierto, ¡tengo algo que contarte! —prosiguió Ralf, con un volumen bajo—. En la reunión que...

Cuando Ralf estaba por contarle lo que habían hablado, la señora Leni interrumpió la conversación acercándose a la mesa con una fuente llena de comida; en esta había muchas piezas de pollo, frutas, embutidos, panes, y un recipiente lleno de zumo de frutas.

—Gracias, señora Leni —dijo Ralf—. Puede retirarse.

—Aún me falta traer la crema de espárragos con champiñones que preparé para el almuerzo, es su favorita; ahora se lo traigo, joven Ralf.

—No, Leni, no deseo nada más, puedes... ¿puede retirarse de la cocina por unos cuantos minutos por favor? —dijo Ralf, en un tono hostigante.

—¿Y por qué desea que me retire de mi cocina?

—Necesito privacidad para esta plática. Solo eso.

—Aún no he terminado con los quehaceres y en breve serviré el almuerzo —dijo la señora Leni, irguiendo su cabeza con un pequeño quejido.

—¡SEÑORA LENI! —bramó furioso Ralf—. ¡Le estoy pidiendo de buena manera que por favor se retire!

—Qué modales —gruñó—. ¡Como usted quiera!

Ralf era un joven muy explosivo e imponente; tenía una demencia desmedida de liderazgo; le gustaba tener el poder y la razón en todo momento. Sin lugar a dudas, su obsesión siempre ha sido

el trono de Goussendor.

—Ralf, creo que la señora Leni se fue enojada —murmuró Jazz—. Bueno, hermano, te dejo. Veo que estarás entretenido con este gran festín de comida.

—¿A dónde piensas que vas? —dijo incómodo Ralf—. Te dije que tengo que contarte algo acerca de la reunión que tuvimos con el mago.

—Lo siento. Empieza. Soy todo oídos —dijo Jazz.

Ralf empezó a contarle todo lo que hablaron en aquella reunión, en un tono muy bajo, para que nadie pudiese escucharlos: el origen de las armas mágicas, la historia de aquel personaje maligno, el poder de los objetos fabricados por los kreinlls y el viaje que harán en estos días.

Para Jazz, todo esto era fantástico, es decir, no podía creer lo que su hermano le estaba relatando. Las viejas historias que le contaba su padre, de pequeño, eran ciertas. A pesar de que él siempre ha sido incrédulo con esas narraciones, le llamaba la atención todo lo concerniente a la magia: seres y lugares misteriosos.

—¿Hermano y qué piensas hacer? —preguntó Jazz, muy emocionado.

—He decidido emprender ese viaje, juntar las armas y traerlas a Goussendor. Nosotros debemos tenerlas todas, ya que con ellas derrotaremos a ese maligno de Barkun. Además, también quiero ir a ese lugar donde viven los kreinlls y pedirles que nos fabriquen objetos mágicos; de esta manera, nuestro reino será el más poderoso y nadie podrá vencernos —respondió.

—¿Cuándo partirán? —preguntó de nuevo Jazz.

—Mañana, al mediodía, el mago Monderhen vendrá y planearemos el viaje —continuó, en un tono serio—. Jazz, debes acompañarme en esta travesía, así nos cuidaremos el uno al otro. Nosotros somos buenos guerreros, los mejores del reino. ¿Qué dices? ¿Te animas?

De un momento a otro, se escuchó una voz.

—Creo que no has entendido el verdadero significado de portar un arma mágica y de la importancia de lo que realmente comprende este viaje —dijo Kanmeus.

Este se encontraba en la entrada de la cocina escuchando todo lo que decía Ralf.

—No eres bueno para guardar secretos. Se te pidió que lo mantengas en total discreción hasta mañana; pero se te ocurrió contarle. Espero que nadie más te haya escuchado —prosiguió Kanmeus, acercándose a la mesa.

Ralf y Jazz se quedaron sorprendidos al verlo.

—De todas maneras, no te funcionará nada de lo que estás tramando. Acuérdate lo que dijo Monderhen: las armas mágicas eligen al protector y solo puedes usar una de ellas; además, los kreinlls fabricaban objetos mágicos solo para aquellos que realmente merezcan llevarlos, ya que ahora ya no los hacen —explicó Kanmeus.

—¿Quién pidió tu opinión? —dijo Ralf, levantándose de la silla—. El hecho de que tú puedas usar un arma mágica, no te hace el defensor de todas. Además, yo llevaré La espada de la luz de mi padre y sin ella, no podrás buscar las demás.

—No está dicho nada aún —respondió, sonriendo Kanmeus—. Vamos a ver si tú eres el protector de la espada. De ser el caso, sería una lástima, ya que tus intenciones son diferentes a la mía, es decir, tú solo la quieres para el bienestar de tu reino o ¿quizás solo del tuyo?

—¡QUÉ ES LO QUE HAS DICHO! —dijo furioso Ralf, acercándose de un brinco hacia Kanmeus. Jazz miró el rostro rojizo, lleno de ira, de su hermano, se levantó de la silla.

—¡Los dos traten de calmarse! —dijo Jazz—. Acá ninguno es rival del otro. Tratemos de tranquilizarnos. Y como dices tú, Kanmeus, esperemos hasta mañana.

Kanmeus no dijo ni una sola palabra; volteó la mirada y se retiró de la cocina. Se sentía muy

furioso por dentro y empezó a preguntarse, con el rostro fruncido, ¿por qué Ralf tendrá esos pensamientos? No es digno de ser el hijo del rey Ginn.

—Ralf, creo que te has sobrepasado —dijo Jazz—. Has despertado muy tenso. Deberías ir a descansar un poco más. Yo haré lo mismo, pero antes alcanzaré a Kanmeus, ya que necesito hacerle algunas consultas.

Ralf intentaba calmarse por el cruce de palabras con Kanmeus.

—¡Nos vemos luego! —dijo Jazz—. Trata de descansar, querido hermano.

...

Mientras tanto, Ginn y Zwein también se encontraban conversando sobre aquella reunión. El rey no solo le contaba el peligro por el que estaban atravesando todos los reinos, sino, incluso, la prohibición de usar los portales. Ginn se había quedado con una gran duda y con un poco de remordimiento, debido a que la pareja de duendes casi pierde la vida.

Zwein percibía una gran preocupación en el rostro de su esposo; se sentía muy preocupada, por ello se le hacía difícil hablar. En ese momento, Ginn comenzó a sudar demasiado y a respirar muy despacio.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Zwein.

—¡Sí lo estoy! —respondió Ginn de inmediato—. Solo que mi cuerpo se siente excesivamente cansado, incluso, me pesan las manos... Son estos brazaletes.

—Déjame ver qué es lo que tienes —dijo Zwein, cogiéndolo de las manos.

Al voltearlas, observó algunas manchas negras brotando de sus brazos, pero no sabía qué era lo que tenía. No le dijo nada. Ella quería investigar, en sus libros antiguos, qué sucedía realmente. Para disimular, le tocó la frente y le indicó que tenía fiebre.

—Tienes que descansar —sugirió Zwein—. Recuéstate en la cama. Te traeré un mate de hierbas. ¡Ahora vuelvo!

Al salir de la habitación, vio que Razzagel se encontraba recostado en la puerta, tratando de escuchar la conversación.

—¿Qué es lo que haces aquí? ¿Nos has estado espiando? —pregunto furiosa Zwein.

— Yo solo...

—¡Cómo te atreves! ¡Te dije que esas cosas no se hacen!

—Pero madre, yo...

—No digas más. No debes hacer esto. Por favor, te voy a pedir que si algo has escuchado, lo mantengas en estricto silencio. No lo comentes, ni siquiera a Cleo —dijo enfadada Zwein.

—Pero, madre, sus padres le cuentan todo a Cleo —respondió con una voz muy suave.

—Dudo que lo hagan. Además, ello no está en discusión. Mañana no saldrás a jugar, estás castigado. Te quedarás, desde este momento, en tu habitación —dijo Zwein, todavía molesta.

—Está bien —dijo Razzagel con una voz solloza—. Lo siento, no era mi intención. Yo solo quería saber si mi padre se encontraba bien.

Zwein se marchó a su habitación sin voltear a ver al pequeño; pensó que era lo correcto. A pesar de que se sintió mal por haber reaccionado de esa manera, sabía que si le levantaba el castigo en ese momento, Razzagel continuaría haciendo sus travesuras. La única intención que ella tenía era que su hijo aprenda a ser muy respetuoso en todos los ámbitos.

Posteriormente, la reina se dirigió hacia la Habitación del sueño. Fue muy cautelosa. No quería que nadie la siguiera, así que caminó mirando a su alrededor, incluso, volteó la cabeza varias veces para ver si alguien la estaba observando. Cuando llegó, entró lo más rápido que pudo, buscó entre sus libros antiguos información acerca de las extrañas manchas negras que

aparecieron en los brazos de Ginn, pero no obtuvo éxito. Sin embargo, recordó que alguna vez había visto esos brazaletes en un libro muy antiguo de su maestra, la hechicera que le enseñó a dominar esos poderes.

Zwein podía curar a los demás, así como también contrarrestar maleficios. Ella era la única que había nacido con ese don, entre los humanos, y lo había desarrollado desde muy pequeña.

Solo le quedaba una opción: hablar con el propio Monderhen; así que decidió esperar hasta mañana al mediodía. Salió, rápidamente de la habitación y bajó a preparar, muy preocupada, un mate de hierbas medicinales para Ginn.

«¿Ahora qué haré? Solo con el mate de hierbas, no se mejorará», se dijo a sí misma.

Zwein bajó a la cocina, durante el camino, se tomaba la cabeza, en señal de preocupación. Pensaba y pensaba cómo podía ayudar a su esposo.

Los brazaletes negros llevaban magia oscura muy poderosa, a tal punto que ni el propio Monderhen pudo retirarlos.

Cuando ella llegó a la cocina con la cabeza repleta de ideas, escuchó una voz, como si alguien estuviera quejándose. Se trataba de su hijo Ralf; este se encontraba en el almacén de alimentos, donde por primera vez Razzagel vio al mago.

—¿Ralf, qué es lo que sucede contigo? —preguntó de inmediato Zwein.

—Madre, ese tal Kanmeus trata de fastidiarnos a todos —respondió muy incómodo.

—¿Kanmeus? —dijo Zwein, frunciendo las cejas—. ¿Por qué lo dices? Si él fue quien salvó a tu padre y prácticamente a todos. Si no fuera por ese joven, no viviríamos para contarlo.

—¡Tú también estás de su lado! —dijo Ralf, dando un golpe a la pared del almacén.

Zwein estaba a punto de contarle lo que Kanmeus había hecho por él para que se dé cuenta que aquel joven tenía un corazón noble. Sin embargo, en ese momento, recordó que llevaba consigo el pequeño frasco con las lágrimas de Flor de campana que Kanmeus le había entregado.

—¡Esto ayudará a Ginn! —expresó Zwein, con esperanza—. La fiebre, desaparecerá.

Ralf no sabía por qué su madre se comportaba así.

—Ahora vuelvo contigo —dijo Zwein—. Y, por favor, no te comportes como un niño.

Ralf se quedó muy dolido por la poca atención que le brindaban. Lleno de impotencia, y furioso por el encuentro con Kanmeus, se dirigió al salón de entrenamiento a desfogar toda su ira que llevaba guardada. No le importó el frío que hacía ni la nieve que caía.

Mientras tanto, Zwein había terminado de preparar el mate para Ginn con dos pequeñas gotas de lágrimas de las flores de campana. Con mucha prisa fue hacia su habitación.

—Esposo mío, bebe este mate —dijo la reina—. Te hará sentir mucho mejor y te relajará.

A Ginn poco le importó lo que Zwein hablaba; parecía desorbitado, sudaba frío y hervía de fiebre. Tomó todo el mate con aquellas gotas y, a los pocos segundos, hicieron efecto. Luego de sentirse un poco mejor, se quedó completamente dormido.

Después, los parpados de Zwein también se sintieron muy pesados; ella aún se encontraba débil por haber realizado aquel hechizo poderoso en la Habitación del sueño. Poco a poco, esos hermosos ojos color miel empezaron a cerrarse y, en unos cuantos segundos, balanceó la cabeza hasta que cayó completamente dormida a lado del rey. Ni truenos ni rayos los podían despertar: habían caído en un sueño muy profundo y duradero. Descansaron todo ese día.

A la mañana siguiente, Razzagel se levantó muy temprano. Casi ni amanecía: era aún de madrugada; sin embargo, se escuchaban algunas voces en el primer piso. Antes de bajar, observó,

desde la ventana de su habitación, que todavía seguía nevando, así que cogió un suéter grueso y un impermeable muy felpudo, y salió a investigar.

El pequeño príncipe se dio con la sorpresa que todos los reyes estaban por marcharse, es decir, tenían todas sus cosas afuera y estaban de un lado a otro como esperando a alguien.

—¿Qué haces despierto tan temprano, Razzagel? —preguntó Beffer, con un tono de voz diferente —. ¿No has podido dormir?

—Escuché unos pequeños murmullos y bajé, por curiosidad, a ver qué estaba sucediendo — contestó.

—¿Estás seguro? —respondió Beffer mirándolo a los ojos.

—Pensé que...

—No habrás pensando que estábamos armando muñecos de nieve a esta hora, ¿no? Veo que te has puesto tu impermeable y tus botas para repeler este frío —dijo Beffer, riendo muy despacio para no despertar a los demás.

Razzagel se quedó avergonzando. Luego, preguntó:

—¿Por qué todos están aquí abajo, abuelito?

—Nosotros estamos a punto de partir hacia nuestros reinos; tenemos muchas cosas por hacer. Regresa a la cama, antes que tus padres se den cuenta que te encuentras aquí. Estoy seguro de que se molestarían si te ven aquí con nosotros —respondió Beffer.

Razzagel no había pensado en ello. En ese momento, recordó el castigo que su madre le había puesto y cuando estaba a punto de despedirse de sus abuelos, aparecieron Effio y Kellhy.

—¡Por fin llegaron! —exclamó Beffer.

—Tuvimos un pequeño contratiempo, señor Beffer —dijeron los duendes.

—No hay problema. Ya habrá momento de preguntarles —indicó Beffer—. Ahora tenemos que marcharnos de prisa.

—Sí, no se preocupe. ¿Todos se encuentran aquí? —preguntó Effio.

—Todos no. Hace buen rato partieron Aurora, la princesa Diana, sus damas y sus tres guardias —respondió Beffer.

—¿Entonces, solo quedan ustedes y los del reino de Berrotolk, señor Beffer? —preguntó Kellhy, observando todo a su alrededor.

—Así es —respondió.

—¿Razzagel, tú qué haces despierto a estas horas? —preguntó Kellhy, con una mirada confusa.

—Kellhy, tenemos que irnos. Razzagel solo ha bajado para despedirse de nosotros. No perdamos tiempo con más preguntas —respondió de inmediato Beffer.

—Lo siento, tiene toda la razón, señor Beffer —dijo Kellhy, volviendo la mirada.

—Discúlpenme por este trato. Solo que el mago nos dijo que teníamos que salir antes del amanecer. Seguramente, tiene una razón importante. Es mejor apresurarnos —explicó Beffer.

Beffer junto con su esposa Ghelly se acercaron a Razzagel y, con una sonrisa sublime en el rostro, se despidieron del pequeño.

—Querido nieto, muy pronto volveremos a verte. Te traeremos muchos regalos. Debes de prometernos que te portaras bien y cuidarás de tus padres —dijo Ghelly.

—Sí, abuelitos, les prometo que me portaré bien. Espero volverlos a ver muy pronto —respondió Razzagel, levantando su puño derecho.

—No solo te traeremos regalos —dijo Ghelly—, además, vendremos para tu cumpleaños. Ya solo faltan unos cuantos meses. Cuídate mucho.

—¡Adiós, hijito! —dijo Beffer, levantando su gran puño—. ¡Hasta luego!

—¡Adiós, abuelitos! —dijo Razzagel, moviendo su mano derecha de lado a lado.

Todos comenzaron a reunirse en el patio del castillo. Corría aún viento helado con un poco de nieve.

Effio y Kellhy formaron un gran círculo con Beffer, Ghelly y algunos soldados con quienes llegaron a Goussendor. Estos fueron los primeros en ser trasladados por los duendes. Después de un buen rato, volvieron y trasladaron a Teuthell Krot, a su esposa y a un buen grupo de soldados. Este proceso duró más de lo habitual, ya que el reino de Berrotolk quedaba muy lejos.

Cuando regresaron al castillo para cerciorarse que nadie faltase, vieron a Razzagel sentado en las escaleras que daban al segundo piso.

—¡Aún sigues aquí! —dijo Kellhy, acercándose.

—Solo me quedé pensando lo que mi padre le decía a mi madre —indicó Razzagel.

—¿Y qué era lo que estaban hablando? —preguntó Kellhy acercando su oreja.

—No es nada... nada. No puedo contárselo —susurró Razzagel.

—Pequeño travieso, regresa a tu habitación que está por amanecer; más tarde puedes jugar con Cleo en la nieve —sugirió Kellhy.

—Dudo que pueda hacerlo. Mi madre me ha puesto un castigo —dijo apenado Razzagel, inclinando su cabeza.

De pronto, un ruido extraño comenzó a escucharse por los pasadizos, cerca a las escaleras. La pareja de duendes, de inmediato, retrocedió. Observaron a todos lados para ver quién era y se dieron cuenta que una luz comenzaba acercarse, en forma de una misteriosa sombra.

—Alguien se acerca —susurró Effio, en un tono misterioso—. Kellhy, tenemos que salir de aquí ahora mismo. Nadie puede sospechar de esto. —

—¡Razzagel, vuelve a tu habitación! —dijeron los duendes, al mismo tiempo, y... desaparecieron.

Cazadores en el castillo

Una sombra gigantesca empezó a notarse por los muros y pisos. El sonido, que se emitía, parecía como si alguien chocara la suela de sus zapatos, sin ganas, al caminar.
¡Clac, clac, clac! Se escuchaba por el pasadizo.

Razzagel se quedó sentado e inmóvil en la escalera. Solo atinó a cubrirse los ojos con sus manos para no ver nada. Tenía mucho miedo: sus rodillas empezaron a temblar.

Ahora entendía el motivo por el cual los duendes huyeron del castillo.

Cuando aquella sombra llegó a la escalera, el pequeño, por las aberturas de sus dedos, vio que alguien llevaba un lamparín de mano. Este ser, se acercó a las ventanas, apagó ese objeto luminoso y, sin ver aún a Razzagel, comenzó a abrir las cortinas. La luz del día entró al castillo.

El pequeño retiró las manos de sus ojos en un instante, y la sorpresa que se llevó fue muy grande: aquella sombra gigante, que hacía sonar sus zapatos de cuero con suela de madera, era nada menos que la señora Leni.

—¡Señora Leni! —gritó Razzagel—. ¡Era usted!

—¡Jovencito! —dijo sorprendida—. ¿Quién pensabas que era? ¿Por qué estás despierto tan temprano?

—Mmm... —dijo Razzagel—. ¿Y usted por qué está aquí?

—Porque tengo que preparar el desayuno —contestó la señora Leni, con un quejido—. Además a esta hora, siempre me levanto.

—No se preocupe, señora Leni —dijo Razzagel—. Nuestros invitados acaban de irse, así que solo somos nosotros. Ya no hay nadie más.

—¡Qué bueno! —dijo de inmediato Leni—. Ahora sí tendré más tiempo para ustedes, aunque estoy muy enojada con el joven Ralf, aún se comporta como un niño engreído.

—¿Qué es lo que ha sucedido con él? —preguntó Razzagel.

—No es nada, querido Razzagel —dijo la señora Leni.

Miró cabizbaja y dejó el lamparín en una pequeña repisa que quedaba muy cerca de las escaleras.

—Bueno, ahora que te encuentras aquí y muy despierto, ¿te gustaría ayudarme en la cocina? —preguntó Leni.

—Está bien, no tengo ningún problema —respondió Razzagel—. ¿Pero... Samira, Kenia y el señor Nicolás no la ayudarán?

—Sí —respondió la señora Leni—. Seguro, ya no tardan en llegar. Ellos fueron, ayer por la tarde, a comprar provisiones, ya que nuestros invitados agotaron todo lo que había en nuestro almacén.

—Entonces, manos a la obra —dijo el pequeño, dando media vuelta, en dirección a la cocina.

Razzagel comenzó a ayudar a la señora Leni a preparar el desayuno. Esta vez, ella pudo preparar todo un buffet de platillos, puesto que, como ya no estaban los invitados de los otros reinos, tenía más tiempo de elaborarlos. El pequeño observaba atentamente todo lo que hacía. Era, realmente, un trabajo muy sacrificado, debido a que tenía que seleccionar cada ingrediente y luego mezclarlo uno con otro. La cabeza de Razzagel se hizo un nudo. Ser cocinero era muy complicado.

Mientras tanto, los demás comenzaban a despertar, ya que la señora Leni empezó a llamarlos para el desayuno dando las cuatro campanadas.

Ginn, por fin, había despertado de su sueño profundo. Se había levantado muy asustado, y observaba a su alrededor para saber dónde se encontraba. Cuando volteó hacia la derecha, vio a Zwein dormida plácidamente. No quiso despertarla en ese momento, ya que le gustaba verla descansar.

Salió de la cama muy despacio, se acercó a la ventana y abrió las cortinas de lado a lado.

—«¿Qué hora es? ¿Ya es de día?»», se preguntó

Ginn se sentía desorientado; se había quedado dormido casi un día entero junto a Zwein.

—«¡Dios mío debe ser tarde! El mago seguro debe estar esperándonos», pensó.

Bajó, con mucha prisa, al primer nivel; caminó agarrándose la cabeza. No obstante, se dio con la sorpresa que no era tan tarde como él creía.

Pero la preocupación no era solo por eso, sino también porque no sabía si todos los reyes ya se habían marchado a sus reinos.

En ese instante, empezó a escucharse algunos murmullos junto a pequeñas risas. Fue directo al comedor principal, donde posiblemente estarían todos esperándolo; sin embargo, solo se encontraban Razzagel, Jazz, Kanmeus y la señora Leni.

—Señora Leni —dijo de inmediato Ginn—. ¿Dónde están nuestros invitados?

—Todos se fueron antes del amanecer y sin despedirse. ¡Que falta de respeto! —dijo Leni—. ¿Y usted cómo se encuentra, rey Ginn?

—¡Muy bien! —respondió—. ¿El señor Monderhen aún no llega?

—No, aún no llega —intervino Kanmeus, que había llegado por el sonido de las campanillas.

—¡Entonces, todos estamos a tiempo! —dijo Ginn, con un suspiro muy profundo.

—Señor Ginn, ¿desea que le sirva su desayuno? —preguntó Leni.

—No, señora Leni, gracias. Hoy no tengo tiempo para eso. Monderhen puede llegar en cualquier momento; por ello, debo estar listo —respondió.

Jazz observaba que su padre estaba muy ansioso. Este se preguntaba qué pasaba por su mente.

—Padre, se te ve muy nervioso —dijo—. Aún falta para el mediodía. Ven, siéntate con nosotros y disfrutemos de las delicias que la señora Leni ha preparado.

—¡No, Jazz, hoy no! —dijo Ginn, observando todo el comedor—. ¿Dónde se encuentra Ralf?

—No lo sabemos —contestó—. Hace un momento fuimos a su habitación, pero no estaba; tampoco apareció en la cena anoche.

—¡Vayan a buscarlo! Tiene que estar presente cuando llegue el mago —ordenó Ginn.

—Está bien, padre —dijo Jazz—. Lo haremos ni bien terminemos de tomar el desayuno. Seguro debe de estar caminando por el bosque; a él le gusta hacer esa rutina por las mañanas.

Por otro lado, Leni se dio cuenta que la reina todavía no llegaba a desayunar. Era extraño, debido a que ella era una de las primeras en bajar.

—La señora Zwein aún no baja, ¿desea que la vaya a buscar, señor Ginn? —dijo Leni.

—¡Verdad! —exclamó—. Ella todavía está durmiendo. No quise despertarla, pero ahora mismo iré a hacerlo.

—De acuerdo, señor —respondió Leni.

—Jazz, después de buscar a Ralf, también díganle a Gunder Ror que venga al castillo —sugirió Ginn—. Nos vemos en unas horas.

Al llegar a su habitación para despertar a Zwein, se dio con la sorpresa que ya estaba de pie, observando la nieve que caía.

—Zwein, mi querida reina, qué es lo que te tiene tan preocupada —dijo Ginn—. ¿Ocurrió algo anoche?

—La historia se vuelve a repetir —dijo Zwein, con la mano puesta en el mentón—. La nieve prematura, los murckoss, el ser maligno... Presiento que algo malo está por suceder. Tengo temor por nuestros hijos, ya que esta vez no contamos con todas las armas mágicas y menos con Katrina, quien pudo derrotar al mal y encerrar a su temible hermana Leyarbelin. No hay un solo día que no deje de pensar en aquella batalla.

Ginn solo atinaba a escucharla.

—¿Qué pasaría si vuelve Leyarbelin? —preguntó Zwein—. ¡No tenemos nada con que defendernos! ¿QUÉ VAMOS HACER?

Cada palabra que decía, probablemente, era cierto, pero aún Ginn tenía una esperanza en Kanmeus y Monderhen; en cambio, Zwein estaba llena de preocupaciones, de dudas, de recuerdos... Ginn la tomó de los brazos, le cogió el mentón y, luego, le comenzó a decir palabras desde el fondo de su corazón:

—Mi querida reina, no hay un día que no deje de pensar en ti, tú eres mi fuerza y mi anhelo, es por ello que, en aquella batalla, no dejé que me vencieran y no permitiré que lo hagan ahora. Debes dejar de pensar en el pasado. Tenemos que estar preparados para enfrentar cualquier acontecimiento, por eso tu tranquilidad y paciencia serán vitales. Debemos transmitirles seguridad a nuestros hijos. Recuerda que pase lo que pase siempre estaré agradecido contigo y no habrá un día en que no deje de hacerlo.

Ginn abrazó muy fuerte a Zwein y le dio un pequeño beso en la frente.

—Ahora más que nunca debemos estar unidos y venceremos —dijo Ginn—. Leyarbelin no volverá; eso tenlo por seguro. Solo debemos enfocarnos en derrotar a ese maligno llamado Barkun y todo habrá acabado.

—Esperemos que así sea —respondió la reina.

—Alistémonos, ya que en poco tiempo, llegará Monderhen, y a él no le gusta esperar. Tú lo conoces. Además, traerá una estrategia para combatir a ese monstruo. Esperemos que su lenguaje retórico no nos desvíe.

—Tienes toda la razón —dijo Zwein—. Esperémoslo y escuchemos lo que tiene planeado.

Las horas pasaron en un abrir y cerrar de ojos. Había llegado el mediodía. Todos se encontraban en el primer piso, en frente del portón negro, esperando al mago Monderhen, quien todavía no hacía su aparición. Ginn comenzaba a desesperarse: caminaba de un lado a otro con las dos manos atrás. De pronto, sonó la gran puerta tres veces con un tremendo golpe.

Ginn, de inmediato, fue a abrir la puerta, junto a su hijo Jazz. Al hacerlo, entró una ventisca helada y, de pronto, se formó un gran humo de color blanco. Cuando este comenzaba a desaparecer, se

empezó a ver una túnica azul, un bastón gris y al instante Monderhen hizo su aparición. El mago siempre daba buenos espectáculos en sus apariciones; su magia lo hacía ver fabuloso ante los ojos de los demás.

—Señor Monderhen, nos ha tenido preocupados —dijo Ginn—. Pensábamos que había olvidado esta reunión.

—¡Cómo olvidarlo! Minutos más, minutos menos. No hay nada mejor que hacer un buen espectáculo primero, ¿verdad? —dijo Monderhen.

Todos habían quedado un poco confundidos con aquellas palabras. Monderhen solía hablar de una forma extraña que, a veces, solo él mismo podía entender.

—Antes de venir hacia acá, me dirigí a la colina, por donde viven nuestros amigos, los duendecillos. Por esos lares, pude conseguir, con cierto esfuerzo, el néctar de las flores de Rupel. La función que tienen estas es asombroso: atraen a los animales y amansan a cualquier bestia. He tenido que cortar unas treinta a cincuenta para obtener cuatro gotas, pero estoy seguro de que serán muy poderosas. Esto servirá para ayudar a nuestro buen amigo Hannuilt —explicó Monderhen.

—¿Hannuilt? —preguntó Razzagel, que se encontraba junto a la señora Leni.

¡Oh! —exclamó Monderhen—. Eres tú, niño travieso, de nuevo te veo por aquí. Solo lo había hecho una sola vez, cuando eras un pequeño bebé. Aunque, ahora que recuerdo, creo que estuviste espíandome por la cocina junto a tu amigo, el pequeño duende. Además, hace algunos días también intentaron trasladarse la Sala de reuniones, ¿acaso me buscaban? o ¿tal vez intentaban entrar a mi habitación? ¿No pudieron, verdad?

—Señor Mon...

—¡Silencio, pequeño! —dijo el mago, mirándolo fijamente—. ¿Te digo un secreto? Es imposible que puedan encontrar mi habitación. Todo ese piso tiene magia especial contra aquellos que pretendan fisgonear.

—Señor, yo solamente quería conocerlo. Nunca nos hablaron de usted. Jamás he visto a un mago. Deseaba conocer algunos de sus hechizos —respondió el pequeño.

—¿Cómo que no saben nada sobre mí? —preguntó Monderhen, observando muy enojado a Ginn y Zwein.

—Disculpe, querido señor Monderhen —contestó Zwein—. Usted, aquella vez que se retiró, nos dio la orden de no comentar a nadie sobre su presencia. Han pasado ya doce años desde aquel momento; incluso, no sabíamos si vivía aquí o si se había marchado. Nosotros solíamos dejar sus alimentos en la mesa por años, pero nunca los comía; además, no se acercó como habíamos acordado.

—¡Mmm! —exclamó Monderhen—. Sí, eso es cierto. Me había quedado un tiempo en las montañas heladas, extrañaba ese lugar, pero, de vez en cuando, venía y observaba cómo crecían y envejecían todos ustedes.

—Señor Monnderhen, disculpe que los interrumpa —dijo Jazz—. ¿Usted vive aquí desde hace mucho tiempo o lo hace en el pico de la montaña?

—Tú debes ser Jazz, ¿verdad? —dijo Monderhen—. Aún me acuerdo de ti. Cuando tenías solo siete años, solías quedarte viendo las maravillosas luces mágicas de los duendes.

Jazz se quedó asombrado, ya que el mago sabía más de lo que él creía.

Volvió a preguntar:

—¿Entonces, usted, vive aquí desde hace mucho?

—Puedo vivir aquí, puedo vivir allá, puedo vivir seiscientos años más, pero no puedo salir de acá —respondió Monderhen, dando una carcajada.

—¿Es un acertijo? —preguntó de inmediato Ginn.

—¡Grandísimo tonto! Veo que has perdido el buen sentido del humor —contestó el mago, con otra pequeña carcajada.

—¿Qué edad tiene, señor Monderhen? —preguntó Kanmeus, con cierta curiosidad.

—Tengo setecientos años —respondió—. Es una buena edad para un mago.

—¿Setecientos años?! —gritó Jazz muy sorprendido—. Pero aún se ve de la edad de mi hermano Ralf.

—Un mago puede vivir mil trescientos años, hasta un poco más creo yo —dijo Monderhen, moviendo las cejas para arriba—. ¡Por cierto! ¿Dónde se encuentra Ralf?

Empezó a mirar a su alrededor.

—¡Aquí estoy! —exclamó Ralf.

Hace poco, había llegado al primer piso. Este se encontraba en la gran puerta junto a Gunder Ror.

—Bien —dijo Monderhen—. Entonces, ya estamos completos. Salgamos. Todos sabemos lo que está ocurriendo, ¿verdad?

—¡Si! —respondieron.

—Bueno, no esperemos más —dijo—. Ginn, ¿trajiste la espada contigo?

—¡No! Se encuentra en mi habitación, pero recuerda que no puedo tocarla ni usarla. Zwein se esforzó mucho en subirla y esconderla en nuestra habitación.

—¡Rayos y truenos! Lo olvidé por completo —dijo Monderhen—. ¿Alguien puede subir a traerla?

—Yo lo haré —dijo de inmediato Effio.

Los duendes habían llegado junto a su pequeño hijo Cleo.

—Han demorado demasiado. Veo que también trajeron al pequeñín —dijo Monderhen, acercándose muy despacio hacia Cleo.

Cleo, medio atemorizado, miró a Monderhen.

—Tú eres el que quiso trasladarse del bosque hasta mi aposento, ¿cierto? —dijo el mago.

—Bueno...

—Eres muy distinto a tus padres —dijo Monderhen, observándolo de arriba hacia abajo—. Tu cabello y tus orejas son muy curiosas. Me imagino que tú le has contado al pequeño Razzagel sobre mí. Déjame decirte que me parece bien. Además de fisgón, veo que eres muy valiente, ya que te enfrentaste a Barkun. Aquella manzana lo enfadó demasiado, ¿no había otra cosa más dura en esa bolsa? —dijo Monderhen, comenzándose a reír en un tono bajito.

—¿Cómo? ¿Usted estuvo viéndonos? —preguntó Cleo.

—Puedo estar aquí, puedo estar allá —respondió Monderhen, con otra pequeña sonrisa.

Todos quedaron mirando al mago.

—Bueno, bueno, dejemos las preguntas por el momento. Effio y Kellhy, tienen un gran hijo.

Los duendes se sintieron muy orgullosos por las palabras del mago.

—Por favor, Effio, trae La espada de la luz —ordenó Monderhen.

—¡Ahora mismo voy, señor!

Effio, de inmediato, desapareció ante los ojos de todos y... en unos cuantos segundos, ya se encontraba en la habitación de Ginn. Comenzó a buscar la espada por todo el lugar, hasta que, al fin, la halló detrás de un armario grande y viejo. Cuando el duende la cogió con una sola mano, se dio cuenta que esta realmente pesaba; así que, utilizó las dos para poder sostenerla. Luego, se trasladó, rápidamente, al primer piso.

Effio le entregó La espada de la luz a Monderhen y, cuando este la sostuvo, comenzó a salir unas

pequeñas chispas de luz por el mango del arma mágica.

—¡Salgamos de aquí! —dijo Monderhen, en un tono de voz diferente—. Esperen. ¿Effio, lograron encontrar a Bernand, hijo de Aman Tok, el gran cazador?

—Sí, ellos se encuentran afuera. Fue difícil hacerlos venir hasta acá, ya que no quisieron trasladarse con nuestra magia. Tuvimos que contarle todo y, recién con eso, pudimos convencerlos —indicó Effio.

—¿Dijiste... ellos? —preguntó Monderhen.

—Sí, en su comunidad, no quisieron que Bernand venga solo, así que también trajimos a algunos de sus hombres —respondió Effio.

—No hay problema. Salgamos entonces —dijo Monderhen.

Mientras todos comenzaron a bajar las largas escaleras hacia el patio de armas, Bernand y una docena de hombres, estaban esperándolos, todos vestidos con sacos felpudos de color marrón. Tenían cabelleras muy largas y alguno que otro llevaba trenzas extrañas.

—¿Por qué han traído a los cazadores? —preguntó Ralf—. ¡Ellos son unos asesinos!

Los cazadores eran considerados seres despreciables ante todos los reinos; ya que, vendían pieles, colmillos o garras muy afiladas de animales y bestias que cazaban. Asimismo, eran muy hábiles para las batallas.

Estos vivían en un pueblo pequeño muy alejado del castillo de Goussendor, cerca al río, que daba a la entrada del reino de Glowmbur.

—Los demás seguro que sí, pero Bernand es el más fuerte y noble de todos —dijo Monderhen—. Él no caza, más bien, protege a los animales y bestias de los diferentes reinos; además, ha acabado con varios murckoos. Posiblemente, puede tener un buen corazón y quizás sea el protector de la espada.

—¡Señor Monderhen! —dijo Ralf, con una voz muy firme—. Yo llevaré La espada de la luz de mi padre; no tiene por qué buscar a otros sujetos. ¡La espada me corresponde a mí!

—Tal vez sí, tal vez no... Solo tomo mis precauciones, querido Ralf —explicó Monderhen—. No tienes por qué apresurarte en llevar tanta carga; otros podrían hacerlo sin que ustedes salgan involucrados en esto.

De pronto, uno de los hombres, que se encontraba en el grupo de los cazadores, empezó a retirarse el gran saco felpudo que llevaba, lo lanzó hacia las escaleras y luego dio un paso adelante.

—¡Mago! —exclamó aquel hombre—. Me mandaste a llamar y aquí estoy. Me interesa tu propuesta, por eso he venido con alguno de mis hombres para destruir a ese tal Barkun. Ellos son mis guerreros más fuertes y están muy ansiosos de contribuir con ustedes.

De inmediato, el resto de los cazadores se pusieron en fila horizontal y, con sus lanzas que llevaban entre sus manos, empezaron a golpear varias veces al suelo, emitiendo un sonido de guerra.

—Que noble gesto el tuyo —dijo Monderhen—, Bernand, hijo de Aman Tok.

—Gracias por sus halagos, señor —respondió, dando una fina reverencia.

—Llámame Monderhen, solo Monderhen —sugirió el mago.

Este les comentó, brevemente, todo lo que estaba ocurriendo: el peligro al que se estaban enfrentando y la búsqueda de las armas mágicas para contrarrestar a ese ser maligno. Para Razzagel y Cleo todo era sorprendente; escuchaban atentamente lo que el mago decía y cada vez que este levantaba la espada, veían, anonadados, cómo el mango del arma brillaba y cómo brotaban pequeñas chispas de luces de ella.

—¡Hay cinco de estas extrañas armas! —dijo, muy despacio, Cleo.

—Deben ser muy poderosas —contestó Razzagel.

Sus caras destellaban una emoción indescriptible. Esta historia era sorprendente para ellos. Al escuchar que Kanmeus y Ginn, tenían dos de las cinco armas mágicas, se emocionaron aún más. No se trataba de una historia o de viejos cuentos, era real todo lo que el mago contaba.

De pronto, una ventisca helada sopló con fuerza e hizo que empezara a nevar con intensidad. Grandes copos empezaban a cubrir el castillo.

—¿Monderhen, puedes cambiar el clima? —preguntó de inmediato Ginn, cubriéndose de la nieve.

—No puedo cambiarlo, pero sí cubirnos de esta —respondió el mago.

Monderhen levantó su bastón y la parte superior de este empezó a brillar; adentro tenía incrustada una pequeña piedra azuleja que hacía que salga una luz muy tenue del mismo color. Dijo unas palabras mágicas y, de inmediato, todo el castillo se cubrió e impidió el paso de la nieve, como si fuese una esfera de vidrio gigante donde se podía observar cómo caían los copos alrededor.

—Este es un hechizo muy sencillo —dijo Monderhen—. Pero no durará mucho, así que tenemos que darnos prisa.

El momento crucial había llegado. Se iba a conocer quién era el nuevo protector del arma mágica. Todos se encontraban expectantes a aquel suceso.

—La espada de la luz estará en el suelo; esta reaccionará con el que considere su protector. Deben cogerla del mango y levantarla. Si toma un color de plata, extremadamente brillante, como si fuese luces de estrellas, habrá elegido al nuevo defensor —explicó Monderhen.

Los presentes se quedaron pensativos al escuchar estas palabras.

—¿Quién de ustedes intentará primero? —preguntó el mago, arrojando la espada al suelo, que se enterró un poco en la nieve—. ¿Quién empezará?

Ralf, al escuchar a Monderhen, quedó medio nervioso. Él quería ser el primero en levantarla, pero no quería quedar en ridículo, si por alguna razón, no pudiese.

En ese momento, Jazz se acercó al mago y le preguntó si podía ser el primero.

—¿Puedo comenzar? —dijo, con una voz suave.

—Adelante. Solo levántala y veamos qué sucede —respondió Monderhen, deslizado su mano dándole el pase.

Jazz no tenía intenciones de ser el protector ni de poseer una de las armas mágicas; estaba

haciendo esto porque observó a su hermano Ralf con mucho temor y duda.

Caminó hacia la espada, la cogió con la mano derecha y la levantó empuñándola muy fuerte. En ese instante, el arma mágica comenzó a brillar, brotando algunas chispas de luz. Kanmeus y Ralf observaron fijamente. Sus ojos parecieran salirse de sus rostros.

—¡Lo conseguí! —gritó Kanmeus.

Pero, de pronto, La espada de la luz dejó de brillar. Jazz la comenzó a sacudirla para encenderla nuevamente, pero ello no volvió a ocurrir.

—¡Qué obstinada esta espada! —gritó Jazz, dejándola nuevamente en el suelo.

—Muy curioso... Era demasiado bueno para ser verdad —dijo Monderhen sorprendido.

—Bueno, lo intenté —dijo Jazz, acercándose al grupo.

Ralf no pudo contener el nerviosismo, ya que pensó, por un momento, que su hermano era el protector de la poderosa arma. Después que vio que la colocó en el suelo, dio un suspiro enorme, y Monderhen llegó a escucharlo.

—¿Ralf, deseas ser tú el siguiente? —consultó el mago. Te veo muy ansioso por tomarla.

—¡Yo seré el siguiente! —exclamó Gunder Ror, acercándose al rey Ginn—. ¿Puedo intentarlo, mi señor?

—Es por eso que te mandé a llamar. Eres uno de los hombres más fuertes del reino y posees un gran corazón; tu nobleza es digna de observar —respondió de inmediato Ginn.

Gunder Ror, con el respaldo del rey, dio media vuelta y se dirigió hacia donde estaba la espada. Este quedó mirándola por unos cuantos segundos; luego se inclinó, muy lentamente para tomarla. A unos pocos centímetros, se detuvo y pensó si lo que hacía era lo correcto.

—¡Adelante... cógela! —ordenó Monderhen.

Con más confianza y sin temor, cogió La espada de la luz y la levantó con un pequeño grito, pero la espada no le correspondió. Intento nuevamente. La agitó de lado a lado, pero no obtuvo respuesta.

—¡Suéltala! —dijo Monderhen—. Aunque intentes una y otra vez, no responderá. Déjala en el suelo antes de que hieras a alguien.

—¡Ven aquí! —dijo Ginn—. Lo intentaste. Déjala.

Gunder Ror se quedó observando la espada de lado a lado y, luego, la soltó decepcionado.

—Es un arma muy peculiar —dijo Gunder Ron.

—¿Alguien más desea intentarlo? —preguntó Monderhen, observando la mirada de todos los presentes.

—Es mi turno —dijo Bernand, dando algunos pasos hacia la espada.

Bernand era muy distinto a los demás cazadores; él era demasiado alto y poseía una gran musculatura. Su vestimenta era muy extraña: parecía que estaba hecha de piel de un león o de un oso de las montañas. En su espalda llevaba dos dagas en forma de colmillos, seguramente, de alguna bestia gigante que había derrotado. En su cintura, cargaba un hacha de doble filo distinta a las ya conocidas.

Monderhen, esta vez, se quedó observando sin decir ninguna palabra. Bernand cogió la espada y la levantó hasta su cintura; esta, de inmediato, respondió a la empuñadura y empezó a destellar, incluso, formó algunas ondas de luz.

Todos observaron y se quedaron impresionados.

Ginn recordó que la espada reaccionó de esa misma manera la primera vez que la tomó entre sus manos.

Ralf, por otro lado, se mordía los dientes de rabia, ya que no podía creer que un simple cazador, asesino y despreciable ser, podría ser el protector de tan poderosa arma.

El mago aún seguía sin decir una sola palabra. Solo observaba la reacción de la espada y del cazador hasta que el arma mágica se apagó y dejó un destello.

—¿Qué pasó? —preguntó Bernand, sosteniendo aún La espada de la luz.

—Tampoco eres tú, hijo de Aman Tok, pero hay algo extraño en la espada que aún no descifro —respondió Monderhen.

De pronto, se escuchó una gran carcajada. Todos, de inmediato, voltearon a ver quién era el que hacía semejante escarnio.

—¿RALF, QUÉ TE CAUSA TANTA GRACIA? —bramó furioso Monderhen—. Acaso...

—¡No lo ven! —dijo, repentinamente, Ralf—. ¿Acaso no lo ven? Yo soy el protector del reino y de la espada de mi padre. Les dije que yo la llevaré. Seguro de que la espada ya me ha elegido y está esperando a que pueda sostenerla.

—¡QUÉ FALTA DE RESPETO INTERRUMPIR A UN MAGO! —dijo Monderhen, golpeando su bastón en el escalón donde él se encontraba.

—¡Adelante, cógela! —ordenó Monderhen, dándole el pase con su largo bastón.

Cuando Ralf iba por la espada, todos estaban observándolo. Se preguntaban cómo había cambiado de un día para otro. Su obsesión por ella y por las demás armas mágicas era demasiado grande. Su deseo no era proteger a Goussendor, sino tener el reino más poderoso de todos y ser el guerrero más fuerte entre ellos.

Bernand se quedó mirándolo fijamente, mientras Ralf comenzaba acercarse. Observó por última vez la espada y luego la arrojó cerca a los pies de Ralf.

—¡Cógela, príncipe! —dijo Bernand—. Demuéstranos que tú eres el protector.

—¡Cazador insolente! —gritó Ralf—. ¡Esta no es la manera de tratar a un príncipe!

—Vamos, cógela —intervino Monderhen.

Ralf, no supo qué decir, solo miró al mago y se inclinó un poco; luego sujetó la espada con mucha fuerza. La levantó, la movió de lado a lado, pero no tuvo ningún resultado. Ralf no entendía el porqué. Se sentía muy decepcionado internamente, pero como su ego era tan grande, no podía aceptarlo. Volvió a agitarla; esta vez hacia el lado derecho y, de pronto, el arma mágica respondió: empezó a brillar. El rostro de Ralf cambió, repentinamente, estaba inundado de felicidad.

—¡Hijo mío, te ha elegido! —exclamó Ginn—. Tú eres el protector del reino y de La espada de la luz.

—¡Un momento! —dijo Monderhen—. No hay que apresurarnos, Ginn, sigamos observando.

De pronto, la espada comenzó a destellar ondas de luz, una tras otra, hasta que... lamentablemente, para Ralf, dejó de brillar y regresó a la normalidad.

Este no podía creer que el arma tampoco lo había elegido. Tenía un nudo en la garganta. Se sentía humillado. Lleno de ira, lanzó la espada cerca a los escalones. Con la mirada en el suelo, sin decir alguna palabra, se marchó del lugar.

Ralf se había llenado de muchas ilusiones, sin embargo sus intenciones no eran las adecuadas. Caminó cabizbajo, escalón por escalón hacia la gran puerta negra y desapareció.

Kanneus se quedó observándolo de reojo, quiso darle aliento, pero lo pensó mejor y decidió dejarlo solo por el momento.

Zwein al ver a su hijo mayor decepcionado y, con la mirada perdida, fue atrás de él para darle ánimos o algún consuelo. No obstante, Ginn se interpuso, moviendo la cabeza.

—¡No, Zwein! —dijo—, dejémoslo solo por ahora; será mejor para él, así podrá pensar las cosas con más serenidad.

—Pero...

—Reina Zwein —intervino nuevamente Monderhen—. Es bueno que él pueda pensar en su actitud. Fue soberbio en sus palabras y los resultados fueron los que vimos. Las opciones que tuvimos se acabaron, pero pude descifrar algunas cosas.

Zwein se quedó muy apenada por su hijo.

—Creo que pensaremos mejor con el gran banquete que la señora Leni, muy amablemente, se ofreció a preparar. Al terminar les contaré qué debemos hacer y crearemos un nuevo plan —explicó Monderhen.

El mago dio media vuelta e invitó a Bernand y los demás cazadores a pasar al gran festín.

—¡Todos sean bienvenidos! —dijo Monderhen—. Además, pronto desaparecerá mi hechizo y tendremos demasiada nieve en nuestras cabezas.

—Claro. ¡Con mucho gusto! —respondieron.

—Bernand, ¿puedes quedarte hoy con nosotros? Deseo que conversemos sobre algunos temas, ¿te parece? —dijo el mago.

—Sí, señor —respondió—. Pero, ¿entraremos... nosotros? Hace mucho tiempo, el rey Dolcal nos prohibió la entrada al castillo. Si me encuentro acá, solo es porque usted me pidió venir.

—No te preocupes, hijo de Aman Tok. A tu padre le prohibieron el ingreso, por unas riñas antiguas, pero no a ti: tú eres mi invitado y serás muy bien atendido —explicó Monderhen.

—Muchas gracias. Con gusto entraremos. Mis hombres necesitan comer algo —respondió.

El mago asintió con la cabeza y se dirigió al rey de Goussendor.

—No hay ningún problema, ¿verdad, Ginn?

—No, ninguno. Sean todos bienvenidos.

—Yo no pienso compartir una mesa con esta gente —dijo Gunder Ror, observando a Bernand, muy fríamente.

Ambos quedaron mirándose fijamente por unos segundos.

—Rey Ginn, con su permiso, ¿puedo retirarme? —preguntó Gunder Ror—. No tolero a estos cazadores.

Para Gunder era difícil estar al lado de un cazador y más compartir algunos alimentos con ellos. Él odiaba a los cazadores tanto como Ralf. Cuando era pequeño, asesinaron a una criatura que cuidaba en el bosque, por eso juró que vengaría la muerte de su único amigo.

Al pasar los años, se convirtió en el jefe del ejército de Goussendor y dio muerte a varios cazadores, que se acercaban alrededor del castillo o que andaban, en el bosque, en búsqueda de criaturas mágicas y animales difíciles de hallar.

—Claro que sí. Puedes retirarte si deseas —dijo Ginn—. Te mandaré a buscar ni bien tengamos

un nuevo plan.

—Está bien —respondió Gunder Ror—. Con su permiso, señor.

—¿Alguien más desea retirarse? —preguntó Monderhen, mirando a su alrededor.

—Creo que nadie más —respondió Jazz.

—Muy bien —dijo Monderhen—. No se diga más. Entremos porque deseo probar las delicias que la buena señora Leni nos ha preparado.

Elección y decisión

Monderhen, en muchas ocasiones, utilizaba su magia para trasladarse de un lugar a otro. Además, era capaz de transformarse en un halcón blanco (él era uno de los tres magos privilegiados capaz de realizar esta metamorfosis); de esta manera, podía llegar, en corto tiempo, al sitio que desease, y si es que tenía que dirigirse a zonas muy lejanas, llamaba a su fiel amigo Hisszeld.

El mago observó todo el camino que tenía que recorrer desde el patio de armas hasta al comedor. Vio las grandes escaleras que daban a la enorme puerta principal. Se quedó pensativo, por unos segundos, y dijo:

—Innumerables escalones hay por subir: resulta más asequible siempre bajar; ascender implica un desmesurado esfuerzo si es que, volando uno no va.

Algunos no entendían su retórica, decían que era muy sabio y que sus palabras, seguramente, tenían algún mensaje subliminal.

—Aunque esta vez, no lo haremos así. Subamos esos tediosos escalones, así algunos presentes se pondrán en forma —volvió a indicar Monderhen, evitando reírse. De pronto, en medio de los escalones, se detuvo.

—¡Alto! ¿Alguno de ustedes trae consigo La espada de la luz? —preguntó.

—¡No! —respondieron, alarmados, todos.

—¿Acaso es una broma? —preguntó furioso Monderhen—. Acaso piensan dejarla ahí.

—Yo iré —dijo Effio.

—No es necesario, mi buen amigo Effio, dejemos que vaya el pequeño Razzagel.

—¿En serio, señor? —preguntó Razzagel, con una gran sonrisa en el rostro.

El pequeño príncipe se había quedado maravillado por todo lo que había escuchado de las armas mágicas y, en ese momento, sentía una inmensa dicha, ya que iba a poder tomar unas de ellas por un momento.

—Por supuesto. Como verás eres el más joven y aún puedes bajar, subir, correr e, incluso, saltar todos estos escalones sin cansarte —respondió Monderhen.

—Yo voy contigo Razzagel —dijo, de inmediato, Cleo.

—Solo tengan cuidado al sujetarla, ya que la espada mantiene un buen filo. Sugiero que la tomen del mango y nos den el alcance lo más rápido posible —indicó Monderhen.

—Sí, señor, como usted diga —respondieron los pequeños.

—Nosotros sigamos caminando. Por favor, dejemos que los dos pequeños traigan el arma. Estamos cerca al portón y solo deseo comer algo muy sabroso —señaló el mago.

Razzagel y Cleo bajaron muy emocionados. Cuando llegaron, se quedaron observando La espada de la luz por unos cuantos segundos. Para ellos, era fascinante ver que un objeto tan poderoso contenga un gran misterio.

—Cógela, Cleo, has llegado primero —indicó Razzagel.

—No, cógela tú. El señor Monderhen te dio la indicación a ti; yo solo te hice compañía. Tómala del mango y subamos rápido. Si te parece demasiado pesada, ahí sí, yo te ayudaré —respondió Cleo.

—Está bien —dijo enseguida.

Razzagel se inclinó, doblando la mitad de su cuerpo, y cogió el arma con las dos manos.

En ese instante, el mago se detuvo en medio de los largos escalones, debido a que sintió un presentimiento en el pecho.

—¿Por qué se detuvo? —preguntó Jazz.

Monderhen estaba por responderle a Jazz, pero, de pronto, una luz enorme brotó de la espada e iluminó gran parte del castillo: destellaba una tras otra onda de luz. Los que estaban subiendo voltearon, rápidamente, hacia donde se encontraban los pequeños. Jazz, bajó, de inmediato, junto al mago y observó a Razzagel tratando de levantar la espada. Monderhen no se sorprendió; solo atinó a esbozar una pequeña sonrisa en el rostro; sin embargo, Jazz, quedó totalmente anonadado.

—¡Vengan todos! —gritó Jazz.

Bernand, que aún se encontraba en los primeros escalones, solo se quedó observando, con los brazos cruzados, junto a sus hombres, sin perder la concentración.

Ginn y Kanmeus, al salir del castillo, observaron que el arma mágica respondía a las manos del pequeño.

—¡Suéltala! —exclamó Ginn.

— ¡No, aún no, Razzagel! —gritó Monderhen—. ¡Levántala!

—¡Razzagel! —chilló Cleo—, dice el señor mago que levantes la espada.

—No puedo, está muy pesada; además, el brillo no me permite ver a mi alrededor —respondió Razzagel.

Todos quedaron observando al pequeño príncipe.

—¡Te ayudaré! —exclamó Cleo, tomando la mano de Razzagel.

Ambos no entendían por qué aquella espada era tan pesada, pero juntos lograron levantarla. Inmediatamente, esta hizo un último destello y quedó totalmente encendida.

De pronto, la espada de la luz empezó a reducirse al tamaño y peso perfecto para el cuerpo de Razzagel. Cleo dejó de ayudarlo y solo el pequeño príncipe quedó sujetándola con ambas manos. Luego, sintió que ya no pesaba como antes y pudo sostenerla con una sola. La maniobró de lado a lado y el brillo aún seguía resplandeciente. Parecía una linterna incandescente.

Monderhen se había quedado observando muy atento, pero sin decir palabra alguna. Dio media vuelta y subió nuevamente los escalones.

—¿Qué esperan para subir, señores? —dijo Monderhen—. Al final, el protector estaba entre nosotros. Está decidido: el plan seguirá en pie. Kanmeus, Bernand, Effio, Kellhy acompañenme por favor.

Bernand siguió a Monderhen con todos sus hombres; él no tenía malicia alguna y solo dijo: —Solo es un pequeño... un pequeño con mucha suerte.

En ese momento, la reina bajó furiosa.

—¡Muchacho tonto! —gritó, desde los largos escalones—. ¿Por qué tenías que estar aquí?

Razzagel se quedó muy asustado al escuchar a su madre.

—¡Suelta la espada ahora mismo! ¡Te dije que te quedaras en tu habitación! —volvió a gritar Zwein, muy exaltada—. ¿Por qué nunca haces caso?

—Madre, yo...

—¡Suéltala ahora mismo! —dijo la reina muy alterada, con lágrimas en los ojos.

El rostro de Razzagel había cambiado. Su madre jamás le había gritado de esa forma; ella nunca se había comportado así con él. Todo esto había empezado desde que aquel maligno llamado Barkun apareció.

—¡Lo siento! —dijo Razzagel, en un tono bajo y con el rostro inclinado.

—¡Suelta la espada! —volvió a decir Zwein.

El pequeño soltó el arma mágica y de inmediato esta dejó de brillar. Razzagel subió los grandes escalones lo más rápido posible y se encerró en su habitación. Él no pretendía ser el protector ni que la espada lo eligiera como tal, solo la tomó por orden del mago.

Por otro lado, Ginn abrazó fuerte a Zwein e intentó consolarla. Ella sabía lo que iba a ocurrir, sin embargo solo le quedó llorar en el pecho de su esposo.

—Cleo, trae la espada —dijo Jazz—. Entremos y dejémoslos un rato a solas.

En ese momento, el pequeño duende tomó el arma y se dirigió, de inmediato, con Jazz.

Ginn y Zwein se quedaron solos.

—¿Qué sucede, mujer? —preguntó Ginn.

—Sabes lo que pasará ahora, ¿verdad? —contestó, con lágrimas en los ojos.

—Sí, pero no te preocupes. Buscaremos por todo el reino y alrededores quién pueda portar el arma —indicó Ginn, tratando de calmarla.

—Es solo un niño... solo un niño —dijo Zwein, golpeando el pecho de Ginn.

—Subamos y tranquilicémonos —respondió—. No hagamos un escándalo sobre esto. Razzagel es muy pequeño; seguramente, Monderhen tendrá en mente otro plan.

—Él dijo que el plan seguía en pie. ¿NO LO ESCUCHASTES ACASO? —levantó la voz Zwein.

—Lo dijo por decir —respondió Ginn—. Tú sabes cómo es él. Siempre nos enreda la mente cuando habla. Mejor subamos y escuchemos lo que tiene que indicarnos. No hay de qué preocuparnos. No creo que mande a un niño hacer el trabajo de un adulto.

—¡Tienes razón! —dijo Zwein, limpiando sus lágrimas—. Creo que exageré demasiado. Monderhen puede que hable raro, pero es muy coherente.

—No te preocupes, querida, subamos y dejemos de pensar en eso. Razzagel estará bien —replicó Ginn.

Ambos dieron un gran suspiro y se dirigieron al comedor principal.

Al llegar, vieron, que junto a Kanmeus, Effio y Kellhy, los hombres de Bernand ocupaban todas las sillas.

Por otro lado, Jazz, Cleo y Leni estaban en la cocina, junto a Kenia y Samira, ayudantes de la

señora Leni.

Los hombres de Bernand no tenían ningún respeto, ya que cogían los alimentos con las manos sin usar los cubiertos que estaban en la mesa.

Había comida en cantidad: piezas de pollo, filetes de carne, salchichas, quesos, verduras cocidas, frijoles, variedades de panes, pasteles de papas y de moras, recipientes grandes de sopa y garrafas de vino.

—¿Cómo han traído todo esto hasta aquí? —preguntó Zwein—. Que yo recuerde algunas cosas todavía faltaban preparar.

—¡Magia! —respondió Monderhen—. Un hechizo muy sencillo. Solo apresuré los platillos que estaban cocinándose y lo que ya estaba preparado, los coloqué sobre la mesa sin que la señora Leni se esfuerce en hacerlo.

Zwein quedó mirándolo sorprendida.

—Pero no hablemos de esto ahora —dijo el mago. ¡Vengan... siéntense todos!

—¿Sentarnos? Disculpe, pero no veo ningún espacio disponible —expresó Ginn.

—¡Oh! —murmuró Monderhen, observando cuántos lugares faltaban—. Tienes razón, Ginn. Además, no veo por acá a Jazz, a Cleo ni a la buena señora Leni. ¿Dónde se encuentran?

—¡Aquí estoy, señor Ginn! —dijo Leni, con su voz aguda, acercándose desde la cocina—. No había más espacio para nosotros. Los demás están en la pequeña mesa redonda.

En ese momento, Bernand observó de lado a lado. Al percatarse de la situación, se levantó y dirigió su voz, en un tono grave, a algunos de sus hombres que se encontraban sentados cerca de él.

—¡Ustedes cinco, levántense! —ordenó.

—No, Bernand, que se queden allí. Ustedes son mis invitados. Además, donde come uno comen varios. Esperen un momento —dijo Monderhen, con cierta astucia.

El mago, de inmediato, levantó su bastón y golpeó el piso de piedra; de pronto, la mesa se alargó y aparecieron siete puestos más.

—Ahora sí siéntense, Ginn y Zwein. Disfrutemos de estos deliciosos bocadillos que la señora Leni estuvo preparando —expresó el mago.

—¡Gracias, señor! —respondieron Bernand y sus hombres al unísono.

—Jazz y Cleo, ustedes también, acompáñennos —dijo Monderhen, al verlos detrás de la señora Leni—. Ahora, tenemos más espacio.

—¡Vamos, acérquense! —repitió Monderhen—. Disfrutemos todo esto juntos. Es una lástima que Razzagel y Ralf no nos puedan acompañar, pero si es que se animan, les dejamos dos puestos libres.

—¡Cuánta comida! —dijo Jazz, observando el gran banquete.

—Si el utilizar magia fuese así de sencillo, no tendría ningún problema en la cocina —indicó la señora Leni, soltando algunas carcajadas.

—Mi buena señora Leni, solo es cuestión de aprender y tener constante práctica —respondió Monderhen, levantando el dedo índice.

—¿Constante práctica o magia? —dijo Leni—. Yo no tengo esa habilidad, pero sí sé cocinar.

—¡Ja, ja, ja! —empezó a reír Monderhen—. Y todo lo que usted cocina es muy sabroso. Definitivamente, eso es mejor que cualquier hechizo. Tiene un buen sentido del humor, mi buena señora Leni.

Ella, de inmediato, se ruborizó por la amabilidad que Monderhen tuvo, ya que hace mucho tiempo no la elogiaba como lo solía hacer. Ellos eran muy buenos amigos. Se conocían hace bastantes

años, pero el cambio físico sí que era distinto: Leni, cada vez, estaba con más edad y Monderhen aún lucía como un adulto de cuarenta años.

Mientras tanto, Zwein miraba la forma en que los cazadores comían. Incluso, Effio y Cleo comenzaron a imitarlos: no usaban los cubiertos como ellos; habían perdido, en ese momento, los modales.

—Effio, Cleo, con los cubiertos... usen los cubiertos —susurró Kellhy, dándole un pequeño golpe a Effio en las piernas.

De pronto, uno de los hombres de Bernand tomó una copa de vino y dijo:

—¡Qué maravilla! Exquisito vino y deliciosa comida. Muy noble gesto, señor Monderhen.

Luego de estas palabras, todos los hombres de Bernand empezaron a dar golpes a la mesa con sus puños y algunos cogieron los cubiertos utilizándolos como instrumento musical. Golpeaban, armoniosamente, las copas y otros objetos, y de agradecimiento comenzaron a entonar una canción:

*¡Mucho queso, mucho pan, qué delicia al combinar!
Tenedores por aquí, cucharas por allá,
dos cosas que no sabemos utilizar.*

*¡Carnes tan sabrosas, en la mesa, puestas están!
Los cuchillos al tirar, nuestras espadas cortarán
y con nuestros dientes a triturar.*

¡Un puñado de verduras, otro de frijoles!

*En nuestras copas a llenar, cerveza, vino, agua y té,
y así nuestra garganta a calentar.*

*¡Se acabó la sopa, se agotó el pastel!
y lo que hacemos con los platos,
los vamos a romper.*

Luego de destrozar casi todas las finas vajillas del castillo, los cazadores, junto a Bernand, se detuvieron y dijeron al unísono:

—¡Muchas gracias, señor Monderhen! ¡Todo estuvo delicioso!

—No me agradezcan a mí. La señora Leni ha preparado todo. Yo solo ayudé un poco —añadió el mago—. También al buen rey Ginn y a su esposa, ya que fueron los partícipes de esto.

—¡Muchas gracias por tanta amabilidad! —dijeron los cazadores, mirando a Ginn y a los demás.

—¡No se preocupen! —contestó el rey.

La que no estaba tan gusto con todo el “espectáculo” era la señora Leni.

—¿Tenían que destrozar todas las vajillas? —murmuró, con un leve quejido.

—Tranquila, Leni. Es una señal de agradecimiento dentro de su cosmovisión. Además de eso, a

ellos les gustan mucho las canciones, incluso, en otras ocasiones, empiezan a bailar. Son muy simpáticos; les agradarán si los llegan a conocer mejor —explicó Monderhen.

Zwein no podía sacar de su mente el acontecimiento de su pequeño hijo con La espada de la luz.

—Señor Monderhen, tengo...

—Lo sé, reina Zwein —dijo de inmediato Monderhen—. Te encuentras preocupada por Razzagel y Ralf, ¿cierto?

—Así es —respondió cabizbaja.

—Es hora de conversar y si es que la situación lo amerita, cambiaremos de plan. Vayamos a la Sala de reuniones o mejor al salón principal que está más próximo —sugirió Monderhen.

—¡Mejor a la Sala de reuniones! —dijo Ginn, levantándose de la mesa—. No todos deben enterarse.

—Correcto —dijo Monderhen.

El mago se levantó de la mesa y se acercó a Cleo pidiéndole que ayude a la señora Leni a limpiar todo el desorden que habían hecho los cazadores.

—¿Todo esto? —preguntó Cleo—. Nos demoraríamos horas.

—Muy bien, entonces, a empezar —dijo Monderhen.

El mago aún deseaba darle un castigo por fisgón y por querer trasladarse a su habitación sin permiso alguno.

—Bueno, señora Leni, me gustaría ayudarla, pero creo que podrá con todo esto, ya que hay doce razones que, muy gustosamente, ayudarán a limpiar —dijo Monderhen, guiñando el ojo izquierdo.

Cuando la señora Leni vio que Monderhen hizo ese gesto, se quedó observando, por varios segundos, a todos los hombres de Bernand que estaban parados bebiendo y armando tabaco.

—¡Tiene razón! —dijo Leni, con una sonrisa—. Yo me encargaré de todo esto. Ustedes pueden ir a donde quieran.

—Al fin entendió —suspiró Monderhen—. Bueno, subamos. Bernand, tus hombres se quedarán acá con la buena señora Leni; serán de muy buena compañía.

—¿No habrá ningún problema? —preguntó el cazador, con cierta duda.

—No te preocupes. La señora Leni los cuidará muy bien. Será como una madre para ellos —respondió Monderhen, dando una pequeña carcajada.

—Si es así, vayamos entonces —dijo Bernand.

—Vayan ustedes —dijo Kanmeus—. Yo me quedaré por acá. Tengo un tema importante que realizar. De todos modos, yo estaré de acuerdo con lo que decidan.

—¿Qué es tan importante? —preguntó Monderhen.

—Un asunto que debí hacer desde que llegué, pero no tuve el tiempo necesario. Si me permite, ¿puedo quedarme?

—¿Es un tema de qué preocuparnos?

— ¡Oh, no! Creo... que no.

—¿Crees o no? —replicó Monderhen—. Son dos respuestas distintas.

—Bueno... no

—Entonces, quédate. Te estaremos informando ni bien terminemos —dijo el mago, alejándose del comedor principal junto con los demás.

Después que ellos se trasladaron hacia la Sala de reuniones, la señora Leni le pidió a Cleo que le subiera unos platillos a Razzagel para que pudiese comer.

—¿No tendrá problemas con todo este desorden? —preguntó el duende—. El señor Monderhen me pidió que la ayudara.

—No te preocupes —dijo Leni—. Pondré comida en la cesta para que le subas al pequeño Razzagel. Yo me encargaré de todo esto.

—¿Usted sola? —dijo sorprendido Cleo.

—Vamos, muchacho, he tenido que limpiar y ordenar cosas peores; además, tengo a Samira, Kenia y otras doce personas que me ayudarán —dijo la señora Leni.

—¡Oh... entiendo! —dijo Cleo, observando a los hombres de Bernand.

Cuando el duendecillo estaba por ir a la habitación de su amigo con la cesta de comida, Kanmeus sacó un objeto extraño de su bolsillo y caminó hacia el portón. Cleo lo observó de una manera sospechosa y lo siguió, sigilosamente, para que no se dé cuenta. De pronto, el joven guerrero colocó un pequeño trozo de papel dentro del objeto y lo soltó; este comenzó a flotar moviendo sus pequeñas alas, aquel parecía un extraño insecto de color plateado y marrón.

—¡Eso es un *Tishpat*! —gritó Cleo—. Yo sé de ellos.

—Siempre espías a los demás —refunfuñó Kanmeus.

Cleo, avergonzado, miró cabizbajo al guerrero.

—Es que te vi muy sospechoso, ya que empezaste a mirar a todos los lados.

—Bueno —dijo Kanmeus—, sí, esto es un *Tishpat*. Y son llamados broches insectos. Por ejemplo, ese es un *Tishcour*.

—Sí, sí. Yo siempre he querido uno, pero son muy difíciles de conseguirlos. ¿Tu *Tishpat* viaja a largas distancias para enviar mensajes? —preguntó Cleo.

—Así es, amiguito —respondió el guerrero—. Es muy efectivo.

—¿Pero... por qué no usas cuervos mensajeros?

—Porque se pierden fácilmente cuando se los envía a lugares alejados; además, tardan días en llegar al destino encomendado.

—Mmm...Y a quién enviarás el mensaje. ¿A algún conocido?

—Así es. Es para un viejo amigo.

—Entiendo. Quiero ver cómo funciona —dijo Cleo, dejando la cesta de comida en el piso.

—Lo verás volar, pero no podrás seguirlo con los ojos; son muy veloces y se pierden ni bien emprenden el vuelo hacia su destino —indicó Kanmeus, con una sonrisa.

Tal como dijo el protector de La espada del fuego, el *Tishpat* mensajero voló perdiéndose rápidamente en el cielo. Cleo quedó maravillado. Él siempre había querido tener uno, desde muy pequeño; sin embargo, aquel era un objeto muy raro que los kreinlts habían fabricado hace muchos años.

—¿Cleo y esa cesta? —preguntó Kanmeus.

—¡Cierto! —exclamó—. Me tengo que ir. Esto es para Razzagel.

—Yo voy contigo. Necesito hablar con el pequeño.

—Entonces, toma mi mano para irnos allá.

Kanmeus se queda observando a Cleo y, cogiéndose el mentón, dijo:

—¿Nos transportaremos?

—Sí, así llegaremos más rápido.

—¡Mmm! La primera vez que viajé por ese medio fue cuando conocí a tus padres, ya que ellos me trasladaron, repentinamente, de un lugar a otro; me sentí muy extraño... casi vomito.

—Je, je. La primera vez suele suceder eso, pero de ahí te acostumbras. Ese es el poder mágico que tenemos nosotros los duendes; sin embargo, esto es muy diferente a lo que realiza el señor Monderhen.

Después de la breve explicación, el joven guerrero se quedó reflexionando e indicó:

—No te preocupes, pequeño duende, subiré por las escaleras. Tú puedes adelantarte.

—¿Seguro?

—Sí, creo que sí. Es mejor caminar un poco, además así no se me revolverá el estómago — contestó, dando una pequeña carcajada.

...

Por otro lado, en la Sala de reuniones, Monderhen, nuevamente, dio un breve resumen de lo que había acontecido hace mucho y de la coyuntura por la cual estaban atravesando: todo lo concerniente a Leyarbelin, Barkun, Odrewill, Hannuilt y las cuevas de Neptanzal.

Posterior a ello, el mago recompuso el plan. Este constaba, primero, en ir a las cuevas de Neptanzal y hacer volver de la hipnosis a Hannuilt, junto a todos sus hombres; estos eran los únicos que podían resguardar el lugar donde se encontraba la peligrosa Leyarbelin. Los hombres lobos de plata eran capaces de poder paralizar a sus rivales con el solo hecho de que sus garras lleguen a tocarlos. Luego de tenerlos como aliados, deberán ir en la búsqueda de las demás armas mágicas para detener a Barkun. De esta manera, el resurgimiento de la diosa del reino de Badardor sería impedido.

—¡Me parece perfecto! —dijo Ginn, levantando su puño.

—Sin embargo, hay algo que necesito decirles a todos. Quizás para algunos esta sea la parte más difícil de aceptar —dijo Monderhen.

Los presentes quedaron mirándose con cierta preocupación.

—Como ya les he comentado, las armas mágicas eligen a sus protectores y en este caso La espada de la luz ya hizo su elección. Ustedes se preguntarán por qué un pequeño niño pudo hacer reaccionar a esta arma al momento de tenerla en sus manos —continuó el mago.

—¡Porque es un pequeño con suerte! —dijo Bernand, con una voz muy gruesa.

— ¡No! —refutó Monderhen—. Hijo de Aman Tok, lo que mencionas es absurdo.

—Entonces, ¿por qué? —preguntó Zwein muy exaltada.

—Rey Ginn, tú debes saberlo muy bien —respondió Monderhen, mirándolo fijamente.

Todos pusieron la mirada en Ginn, pero su reacción fue extraña, ya que solo cruzó los brazos y dijo:

—¡Yo no sé nada!

—Si se te hace difícil decirlo, yo lo diré —dijo Monderhen.

—¡Adelante! —respondió el rey.

—Bueno, esto es simple. Cuando Barkun apareció y le colocó los brazaletes negros a Ginn, hizo

que él no pudiera volver a utilizar la espada; el rey la soltó y quedó de rodillas, sin ganas de pelear. Razzagel, en esos instantes, fue el primero que se acercó y trató de levantar a su padre. La espada, en ese momento, reaccionó al corazón bondadoso del pequeño; en pocas palabras, lo eligió. Él se ha convertido en el protector de la espada y de Goussendor. Sin embargo, pude percibir que aquella reaccionó a Jazz, a Bernand y luego a Ralf, eso quiere decir que ellos pueden encontrar las demás armas mágicas, con ayuda de La espada de la luz.

—¡No! —gritó Zwein—. ¡Mis hijos no irán... no irán!

—Lo siento querida Zwein— replicó Monderhen—. Una vez que el arma elige al protector, no volverá a escoger a otro, a menos que Barkun le ponga esos brazaletes negros a Razzagel o, en el peor de los casos, que llegue a perder la vida... Suceso que ni siquiera es imaginable.

Zwein se levantó de la silla exaltada.

—¡Tiene que haber otra salida!

—¡No! Nos hagamos sordos ni incrédulos, no hay otra forma, Zwein. Basta de discrepar sobre esto. Razzagel tendrá que ir. Además, por ser un niño, pasará desapercibido ante los ojos de los demás. Eso ayudará mucho —dijo Monderhen, frotando su largo bastón de color gris.

Zwein se encontraba angustiada al saber que sus hijos tendrían que ir en búsqueda de las armas mágicas; sin embargo, también pensaba en la catástrofe que podría suceder si no llegaban a encontrarlas. Sin estas, no podrían destruir al maligno Barkun. Era una noticia muy difícil de aceptar.

En ese momento, el mago golpeó el suelo con su largo bastón y susurró un hechizo indescifrable. De pronto, el escenario cambió por completo para Zwein y Ginn. Ambos comenzaron a recordar el pasado y todo lo que vivieron en aquella batalla, incluso cuando Zwein fue partícipe de esta gran lucha. Recordaban como la diosa Leyarbelin pudo abrir la segunda entrada del reino de Badardor por donde todo su ejército ingresó a Los cinco reinos. Visualizaban cómo estos destrozaban bellos lugares y asesinaban a diestra y siniestra a todos los seres vivos que estaban a su alcance. Era un escenario desastroso. Había mucho pánico: se oían gritos de misericordia pidiendo auxilio y se veían a algunos seres arrastrándose por conservar sus vidas.

Los reyes empezaron a entender el gran peligro inminente que se podía avecinar si Leyarbelin resurgía.

Después de hacerlos entrar en razón, Monderhen deshizo el hechizo y Ginn y Zwein volvieron a la realidad.

—¿Qué es lo que hizo, señor Monderhen? —preguntó Ginn, tocándose la cabeza.

—Solo les ayudé a recordar esos momentos de verdadero desasosiego y lo muy importante que es el tiempo... solo eso —respondió.

—Está bien, Monderhen —dijo Zwein muy enojada—. Tienes razón de lo importante que es todo esto. Yo no les impediré. La decisión final que la tomen únicamente ellos.

La reina, sin más que decir, volteó y se dirigió a la salida, sin embargo esta no tenía ninguna cerradura. Monderhen movió su mano izquierda y la puerta se comenzó a abrir muy despacio. Zwein, en esos momentos, tenía la esperanza de que su hijo Jazz salga con ella; no obstante, esto no sucedió. Ella entendió el silencio y la quietud.

Luego solo atinó a llamar a Kellhy.

—¡Ven conmigo por favor!

—Señora, ¿dejará esto así?

—Sí, querida. Por ahora, sí. ¿Puedes llevarme a mi habitación?

—Claro.

Kellhy cogió, de inmediato, la mano de Zwein.

Ni bien ambas dejaron el lugar, Monderhen se levantó de la silla y comenzó a acercarse a Ginn, mientras los demás seguían en sus respectivos lugares sin decir ninguna palabra.

Luna mapa

Pareciese que las horas hubieran sido solo minutos. Estaba empezando a anochecer y la Sala de reuniones comenzaba a oscurecerse. Monderhen se dio cuenta de ello y, de inmediato, extendió sus dos manos e hizo que todo el lugar se llene de luz: antorchas, velas y lamparines se encendieron repentinamente, y la puerta que estaba abierta se cerró de inmediato.

—¿Qué es lo que te tiene tan preocupado, Ginn? —preguntó Monderhen—. Si gustas, puedes contármelo.

—No es nada —respondió cabizbajo Ginn.

Ambos continuaron conversando.

—Si tu querida esposa Zwein lo pudo entender, tú también deberías hacerlo.

—No se trata de eso, señor. Me siento así por estos brazaletes que llevo puesto. Estoy, prácticamente, atado de manos: inútil, sin ser partícipe de nada. Además, el solo hecho de dejar que mi pequeño hijo vaya en búsqueda de las demás armas me deja muy consternado... Debería estar muerto y no ver esto.

—Tranquilidad, querido Ginn.

—Trataré de conservarla, pero es muy complicado en estos casos, señor.

—Te entiendo, Ginn. Sin embargo, ahora solo nos queda tener fe en ellos.

—Tiene razón... ¿En cuánto tiempo partirán?

—Mañana a primera hora.

—¿Mañana? ¿Y con cuántos soldados irán?

—Ninguno irá.

Monderhen miró a los demás y se dirigió a todos.

—Si parten como si fuesen a una batalla, probablemente, los atacarían de inmediato. Recuerden que si los murckoos u otros seres malignos, que Barkun ha logrado reunir, llegasen a verlos antes de que encuentren el resto de las armas mágicas, estarían muy vulnerables; ya que, a pesar de que tengan dos de las armas, no les bastará para acabar con ellos. Además, tengan en cuenta que si Barkun logra estar cerca de ustedes, podría, fácilmente, entrar en sus mentes e hipnotizarlos, así como lo hizo con Hannuilt.

Por ello, es prudente que vayan solos para no levantar sospechas.

—¡Pero... se sabe muy bien que ningún murckoo o ser maligno puede entrar a los reinos! Las torres de piedra protegen todas las tierras. Estas tienen un conjuro muy poderoso que tú mismo realizaste para defendernos. Al penetrar estas barreras, ellos serían destruidos de inmediato, ¿cierto?

—Aparentemente, sí. Sin embargo, tengo mis dudas. Aún no descifro ciertas cosas que me tienen muy confundido. Al parecer, Barkun posee otro objeto poderoso, aparte de los botones dorados, con el que puede apoderarse hasta de un ser que tenga un corazón más noble y puro. Ya lo demostró con Hannuilt y Odrewill. Ellos jamás han tenido maldad en su corazón. Quizás una pizca de rebeldía, pero son seres nobles. Por ello, no sé a cuántos habrá hipnotizado aquel maligno ni en dónde se estará escondiendo. Quizás ha poseído a un ser mágico o alguna bestia muy poderosa y juntos puedan revertir mi hechizo. Siempre escoge como víctima a los que mejor talento tienen. Él es un ser repugnante, ya que después de poseerlos, puede vivir un tiempo en sus cuerpos para

hacerse cada vez más fuerte.

Por todo eso, tengo muchas dudas. No sé hasta qué punto estamos, verdaderamente, protegidos.

—¿Cómo es posible! —reaccionó, consternado, el rey.

—Dejemos eso ahí. Ya habrá tiempo para hacerle pagar por sus crímenes. El tiempo siempre será nuestro mejor aliado —indicó el mago—. Simplemente, debemos estar muy alertas y siempre precavidos.

Effio y Jazz quedaron sumamente sorprendidos al enterarse que aquel maligno podría ser capaz de realizar semejantes atrocidades.

—Effio, es hora que traigas a Kanmeus y a Ralf —dijo Monderhen, regresando a su silla.

—¡Voy enseguida! —respondió, desapareciendo de la Sala de reuniones.

Mientras tanto, Kanmeus se encontraba con Razzagel y Cleo en el cuarto del pequeño príncipe. Estuvieron platicando sobre la importancia y la responsabilidad de ser un protector, de conocer esta función y de lo que debía hacer de ahora en adelante. Luego de esa charla, se pusieron a jugar al pasatiempo preferido de los pequeños: los acertijos.

Effio, llegó jadeando a la habitación de Razzagel, ya que estuvo buscando a Kanmeus por todo el castillo.

—Por fin lo encuentro, joven Kanmeus —suspiró—. El señor Monderhen me mandó buscar al joven Ralf y a usted, pero este se ha rehusado en venir. Usted sí vendrá conmigo, ¿verdad?

—Claro que sí. Solo dame unos segundos.

Kanmeus se encontraba caminando de lado a lado, pensando en el acertijo que Razzagel y Cleo le habían hecho; luego de tener la respuesta, se acercó a la mecedora, donde el pequeño príncipe estaba sentado.

—¡Ya lo tengo! Las montañas... son las montañas, ¿verdad?

—¡Así es! —dijeron Razzagel y Cleo, dando pequeñas carcajadas.

Luego, se inclinó donde Razzagel se encontraba sentado.

—Protector de La espada de la luz y del reino de Goussendor, acuérdate de lo que hemos estado hablando; si decides ir con nosotros, mi espada será tu apoyo, te protegeré con mi propia vida y si he de morir, tú vengarás la mía. Jamás dudes de todo el potencial que hay dentro de ti.

—Gracias por sus sinceros consejos, señor.

Kanmeus se paró y miró a Effio.

—Disculpe por hacerlo esperar. Ahora sí, vayamos.

—¡Por fin! —exclamó Effio—. El señor Monderhen nos debe estar esperando.

—Mmm... aunque creo que iré por mi propia cuenta.

—No estamos para bromas —dijo Effio, cogiendo la mano de Kanmeus.

Ambos, en instantes, desaparecieron.

—¡Válgame dios! —dijo Razzagel—. Jamás he visto al señor Effio tan desesperado.
—Y yo creo que Kanmeus se olvidó de decirle a mi padre que él no aguanta trasladarse con nuestros poderes —dijo Cleo, llevando su cabello rubio hacia atrás.
—Pobre, Kanmeus. Debe estar sintiéndose mal —dijeron al mismo tiempo.

El duende y el joven guerrero habían llegado por fin a la Sala de reuniones, pero este último se encontraba muy mareado y caminaba tambaleándose.

—¡Por qué no esperaste! —chilló Kanmeus, cogiéndose la cabeza—. ¡Yo no puedo viajar de ese modo! No soy un duende ni tampoco un mago.

—Pero la primera vez que los trasladé, no dijiste ni una sola palabra

—Estaba congelado por el frío; eso entumeció mi cerebro. Pero no es que pueda tolerarlo, necesito tiempo para acostumbrarme.

Effio solo atinó a levantar los brazos a media altura en señal de resignación.

—¿Y qué es lo paso con Ralf? —preguntó Jazz.

—No tenía interés en venir —respondió Effio—. Ni siquiera volteó a verme; solo observaba el bosque Iris desde su ventana.

—Fue algo muy duro para Ralf —intervino Monderhen—. Pero no podemos retrasarnos más. En caso que decida ir, tú lo pondrás al tanto de todo esto, querido Jazz.

—Pero, señor, no podemos ir los tres; por un lado, mi madre se pondría muy triste y por el otro, no deberíamos dejar sin protección a Goussendor. Ralf y yo le seguimos el paso a Gunder Ror. Me imagino que cuando comience todo esto, el reino deberá estar muy bien resguardado; por ello, creo que es mejor que uno de los dos se quede aquí. Pienso que Ralf es buena opción para emprender la búsqueda. Yo me quedaré acá, junto a nuestro ejército. Iré ahora mismo a convencer a mi hermano —respondió Jazz.

—Tienes toda la razón. Pero irás después, ya que necesito que te quedes y entiendas lo que debemos hacer. Todos los que nos encontramos presentes tienen que saberlo, porque si uno de nosotros perece, los que queden tendrán que seguir el plan. No hay marcha atrás. Si no conseguimos las armas mágicas, estaremos totalmente perdidos —explicó el mago.

Al ver a Kanmeus todavía muy mareado, Monderhen, tomó algunas bolitas de color verde de su bolsillo y le dijo:

—Acércate. Con esto, te pasará el mareo.

—¿Qué son estas cosas, señor? —preguntó el joven guerrero, con dificultad.

—Son dulces de limón con algunas hierbas; tienen un sabor muy exquisito. Te entregaré algunas para que las guardes si te encuentras en una situación similar. Solo se come una a la vez.

Kanmeus comió una de estas.

—¡Qué agrio este sabor! —Exclamó, escupiendo el dulce de limón.

—¡Relámpagos! Se me olvido decirte que si lo muerdes, se retorcería todo tu rostro; son muy agrias al final.

—Y me lo dice ahora...

—Pero, bueno... Lo mejor de esto, es que pasa el mareo muy rápido.

—¡Se nota! —empezó a reír Bernard—. Miren su rostro como se ha puesto. ¡Ja, ja!

—¿Deseas probar uno? —preguntó Monderhen—. Veo que te diviertes mucho.

—Lo siento. Es que su expresión en el rostro lo dice todo —respondió el cazador, disculpándose con todos.

—Por favor, atentos a lo que les voy a decir —dijo el mago.

Todos comenzaron a reunirse en un solo extremo de la mesa; esta era un poco grande. Al ver esto, Monderhen golpeó el suelo con su bastón y, de un momento a otro, la mesa se transformó en una pequeña mesa redonda. Después, con su mano izquierda, hizo aparecer un pergamino extraño y viejo, y apagó toda luz que había en el salón. Se habían quedado en plena oscuridad, sin poder verse el uno al otro, hasta que la piedra ovalada que estaba incrustada en la parte superior del bastón del mago, comenzó a brillar. Esta brotaba una luz cálida y cambiaba de color azul a amarillo y viceversa.

De pronto, desenvolvió aquel pergamino y les indicó a Ginn y a Effio que cogieran los extremos de este, luego acercó su bastón hacia el objeto y observaron que no tenía nada escrito ni dibujado: era solo un trozo de papel.

—¿Qué es esto? —dijo Ginn—. ¿Acaso es una broma?

—No, estimado Ginn, este es el mapa de todo este maravilloso mundo; acá se pueden ver las entradas, salidas, y los lugares ocultos de todas las tierras. La parte más curiosa es que puedes saber, incluso, si llueve, nieva o si corre mucho viento —explicó Monderhen.

—¡Pero no se puede ver nada! —dijo Jazz—. ¿Hay algún hechizo o palabra secreta?

—No —indicó el mago—. Este solo se puede visualizar con la luz de la luna.

—Pero hoy no saldrá, incluso, ni las estrellas se pueden observar en el firmamento —respondió Jazz.

—¡Muchacho tonto! Sin dudas, tu impaciencia refleja tu inmadurez. La piedra ovalada, que ven en mi bastón, tiene dos tonalidades: puede reflejar la luz del sol y la luz de la luna. Además, también podrían ver lo que hay en el mapa con La espada de la luz; sin embargo, en este caso, lo haremos con mi bastón. Ahora les detallaré el camino que deben de seguir.

Monderhen acercó su largo bastón, con esa potente luz azul, al pergamino y, poco a poco, se empezó a dibujar, todas las tierras: de norte a sur y de oeste a este. En ellas se podían apreciar los lagos, las montañas, la vegetación, los reinos, incluso, los lugares inhóspitos, mágicos y escondidos.

—¡Qué maravilloso objeto! —exclamó Kanmeus.

—Así es —respondió el mago. Yo lo llamo *Luna mapa*. Este pergamino les dibujará una ruta alterna, cuando el sendero esté obstruido. También les ayudará a no salirse del camino de protección. Tendrán que utilizarlo con mucho cuidado y no deben permitir que caiga en manos peligrosas, porque podrían saber cómo entrar a los demás reinos. Les sugiero que utilicen este mapa, ya que podrían hallar, incluso, lugares realmente inimaginables. Todo es cuestión de aprender a emplearlo.

Los presentes escuchaban atentos las palabras del mago.

—Ustedes tendrán que ir primero por las tierras del sur y entrar aquí donde estoy señalando.

Monderhen había indicado el primer lugar donde deberían de ir.

—Les recomiendo que lleguen a este lugar antes del anochecer. Este sitio se llama el bosque Oscuro y tendrán que darle al elfo, que vive allí, estas gotas de flores de Rupel. Felizmente, puede

conseguirlas antes de venir aquí. Tardé en conseguirlas, y volver a obtenerlas sería muy complicado, ya que ahora la nieve ha cubierto toda la colina donde se encuentran dichas flores. Por favor, sean muy cuidadosos con estas.

—Yo conozco bien ese lugar y a aquel elfo que habita allí; no será necesario, en este caso, utilizar el mapa —añadió Kanmeus—. Antes de venir a Goussendor, pasé por allá.

—¡Estrellas, rayos y centellas! —dijo Monderhen—. ¿Por qué no lo dijiste antes? ¡Me hubiera ahorrado toda esta explicación!

—Disculpe, señor —contestó el joven guerrero.

—Bueno, bueno. Kanmeus, te entregó estas gotas; recuerda que sin estas no podremos ayudar a nuestro buen amigo Hannuilt y a su manada de hombres lobos de plata.

—De acuerdo, señor.

—Bien ¡Sigamos!

El mago señaló el segundo punto más importante.

—Luego que el elfo les haya preparado, con estas gotas de flores de Rupel, la pócima contra la hipnosis, tendrán que ir por este pequeño sendero hasta la entrada a las cuevas de Neptanzal. Este recorrido les tomará de diez a doce días.

Los demás asentían a todo lo que decía Monderhen.

—Effio, esta ruta es la mejor opción, ¿verdad? —preguntó el mago, señalando con su dedo índice el lugar.

—Sí, al parecer es la más adecuada —contestó—. Sin embargo, también podrían usar el portal que se ubica por la montaña Arcoiris, ya que este se encuentra muy cerca al reino del señor Baffer, y él podría guiarlos.

El duende había indicado el portal mágico de las tierras del sur, un punto que los podía llevar, en unos instantes, al lugar que deseen. No obstante, al oír lo que Effio menciono esto, el mago enfureció.

—¡No! ¡No utilizarán ninguno de los cinco portales! ¡Está prohibido usarlos y eso lo saben muy bien!

—Disculpe, señor —dijo Effio.

Monderhen estaba molesto, a tal punto que su sombra se hacía cada vez más y más grande. Incluso, las antorchas empezaron a encenderse y apagarse a la vez. Todos se asustaron y comenzaron a retroceder.

—¿LO HAN USADO, VERDAD? ¿QUÉ REYES LO HAN EMPLEADO? Es mejor que me lo digan de una buena vez.

—No, no lo han utilizado. Nadie partió de esa forma, señor Monderhen —explicó effio.

—¿Entonces, cómo se fueron? —preguntó, mirando a Effio, frunciendo sus cejas.

—Kellhy me ayudó. Combinamos nuestros poderes mágicos —contestó, de inmediato, el duende, en un tono bajo.

—¡Oh! —dijo aliviado el mago—. ¡Vaya, vaya! ¡Ahora entiendo! Entonces ellos ya deben estar por llegar a sus respectivos reinos.

—Esperemos que así sea —respondió Effio.

—Muy bien, realmente ustedes me sorprenden. Me imagino que habrán realizado varios viajes, ¿cierto?

—Sí, fueron varios —dijo el duende, tocándose la cabeza—. Solo la reina Aurora, su hija, sus damas y sus demás guardias se fueron por su propia cuenta.

—De acuerdo —respondió, más tranquilo, Monderhen—. ¡Magníficos seres mágicos que son los duendes! Pueden trasladarse a cortas distancias, pero si combinan sus poderes, pueden lograr transportarse a grandes intervalos en tan solo unos cuantos segundos.

Effio dio un gran suspiro y atinó a sonreír.

—Les debo una gran disculpa, queridos y viejos amigos. Ustedes saben que no suelo comportarme de esta manera, pero todo esto me preocupa más de lo que piensan. Quiero que comprendan que hay cosas que no debemos de realizar. Todo tiene un porqué —explicó Monderhen con más calma.

—No se preocupe, señor, imagino la gran responsabilidad que recae sobre usted —respondió Effio.

Monderhen agradeció ese gesto. Luego, se dirigió a todos.

—Les diré el motivo por el cual no pueden usarse los portales mágicos. Como ven aquí, en el mapa, se notan los cinco portales y en estos puntos estratégicos también se encuentran las torres de piedra. Estas cubren todos los territorios con un gran hechizo por si algún ser maligno desea acercarse. Si esto ocurre, estas se activarán automáticamente. Incluso, algunos mueren al intentar ingresar, ya que es como una manta invisible que rodea y protege todas estas tierras.

Mientras Monderhen explicaba estos detalles, nadie osaba a decir palabra alguna.

—Pero observen acá —señaló, el mago, con los dedos—. En este lugar, los portales tienen una pequeña dimensión fuera de las torres. Es como una minúscula grieta que no tocan las barreras; esto quiere decir que Barkun y los seres malignos de su ejército podrían esperarlos allí, ya que al no tener protección, los podrían cazar fácilmente. Aquel maligno también cuenta con la habilidad de poder transportarlos; por ello, han presenciado la aparición de esos dos murckoos hace algunos días.

Los portales se encuentran cerrados y, felizmente, están bien ocultos; pero si llegan a abrirse nuevamente, tendríamos gravísimos problemas. Estos son sencillos de utilizar, ya que no necesitan de hechizos ni conjuros: solo se tendría que terminar de leer las inscripciones que están en las bases de piedra. Por ejemplo: “Oh, portal mágico, soy amigo y viajero, deseo como un rayo ir hacia mi destino...”. Luego, deben mencionar el lugar y automáticamente aparecerán allí. Sin embargo, si los seres malignos llegaran a saber esto, aprovecharían con fines perversos para trasladarse a cualquier sitio. Esto sería un verdadero caos. Los portales no se han usado desde hace mucho tiempo, debido a que solo los reyes humanos, elfos y algunos cuantos seres mágicos saben sus verdaderas ubicaciones -y, ahora, ustedes-. En el mapa, podrán observar, con exactitud,

su posición; sin este, no sabrían donde se encuentran. Por ello, este objeto no debe caer en manos enemigas.

Hace mucho tiempo, Katrina había pensado que era buena idea deshacerse de los portales mágicos, ya que su hermana vislumbraba una batalla contra nosotros. Ella sabía que estos eran una puerta de conexión para ellos, así que intentó, de varias formas, desaparecerlos; sin embargo, no pudo lograrlo. Debido a eso, solo los oculto con magia muy poderosa y logró, camuflarlos con la propia naturaleza. Desde ese momento, la misma Katrina prohibió su uso. La mayoría piensa que ya no existen, pero estos aún siguen entre nosotros. Por ello, es mejor que sigan inhabilitados. Los presentes se quedaron cavilando en todo lo que había manifestado el mago.

—¿Ahora comprenden el enfado que tuve hace un momento? Si lo hubiesen vuelto a utilizar, yo no podría cerrarlos ni siquiera ocultarlos, y Barkun podría emplearlos para atacar a pueblos pequeños y después a los nuestros.

—¡Oh, rayos! No había pensado en eso —dijo Effio, muy apenado.

—¿Habría alguna forma de destruir aquellos portales? —preguntó Bernand repentinamente.

—De haberlo lo hay, pero solo hay una persona que puede hacerlos desaparecer. Estos existen desde hace mucho tiempo, igual que el sujeto que los creó —explicó Monderhen.

—¿Quién es aquel sujeto? —preguntó Ginn.

—Es un viejo amigo. Él es el rey supremo de todos los elfos —contestó Monderhen—. Es uno de los tres elfos que ayudaron en la creación de las armas mágicas. Es tan poderoso como nosotros los magos o, capaz nos supere. Solo lo he visto en tres oportunidades. Es más, él fue el creador de este mapa; sin embargo, retiró de este su ubicación para que no pueda ser encontrado. Su existencia aún es un misterio.

Monderhen relataba todo esto con mucha intensidad.

—Cuando me entregó este mapa, a pesar de ser el mago más joven entre los demás, dijo estas palabras: *“Cuando el sol se oculte, la luna subirá; su luz brillará como una linterna en la oscuridad y te mostrará un camino de piedras en donde no te puedas ocultar”*.

Los demás trataban de comprender dicho mensaje.

—Al inicio, yo creí que solo me había dado el modo de utilizar el mapa, es decir con la luz de la luna; pero reflexionando sobre aquella frase, pienso que hubo alguna intención más. Quizás estas palabras tienen referencia con su ubicación. Hasta ahora no lo he podido descifrar, pero -tal vez- puedan hacerlo ustedes.

Sin embargo, hay otro método de hallarlo. Hannuult y él eran muy buenos amigos: él debe saber su ubicación. Por ello, después de que haya recobrado la conciencia, deben preguntarle ese detalle tan importante. Esa será su siguiente misión.

A pesar de que gracias a los portales uno podría transportarse de manera más sencilla a grandes escalas, deberían desaparecer, ya que pueden ser usados para fines equivocados. Saber la ubicación de aquel elfo es trascendental, ya que él como su creador es el único que puede destruirlos.

—¿Cuándo fue la primera vez que lo conoció? —preguntó intrigado Kanmeus.

—Fue hace mucho. Creo que fue cuando tenía cuarenta años o un poco menos —respondió

Monderhen.

—¡Guau! ¡Sí que fue hace muchos años! —dijeron Jazz y Bernand, muy sorprendidos—. Debe ser un sujeto increíble.

—Así es, pero no perdamos más el tiempo; ya habrá momento de poder contar esos pasajes. Continuemos en lo que estábamos —dijo Monderhen, señalando con su dedo índice el mapa.

El mago continuó explicando todo lo que debían hacer al partir de Goussendor. Les indicó donde podrían ir, donde ocultarse y descansar hasta llegar a lo más profundo de las cuevas de Neptanzal. Recién, luego de eso, ellos deberían ir en búsqueda de las demás armas.

Un nuevo guerrero nació

Monderhen, después de terminar de explicarles el recorrido que tenían que realizar, se levantó de la silla, cogió aquel mapa, lo enrolló y se lo entregó a Kanmeus.

Posterior a ello, contó cuántas personas emprenderán el viaje y fue mencionándolos uno a uno.

—¡Un momento! —dijo Bernand—. ¿Usted no vendrá con nosotros?

—No, yo no iré —contestó el mago. Hay un objeto muy valioso que debo cuidar y este no puede salir de Goussendor; además, tengo que convencer a algunos seres mágicos y guerreros elfos para que resguarden las torres de piedra. Sé que la labor que tienen no es nada sencilla, pero tendrán que ir si mí. Sin embargo, les daré todo mi apoyo y estaré al pendiente desde acá.

—Señor Monderhen, mis hermanos y yo aún no hemos decidido —dijo, de inmediato, Jazz.

—¿Cuál es el problema, Jazz? Se te nota muy preocupado.

—Ninguno. Solo que todavía no hemos tomado la decisión.

—¡Qué curioso! Cuando solo tenías siete años, tenías un espíritu aventurero: te gustaban las luces que Effio lanzaba al cielo; te quedabas viendo las estrellas fugaces y las seguías hasta que desaparecieran; disfrutabas las aventuras que tu padre narraba; incluso, decías que querías tener tu propia historia y que, algún día, cuando tuvieses la mayoría de edad, partirías de Goussendor en búsqueda de aquella.

Jazz quedó mirando a Monderhen y se dibujó en su rostro cierta añoranza por esos recuerdos. Él se preguntaba, en esos momentos, cómo sabía parte de su vida.

«¿Acaso podría entrar en mi mente y ver mis recuerdos?», pensó.

Se animó preguntarle al mago:

—¿Cómo sabe todo eso, señor?

—No solamente puedo saber eso, sino muchas cosas más que no lograrás entender —expresó mirándolo fijamente.

Jazz se quedó callado. El mago prosiguió.

—Qué increíble sueño era el que tenías. Desde ahí comenzaste a practicar día y noche con diferentes armas, y poco a poco adquirías más habilidades; hoy en día, ya perfeccionadas. Sería una gran pérdida de talento si no haces este viaje junto a Kanmeus y Bernand. Pero puedes pensarlo hasta mañana y convencer a Ralf en quedarse aquí o ir contigo.

—Hasta mañana entonces —respondió Jazz, en un tono suave, caminando hacia la puerta.

—¡Esperen un momento! —dijo Bernand—. ¿Le preguntaron a Razzagel?

—¡Cierto! —exclamaron todos.

—Effio, ve por él —dijo, de inmediato, Monderhen.

De un brinco, Effio saltó de la silla y desapareció en búsqueda del pequeño. Jazz, por su parte, se detuvo en la puerta a esperar la decisión de su hermano.

En un abrir y cerrar de ojos, Effio regresó con Razzagel junto a su hijo Cleo, que se encontraba sobre su espalda.

—Creo que te pedí que solo traigas a Razzagel —dijo Monderhen observando a Cleo.
—Lo lamento. Razzagel no quería venir sin mi hijo —susurró.
—No hay duda de eso, pero debería entender que no es bueno entrometerse en asuntos de los demás.
—Yo le pedí que me acompañe; no quise venir solo —murmuró Razzagel, con la cabeza inclinada.
—Mmm... Está bien —resopló Monderhen.

El mago se acercó al pequeño príncipe, con la mano entre la boca y la nariz -en señal de análisis-, pensando en cómo empezar a contarle todos los acontecimientos por los que estaban pasando y aquellos que se avecinaban. Lo observó por un momento y sacó de su túnica La espada de la luz y la colocó en las manos del pequeño.

Monderhen le preguntó a Razzagel con demasiada cautela.

—¿Qué te parece esta espada?
—Se ve que es un arma poderosa. Me sentí muy fuerte por un momento. El brillo que tiene al agitarla es único. Sin embargo, mi madre se molestó mucho, así que se la devuelvo, señor.
—No, quédatela. Ahora la espada te pertenece: es tuya.
—¿Es en serio?
—¡Por dios! —intervino Ginn—. Solo es un niño; no sabe ni siquiera cómo utilizarla ni para qué sirve.
—Déjenme ayudarlos —dijo Kanmeus—. Me tomé la molestia de explicarle varios detalles acerca de las armas mágicas; además de la responsabilidad que ahora él tiene por ser el nuevo protector.

El joven guerrero se acercó de inmediato a Razzagel, se inclinó un poco, lo miró y puso sus dos manos en los hombros del pequeño.

—¿Recuerdas la conversación que tuvimos hace unos minutos? El momento en que el señor Monderhen te proponga emprender el viaje junto conmigo en búsqueda de las demás armas ha llegado. Está en ti la respuesta.
Razzagel quedó mirando fijamente a Kanmeus.

—¿Y qué opinas sobre todo esto, pequeño? —preguntó Monderhen.

Hubo un pequeño silencio. Luego de ello, respondió.

—Si no voy, Goussendor y las personas más importantes en mi vida podrían desaparecer. En cambio, si decido ir, mi madre se pondrá muy triste y sentiría un dolor inmenso. Sin embargo, sé que mi padre podrá aliviar por un tiempo sus penas y cuidará de ella. En estos casos el bien colectivo es el que prima: tengo que hacerlo por el bien de todos.

Monderhen se quedó sorprendido por la respuesta tan sensata del pequeño príncipe.

—Me alegra mucho que puedas comprender la situación por la cual atravesamos. No cabe duda que serás un gran protector de la espada y del reino.

Se le dibujó una sonrisa de entusiasmo a Razzagel.

El mago prosiguió.

—Entonces, está todo decidido; no obstante, quiero que sepas que tu retorno no será en corto tiempo.

—Lo sé, señor Monderhen. Decidí ir porque quiero proteger a todos y, además, ser tan fuerte como mis hermanos y padres. Sé que muchas veces parezco ser un niño juguetón e incluso, sobreprotegido, sin embargo, también sé tomar mis propias decisiones y más aún cuando todos los reinos me necesitan.

Nadie en el salón podía creer que Razzagel, a su corta edad, había tomado una decisión tan sensata, en tan solo unos minutos, como si fuese un adulto. Ginn se había quedado helado de la impresión, pero, a la vez, se sentía orgulloso de las palabras de su hijo. Se le acercó, le dio su bendición y un fuerte abrazo. Se sentía muy dichoso ver a su hijo ir convirtiéndose en un hombre. Recordó cuando él tenía la misma edad y entrenaba duro para ser el más fuerte de todo Goussendor.

Por otra parte, Jazz también se alegró mucho al escuchar lo que Razzagel dijo, pero no se acercó ni lo elogió como su padre. Solo se quedó enfrente a la puerta, sin decir nada, pero con una sonrisa en el rostro.

—¡Al menos alguien aquí tiene sentido común! —indicó Monderhen, incomodando a Jazz.

Luego, el mago caminó lentamente hacia el otro extremo del salón: al lado opuesto de la entrada. Se acercó a la pared y puso su mano izquierda en uno de los ladrillos. Luego mencionó estas palabras: *Dorom appears*. Los ladrillos, en ese instante, se empezaron a mover de lado a lado, hasta que se vio una puerta alargada con el mismo diseño de la parte superior del bastón del mago.

—Bueno, entonces todo está decidido. Es hora que todos vayan a descansar así como lo haré yo. No se asombren por el lugar que están viendo, ya que es mi habitación. Necesito aclarar mis ideas. Mañana los estaré esperando apenas salga el sol, así que empaquen lo necesario. Descansen mis buenos amigos —dijo Monderhen.

Todos se despidieron.

—Ah, me olvidaba —agregó el mago—. Bernand, diles a tus hombres que se queden esta noche.

—De acuerdo, señor Monderhen, no hay problema con ello —accedió Bernand, mirando la gran habitación.

Luego, se dijo a sí mismo: «Este mago esta lleno de trucos, tal como dijo mi padre». Luego esbozó una pequeña sonrisa.

Monderhen entró a la habitación y, de inmediato, desapareció junto al cuarto.

—¡Bueno, es hora de marcharnos! —sugirió Effio.

—Así es —respondieron los demás.

—¿Kanmeus, aún te quedan los dulces de limón que te entregó? —preguntó Effio.

—¿Por qué lo dices?

—Porque solo se puede bajar de aquí de una sola forma y tú sabes cuál es. A menos que tengas una llave mágica contigo. Ah y también una cerradura.

—¡Me lo imaginé! Solo avísame antes de trasladarnos.

—Yo tengo un pequeño truco para que no sientas mareos —intervino Cleo.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó Kanmeus.

—Es no pensar que desaparecerás —susurró Cleo, desde los hombros de Kanmeus, luego se trasladaron de la sala.

—Eso no era un truco —dijo Effio, dando pequeñas carcajadas—. Solo es una forma de convencerlo para que no tenga miedo. El temor de pensar que tu cuerpo desaparecerá y aparecerá en otro lugar causa mareos. Solo es miedo, nada más que eso: una pequeñísima falencia de los humanos.

Todos soltaron muchas carcajadas al ver que Kanmeus, siendo un guerrero tan fuerte, le tenía pánico a trasladarse. Luego, formaron un círculo para que Effio pueda transportarlos al primer piso.

Al llegar, se dirigieron al comedor principal. Allí vieron a los hombres de Bernand, sentados en unos muebles largos de color verde oscuro, cerca a la chimenea, muy atentos a la explicación que le brindaba la señora Leni. Ella, con una taza de porcelana muy fina, les enseñaba la manera correcta de tomar el té. Los cazadores estaban concentrados imitando cómo sostener el pequeño recipiente y cómo beber de él. A pesar de que lo que más les importaba a ellos eran los bizcochos, buñuelos, rosquillas y galletas, estos seguían las indicaciones de Leni. Esta se sentía satisfecha de enseñarles algunos buenos modales a los salvajes cazadores. Se decía que la señora Leni había inventado la hora del té y creado, con su familia, las finas vajillas de porcelana.

Ella se había dado el tiempo de explicarles acerca de los buenos modales en la mesa como el no estar cantando ni rompiendo vajillas cada vez que terminen de alimentarse, aunque sabía que esto era parte de las costumbres que ellos tenían.

Incluso, los cazadores limpiaron todo el primer piso: dejaron impecable desde la cocina hasta el salón principal.

Ginn, se había quedado muy impresionado, al igual que los demás por todos los quehaceres que habían realizado los hombres de Bernand. Se acercó, con Razzagel y Jazz, a la mesa que estaba enfrente con varios dulces puestos encima y, de inmediato, cogió algunas rosquillas y luego las repartió a los demás. El rey se comportaba como un niño cuando la señora Leni preparaba esos deliciosos postres. El aroma y el sabor nunca cambiaban.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Ginn, con pedazos de rosquilla entre su barbilla.

—Todos ellos la ayudaron con la limpieza del primer piso. Mire que reluciente se encuentra —respondió Leni.

Ginn junto con los demás miraron de izquierda a derecha y observaron todo el primer piso muy impecable, incluso los jarrones y demás adornos brillaban de lo resplandeciente que estaban.

—Necesitaba comer esas rosquillas. ¡Qué delicia! —dijo Ginn, después de pasar el último pedazo.

—Han sido preparadas con mucho gusto, rey Ginn —respondió la buena señora Leni.

—Muchas gracias —agregó Ginn.

El rey, después de agradecer por aquellos alimentos, dijo:

—Es hora de que vayan a descansar. Mañana es un día muy importante, así que alisten todo lo necesario como lo explicó Monderhen. Yo me quedaré acá unos minutos organizando algunas cosas con Leni —prosiguió—. Jazz, lleva a Bernand y a sus hombres a las habitaciones que se encuentran en la torre derecha, ahí estarán más cómodos, ya que aquellas son sumamente enormes y espaciosas. Con el permiso de todos, me retiro.

El rey, al recordar que Razzagel partiría mañana y que no iba a volver a verse con Cleo por mucho tiempo, le preguntó a Effio si su hijo podía quedarse a dormir con el pequeño príncipe. Este aceptó el pedido y desapareció de inmediato.

Después de que todos se fueron del comedor principal, la señora Leni junto con el Rey Ginn entraron a la cocina y vieron, en la pequeña mesa redonda, a Kanmeus en mal estado.

—¿Aún sigues con esos mareos? —preguntó Ginn, tocándole la espalda.

—Sí, todavía no me acostumbro a esa transportación que hacen los duendes; esta es muy diferente al hechizo que hace el señor Monderhen; además, jamás he viajado, de esa manera, tantas veces en poco tiempo.

—Me lo imaginaba —indicó la señora Leni—. Por ello, le pedí a Samira que le preparé una infusión de hierbas; eso demorará media hora, pero después de tomarlo, estoy segura de que se sentirá mejor.

—Es necesario que apenas lo bebas, vayas a descansar. Hasta ello, si deseas, puedes quedarte y escuchar lo que tengo que decirle a la señora Leni —dijo Ginn.

—No es necesario. Si gustan me voy para que puedan hablar tranquilos —respondió Kanmeus.

—No te preocupes, muchacho, puedes quedarte; además, así sabrás cuidar de los demás, en especial a Razzagel. Acuérdate que él es solo un niño y todos deben protegerlo con sus vidas, porque sin La espada de la luz, todo se habrá perdido —dijo firmemente Ginn.

—Así es, rey Ginn, concuerdo con usted. Me quedaré a escucharlos hasta que la infusión de hierbas esté preparada.

La señora Leni había preparado una lista entera de alimentos con implementos necesarios que tendrían que llevar para este viaje antes de llegar a las tierras del sur.

Después de tomar la bebida que Samira le había preparado, Kanmeus comenzó a sentirse mejor. El rey Ginn y él se retiraron para sus respectivas habitaciones a prepararse para la partida de mañana.

Ginn se encontraba muy preocupado, ya que no sabía cómo explicarle a Zwein que Razzagel había aceptado emprender el viaje en búsqueda de las demás armas faltantes. Sin embargo, cuando llegó a su habitación, ella estaba cosiendo algunos botones en un saco marrón largo.

—¿Qué es lo que estás haciendo? —preguntó Ginn, tocándole los hombros a Zwein.

—¡Cosiendo! —respondió—. Razzagel me pidió que le hiciera un saco para su cumpleaños. Lo estuve avanzando hace algunos días a escondidas

—Pero falta mucho para su cumpleaños.

—Lo sé, por eso pienso dárselo mañana antes que parta.

—¿Entonces... estás enterada de todo?

—No tuve que enterarme de nada ni hubo alguien que me contara algo. Una madre presente lo que puede ocurrir, sabe lo que sus hijos pueden llegar a pensar. Ellos siempre tomarán sus propias

decisiones y solo queda darles todo el apoyo posible.

Ginn, nosotros sabemos que Razzagel nació con un don especial y, desde pequeño, siempre ha tenido ese sentido de protección y cuidado hacia los demás. Capaz él no lo recuerde, pero ese instinto lo lleva por dentro y por ello no dejará que a otros les suceda algo malo.

—Pensé que te opondrías ante la decisión de nuestro menor hijo. Estaba muy tenso, ya que no sabía cómo explicártelo, pero tus palabras son tan ciertas que han llegado a este viejo corazón... ahora se siente mucho mejor.

—Han sido días muy complicados, pero debemos mantenernos tranquilos; verás que todo estará bien, así que anda a descansar. Yo iré apenas termine de coser esto.

La dulzura de la reina resplandecía su rostro.

Mientras tanto, Razzagel se encontraba en su habitación, junto a Cleo, hablando acerca del viaje y de las armas mágicas que estaban por buscar. No podía dormir de lo emocionado y preocupado que se sentía. En esos momentos, cogió La espada de la luz, que se encontraba al costado de su cama, y comenzó a preguntarse por qué un arma tan grande se hizo pequeña y por qué le respondió a él como protector.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Cleo, mirando preocupado a Razzagel.

—Estoy bien... eso creo. Lo que pasa es que no sé si haya tomado la decisión correcta.

—Pienso que hiciste lo adecuado, Razzagel. Además tienes esa poderosa espada en tus manos y ello, también, te hace el protector de todo Goussendor. Al emprender el viaje con Kanmeus, el cazador y tus hermanos, te volverás tan fuerte como ellos y aprenderás a utilizarla. Tranquilo, mi amigo. Asimismo, conocerás diferentes lugares y algunos que otros seres mágicos. ¡Tendrás una gran aventura!

—Tienes razón. ¡Pensaré en todo eso!

Cleo, por unos instantes, miró al piso y dijo con voz muy baja:

—¡Qué envidia!

Razzagel, poniendo la espada al costado de su cama, respondió:

—¡Cleo, tú también deberías venir con nosotros!

—Sabes que me gustaría, pero mis padres no me dejarán; además, yo no sé pelear y no tengo una poderosa espada como tú.

—¡Pero puedes desaparecer y... volver aparecer, traspasar muros y llevar personas contigo!

—¡Eso es cierto!

La emoción en ambos empezó a desbordar.

—¡Pero, Razzagel, crees que el señor Monderhen acepte?

—Tendríamos que preguntarle mañana, pero antes debes decirles a tus padres.

—¡Bien! Entonces, mañana muy temprano iré a casa y trataré de convencerlos.

Cleo estaba tan emocionado en ir con su mejor amigo en búsqueda de las demás armas que apagó en unos segundos todas las lámparas de la habitación.

Los pequeños no sabían qué clase de peligros encontrarían en el camino ni a qué seres se enfrentarían, solo deseaban tener una magnífica aventura como aquellas que el rey Ginn les narraba.

El último integrante

Al día siguiente, muy temprano, Zwein entró a la habitación de Razzagel, sigilosamente, para no despertarlo. Colocó, en la mecedora, un bolso marrón con algunos objetos necesarios para el viaje; y, en el espaldar, el saco marrón que estuvo cosiendo toda la noche.

Ella no había podido dormir ni un minuto de lo preocupada que se encontraba, no obstante tenía que ser fuerte y no mostrar tristeza frente a su hijo.

Luego de dejar aquellos objetos, la reina se retiró, rápidamente, de la habitación; sin embargo, cuando cerró la puerta hizo un pequeño ruido y despertó a Cleo. Con el rostro aún somnoliento, el pequeño duende volteó la mirada hacia el lado izquierdo y vio las cosas que Zwein había dejado. De un brinco, fue a fisgonear lo que había, pero cuando este saltó, movió la cama e hizo que Razzagel despertara.

—¿Qué pasó? ¿Ya amaneció? —preguntó malhumorado

—¡Sí! Mira lo que te han dejado en la mecedora —respondió el duendecillo.

—¿Para mí?

—Sí, ya que tiene las letras iniciales de tu nombre en el bolso y en el saco.

—¿Un saco?

Razzagel se levantó de la cama dirigiéndose a la mecedora para ver todo lo que este contenía. Luego recordó que hace meses le había pedido un sobretodo marrón a su madre.

—¡Pruébatelo! —dijo Cleo.

—Eso haré. Yo le había pedido a mi madre que me regalará un saco parecido al de ella. Hace meses observé una pintura muy antigua en su habitación; la tenía oculta dentro de su viejo armario. En aquel retrato, se encontraba ella junto a dos mujeres muy extrañas con el mismo abrigo. Se veían realmente increíbles, así que le pedí que me hiciera uno como obsequio de cumpleaños. Sin embargo, todavía faltan algunos meses para que llegue esa fecha. Pero... no importa. Me la voy a probar.

Aquel saco tenía unos diseños muy bonitos que Zwein le había cosido con hilo dorado. Cuando Razzagel logró ponérselo, se dio cuenta que este le quedaba debajo de las rodillas. Luego se dirigió hacia un espejo largo, que se encontraba muy cerca a la puerta de su habitación.

—¡Qué bonito te queda, Razzagel! —exclamó Cleo.

—¡Verdad que sí!

El nuevo protector de La espada de la luz recordó, en ese momento, que su amigo tenía que avisarles a sus padres si podría acompañarlo en la misión que tenían emprender.

—¡Cleo, tienes que ir donde tus padres ahora mismo!

—¡Cierto! Se me había olvidado. Iré de inmediato. Nos vemos luego.

Cuando Cleo se retiró de la habitación, Zwein entró al cuarto y observó que su hijo se encontraba

con el saco marrón puesto y bien despierto.

—¿Qué tal te queda?

—Me queda muy bien. Gracias por el regalo, querida madre, pero aún no es mi cumpleaños. ¿Por qué me lo has entregado ahora?

—Te lo iba a entregar como obsequio de cumpleaños, pero no sé cuánto tiempo pasará para volverte a ver. Sé que has decidido hacer el viaje junto a los demás, así que me puse a terminarlo toda la noche.

—¿Toda la noche?

—Sí, pero ya después que partan me iré a descansar; ahora tienes que alistarte. En algunas horas, se reunirán para enrumbarse.

—Sí, madre, tienes razón.

—Hijo, también te hice un bolso. En este encontrarás lo necesario para tu viaje.

Razzagel estaba muy agradecido por los presentes y cuidados de su madre.

Ella prosiguió hablando.

—Ahora iré a la cocina a ayudar a la señora Leni. Ni bien termines de alistarte, bajas para tomar el desayuno, ya que haremos algo especial para ustedes.

—De acuerdo. Madre, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro. Dime, hijo.

—¿Te encuentras bien?

—¿Por qué no debería estarlo? Si todos ustedes dejarán este castillo algún día. Así es el destino y la ley de la vida.

La reina se encontraba apenada, a punto de llorar.

—No te preocupes por nosotros, querida madre. Prometo que volveremos lo más pronto posible; además, mi padre estará contigo para cuidarte y protegerte.

Zwein no aguantó más y se quebró al escuchar a su hijo. Todo era muy impactante para ella. Lo abrazó muy fuerte y luego se retiró de la habitación sollozando.

Aquella mañana no nevaba como otros días, pero el frío inclemente estaba presente. Desde el castillo, se podía observar un par de venados, en la colina, en búsqueda de algún alimento.

Por otro lado, Kanmeus se había despertado muy temprano y se encontraba sentado cerca a la chimenea, tomando una taza de infusión de hierbas naturales.

La señora Leni, en cambio, se encontraba en la cocina, junto a todos los sirvientes del castillo, preparando y empacando algunos alimentos para el viaje. Todos estaba tan bien organizados que lo hacían muy rápido.

La reina, antes de entrar al comedor principal, se secó las lágrimas. Cuando entró, vio sentado al guerrero del fuego con una manta puesta.

—¿Kanmeus, qué haces despierto tan temprano?

—Dormí lo suficiente, estimada señora. Además, estoy esperando a alguien que no debe tardar en llegar.

—¿Amigo tuyo?

—Sí, es un viejo amigo.

—¿Es de Khanexu's?

—Se puede decir que sí. Él vive muy cerca a mi reino. Es una persona muy fuerte y necesitaremos toda la ayuda posible en este viaje.

—Lo sé, mientras sean más es mejor, ¿no? —dijo zwein, con una voz entrecortada—. Solo...

—Entiendo a que se refiere, señora Zwein —interrumpió el joven guerrero—, no se preocupe. Nosotros protegeremos a Razzagel. Prometo, por mi vida, que no le pasará nada. Sé perfectamente lo importante que es él en esta misión y lo que significa para todos nosotros.

La reina quedó muy sorprendida al escuchar tan confortables palabras. Le agradeció mucho y se dirigió a la cocina.

A los pocos minutos de esta pequeña conversación, Monderhen apareció, repentinamente, en el comedor principal. Él llevaba consigo, entre sus túnicas, algunos objetos muy curiosos. Estaba a punto de llamar a todos; sin embargo, en el ambiente, se empezó a percibir un olor muy peculiar, un aroma que abría el apetito a cualquiera: se trataba de los panes que estaban saliendo del horno y del más delicioso chocolate caliente que hervía en una olla grande de barro.

—¡Qué delicia! —murmuró el mago. Huele muy rico por acá.

—Así es, señor Monderhen —dijo la señora Leni, poniendo algunas cestas de panes sobre la mesa del comedor principal.

—¡Oh! ¿Usted me escuchó?

—Claro, hasta sabía que había entrado al comedor; su presencia jamás pasa desapercibida.

—¿Acaso es un halago, mi buena señora Leni? —susurró muy despacio, tocándose la oreja izquierda.

—No tiene por qué ruborizarse, señor Monderhen, a usted siempre le ha gustado todo lo que yo cocino.

La señora Leni soltó algunas risitas y continuó:

—En algunos minutos, estará todo servido para despedir a los jovencitos en su viaje, así que puede estar esperando en el sillón junto a Kanmeus.

—¿Kanmeus?

El mago se quedó sorprendido, ya que observó todo el lugar y no vio al joven guerrero.

—¿Dónde se encuentra? —preguntó.

—Hace poco estuvo por aquí —dijo Leni—. Él se encontraba conversando con la señora Zwein. Seguro fue a traer sus pertenencias para el viaje.

—Debe ser eso. Kanmeus es un buen sujeto.

—Así es. Es un jovencito muy respetuoso.

Monderhen siempre gozaba de una buena plática con la señora Leni.

—Bueno, veo que soy el primero en llegar, así que mejor los esperaré cerca de la chimenea, ya que este frío no tiene clemencia.

—Como usted guste, señor. En un momento llamaré a todos para que vengan a tomar el desayuno.

—Uy, cuidado con los cazadores —sonrió el mago.

—Estoy segura de que ellos ya no romperán nada; ayer les estuve enseñando cómo deberían comportarse en la mesa.

—Me imaginé que usted haría eso, por ello los deje aquí. Aunque tuve que guiñarle el ojo para que me pueda entender. Se acuerda ¿verdad?

—Lo siento. Es que al principio no entendía ese gesto; incluso, por un momento, pensé que le había entrado algo al ojo; no obstante, cuando los mencionó de una manera extraña, al fin pude entenderlo.

—¡Lo supuse!

El mago dio una gran carcajada.

De pronto, llegó Zwein e interfirió su pequeña plática.

—¡Buenos días, señor Monderhen!

El mago siempre saludaba a sus viejas amistades con una fina reverencia.

—Buen día, reina Zwein. Hermosa mañana la de hoy, ¿verdad?

—Ni tan hermosa —indicó resignada—, ya que este frío cala hasta los huesos; sin embargo, al menos ya no está nevando con tanta intensidad.

—Hay algo que la incomoda, ¿no es así? ¿Es acaso el tema de Razzagel?

—En parte sí, pero es más es por otra persona.

Monderhen vio el rostro de Zwein afligido. De inmediato, retiró dos sillas para que pudieran estar más cómodos y puedan hablar tranquilamente.

—Ahora sí puede contarme qué es lo que la tiene tan preocupada.

—Hace unos días vi algunas marcas negras en los brazos de Ginn; estas bordean los brazaletes negros. Durante este tiempo, ha tenido fiebre, pero gracias a las lágrimas de flor de Campana que Kanmeus me obsequió pude bajarle toda esa calentura.

—Mmm... —susurró, el mago cogiéndose el mentón—. ¿Hay algo más que hayas visto?

—Cuando terminaron la reunión con los demás reyes, Ginn estuvo muy extraño. Se quedó sin moverse por algunos segundos: parecía una estatua; ni siquiera pudo responder las preguntas que Razzagel le hacía en ese momento —comentó Zwein.

Monderhen se levantó de la silla y exclamó:

—¡Ello puede ser producto de una sola cosa!

—¿Qué es lo que es? —preguntó, de inmediato, la reina.

—Barkun intenta poseer a Ginn de una manera extraña. Puede hacerlo desde lejos. Lo que no comprendo bien es cómo... Tengo una idea vaga. Esas manchas negras en los brazos se tratan del tiempo de vida que le queda. Una vez que cubra todo su cuerpo, los brazaletes consumirán su alma y se convertirá en uno de sus guerreros oscuros.

—¡Cómo es eso posible! ¡Él no tiene un corazón malo!

Zwein estaba muy exaltada y angustiada.

Prosiguió.

—No podría convertirlo, ya que para hacerlo debería poseer un corazón con una pizca de maldad

o tener pensamientos negativos. Yo conozco muy bien a Ginn y él no es así.

—Posiblemente, los brazaletes tienen algún conjuro o maleficio poderoso que, al haber sido combinado con magia de los kreinlls, los convierten en uno de los objetos malignos más eficaces —explicó el mago.

—¿Y qué es lo que debemos hacer?

—Por el momento no decirle nada a Ginn.

—¿Ginn no debe enterarse?

Ni Monderhen ni Zwein se percataron que Ginn había llegado.

—¡Enterarme... de qué! —exclamó el rey, entrando al comedor principal.

Inmediatamente, Zewin respondió:

—De que terminé de confeccionar el saco marrón a Razzagel.

—¿Lo terminaste? Entonces, no has dormido nada.

—Así es. Por eso no quería que te enteraras, ya que sabía que te ibas a disgustar por esa travesía.

—No me disgustaría por eso. Eres su madre y sé que quieres protegerlo. Además, yo también le daré algo como obsequio: mi viejo cinturón de plata. Recuerdo que, cuando tenía su edad, mi padre me lo regaló y ahora es turno de dárselo a nuestro hijo.

—Muy buen detalle, rey Ginn —intervino Monderhen.

Luego de esta plática, la señora Leni salió de la cocina, junto a Samira y Kenia, con varias fuentes de comida, garrafas de agua, jarras de leche, potes de miel y jalea; después, ordenó que pusieran los cubiertos para comenzar a llamar a los demás.

Por otro lado, afuera, en el patio, se encontraban Gunder Ror y el señor Nicolás ordenando los alimentos y cosas que habían empacado para el viaje en algunos caballos.

La señora Leni empezó a llamar a todos haciendo sonar su campanilla. Razzagel, con el nuevo saco que su madre le había obsequiado y con sus pertenencias necesarias, salió de su habitación; al igual que los cazadores y Kanmeus. Todos se dirigieron hacia el comedor principal para tomar el desayuno.

Jazz y Ralf no habían salido de sus habitaciones, ni siquiera se asomaron, así que Monderhen ordenó que empezaran, debido a que no había tiempo para engreimientos. Pidió a la señora Leni que empaque dos raciones de alimentos para que puedan comer en el camino.

—¡Tienen que estar todos aquí! —bramó Ginn.

—Déjalos. Tengo una corazonada que ellos vendrán una vez que estemos afuera —dijo el mago.

En ese instante, el joven guerrero intervino.

—No se preocupen, ayer por la noche, hablé con Jazz. Realmente estuvo pensando en las consecuencias de ir o no. Partió muy temprano junto con Ralf, llevando sus arcos y flechas. Seguramente, deben estar practicando en algún lugar.

—¿Estás seguro? —respondió Ginn.

—Sí. Yo pase toda la noche enfrente de la chimenea y los he visto salir hoy muy temprano —contestó Kanmeus.

—Solo esperemos que no demoren más de la cuenta, ya que tienen que salir antes del mediodía.

Es mejor emprender el viaje con luz del día. Además, es de muy buena suerte emprenderlo a esa hora —explicó Monderhen.

—Tiene razón, señor —intervino Bernard—. Ello también nos ayudará a tener mayor ventaja y encontrar un lugar estratégico para dormir antes que caiga la noche.

Después de ponerse de acuerdo, empezaron a disfrutar del delicioso desayuno que habían preparado como despedida.

Cuando terminaron, se dirigieron al patio de armas a esperar a Jazz y Ralf. Todos se colocaron a lado de un pequeño muro para cubrirse de algunos copos de nieve que caían.

Monderhen pidió a Bernard que sus hombres se quedarán en el castillo, debido a que tenía un plan para ellos. Este se trataba de proteger, junto a los soldados de Goussendor, la torre de piedra que quedaba a las afueras del bosque.

El gran cazador, en un inicio, no accedió a la petición, ya que explicó que primero tenían que ir al pueblo de Hazanurd donde se encontraban su padre y hermanos. No obstante, dijo que, luego de ello, toda su comunidad se encargaría de defender las dos torres que se encuentran cerca a su pueblo.

—¡Me parece una buena idea! —dijo Monderhen. Incluso, podrán apoyarse con los guardianes de Glowmbur; ellos permanecen ahí desde hace mucho tiempo resguardando el lugar.

—¿Ellos? —preguntó sorprendido Bernard—. Nunca los hemos visto; nuestro pueblo se encuentra muy cerca de la torre que se ubica en el reino de Glowmbur.

—Pueden ser invisibles ante sus ojos y saben camuflarse muy bien —respondió el mago.

Mientras Monderhen comenzaba a explicarles, brevemente, que existen otros seres custodiando la torre de piedra de las tierras del este, un ser se acercaba volando a gran velocidad, cubierto en un aura dorada; parecía que el sol había empezado a salir en Goussendor. Se trataba del amigo de Kanmeus, montado sobre el lomo de un ser extraño: el Lamassu dorado. Cuando estaba más cerca, se empezó a ver el cuerpo de un enorme animal: era robusto como un toro, tenía alas gigantescas como las de un águila y poseía una enorme cola. Un ser divino sin duda alguna. Aquel sujeto que lo montaba tenía por nombre Cragooz Fellep.

—¡Por fin llegó! —exclamó Kanmeus.

—¿Quiénes son ellos? —preguntaron los demás, sorprendidos.

—Unos viejos amigos —respondió el guerrero del fuego. No se preocupen, ahora los conocerán.

—Ese sujeto es un kreinll —dijo Monderhen—. Y si no me equivoco, aquel otro es el Lamassu dorado de Gignisiss, tierra de los Kreinlls, guardián y protector sagrado.

A excepción de Ginn, Zwein, Kanmeus y Monderhen, los demás se encontraban totalmente asombrados, ya que nunca habían visto a un kreinll y mucho menos a un guardián sagrado. Antes de descender, aquel animal extraño realizó un gran espectáculo: dio varios círculos en el cielo y volteretas a una velocidad increíble.

Cuando descendieron, se colocaron a cierta distancia de todos. Kanmeus fue el primero que se acercó.

—¿Por qué demoraste tanto? ¿Ocurrió algo? —preguntó.

El kreinll, de un brinco, saltó del Lamassu y le regresó el broche insecto con la nota que había

adentro a Kanmeus.

—Se nos hizo difícil llegar hasta estas tierras —respondió—. Aparecieron tres crenwolts, mientras veníamos, y como el campo de magia, que nos protege, no cubre totalmente los cielos, tuvimos que volar muy bajo y ser bastante precavidos para que no nos vean.

—¿Crenwolts? —dijo Kanmeus.

—Sí, crenwolts. Nos topamos con tres. Los más grandes que he visto. No se comparan con los dos que derrotamos aquella vez —dijo el kreinll.

—¿Crenwolts? —susurró Razzagel, con una cara de incertidumbre.

—¡Así es! Son los peores monstruos del cielo! —vociferó y comenzó a reír el kreinll.

Este sujeto tenía la habilidad de poder escuchar susurros que venían de cierta distancia. Similar a las poderosas orejas de los duendes.

—¡Oh, cielos! —dijo Kanmeus—. Me olvidé presentárselos.

Kanmeus dio unos cuantos pasos y, en el medio de todos los presentes, empezó a mencionar sus nombres.

—Caballeros, les presento a Cragooz Fellep y al guardián de Gignisiss y de todos los dominios del oeste. Ellos son mis buenos amigos desde hace mucho tiempo.

—Ya era hora —indicó Monderhen.

El kreinll junto con el Lamassu dorado dieron unos cuantos pasos e hicieron una reverencia hacia los reyes y las demás personas que se encontraban ahí. Todos quedaron observándolos. Luego, dijo:

—Yo soy Cragooz Fellep, pero solo llámenme Cragooz, el Mágico. Mi compañero es el guardián de Gignisiss, tierra de los kreinlls.

Luego de aquellas palabras, dio unos pasos atrás, tomó su distancia, y empezó a mirar todo el castillo de Goussendor.

Los kreinlls son herreros mágicos que otorgan un misterioso poder a cualquier arma. Ellos visten con trajes peculiares. Por ejemplo, Cragooz tenía una capa verde que le llegaba hasta el muslo, una túnica un poco desgastada que le cubría todo el dorso y un cinturón dorado con un símbolo de un ojo en el medio; también llevaba pantaloncillos delgados de color marrón y botines color lacre. Era de estatura media. Tenía cuerpo delgado y un rostro similar al de los humanos; la única diferencia, se podría decir, eran sus ojos amarillos con puntos negros. Su cabello era de color rojizo y tenía unos pequeños colmillos, que casi no se llegaban a notar.

—¿Cragooz, cómo has estado? —preguntó Bernand, acercándose al kreinll.

—Mejor que tú, creo yo —respondió, estrechándole la mano. Luego, empezó a reírse.

—¡Guau! Creo que aquí todos se conocen —dijo Monderhen, acercándose a ellos.

—Bernand es un buen amigo —respondió el kreinll—. Yo le di esa poderosa hacha de doble filo. En realidad, me sentí comprometido en dársela, ya que casi asesino a su mascota, por error. Si él hubiera llegado cinco minutos más tarde, su mejor amigo hubiese muerto. Luego de ese pequeño incidente hicimos una buena amistad por casi cuatro años.

—¿Qué forma tan peculiar de hacer amistad! —murmuró el mago.

Cragooz y Bernand se miraron y atinaron a reírse al recordar esos pasajes.

—Veo que has venido con el guardián de Gignisiss. ¿A qué se debe esta extraña sorpresa? —dijo Monderhen.

Cuando el kreinll estaba a punto de responder, el mago dijo:

—Tiempo que no nos vemos, amigo mío —susurró Monderhen, tocándole la cabeza al Lamassu.

—También observo que ustedes se conocen —dijo Cragooz, mirando al mago.

—Desde hace mucho, diría yo. Juntos hemos tenido varias experiencias.

—Ya veo. Uno nunca termina de aprender y de conocer a extraños —añadió el kreinll.

—¿Y cómo está tu padre, Cragooz? —preguntó Monderhen.

—¡Él se encuentra, lamentablemente, sirviendo a Barkun! —dijo muy enojado, empuñando sus dos manos.

—¿Qué?

—Sí, Barkun se ha apoderado de su alma. Mi padre lo hizo con el fin de protegernos a todos nosotros para que ese maligno no encuentre nuestro pueblo. El guardián creó algunos círculos protectores en Gignisiss para que no pueda encontrarnos. Asimismo, usamos encantamientos de espejismo para que los sujetos que lleguen a cruzar por nuestros territorios puedan ver cosas terribles. Todo esto impide encontrar nuestras tierras —explicó el kreinll.

—¿Tu padre está con ellos? —preguntó Kanmeus—. ¡Responde, Cragooz!

—Sí, habíamos ido rescatar a nuestros compañeros, pero nos hicieron una emboscada. Fui uno de los pocos que pudo escapar de allí —explicó.

—¿Y por qué fueron solos hasta allá? —intervino Monderhen, en un tono bajo.

—Queríamos ver qué era lo que sucedía, ya que se escuchaban gruñidos y chillidos, pero nos llevamos una gran sorpresa: Barkun tenía varios seres mágicos y humanos convertidos en sus guerreros oscuros.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que dices? —replicó el mago.

—Lamentablemente las cosas no están bien —contestó, apenado, Cragooz.

—¿Eso quiere decir que la torre de piedra ha sido destruida? —preguntó, de inmediato, Kanmeus.

—Sí, Khanexu's y todos los lugares de las tierras del oeste se encuentran sin protección; sin embargo, algunos habitantes de Khanexu's pudieron escapar y se fueron en diferentes direcciones. Probablemente, se encuentran ocultos en diferentes lugares, pero jamás podrán salir del oeste... Todo está perdido. Nosotros ya no podemos hacer nada. Las tierras del oeste han sido tomadas —respondió el kreinll.

—¡Maldición! —refunfuñó Kanmeus—. Tenemos que partir pronto.

—La situación se torna cada vez más difícil —indicó Monderhen—. Sin embargo, mis dudas han sido aclaradas. ¡Ya sé donde Barkun tiene su escondite! Ahora se comprende por qué Teuthell no pudo ver absolutamente nada cuando pasó por esas tierras. Definitivamente, su ejército se encuentra allí, ya que, al destruir la torre de piedra los seres malignos se han refugiado en ese lugar.

—Fue lo que inferí desde el inicio —indicó Kanmeus.

—¡Rayos! —dijo Monderhen castañeando los dientes, en un tono bajo—. Debí suponerlo, ya que Khanexu's se encuentra cerca a la montaña Oscura. Atacaron ese lugar porque le resultaba un punto estratégico, debido a que se encuentra cerca a las cuevas de Neptanzal y a la entrada al reino de Badardor.

—¡Es terrible todo esto! —dijo Kanmeus, con mucha impotencia y empuñando las dos manos.
—Todavía tenemos las cuatro torres —replicó Monderhen—. No intenten ir hacia el oeste, hasta que hayan terminado la tarea de ayudar a Hannuult... ¿De acuerdo Kanmeus y Bernand?
—Tranquilo, señor, no se altere. Lo escucharán y se formará un caos —dijo Bernand, mirando hacia los reyes de Goussendor.
—Tienes razón —respondió el mago, luego dio un gran soplado.
—No se preocupe, señor Monderhen, lo tendremos en cuenta. Debemos actuar de inmediato —indicó el guerrero del fuego.
—No, Kanmeus, debes prometerme que no entrarán a las tierras del oeste. ¿Está bien?

Kanmeus, inclinó la cabeza y accedió. Luego miró al kreinll para tratar de cambiar de tema de conversación y dijo:

—¡Por cierto, señor, él es nuestro último integrante! Cragooz nos acompañará a buscar las armas mágicas restantes.

—¡Muy bien! —musitó Monderhen—. Entonces solo nos queda esperar a Jazz y Ralf. Por cierto, están demorando demasiado.

En ese momento Razzagel, sin saber lo que ocurría, se acercó a Cragooz interrumpiendo la conversación que estaban teniendo y le pidió un favor.

—¿Pequeño, tú quién eres? —preguntó el kreinll mirando su extraña vestimenta—. ¿Qué es lo que quieres?

—Me llamo Razzagel. Me gustaría poder subir en tu toro alado.

—¡Ja, ja! Él no es un toro alado, es un guardián sagrado de todo el oeste. Él vive con nosotros. Pero si quieres, puedes preguntarle si te deja subir en él.

—¿En serio? ¿Podría?

—Claro. Inténtalo —empezó a reír nuevamente.

El pequeño príncipe hizo caso y le consultó al extraño ser si podría subir en él. El Lamassu dorado movió la cabeza diciéndole que sí. Cragooz se quedó muy sorprendido, ya que jamás un humano había podido subir al lomo del guardián sagrado de Gignisiss. Se quedó pensando en ese suceso, pero al rato no le importó. Razzagel junto al Lamassu despegaron al cielo y empezaron a dar círculos por todo el castillo de Goussendor.

—¿Quién es ese enano? —preguntó Cragooz, observando cómo se divertía junto al guardián de Gignisiss.

—Él es el protector de La espada de la luz. Es hijo del rey de Goussendor. Te lo había contado en la nota que te envié con el *Tishpat*; ahí te expliqué casi todo —dijo Kanmeus.

—¡Oh! —respondió Cragooz—. No llegué a terminar de leer todo; solo, la parte de arriba que decía: “El viejo Nahuel tenía razón. La espada de la luz aún se encuentra en Goussendor. Ven rápido a este reino”.

—¿Y no pudiste leer todo? Me demoré escribiéndola —refutó Kanmeus, con las manos en el aire.

—No pude leerlo completo; tenía que salir rápido de allá. Tú sabes que el Lamassu no puede salir más de dos días de Gignisiss. Es más ahora estamos contra el tiempo —dijo Cragooz.

—¡Es cierto! —respondió Kanmeus—, pero deja que Razzagel se divierta un poco más hasta que lleguen sus hermanos.

La mayoría que se encontraba en el lugar, veía con asombro al kreinll y al Lamassu, quien estaba en los cielos junto a Razzagel. Los pobladores del reino no conocían a todos los seres mágicos,

aunque estos siempre han vivido entre ellos; sin embargo, no era común que se dejen ver.

Ginn no se había acercado hacia el grupo donde estaba el Kreinll, ya que no quería incomodar su plática. Este se encontraba mirando, con nerviosismo, los portones de la gran muralla. Esperaba ansioso que lleguen pronto sus otros dos hijos. En esos instantes, alzó la mirada al firmamento y observó cómo Razzagel se divertía junto al Lamassu. De pronto, recordó que había dejado, en el comedor principal, el cinturón de plata que tenía como obsequio para su pequeño hijo. Fue a traerlo.

Duelo en la nieve

Mientras Razzagel se divertía junto al Lamassu, Cragooz se dirigió hacia el muro donde se encontraban todos. Ahí, apoyó su espalda y cruzó los brazos esperando a los dos faltantes. Sin embargo, tenía un gran defecto: era muy impaciente. Empezó a mover sus dedos de la mano derecha, de abajo hacia arriba, luego comenzó a observar de reojo a Monderhen. Su mirada se centró en la piedra incrustada del bastón del mago.

De un momento a otro, se dirigió hacia él y le dijo:

—Me han contando mucho de ti.

—Ya veo. ¿Por eso es que me observabas tanto? —preguntó Monderhen, mirándolo por el rabillo de sus ojos y con más tranquilidad—. ¿Qué es lo que te tiene tan tenso?

El kreinll era muy desafiante e, incluso, arrogante por momentos.

—Solo te observaba. Quería conocerte desde hace mucho —contestó—. Dicen que eres uno de los magos más poderosos entre los tres que existen. Me gustaría saber qué tan poderoso eres y comprobar si en verdad eres ese ser del que tanto hablaba mi padre.

—Veo que tu inmadurez a veces te juega una mala pasada. No solo es el poder o magia lo que define a un mago, sino también la sabiduría y otros detalles que, en este momento, no detallaré. No obstante, si de poder se trata, aún hay otros sujetos más fuertes que yo.

—¡Guau! Interesante todo lo que dices. Siempre he tenido ganas de conocerte. ¡Me han contado tanto sobre ti! Un día me dije por qué no tener un pequeño duelo cuando lo conozca... Creo que el momento, por fin, ha llegado. De paso así esperamos a los que restan.

Cragooz se retiró la pequeña capa que le cubría los brazos.

Monderhen sonrió y dijo:

—¿En serio deseas enfrentarte a mí?

—Así es. Comencemos —dijo el kreinll, con una pequeña sonrisa.

—No es el momento para bromas, Cragooz, hijo de Belletton. Tu padre te daría una golpiza si te escuchara.

—Pero él no se encuentra aquí; así que tengamos solo un pequeño duelo. Demuéstrame que tan poderoso, en verdad, eres —respondió, tomando su distancia.

—Haré que no escuché esto y lo dejaré pasar.

Monderhen dio media vuelta.

—¡Cragooz, tranquilízate! —exclamó Kanmeus.

Razzagel, que estaba por los cielos con el Lamassu, se preguntó «¿Qué estará pasando abajo? ¿Por qué todos observan al señor Monderhen y a Cragooz?»

El guardián sagrado al ver a Cragooz en posición de batalla, de inmediato, descendió.

Cragooz era un kreinll muy diferente a los demás. A él le emocionaba los enfrentamientos, ya que empleaba habilidades mágicas otorgadas por los objetos que creaba; pero, lo que más le fascinaba era tener que luchar contra sujetos que posean la capacidad de usar otro tipo de magia o que tengan mucha fuerza y habilidad para el combate (como Kanmeus o Bernand por ejemplo).

Luego, de haberse retirado su pequeña capa, que cubría su túnica vieja, se remangó las mangas y dejó ver sus brazos. En el derecho, tenía un brazalete plateado con algunos diseños; y en su mano y dedos, dibujados algunos símbolos extraños de color negro. En el otro brazo, tenía otro brazalete muy delgado de color dorado, que parecía una serpiente; y, atrás, en su espalda, cargaba dos hoces de plata, que al parecer se veían inofensivas. —¡Duelo, duelo! —gritaron los cazadores.

—¡Por favor, no lo hagan! —exclamó Zwein.

Cragooz seguía con las intenciones de probar a Monderhen en una batalla.

—¿Entonces qué dices? ¿Me demostrarás lo fuerte que eres?

—Sigo diciendo que no me interesa probarte nada.

—Está bien. Si sigues rehusándote, empezaré yo.

Monderhen seguía aún de espaldas, sin importarle lo que decía Cragooz.

De pronto, el kreinll hizo un ademán con su brazo izquierdo: de su brazalete dorado, en forma de serpiente, brotó un rayo de energía que fue directo al suelo, y cayó cerca de los pies de Monderhen. A pesar de ello, el mago continuó sin moverse.

—Eso solo fue una advertencia; la próxima vez no fallaré —dijo Cragooz.

—¡Detente! —exclamó Kanmeus—. ¿Por qué empezar un duelo ahora?

—Tú también quieres saber qué tan fuerte es ¿o no? —respondió, rápidamente, el kreinll.

Kanmeus se quedó sin palabras. Aparentemente, él también quería tener un duelo contra el mago para medir su potencial: deseaba conocer todo el poder mágico de La espada del fuego combinado con el pendiente que llevaba. En base a ello, sabría si podría acabar con Barkun de una vez por todas.

—¿Pelearas o no? —volvió a preguntar Cragooz a Monderhen.

—Sigo pensando que deberías calmarte. Te recomiendo que guardes tu entusiasmo y tu energía para todo lo que se avecina —respondió Monderhen en un tono amable.

Aquellas palabras enfurecieron al kreinll. Por ello, una vez más, con ayuda de su brazalete, realizó otro movimiento e hizo que salga otro rayo, mucho más fuerte que la anterior, y lo mandó directo a Monderhen. Todos pensaron que llegaría a dañarlo, ya que el mago continuaba de espaldas, pero este dio un paso al costado y, con su bastón, detuvo ese poder y se lo regresó. Cragooz dio un gran brinco hacia la izquierda y esquivo su propio ataque.

La respuesta del mago lo había emocionado. Acercó su mano al símbolo en forma de ojo, que tenía en su cinturón, y se desplegó, enseguida, una extraña luz en todo su brazo derecho. En unos

instantes, las extrañas figuras que tenía en ese brazo y mano comenzaron a brillar de un azul muy intenso.

—¡Ahora sí! —dijo Cragooz—. ¡Esto se ha puesto interesante!

El kreinll, de inmediato, lanzó algunos rayos de color azul directo a Monderhen. Luego, desapareció y... volvió aparecer detrás del mago. Este, en su defensa, con su brazo derecho, se cubrió con una especie de escudo y con el otro derribó de un golpe a Cragooz.

El kreinll, impresionado por el rápido movimiento de su oponente, se levantó, cogió un poco de nieve y se la lanzó. Estas, en el trayecto, se convirtieron en miles de púas de hielo; sin embargo, nuevamente, el mago reaccionó y se cubrió con su túnica. Luego, este, rápidamente, contraatacó y lanzó, desde su bastón, unas llamaradas que tomaron forma de unas águilas de fuego. Al escuchar los chillidos de los cazadores, Ginn salió apresurado junto a la señora Leni y los otros sirvientes. Todos, dentro del castillo, pensaron que habían venido a atacarlos.

El rey bajó las escaleras muy rápido, al igual que la señora Leni, mientras que Samira, Kenia y Nicolás se quedaron observando desde el portón por miedo de que algo llegara a ocurrir.

—¿Qué es lo que sucede aquí? —preguntó Ginn.

—Monderhen y Cragooz están teniendo un pequeño duelo —respondió Gunder Ror.

—¡Y qué hacen que no los detienen! —gritó furioso el rey.

—¿Detenerlos? Pero cómo lo haremos si esto está fuera de nuestros límites. Nosotros no tenemos ningún objeto mágico ni mucho menos usamos magia —refutó Gunder Ror.

—Kanmeus, Bernand, deténganlos —ordenó Ginn.

—Señor, esto solo es una prueba, Cragooz no acompañara en el viaje, no hay nada de qué preocuparse —explicó Kanmeus.

—¿Prueba? —dijo sorprendido el rey—. Pero si están destruyendo todo. ¡Yo iré a detenerlos!

—¡No te entrometas! —gritó, de inmediato, Monderhen al ver a Ginn acercarse.

Luego de tanto alboroto, el mago pudo darle un gran golpe a Cragooz y lo hizo caer nuevamente.

—¿Estás contento ahora, joven kreinll?

—¿Eso es todo lo que tienes, mago? Eres más débil que Barkun.

Cragooz, jadeando, llamó a su amigo.

—Kanmeus, ven ayúdame. Ataquemos los dos.

—¿Ahora pides ayuda? ¿Qué pasó con tus ánimos? —preguntó Monderhen, esbozando una sonrisa.

De pronto, Cragooz también sonrió y volvió a desaparecer. Entre las sombras, dio un gran giro y levantó mucha nieve con el fin de quitarle la visibilidad. Mientras tanto, Kanmeus aprovechó ese momento y utilizó su espada contra Monderhen. Sin embargo, este pudo esquivarla fácilmente con ayuda de su bastón.

—Vaya, ¿tú también deseas atacarme? —dijo, sorprendido, el mago.

—Lo siento, señor, pero necesito saber qué tan fuerte me he convertido después de usar este pendiente combinando con el poder de La espada del fuego. De esta forma, sabré si puedo

derrotar a Barkun sin necesidad de las otras armas. Si me lo permite, me uniré al pequeño duelo —indicó Kanmeus.

—¡Oh! —exclamó Monderhen—. ¿Eso era lo que querían? Muy bien. Vengan los dos entonces. Probaremos sus habilidades.

Los demás seguían expectantes ante todo lo que acontecía.

—¡Me parece injusto! —gritó Leni—. Son dos contra uno.

—No se preocupe. Me encargaré de hacerlos entrar en razón —respondió, muy confiado, Monderhen.

—Esperamos eso —añadió Cragooz.

—Si es lo que anhelan ustedes dos, entonces tendrán un buen duelo de aprendizaje para que se den cuenta que sin las demás armas mágicas jamás podrán vencer a Barkun —replicó el mago.

—¿Cragooz, estás listo? —dijo Kanmeus e, inmediatamente, su espada se torno en llamas — ¡Cuando tú digas! —gritó Cragooz.

En unos instantes, uno se colocó delante de Monderhen y el otro detrás; luego, lanzaron dos espirales de fuego de las armas que tenían: Kanmeus con su espada y Cragooz con con su brazalete dorado. Este había tomado forma de un pequeño báculo. El mago, al ver esto, inmediatamente, utilizó un gran hechizo y comenzó a brillar de un color azul noche (el mismo de su túnica). Su bastón se tornó de un color gris a celeste; y la piedra incrustada que estaba en la parte superior de aquel objeto, cambió a un color amarillo intenso. Todos quedaron atónitos. Una inmensa ráfaga de viento salió del cuerpo de Monderhen y destruyó, en un abrir y cerrar de ojos, los espirales de fuego que hicieron Kanmeus y Cragooz. Estos por la fuerza del hechizo del mago, cayeron al suelo.

El pequeño enfrentamiento era toda una “liorna”. Los estruendos fueron tantos que los duendes aparecieron en el castillo. La mayoría jamás había visto una pelea semejante; se quedaron totalmente petrificados por el combate. En cambio, Ginn, Zwein y la señora Leni observaban sin tanto aspaviento; ellos ya habían presenciado la forma de pelear de Monderhen en aquella batalla que se había librado hace treinta años.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Cleo—. ¿Por qué están peleando entre ellos?

—Algún hecho importante ha tenido que suceder para que el señor Monderhen tenga un duelo así —respondió Kellhy.

—¡Pero hay que separarlos! —dijo, preocupado, Cleo.

—Dejémoslos así, hijo. No te entrometas en estos asuntos —dijo Effio, observando el magnífico duelo.

Razzagel observó que Cleo había llegado al castillo. Se emocionó y empezó a llamarlo. Este, al escucharlo y al darse cuenta de que a lado de su amigo estaba un ser extraño, utilizó su magia y, de inmediato, se trasladó a su costado.

—¿Qué es lo que está sucediendo aquí, Razzagel? —preguntó nuevamente el pequeño duende.

—Están teniendo un pequeño duelo de aprendizaje; eso es lo que llegué a escuchar. El señor Monderhen les está dando una paliza —respondió.

—Oh, comprendo. ¿Quién es el que está a lado de Kanmeus?

—Se llama Cragooz. Es un kreinll y es su amigo.

—¿Un kreinll? Jamás había visto uno, aunque me habían hablado mucho de ellos. Qué personaje tan interesante.

Cleo observó al Lamassu y dijo:

—¿Y este es un ser mágico?

—No tan solo es un ser mágico, es el guardián sagrado de Gignisiss y de todas las tierras del oeste —respondió Razzagel.

—¿En serio? ¿Un guardián sagrado? —preguntó, sorprendido, Cleo.

—Sí, amigo, así es.

Razzagel tocó la cabeza del Lamassu y se montó, nuevamente, en su lomo.

—¿Pero si es un ser sagrado que haces encima de él? ¡Bájate de ahí ahora mismo! —replicó Cleo

—. No tienes ningún respeto.

—Lo siento... No sabía que él era tan importante.

Razzagel se bajó apenado del Lamassu.

—¡Así está mejor! —susurró Cleo—. Los seres sagrados no son muy visibles ante los ojos humanos y debes saber guardar tu distancia ante ellos.

El Lamassu dorado se quedó observando a Cleo, luego bajó la cabeza, lo levantó a su lomo y despegó. Cleo jamás había estado sobre los cielos de Goussendor; desde arriba observaba todo el majestuoso castillo. Todos se veían como hormigas desde lo alto.

El guardián sagrado había sentido un poco de envidia sana en el corazón de Cleo; por ello, para que no siga gruñón, lo subió a su lomo con el fin de que pueda divertirse como lo hizo Razzagel.

Mientras tanto, en el duelo, Kanmeus y Cragooz se pusieron de pie y, a pesar del cansancio, nuevamente fueron atacar a Monderhen. El mago se percató del agotamiento de ambos y quiso terminar el enfrentamiento. Dio un golpe con su bastón entre la nieve y dijo:

—*Rootaplant*.

Al decir aquella palabra, un tremendo estruendo comenzó a escucharse desde el suelo. En tan solo unos segundos, salieron unas enormes raíces que atraparon, en un instante, a los dos guerreros. Estas enredaron sus brazos y piernas para que no pudiesen salir. Sin embargo, Kanmeus hizo encender su espada y se pudo soltar. Cragooz usó uno de los objetos mágicos que poseía y también pudo escapar de la trampa del mago.

—¿Eso es todo lo que tienes? —preguntó, desafiante, el kreinll.

Pero nuevamente, del suelo, brotaron otras raíces. Una de estas, por un lado, sujetó la mano izquierda de Kanmeus hasta quitarle la espada del fuego; otras, por otro lado, hicieron tambalear a Cragooz. Monderhen, en un instante, lo cogió del brazo izquierdo y susurrando dijo:

—*Icesentia*.

El kreinll cayó al suelo completamente congelado.

Al tener todo bajo control, el mago golpeó el suelo con su bastón y este volvió a su estado y color natural.

En esos instantes, Jazz y Ralf se asomaron a ver la pelea.

—¿QUÉ ESTÁ SUCEDIENDO AQUÍ? —preguntó furioso Ralf, mirando todo su alrededor.
—¡Por fin, regresaron! —exclamó Ginn—. ¿A qué hora han vuelto?
—No hace mucho —respondió Jazz.
—¡NADIE ME VA A RESPONDER! —bramó Ralf, observando atentamente al mago.
—¡Tranquilízate un momento, Ralf! —dijo Ginn—. ¿Por qué tanta ira?

Ralf tenía un temperamento muy fuerte; le gustaba ser el centro de atención y le molestaba que otros tomen ese privilegio.

—¿Hubo un duelo aquí? —preguntó Jazz, observando todo el lugar.
—Sí. Kanmeus y Cragooz quisieron probar los poderes de Monderhen —respondió el rey.
—¿Cragooz? ¿Quién es él? —preguntó Ralf.
—Él es un kreinll, amigo de Kanmeus, proveniente de las tierras del oeste. Por lo que veo es un sujeto muy poderoso, ya que posee varias habilidades ocultas, pero de todas formas no pudo contra Monderhen —respondió Ginn.
—¡Guau! Enfrentarse al señor mago... ¡Qué valentía! —dijo Jazz
—Cragooz creo que también irá con ustedes. ¿Irán verdad? —preguntó Ginn, observando a sus dos hijos.
—¿Iremos? —dijo Ralf en tono burlón—. ¿Por qué debemos hacerlo?

Ralf tenía una actitud verdaderamente irreverente. ¡Había cambiado tanto en tan poco tiempo!

—Kanmeus usa una asombrosa espada, ese sucio cazador es un gran guerrero y mi pequeño hermano es el protector de un arma mágica. Además, ahora irá ese sujeto que es muy “poderoso” como tú mismo dices ¿Para qué iría? —explicó, despectivamente, Ralf.

—¿Qué te sucede, hijo? —preguntó, pensativo, Ginn.
—¡Ustedes ya no nos necesitan! —respondió Ralf, dándole la espalda a su padre—. ¡Vámonos de aquí, Jazz!
—¡Hijo, recapacita! —exclamó Ginn.

Ralf, sin decir ninguna palabra, se marchó junto a su hermano. Tenía demasiada envidia a las personas que eran superiores en fuerza, conocimiento o habilidad. No le cabía la idea de que su pequeño hermano sea el protector de tan poderosa espada. Él solo quería esta arma para ser reconocido por todos. De esta manera, podría juntar las demás, acabar con Barkun y sentirse el más fuerte.

De pronto, el Lamassu descendió junto a Cleo. Se dirigió, lentamente, donde se encontraba Cragooz, inclinó su cabeza y luego brotó de este un aura de luz muy cálida que regeneró de inmediato al kreinll. Mientras tanto, Monderhen comenzó a deshacer el hechizo con que había atrapado a Kanmeus.

Luego de ello, el Lamassu se despidió de todos, en especial del mago y de Cragooz. Abrió sus enormes alas, voló hacia los cielos y desapareció entre las nubes.

Kanmeus y Cragooz guardaron sus armas. La espada del fuego regresó a su cintura y aquel pequeño báculo del kreinll volvió a transformarse en su brazalete en forma de serpiente, y se enrolló, mágicamente, en su muñeca izquierda.

Luego, se acercaron hacia Monderhen a pedirle las disculpas del caso. No habían imaginado que podía derrotarlos. Ellos querían ver el poder que tenía el mago y así probar sus habilidades.

—Señor Monderhen, usted mismo podría derrotar a Barkun con esos poderes —dijo Kanmeus.

—No es tan simple derrotar a un espíritu maligno. Ya les había contado que él también es un mago y fue el primero de todos. Además, es mucho más complicado si tiene en su poder aquellos botones dorados de Kanurhen. Esos elementos pueden reducir mis ataques. Posiblemente, me derrotaría en un enfrentamiento.

—¡Entonces ven con nosotros! —sugirió Cragooz—. Nos serías de mucha ayuda en este viaje.

—Inexperto kreinll. No es que no quiera ir con ustedes, simplemente, si salgo de Goussendor, algo terrible podría ocurrir y no estoy para arriesgar la vida de nadie —explicó Monderhen.

—¿De quién o quiénes estamos hablando? —preguntó Cragooz.

—Creo que ya hablé lo suficiente; es mejor que no lleguen a saberlo. Yo me uniré con los que resguardarán las torres de piedra de Goussendor y Glowmbur más adelante. Ustedes tendrán desde aquí todo mi apoyo. Jamás estarán solos. De eso que no les quede la menor duda. Ahora tengo que realizar algunos pendientes —indicó el mago.

—Si así lo crees. Está bien —respondió el kreinll.

—Lo más importante ahora es que lleguen a encontrar todas las armas mágicas, así podríamos estar seguros si es que Barkun llega a contraatacar. Leyarbelin no debe resurgir, ya que si esto llegase a suceder Los cinco reinos habrán caído en total oscuridad como todo este maravilloso mundo —explicó nuevamente Monderhen.

—Entonces es momento de partir —indicó Kanmeus.

—Sí, ya es tiempo —dijo el mago.

Monderhen caminó hacia donde estaba Ginn y le dijo que el momento había llegado: los jóvenes guerreros tenían que partir.

Razzagel comenzó a sentirse algo nervioso al escuchar al mago decir esas palabras. Además, estaba confundido, debido a que no sabía si sus hermanos irían con él.

Sin embargo, recordó que Cleo había ido muy temprano a preguntar a sus padres si podría acompañarlo.

—¿Cleo, cómo te fue? —preguntó el pequeño príncipe—. ¿Tus padres te dieron permiso para venir con nosotros?

—Aún...

En ese instante, Monderhen interrumpió al duende y dijo:

—No, Razzagel. Cleo no irá con ustedes. Tengo una tarea más importante para él. Pero hay alguien que sí irá contigo.

El pequeño príncipe estaba apenado por la noticia.

—¿Quién? Creo que mis hermanos tampoco irán.

—No se trata de tus hermanos. Si gustas puedes voltear a tu izquierda. En el siguiente muro, encontrarás a alguien que tú conoces. Incluso, este ya se encuentra con todas tus pertenencias para el viaje.

Razzagel miró a todos lados y vio a su amigo que lo había salvado del maligno Barkun.

—¡Oh! Es el caballo del bosque.

Monderhen sonrió y asintió con la cabeza.

—Yo diría que es más ella que él, querido protector de Goussendor.

—Pero, ¿cómo ha llegado hasta aquí? —preguntó el pequeño.

—Llegó muy temprano. Supuse que quería verte. Estoy seguro de que vino para hacer el viaje contigo, así que le pedí a la señora Leni que colocara tus pertenencias en ella.

Razzagel estaba contento por su nueva compañera. «Después de todo no me sentiré tan solo», pensó

—Una sugerencia —dijo el mago—. Si te va a acompañar en este viaje, deberías ponerle un lindo nombre.

—¡Cierto! —Ahora mismo pensaré en uno.

—Me parece perfecto. Puedes ir a verla, yo tengo que ir a charlar un momento con tus padres. Cleo te puede hacer compañía ahora.

—¿Yo? —consultó, de inmediato, Cleo.

—Sí, acompaña a Razzagel —respondió el mago—. Por favor, busquen, entre los dos, un buen nombre para ella.

Los pequeños quedaron emocionados y fueron a lado del animal.

—Kanmeus, Bernand y... tú, Cragooz, acérquense por favor —ordenó Monderhen.

El mago comenzó explicarle a Ginn el comportamiento negativo de sus dos hijos y le indicó que a pesar de esas actitudes que han mostrado, no iba suspender la travesía tan importante; por ello, pidió a los tres guerreros de manera explícita cuidar de Razzagel, es decir, protegerlo de cualquier peligro. Además, les dijo que de ninguna manera entren a Khanexu's. También le contó a Ginn, en un tono suave, que una de las torres de piedra estaba destruida y que Barkun se encontraba escondido, en el reino de Khanexu's, con sus oscuros guerreros. Mencionó que esto lo mantuviera en secreto, ya que, de lo contrario, se podría formar un tremendo alboroto.

Nuevamente, se dirigió a los jóvenes y les recalcó que no se acerquen a las tierras del oeste. Asimismo, les explicó sobre los hechizos de espejismo que pueden realizar los kreinlls, por obligación del maligno, y les advirtió que no se dejaran engañar por la realidad que - aparentemente- les harían ver, debido a que gracias a eso, el ejército de Barkun, juntos a los murckoos, lograrían atacarlos.

—Señor Monderhen, esperemos un poco más. En breve, traerán los caballos y las demás cosas acá. Mientras eso, yo iré a convencer a Ralf y Jazz —intervino, en la plática, Zwein.

—Bueno... Si puedes convencerlos, en este tiempo que resta, nos vendría de mucha ayuda, pero debes hacerlo antes del mediodía. Nosotros reuniremos todo lo necesario aquí —contestó el mago, dando media vuelta.

Mientras Zwein y la señora Leni subían por las escaleras, el mago había ordenado que de una vez dejen todo preparado para el viaje. En ese momento, cada joven guerrero escogió el caballo que más les agradaba.

Bernand empezó a despedirse de los demás cazadores y les dejó como encargo que le cuenten todo lo que está por suceder a su padre. Asimismo, les dijo que reúnan a los más fuertes del pueblo para que vayan a proteger las torres de piedra y que no se preocupen por él, ya que muy pronto se reuniría con ellos.

De esta manera, los doce cazadores entraron nuevamente al castillo para despedirse de la señora Leni, Kenia y Samira. Luego, obsequiaron a cada una de ellas, sus collares de huesos de animales por la tan buena atención que les habían brindado. Posterior a ello, se despidieron de los demás presentes y partieron rumbo a Hazanurd.

Spidwhee y Gremedith

La hora de partir había llegado; sin embargo, Zwein, sin suerte alguna, no pudo convencer a sus dos hijos y regresó, al grupo, muy triste. Por otro lado, Razzagel también se incorporó a los demás junto a Bela, nombre que el pequeño le dio a su compañera de viaje. Los guardias, junto a los soldados, comenzaron a abrir las puertas de la muralla que los direccionaba hacia su próximo destino: las tierras del sur.

De pronto, cuando estaban por irse, Jazz apareció.

—¿Acaso se piensan ir sin mí? —gritó.

—¡Hermano! —exclamó Razzagel—. Qué gusto que hayas decidido venir con nosotros.

—Alguien te tiene que cuidar de lo travieso y entrometido que eres —dijo, con mucha alegría, Jazz.

—¡Qué bueno que recapacitaste! —sonrió Kanmeus—. Ahora toma un caballo y únete a nosotros.

El mago intervino en la plática y se dirigió a Jazz.

—¡Espera un momento!

—¿Qué es lo que sucede, señor Monderhen? —preguntó Jazz.

—¿Tu hermano no vendrá, verdad?

—No, aunque intenté convencerlo, no accedió; él es un poco orgulloso. Sin embargo, yo no iba a dejar que Razzagel vaya sin uno de nosotros.

—¡Entiendo! ¿Solo es eso o hay algo más que debemos enterarnos?

—Solo es eso. Quiero proteger a mi pequeño hermano y ser de gran utilidad para todos.

Monderhen miró detenidamente a Jazz y dijo:

—Muy bien. Dime, qué armas estás llevando para esta misión tan importante.

—Solo mi arco, algunas flechas y una espada.

—Mmm..., con eso no bastará. Te regalaré dos objetos. Uno, probablemente, sea de gran utilidad para todos y el otro te servirá durante en el viaje.

El mago sacó de su túnica dichos elementos. El primero era una flecha que tenía la punta dorada. El segundo, un brazalete de color marrón con plateado, un poco viejo y desgastado.

—La flecha que te acabo de dar hará que brote lluvia sin importar que no se pueda usar magia en ese lugar. Este objeto es único en realidad. Es una de mis grandes creaciones. Solo tienes que agitarla antes y, luego, colocar la punta hacia el cielo. De esta manera, se activará —explicó el mago.

—¿Y este brazalete? —consultó, enseguida, Jazz.

—No temas, no es uno como el que tiene tu padre. Quiero que este te lo pongas en el brazo izquierdo, ya que me parece que con la derecha manejas mejor la espada.

—¿Que me lo ponga?

—Sí. Es un poco viejo, pero deseo ver si aún funciona.

—No me pasará nada malo, ¿verdad?

—No, muchacho, pónstela.

Al momento de ponérselo, el brazalete reaccionó de manera inmediata y le cubrió parte del brazo: desde la muñeca hasta el codo.

—¿Qué es esto? —preguntó Jazz asombrado.

—Es un escudo mágico, simple pero muy poderoso. Este te ayudará a protegerte de cualquier arma, criatura o ser mágico que te quiera atacar; solo tienes que cubrirte y saldrá de él una barrera de luz.

—¡Oh, realmente interesante! —dijo jazz, observando su nuevo brazalete—. Muchas gracias por tan valiosos regalos, señor.

—Solo utilízalos bien —dijo Monderhen, palmoteándole el hombro izquierdo. Bueno, ahora sí es momento de que partan.

Ginn, emocionado, al haber presenciado los obsequios de Monderhen a Jazz, dijo, mirando a todos:

—¡Un momento! ¡Disculpen! Yo también tengo un obsequio... un obsequio para Razzagel.

El rey se acercó hacia su pequeño hijo, llevando consigo el cinturón de plata que tenía. Le colocó este objeto en su cintura para que pueda sujetar La espada de la luz. El nuevo protector de Goussendor quedó muy feliz al ver que su padre había tenido ese gesto.

Por otro lado, desde el segundo nivel del castillo, Ralf se encontraba, en una pequeña ventana, observándolos de reojo. Este estaba lleno de envidia e ira, ya que vio cómo Monderhen le había obsequiado a Jazz algunos objetos mágicos. Él ansiaba mucho poseer alguno de estos desde el momento que se supo que existían.

Lleno de rabia, Ralf regresó a su habitación y nunca volvió a ser el mismo de antes.

El momento de la partida había llegado. Todos en el castillo se despedían levantando sus espadas y otros moviendo la mano de lado a lado.

Cleo, al ver a su mejor amigo marcharse con los demás, gritó:

—¡Adiós, amigos! ¡Adiós, Razzagel! ¡Vuelan pronto!

Después de que los guerreros cruzaron las grandes puertas de la muralla, Monderhen pidió a Ginn y a Gunder Ror que les avisaran a todos los pobladores que vivían en el reino y en pueblos cercanos sobre todos los sucesos que estarían por ocurrir, con el fin de que juntaran sus pertenencias más valiosas y que vengan a refugiarse al castillo, ya que las grandes murallas los mantendrían a salvo.

Después de dar esas indicaciones, el mago se transformó en un halcón blanco, alzó vuelo y siguió a los jóvenes guerreros que iban, en fila, hacia las colinas. Monderhen volaba en círculos dando algunos gañidos en señal de despedida. Luego, emprendió vuelo hacia la Montaña helada para encontrarse con su fiel amigo Hisszeld.

—¡Miren aquel halcón nos está despidiendo! —exclamó Bernand.

—No es un halcón cualquiera, es Monderhen; él tiene la habilidad de poder transformarse en un ave —dijo Kanmeus, mirando hacia el cielo nebuloso.

—¡Qué increíble mago! —murmuró Cragooz, dando una pequeña sonrisa.

...

Ginn pidió a Gunder Ror que haga efecto las órdenes de Monderhen; sin embargo, al hábil guardia se le ocurrió otra idea para que los aldeanos no vayan a entrar en pánico frente a las últimas noticias.

—Tengo una idea, señor Ginn.

—¿Cuál es?

—Hay que hacer ingresar a los pobladores, en grupos pequeños, y ya cuando estén a salvo, adentro del castillo, les contaremos la verdad. Esto generaría que no se tergiverse la información.

—¡Es una brillante idea! Pero eso sería desobedecer lo indicado por Monderhen.

—Lo sé, pero si les decimos de la forma como nos lo pidió, creo mucha gente intentará huir de aquí en vez de querer refugiarse.

—Tienes razón, entonces hágamoslo de esa manera. No obstante, deberás ser cauteloso con todo esto.

—Pierda cuidado, rey Ginn. Sin embargo, antes de hacer todo ello, debemos reforzar todo el castillo y las murallas para que los pobladores se sientan más seguros.

—Lo dejo en tus manos, jefe del ejército de Goussendor. Por hoy, los dejaremos que estén en sus casas, descansen bien y disfruten de sus hijos; ya mañana empezaremos a organizarlos.

...

Durante cinco días, los jóvenes guerreros cabalaron hasta llegar a las tierras del sur. A lo lejos, se podía vislumbrar el castillo de Windflurf, encima de unas grandes montañas. Razzagel le pidió a Kanmeus visitar a sus abuelos y aprovechar la estadía para descansar en un lugar más cómodo. Sin embargo, el protector de la espada del fuego, no accedió a la petición; ya que, el tiempo les podría jugar en contra. Solo le dijo que después que culminaran con el encargo de Monderhen, irían a Windflurf.

De esa forma, se pusieron en marcha hacia su objetivo: el bosque Oscuro. No obstante, en el camino, el pequeño príncipe empezó a tener hambre -ya era mediodía-, por ello buscó, en su bolso, si algún alimento delicioso, que la buena señora Leni había preparado, todavía quedaba. Para su mala suerte, solo llegó a encontrar un par de galletas, que las comió desganadamente. Iba casi cayendo sobre el lomo de Bela.

Bernand, quien observaba detenidamente lo que hacía el pequeño, en ese momento, dijo:

—Paremos aquí y comamos algo delicioso. Hemos estado por cinco días solo con pan, frutas y agua, ya que solo en el primero acabamos con las meriendas más sabrosas.

—¡No! —gruñó Kanmeus—. Es mejor entrar al bosque.

Bernard medio enfadado replicó al guerrero del fuego.

—¿Por qué entrar ahora?

—Si no entramos ahora, la noche llegará antes de que podamos hallar la vieja casa del elfo. Al caer el sol, el bosque se llena de una neblina muy espesa, y probablemente nos haga perder el rumbo. Incluso, podríamos perdernos por varios días —explicó Kanmeus.

Razzagel no pudo más y dio un gran bostezo.

—¡Tengo mucha hambre!

—¡Vamos, Razzagel, tú puedes! —dijo Cragooz.

—En unas horas más, con mucha suerte, llegaremos —añadió Kanmeus.

De pronto Bernand, se volvió a detener y bajó de su caballo. Se quedó observando a su alrededor varias codornices. Luego, dijo:

—Si gustan, pueden adelantarse; yo los seguiré después. Ahora cazaré estas codornices y prepararé un gran festín. El que desee acompañarme a comer bienvenido sea. No he probado carne alguna durante varios días y, sinceramente, tengo mucha hambre.

—¡Yo me quedaré a acompañarte! —dijo Razzagel, bajándose del lomo de Bela.

—También me quedaré yo —dijo Jazz—. Si gustan, pueden adelantarse.

Al escuchar esto, a los demás no les quedó otra opción que unirse a la idea de Bernand. Todos juntos cazaron varias codornices y las asaron a fuego lento, en un hueco que hicieron en la tierra. Razzagel había conseguido, junto a Bernand, algunas patatas de un pequeño huerto que quedaba cerca. Las lavaron y las colocaron a lado del fuego para que puedan cocerse y así comerlas.

Terminaron con todo lo que prepararon. ¡Qué festín se habían dado!

El viaje era realmente agotador: habían dormido muy poco y, siempre, cada noche uno tenía que hacer vigilia para salvaguardar al resto.

Jazz, ese día, sugirió quedarse a descansar en ese lugar y acampar; no obstante, el viento comenzó a soplar muy fuerte. Por un momento, pensaron que Barkun se acercaba. Debido a ese temor, decidieron seguir avanzando hasta encontrar la vieja casa del elfo.

Kanmeus apagó el fuego, de inmediato, tirando un poco de agua en el hoyo que hicieron; luego, echó unos frutos aromatizadores que tenía, y colocó algunas rocas para que no se sintiera el olor a quemado; de esta forma, podrían pasar desapercibidos tal como lo habían hecho los demás días en que prendieron una fogata.

Aún con luz de día, guardaron y ordenaron los accesorios que habían utilizado para asar las codornices. Posterior a ello, subieron a sus caballos y continuaron hacia al bosque Oscuro.

Todos empezaron a sentir escalofríos cada vez que iban avanzando. Solo se escuchaban los graznidos de los cuervos y el sonido de las ramas retorciéndose como si el bosque hablara. De pronto, la neblina empezó a ponerse muy espesa.

Razzagel comenzó a tener miedo, pero, en ese instante, unas luciérnagas se acercaron rodeando las cabezas de los presentes.

—¡Qué bonitos! —dijo el pequeño—. ¿Qué son esas cosas?

—¡Luciérnagas! —respondió Kanmeus.

—¡Guau! No parecen a las que conocemos —indicó Jazz.

—Estas son muy diferentes a las que han visto. No traten de seguir las con la mirada, porque pueden hipnotizarlos y llevarlos a un gran abismo para que caigan en él. Mucha gente ha entrado aquí, pero pocos han hallado la salida —explicó Kanmeus.

—Todos tenemos que estar muy atentos por favor —recalcó Bernand.

—Sígueme —sugirió Kanmeus—. Yo iré adelante con Razzagel.

¿Por qué ustedes dos adelante? —preguntó Bernand.

—Porque ahora iremos por una pequeña ruta, donde aún es más oscuro y la neblina, más densa —

respondió Kanmeus.

—De acuerdo —asintió Bernand.

—¿Puedes hacer brillar la espada, Razzagel? —preguntó Kanmeus.

—Mmm... Aún no se cómo funciona esto —respondió Razzagel.

—Solo agítala y brotará de ella algunos destellos de luz —explicó el guerrero de Khanexu's.

Razzagel intentó hacerlo hasta en tres oportunidades; no obstante, no funcionó. Solamente, del mango del arma, empezó a brotar pequeñas chispas de luz, pero se apagaba en un instante.

—¡Aún le falta mucha práctica! —dijo Cragooz—. Pero, no se preocupen, esto ayudará.

—¿Qué es eso, señor Cragooz? —preguntó Razzagel.

—Esto es un *Tishlight*, un tipo de *Tishpat*, llamado también broche insecto. Antes habían muchos, y con diferentes utilidades, sin embargo fueron destruidos por mi padre. Ahora solo existen tres tipos y un ejemplar de cada uno. Este es el de luz.

Razzagel quedó boquiabierto y dijo:

—¡Sorprendente!

—¡Observa con atención, pequeñín! —indicó el kreinll.

Cragooz apretó un pequeño botón que tenía su *Tishlight* en la parte de atrás. Este objeto, que era como una pequeña esfera, se empezó a convertir en un insecto alargado, parecido a una Mantis de color plateado con bordes dorados, y comenzó a volar brotando una extraña energía de luz.

—¡Oh! —exclamó Razzagel—. Qué objeto tan interesante.

—Ahora colócate delante de todos nosotros y muévete a la derecha, pero sin alejarte tanto —sugirió Cragooz.

—¿A la derecha? —dijo Razzagel.

—Sí, solo muévete —continuó el kreinll.

El broche insecto comenzó a moverse en la misma dirección que Razzagel.

—¿Tú lo controlas? —preguntó sorprendido Jazz a Cragooz

—No. Este se mueve en la dirección de la persona que esté adelante de un pequeño grupo—respondió el kreinll.

—¿Y qué hacen los demás broches insectos? —preguntó Bernand.

—Este nos brinda luz cuando hay oscuridad: es como una lamparilla de mano; el segundo puede volar a largas distancias para entregar mensajes, jamás se pierde y siempre vuelve nuevamente a tu mano; y el tercero puede hacerte invisible y caminar por las sombras por unos cuantos segundos: lo puedes utilizar para esconderte de tus enemigos —volvió a explicar Cragooz.

—¡Yo tengo este! —dijo Kanmeus, mostrando su broche insecto—. Es un *Tishcour*.

—¿Y por qué el nombre de *Tish*, *Tishlight* o *Tishcour*? —preguntó Razzagel.

—Es por el zumbido de los insectos voladores. Si te das cuenta tiene un sonido muy parecido, aunque más agudo —respondió el kreinll.

El pequeño príncipe intentaba comprender lo que le explicaba.

Inmediatamente dijo Cragooz, junto a Kanmeus:

—¡*Tishhhhhhhh!*

—¡Qué gracioso! —indicó Bernand. Luego dio fuertes carcajadas.

—¿Cómo se llama el último? —consultó Jazz.

—*Tishdow*. Es el más extraño, ya que tiene la forma de un escarabajo —respondió Cragooz.

—¡Entonces, mi padre tiene el último! —dijo Jazz.

—Sí, creo que lo vi en su pecho, pero me olvidé preguntárselo —dijo Cragooz, apretando sus dos puños—. Le hubiera ofrecido oro por él. ¡Cómo se me ha podido pasar esa oportunidad!

—Pero si tú también puedes desaparecer sin necesidad del broche de mi padre —respondió, confundido, Razzagel.

—Sí, lo sé, pero deseo ser el único que lo haga —refutó Cragooz—. Los broches insectos fueron creados con el fin de ayudar a los sujetos que realmente lo necesiten. Prácticamente, les hacía la vida más sencilla. Sin embargo, poco a poco fueron desapareciendo. Como les dije, ahora, solo quedan tres. El que tiene tu padre es el más especial porque solo se creó uno de ellos para un rey elfo. La verdad no sé cómo lo llegó a obtener el rey de Goussendor. Como sabrán, nadie puede ocultarse entre las sombras, ni los mismos kreinlls. Este beneficio solo lo tenemos mi padre y yo...; ahora solo yo. A pesar de que yo no tenga un *Tishdow*, poseo un objeto con una utilidad semejante. ¡Ah!, los duendes también pueden desaparecer, ya que ellos nacieron con ese don, es decir, no necesitan ayuda de objetos mágicos para realizar eso.

De pronto, Kanmeus se puso en señal de defensa.

—¡Silencio! —susurró—. ¡Deténganse! Algo ha saltado por las ramas.

—Pero estamos por llegar a la casa del elfo. Sigamos. No falta nada —dijo Cragooz.

—Lo sé, pero, de todas maneras, estemos alertas —sugirió Kanmeus—. Por precaución, Razzagel irá al medio de los cuatro.

Todos empezaron a moverse muy despacio, vigilando si alguna figura sospechosa se asomaba entre las ramas y arbustos. Mientras observaban todo su alrededor, vieron en un trozo de madera antigua una advertencia que decía: “No Cruzar. Cuidado con Spidwhee”.

No todos habían llegado a leer aquellas palabras. Bernand no sabía hacerlo muy bien y Cragooz jamás se detenía a leer letreros de advertencia.

Siguieron avanzando e hicieron caso omiso a la advertencia que estaba escrita con tinta roja. Cuando todos pasaron por aquel trozo de madera, se empezó a vislumbrar, entre algunos árboles, la vieja casa del elfo, que aún brotaba humo por la chimenea.

De pronto, entre los arbustos, apareció una araña muy peluda, casi del tamaño de una ardilla, de color negro con patas marrones. Aquel arácnido subió a un tronco partido por la mitad, luego levantó sus dos patas delanteras y obstruyó el paso de los jóvenes guerreros con un gran chillido.

—¡Miren es una pequeña araña! —dijo Bernand.

—Por su tamaño, yo diría que es enorme —añadió Razzagel.

La gran araña, sin todavía moverse, lanzó un pequeño hilo blanco como amenaza. Esto le fastidió demasiado a Bernand, ya que él convivía con animales mucho más peligrosos; así que, de un brinco, bajó de su caballo y se dirigió hacia aquel arácnido.

—¡Muévete! —dijo el gran cazador, deslizando su mano—. No nos interrumpas el paso.

El arácnido solo retrocedió un centímetro y nuevamente emitió otro chillido; esta vez movió sus pequeños colmillos. De pronto, entre las ramas, observaron que algo se movía y hacía caer las hojas de los árboles. Todos, en ese momento, bajaron de los caballos y, de inmediato, empezaron

a empuñar sus armas.

—¿Quiénes son ustedes? —dijo una voz extraña—. ¿Qué es lo que quieren?

—¿Por qué te escondes? ¿Quién eres? —preguntó Jazz, ocultando a Razzagel atrás de él.

—¡Qué curioso! —dijo aquella voz—. No hay ni una sola mujer, todos son hombres.

Todos se quedaron observándose en señal de extrañeza.

—¿Por qué han venido armados? —preguntó nuevamente aquella voz.

—Hemos venido a ver al viejo elfo de aquella casa —dijo Kanmeus, señalando entre los arbustos.

—¡Mentira! —dijo la voz—. Ustedes han venido a atacarnos y hacernos esclavos como lo hicieron con mis hermanas y con algunos seres mágicos que vivían aquí.

—¿A quién te refieres? —preguntó, confundido, Kanmeus.

—A ese espíritu maligno, tenebroso, embustero y cobarde que, seguramente, es su amigo —contestó furioso.

—¿Espíritu maligno? ¿Nuestro amigo? —repitió Kanmeus—. ¿Al que nombras, no será Barkun, un ser maligno que usa un par de botones dorados en el pecho?

—Por lo que veo, ustedes cinco lo conocen, entonces, deben ser sus aliados —acusó aquella voz, moviéndose de un árbol a otro.

Cragooz, en ese momento, llamó a su *Tishpat*. Este volvió a su mano y de inmediato tomó la forma de una pequeña esfera. Luego, dijo:

—¡Te equivocas! Él también es nuestro enemigo.

—Aparece de donde te escondes y con gusto te explicaremos. No venimos acá para pelear ni mucho menos para atacarlos. Lo único que nos trae a este bosque es poder conversar con el viejo elfo que habita acá —dijo Kanmeus, intentando ver entre los árboles a aquel sujeto.

—No les creo nada. Además, no tuvieron respeto de aquel aviso en tinta roja. Hicieron caso omiso a ese trozo de madera que se encuentra a su izquierda —argumentó la voz.

—No encontramos nada de malo. Solo es un aviso que dice que tengamos cuidado con Spidwhee —respondió Razzagel.

—¿Y quién crees que es Spidwhee? —dijo la misma voz.

—¿Tú eres... Spidwhee? —preguntó el pequeño príncipe, muy sorprendido.

¿Spidwhee? —dijeron Bernand y Cragooz, muy confundidos—. ¿Qué cosa es spidwhee?

—¡QUÉ TONTOS QUE SON! —chilló aquella voz—. Spidwhee se encuentra enfrente de ustedes.

—¡Él es Spidwhee! —exclamó Razzagel, señalando a la araña.

—¡Oh..., es esa arañita! Aunque solo es una inofensiva criatura —dijo Bernand y empezó a soltar carcajadas.

—No es tan solo es una simple criatura. ¡Tonto cazador! —contestó la voz

—¿Qué es lo que has dicho? —gritó, enfurecido, Bernand—. Sal ahora mismo de donde estés para enseñarte mi poderosa hacha.

—Les preguntaré de nuevo —dijo aquel personaje. ¿Quiénes son ustedes y qué es lo que quieren?

—¡Ya te lo hemos dicho! —gritó Kanmeus—. Sal ahora mismo o de lo contrario quemaré todo este lugar.

—No dejaré que hagan eso —respondió la extraña voz—. Ahora verán con quién se han metido. ¡Tu momento ha llegado, Spidwhee!

Luego de que mencionó esas palabras, aquel arácnido comenzó a crecer inmensamente. Su abdomen se tornó de un color rojizo y sus patas se volvieron aún más peludas. Todos quedaron muy sorprendidos y retrocedieron de un brinco. El único que se quedó y mostró su valentía frente a ese insecto fue Bernard. Este se lanzó a atacarlo con su poderosa hacha; sin embargo, Spidwhee lanzó varios hilos muy pegajosos y finos, y logró envolverlo por completo. Bernard parecía un gusano en un capullo gigante. Mientras se retorció en el hilo, Cragooz aprovechó e intentó desaparecer por los arbustos, pero la gigante araña alcanzó a verlo y le arrojó un líquido aún más pegajoso que sus propios hilos; de esa manera, los pies del kreinll quedaron anclados al suelo. Spidwhee aprovechó eso y lanzó, nuevamente, sus hilos para envolverlo.

Kanmeus, al ver todo lo que sucedía, inmediatamente, encendió La espada del fuego. En esos instantes, aquella persona que estuvo hablando con ellos se movió al árbol que estaba muy cerca al guerrero de Khanexu's y, en un abrir y cerrar de ojos, logró quitarle la espada y atraparlo con ciertas ramas extrañas. La situación era complicada: Bernard, envuelto en forma de capullo, colgado en una rama; Cragooz, sin poder moverse, pegado al suelo y enrollado también por los hilos de Spidwhee; y Kanmeus, enredado por unas extrañas ramas y arbustos. Solo quedaban Jazz y Razzagel enfrente del enorme arácnido.

Lo primero que Jazz hizo fue coger su arco y sus flechas, y colocarse delante de Razzagel. Luego lanzó una de ellas al cuerpo del arácnido; no obstante, esta solo rebotó en su duro cuerpo, es decir, las flechas no le hacían ningún rasguño.

Spidwhee se había enfurecido aún más y, en un instante, dio un tremendo salto, acercándose a Jazz para empezarle a lanzar varios hilos. Este reaccionó, de inmediato, cubriéndose con el brazo izquierdo, donde tenía puesto aquel brazalete marrón que Monderhen le había regalado antes de salir de Goussendor. De pronto, de aquel objeto salió un brillo de luz en forma circular, era como una barrera protectora que, repentinamente, se había formado. Jazz recordó la explicación del mago y utilidad de ese elemento. El arácnido detestaba la luz. Al volverse más grande, sus ojos también lo habían hecho, por ello veía aquel objeto luminoso tan grande como el sol o la luna. Esto lo volvía ciego por momentos. No soportaba ver aquel destello brillante. Increíblemente, comenzó a retroceder.

Jazz aprovechó el resplandor del brazalete y con la otra mano tomó su espada para cortar los hilos que se encontraban pegados a su escudo. Luego, empezó a avanzar, lentamente, para que Spidwhee retroceda aún más.

En esos momentos, volvió a aparecer aquel sujeto extraño, cubierto con una capucha negra y una túnica larga, e hizo que, del suelo, brotarán varias raíces para inmovilizar a Jazz. La gigantesca araña aprovechó la oportunidad y le lanzó varios de sus hilos para envolver sus dos brazos; de ese modo, el guerrero ya no podría utilizar su brazalete. Cuando Spidwhee estaba por enrollarlo por completo, Jazz le dijo a su hermano que corriera hasta aquella casa, donde aún se observaba el humo de la chimenea. Sin embargo, Razzagel, en esos instantes, estaba intentando cortar los hilos que cubrían a Cragooz. El pequeño no sabía qué hacer. Solo se quedó observando los ocho enormes ojos negros del arácnido.

—¡Vamos, tú puedes Razzagel! —gritó Kanmeus.

—¡Aún respiras! —dijo aquel personaje—. Pensé que las ramas te habían dejado sin aire ¡Eres muy persistente!

—¡Corre, Razzagel! —repitió Jazz—. Hermano, no tengas miedo.

Cuando el pequeño estaba a punto de correr, Spidwhee, después de terminar de envolver a Jazz, dio un gran brinco y lo acorraló.

—Agi... ta, agita la espada —dijo Kanmeus con mucho esfuerzo.

—¡Cállate! —dijo aquella voz, acercándose al árbol donde Kanmeus se encontraba sujetado.

De pronto, el pie izquierdo de Kanmeus se pudo soltar y le dio una patada en el rostro a aquel ser extraño; este cayó al suelo por el fuerte golpe. Cuando se levantó, la cabeza la tenía totalmente descubierta.

—E-e... eres una dríada —dijo, con dificultad, el guerrero del fuego.

—Prefiero que me llames Gremedith, pero no volverás a saber de mí, porque pronto morirás.

Gremedith era una dríada que provenía de los bosques verdes, de las tierras del sur, cerca del reino de Windflurf. Ella era demasiado hermosa: tenía el cabello rubio, ojos verdes muy oscuros, piel muy clara; parecía una doncella elfa con rasgos muy finos.

—Greme... Gremedith, s-su-suéltame, yo co-co-conozco al el-elfo que vive a-a-aquí —dijo Kanmeus, agotando todas sus fuerzas al hablar.

—¡Silencio de una vez! —exclamó Gremedith—. Muy pronto no te quedará aire si le ordeno al árbol que apreté aún más tu cuello.

—¡Spidwhee acaba con el pequeño ahora mismo! —chilló la dríada.

Razzagel, en su desesperación, cogió La espada de la luz y la movió de lado a lado, cerrando los ojos.

Cuando el inmenso arácnido estaba por lanzarle sus hilos pegajosos, el arma mágica empezó a destellar, alumbrando todo el lugar; la luz de la espada era tan fuerte que parecía que la luna hubiese bajado. Spidwhee retrocedió, de inmediato, emitiendo un gran chillido. En ese instante, Gremedith se puso delante de Razzagel. Tenía en mente ordenar a las raíces de los árboles atacar al pequeño. A ella no le importaba que él fuese solo un niño. Todo ser que pasara por el bosque Oscuro con armas sería atacado por ella hasta desaparecerlo.

Esta dríada no solo podía manejar a su antojo las ramas y raíces, sino también toda naturaleza del bosque, es decir, podía hacer germinar una semilla y volverla un árbol gigante en poco tiempo. Incluso, como defensa propia, podía esconderse entre estos y así poder atacar desde cualquier lugar.

Cuando estaba a punto de hacer efectivo su ataque hacia Razzagel, un sujeto con barba muy larga, cabello largo blanco y orejas puntiagudas se acercó al grupo y dijo:

—¿Qué e-e-es lo que e-estás ha-ha-haciendo, Gre-Gremedith?

—Señor Nahuel, estos individuos han venido a atacarnos.

Este ser observó todo a su alrededor. Se percató que habían varias armas tiradas y tres sujetos envueltos en el hilo de Spidwhee. Cuando iba a dirigirse a Gremedith volvió su mirada a la izquierda y se dio cuenta que alguien muy conocido se encontraba enredado con las raíces y ramas de los árboles.

—¿Eres t-t-tú, Ka-Ka-Kanmeus?

—Sí, señor Nahuel, soy yo —dijo aliviado. Luego no pudo seguir resistiendo la fuerza de las ramas que apretaban su cuello y terminó desmayado.

Tartanuel, el elfo del bosque Oscuro

Nahuel era el elfo del bosque Oscuro, pero muchos lo conocían como Tartanuel debido a que no podía pronunciar con fluidez las palabras. La importancia de este ser radicaba en que era uno de los tres elfos que colaboró en la realización de Las armas mágicas. Precisamente, no era el más fuerte, pero sí uno de los más sabios; ya que, se le hacía acreedor de ser un gran creador de pociones, de revertir los maleficios hechos con magia oscura, y de hablar y comprender, con normalidad, a los animales.

Después de que el elfo del bosque Oscuro se interpuso en el ataque que Gremedith iba a realizar contra Razzagel, le ordenó que desapareciera las raíces que tenían a Kanmeus atrapado. Nahuel, al parecer, conocía muy bien al guerrero de Khanexu's, así que, por esa confianza, le pidió a la dríada que los llevara a todos a la vieja casa.

Ya adentro, el viejo elfo, luego de colocar leña en su chimenea, le indicó a Gremedith que rompiera los hilos de Spidwhee con que había envuelto a sus atacantes. Mientras tanto, él iba a realizar un antídoto para eliminar el veneno del arácnido. Este animal no solo envolvía y apretaba a sus oponentes con sus hilos, sino que estos, a su vez, producían ciertos líquidos tóxicos que disolvían los huesos de sus contrincantes. Cuando esto sucedía, su abdomen se tornaba de color rojo. No obstante, cuando solo quería alimentarse y cazaba otros animales, botaba hilos sin veneno y su abdomen se tornaba de negro con algunas líneas blancas.

Posteriormente, cuando los guerreros ya se encontraban fuera de peligro, en la casa del viejo elfo, se escuchó un grito repentino. Era Kanmeus, quien había sido el primero en despertar. Con los ojos entreabiertos, se puso de pie, lentamente, observando todo a su alrededor, y vio, en una silla cerca de una mesa, a Razzagel comiendo algunos panecillos que Nahuel había preparado.

Sin embargo, luego observó que junto al pequeño se encontraba aquel terrible arácnido y, de un brinco, se levantó por completo. Intentó coger su espada, pero se percató que no la llevaba puesta. Miró a su costado, buscando algo con que atacarlo, mas solo encontró un candelabro; lo cogió y se aventó a atacarlo.

—¡Razzagel, muévete de ahí! —gritó.

Al escuchar estas palabras, Spidwhee se colocó detrás del pequeño y dio algunos chillidos. Razzagel se puso de pie y extendió las manos, en señal de defensa de la araña que ahora era su amigo.

—¡Muévete he dicho! —repitió Kanmeus.

—Señor, espere un momento por favor. Él es nuestro amigo. Solo quiso defender la casa de Nahuel, del elfo que vive aquí —explicó Razzagel.

—¿Qué es lo que has dicho? —preguntó sorprendido—. Sí, ese animal él estuvo por atacarte.

—Sí, lo sé, pero fue porque así se lo habían indicado. Él, en realidad, no quiere hacernos ningún daño. Solo cumplía las órdenes del elfo —replicó Razzagel.

El guerrero se quedó pensativo, ya que no comprendía bien qué es lo que sucedía.

—¿Cómo? No entiendo...

—K-K-Kan-Kanmeus, e-e-es ve-ve-verdad —dijo Nahuel, acercándose a él.

El guerrero quedó totalmente sorprendido. No podía creer lo que Razzagel y Nahuel estaban diciendo.

—¿Cómo puedes tener una bestia así en tu casa! —respondió furioso Kanmeus al elfo.

—E-Él s-so-solo o-o-obedecía mis o-o-órdenes —explicó el elfo.

—Bueno, si tú lo dices, está bien. Y los demás, ¿dónde están? —preguntó Kanmeus.

—Se encuentran cerca a la chimenea. ¿No los llegaste a ver? —dijo Razzagel.

—¡Oh! —exclamó Kanmeus—. Recuerdo que esa sucia araña gigante los envolvió en sus hilos.

—Sí lo s-s-sé, pero s-s-se po-pon-pondrán bien. Tengo e-e-el an-ti-ti-antídoto para e-e-ellos —dijo Nahuel con dificultad.

—Veo que sigues con tu ti-ti-teo. Eres un genio en hacer pociones; deberías hacerte una para que se te vaya el tartamudeo definitivamente —expresó Kanmeus.

El elfo lo quedó viendo y el joven guerrero prosiguió.

—Bueno, acá tengo tu encargo. Effio, el duende, me lo dio. Úsalo antes que les des el antídoto a ellos.

Kanmeus sacó, entre sus ropas, un pequeño bolso lleno de hojas de tabaco que Effio le había entregado antes de que partieran de Goussendor. El tabaco que los duendes cultivaban era muy beneficioso: ayudaba a relajar los músculos.

Nahuel lo utilizaba para mejorar su dicción y dejar el tartamudeo de lado. El viejo elfo lo fumaba en una vieja pipa en forma de hoja. Este ingrediente era muy difícil de conseguir por los alrededores del bosque Oscuro, por ello cada vez que lo necesitaba enviaba a Gremedith o a cualquier ave para que le trajeran un poco de aquel.

Nahuel nunca salía del bosque, ya que cuidaba de los animales y de las plantas medicinales que crecían allí.

En aquel lugar, no solo se encontraban animales, sino también otros seres que habitaban desde hace mucho tiempo. Estos odiaban la luz del día, pero no porque fuesen criaturas malignas, sino porque se habían adaptado a vivir en ese hábitat, con mucha opacidad, desde que tenían uso de razón o desde que se quedaron perdidos allí.

Mientras Razzagel se encontraba con Spidwhee jugando por toda la casa, el viejo elfo preparaba el tabaco, que Kanmeus le había traído, en su vieja pipa; luego se sentó en un rincón, cerca de una ventana abierta.

Nahuel empezó a fumar y a disfrutar del aroma del tabaco. Mientras soltaba el humo por la nariz y boca, se comenzaban a formar pequeñas aves que podían volar y hacer maniobras... Era magia pura sin duda alguna.

Al terminar de consumir aquel producto que le hacía hablar mejor, se acercó a Kanmeus y le dijo:

—¡Ahora sí puedo expresarme mejor! Ayudemos de una vez a tus amigos.

—Sí, por favor, señor.

—Ven. Levantémoslos para poderles dar de beber el antídoto.

Kanmeus se inclinó levantando primero a Jazz, mientras Nahuel le daba de beber la poción, y así, sucesivamente, hicieron con los dos restantes.

—Ahora recostémoslos en aquellos sillones que vez a tu derecha —añadió Nahuel.

Después que terminaron de colocarlos en los muebles, Kanmeus todavía seguía preocupado, ya

que pensaba que el antídoto no hacía efecto.

—¿Nahuel, porque no despiertan?

—No te preocupes, mi amigo. Despertarán en treinta minutos o algo más. Los pusimos en los sillones para que no recuerden lo que sucedió con el arácnido gigante. Ellos solo tendrán un vago recuerdo de... solo haber estado durmiendo aquí.

—¿Cómo? ¿Qué has puesto en el antídoto?

—¿Creías que despertarán recordando todo? Si así lo hiciera, querrían asesinar a Spidwhee. Jamás viviría tranquilo si eso llegará a suceder. Por ello, es mejor prevenir —explicó.

—Pero... Cragooz te conoce.

—¡Oh, es cierto! Me olvidé de ese detalle. Cuando despierte, no le vayas a decir nada por favor

—susurró el viejo elfo, juntando sus manos.

—No te preocupes, solo espero que no me esté preguntando reiterativamente; tú sabes cómo es él de impetuoso.

—Confío en que tu respuesta sea la más acertada. Algo se te llegará a ocurrir.

—Está bien. Nahuel, aprovechando este tiempo, quisiera hacerte algunas preguntas.

—Espera un momento. Vayamos a la mesa y tomemos un poco de té: lo había acabado de preparar antes de que despertaras.

—¡Perfecto! Creo que necesito uno; acá siempre hace demasiado frío.

—Sí, tú sabes que a esta hora la neblina se hace más densa y es cuando comienzan abrirse las flores de campana, aquellas hacen que el ambiente se vuelva más gélido.

—¡Sí!, ya lo estoy sintiendo cada vez más intenso —dijo el joven guerrero frotándose las manos.

—Bueno, traeré un poco de té. Espérame sentado allá.

Nahuel llevó a la mesa dos tazas de té con una pequeña cesta de panecillos dulces. La conversación que tenían era muy importante, ya que platicaban de todo lo ocurrido días antes en Goussendor.

Cuando Kanmeus estaba por comentarle la estrategia que Monderhen había planeado, Razzagel cruzó, por la mesa, junto a Spidwhee. Aquel arácnido se había subido a la silla que estaba cerca a la ventana y observó que un conocido se acercaba a la casa. Se puso tan alegre que fue rápidamente a la puerta dando círculos e intentando mover la manija, como cuando los canes se muestran tan alegres al sentir a sus dueños acercándose.

Kanmeus se había quedado impresionado de cómo esa pequeña araña que no media más que una ardilla se podía hacer tan enorme y peligrosa. Así que decidió preguntarle al elfo.

—¿Por qué ese pequeño arácnido se hizo gigantesco y ahora se encuentra de un tamaño normal?

—Se llama Spidwhee. Es un Goliat de fuego. Podría decirse que es el único que queda de su especie. Antes habían varios, pero poco a poco fueron extinguiéndose, ya que fueron reclutados e hipnotizados por Barkun y el mago Itanzgul muchos años atrás. Estos se convirtieron en criaturas oscuras, lideradas por el segundo jefe de la oscuridad. A pesar de que ambos tenían el poder y la magia suficientes para que algunos seres buenos e incomprensidos se tornen agresivos y malvados, jamás pudieron dominar por completo a los Goliat de fuego. Al no lograr su cometido, decidieron decapitar a estos seres, ya que eran muy peligrosos.

—¡Oh, entiendo! Qué triste final para los de su especie —respondió, apenado, el guerrero.

—Sí, por eso Spidwhee es uno de mis engreídos.

—Por lo que veo, es demasiado fuerte, ya que pudo acabar fácilmente con tres de nosotros. No obstante, lo que me dejó más sorprendido fue aquella dríada que estuvo oculta entre los árboles, junto a tu mascota. Siento que ella posee un gran poder: similar al elfo rey que vive en el Bosque

Arcoiris. Lo que me causa extrañeza es por qué está viviendo acá. ¿Acaso su comunidad no se encuentra al otro extremo de Windflurf?

—Su nombre es Gremedith. Ella es una de mis aprendices de pociones; está aquí desde hace mucho. Y tienes razón, no debería estar por estos lares, pero ella y sus hermanas me ayudan a cuidar de este inmenso bosque.

—Entiendo. Ahora que recuerdo, esa dríada nos dijo que vinieron a atacarlos y que a algunos de los que habitaban este lugar fueron llevados por el maligno. ¿Es cierto?

—Así es. Cuando tú saliste rumbo a Goussendor, en búsqueda de La espada de la luz, y Cragooz, a Gignisiss, Barkun se apareció acá, con un par de guerreros oscuros de tu reino, junto a un enorme murckoo, en busca de seres mágicos con grandes habilidades.

Este maligno logró hipnotizar a mis dos aprendices, hermanas de Gremedith, y aunque estas se rehusaron, no pudieron contra el poder de aquel ser; sin embargo, tampoco pudo convertirlas en seres oscuros porque ellas no tienen un corazón maligno ni pensamientos negativos. Lo que me preocupa es que se llevaron a algunos centauros y al viejo Berbujit, que es un gran oso negro defensor de todo el Bosque oscuro. Entre ellos, fácilmente, pueden acabar con un ejército de mil hombres.

—¿Y a ustedes tres por qué no les pasó nada? —preguntó Kanmeus, muy sorprendido.

—Todo fue gracias a Spidwhee. Cuando llegaron cerca al manantial de las dríadas, nuestro pequeño amigo nos envolvió en sus hilos y nos colgó en lo más alto de los árboles; de esa manera, no pudo encontrarnos —respondió.

—Pero si ustedes juntos hubieran peleado, capaz lo hubiesen derrotado.

—No se puede destruir a Barkun. Él solo es un espíritu, una sombra oscura muy peligrosa que ningún arma o magia puede hacerlo desaparecer... Por ahora.

—¡Tienes razón! —dijo el joven guerrero, apretando los dientes con demasiada ira.

—Tranquilo...

—Pero él no es tan solo un espíritu, fue un mago alguna vez, y el primero de todos. Monderhen nos reveló esa historia.

—Bueno, ahora lo sabes —suspiró el viejo elfo—. Aún no quería decírtelo, pero Monderhen ya se me adelantó. Entonces, sabrás que para derrotarlo necesitas más de una arma mágica.

—Sí, todos aquí lo sabemos —dijo Kanmeus—. Pero, por el momento, solo tenemos dos de las cinco: la de Razzagel que es La espada de la luz y la mía. ¡Por cierto! ¿Dónde se encuentra mi espada?

—La coloqué en la repisa de la chimenea. Ahí se encuentran todas tus pertenencias.

—¡Oh, vaya! —suspiró Kanmeus, observando sus cosas por la chimenea.

Después de sentirse aliviado, el joven guerrero pensó en aquella dríada que lo había interceptado.

—¿Y dónde se encuentra ahora tu aprendiz?

—¿Preguntas por Gremedith?

—Así es.

—Ella se fue a traer a los caballos. Por el ataque, solo se quedó uno y los demás huyeron por el temor a que los matasen. No obstante, no debe tardar en llegar. Cuando Spidwhee empieza a dar vueltas en la puerta, es señal que Gremedith está aproximándose.

—¡Oh..., rayos! —exclamó repentinamente el guerrero del fuego—. Se me ha olvidado por completo. Tengo algo para ti en mi cinturón; ahora te lo enseño.

—¿Qué es lo que me has traído?

—Son lágrimas de las flores de rupel. Monderhen me las entregó para dártelas. Me dijo que, con

ellas, tienes que preparar una pócima. Me olvidé de decírtelo antes... ¡Rayos!

—¿Pócima? No te logro entender.

—El mago me dijo que tienes que elaborar una para poder ayudar a Hannuult y a su manada.

Kanmeus le explicó, de inmediato, el plan de Monderhen: después que logren obtener aquella pócima, partirán a las cuevas de Neptanzal.

Luego de comentarle la estrategia, el joven guerrero fue a traer el pequeño frasco que contenía las gotas de flores de rupel, estas solo crecían en las colinas de Goussendor y eran muy difíciles de encontrarlas. No todas podían producir el néctar dulce, algunas producían veneno; por ello, solo un buen conocedor de pociones podía recolectarlo.

Le entregó, de inmediato, el pequeño frasco a Nahuel y le pidió que prepare la poción contra la hipnosis para ayudar a los hombres lobos de plata, que se encuentran custodiando la esfera donde Leyarbelin se encuentra encerrada.

—Muy bien. Esto servirá —dijo Nahuel—. Solo hay un problema.

—¿Un problema? —pregunto, de inmediato, el guerrero.

—Lo que sucede es que para prepararla necesito el veneno de Serperpill, y... aún es un capullo —respondió.

—¿Serperpill? —preguntó, con asombro, Kanmeus.

—Sí, es una serpiente pequeña en forma de gusano, muy felpuda, con dos colas. Cuando sale del capullo, lo primero que hace es encontrar un agujero en un árbol para camuflarse; para esto utiliza hilos muy pegajosos de diversos colores. Además, es muy peculiar, ya que cuando este se encuentra en peligro, sus pelos se ponen muy duros como espinas, y los lanza al cuello de su oponente. Son encantadoras, pero muy peligrosas a la vez. El veneno de Serperpill es usado contra la magia oscura e hipnosis. Si uno conoce bien cómo prepararlo, incluso con una gota, puede llegar a matar a una gran fiera salvaje. Pero no te preocupes que, en este caso, no sucederá eso, porque yo vengo preparando estas pócimas por varios años.

El problema es que para que Serperpill salga de su capullo, se necesitará un poco más de dos meses.

—¡Válgame dios! —exclamó Kanmeus—. ¿No hay alguna forma de que se pueda apresurar el proceso? Es demasiado tiempo.

—Lamentablemente, no lo hay. Sin el veneno de Serperpill, no se podrá hacer dicha pócima —susurró Nahuel, muy despacio para que Razzagel no logre escucharlo.

—¿No puede ser! ¿Qué les diré a los demás?

—Bueno..., si gustan, podrían ayudarme a reconstruir algunas partes que Barkun y sus hombres destruyeron en el Bosque Oscuro; además, aprovecharían para practicar sus ataques con Spidwhee y Gremedith; estoy seguro de que ellos serán buenos oponentes. Asimismo, en este lapso, le enseñarían a usar correctamente La espada de la luz a Razzagel para que pueda defenderse por sí solo.

—Eso es cierto. Tienes razón. Si solo tu mascota pudo con tres de nosotros, no me imagino cómo serán los demás seres que ese maligno tiene en su poder. Por otro lado, tengo una más pregunta que hacerte.

—Con toda confianza puedes preguntar —dijo Nahuel.

—¿La vez anterior, cuando estuvimos dos días acá con Cragooz, por qué nunca aparecieron tus aprendices y tu mascota?

—Durante aquellos días, ellos fueron al bosque Verde, a la Gran Montaña y al bosque Arcoiris

para avisar a las demás dríadas y a los elfos, respectivamente, sobre aquel peligro que está por ocurrir. Monderhen, días antes que ustedes llegarán a preguntarme sobre las armas mágicas, mandó una carta con un ave gigantesca llamada Hisszeld.

Kanmeus se quedó totalmente sorprendido. El mago ya sabía lo que estaba ocurriendo mucho tiempo antes, y supo disimularlo cuando estuvieron en Goussendor. Reafirmó que el Monderhen era un genio y un excelente estratega; así que, decidió hacer todo lo que le había encargado, sin desviarse, en ningún momento, de todas las pautas indicadas.

Al sentirse satisfecho por lo que Nahuel le había contado, Kanmeus con una gran sonrisa, se levantó de la silla y se acercó donde estaban sus demás compañeros; sin embargo, estos todavía no reaccionaban. De pronto, la puerta de la vieja casa se abrió lentamente con un leve chillido, como si el viento pudiera abrirla por sí sola, y con la tenue luz de la luna, una persona con capucha negra empezó a entrar, cubierto de pies a cabeza con una túnica negra.

Spidwhee se alegró tanto que empezó a dar varios círculos cerca a la puerta, luego dio un gran brinco hacia esa persona y se colocó en su hombro izquierdo. Razzagel también estaba expectante. Cuando se retiró la capucha y la túnica, Kanmeus se sorprendió bastante al ver que aquel sujeto era Gremedith. Ella era muy hermosa, llevaba unos brazaletes dorados en cada brazo y un vestido largo de color verde con aberturas. Pero los detalles que más impactaban eran su cabellera rubia y esos hermosos ojos verdes oscuros.

El joven guerrero pensaba en como tan bella mujer podía ser tan peligrosa. Se preguntaba, una y cien veces más, cómo pudo manejar a su antojo los elementos del bosque.

En ese momento el protector de La espada de la luz se acercó.

—Señorita Gremedith, llegó justo a tiempo —dijo Razzagel.

—Sí, pequeño, por fin encontré a todos los caballos, fue muy difícil. Estos estaban en diferentes direcciones, pero ahora ya están en el manantial —indicó, en un tono muy noble.

—No, no lo decía por eso, sino que Kanmeus ya despertó —dijo Razzagel, mirándolo de reojo.

—Sí, me acabo de dar cuenta de su presencia —susurró Gremedith, acercándose al pequeño—.

Pero creo que él también ya se ha dado cuenta que estoy acá, ya que no deja de mirarme.

—¿Qué... qué es lo que estás susurrando dríada? —preguntó Kanmeus, inmediatamente con un poco de nervios.

—¡Te dije que mi nombre es Gremedith! —respondió furiosa—. Llámame por mi nombre o quieres que te deje enredado en las ramas para que ahí pases toda la noche.

Kanmeus se sorprendió por la respuesta e, inmediatamente, dijo:

—Solo fue una pequeña ventaja. Estuve distraído cuando me atrapaste en el bosque.

—¿Quieres que te lo demuestre de nuevo? —gruñó Gremedith.

En ese momento, Razzagel jaló el vestido de la dríada, interrumpiendo la pequeña discusión.

—Gremedith, Gremedith, puedes agacharte un poco por favor.

—Sí, pequeño, ¿qué pasó? —preguntó.

—Creo que Kanmeus se ha quedado impactado contigo. Se nota que está totalmente ruborizado —le susurró Razzagel, en su oreja.

—Sí, eso es verdad —dijo Gremedith, dando una pequeña sonrisa.

—¿Qué... qué es lo que siguen susurrando? ¿Díganme de una buena vez? —preguntó, nuevamente, Kanmeus.

—¿No te han dicho que es de mala educación interrumpir una conversación? —contestó Gremedith, dirigiendo su mirada hacia el guerrero de Khanexu's.

—Creo que es demasiado tarde para una discusión, ¿verdad? —interrumpió Nahuel.

El viejo elfo pidió a Gremedith que lleve a Razzagel al segundo piso y le otorgue una de las habitaciones para que el niño pueda descansar. Luego, de ello, que baje.

Mientras Gremedith seguía las indicaciones de Nahuel, este comenzó a poner un poco más de tabaco en su vieja pipa en forma de hoja. Sin embargo, cuando se encontraba a punto de encenderla, un quejido empezó escucharse.

Era la voz de Bernard. Este estaba agarrándose la cabeza como si se la hubiese golpeado muy fuerte. Inmediatamente, comenzaron a despertar los demás.

Al recobrar la conciencia, no recordaron absolutamente nada, ni siquiera en dónde se encontraban. En ese momento, lo que más les importaba era el dolor que sentían y amargura que tenían en su boca producto de la pócima. Por todo ello, el viejo elfo fue a la cocina a traer un poco de té especial, con algunos panecillos dulces, para que se les quite las afecciones del antídoto.

Kanmeus se acercó a sus compañeros y los reunió para contarles una supuesta historia de cómo habían llegado hasta allí —a pesar de que él no era muy bueno mintiendo—. Les dijo que habían cruzado por unas flores muy extrañas, que tenía un aroma sutil, y que al haber inhalado ese aroma, les hizo perder la conciencia de inmediato.

—¿Y tú porque te encuentras bien? —preguntó Jazz, con un quejido.

—Bueno, te cuento que cuando la neblina se hizo aún más densa, las flores comenzaron a abrirse. Enhorabuena, Razzagel y yo estábamos más adelante, por eso solo nos afectó un poco, aunque también tuvimos que tomar aquel antídoto, el mismo que se les dio a ustedes —respondió Kanmeus.

—¿Y dónde se encuentra mi hermano? —preguntó, nuevamente, Jazz, moviendo la cabeza de lado a lado.

—Tranquilo, él se encuentra bien —respondió Kanmeus—. En este momento, está viendo las habitaciones. Tomen este té que ha traído Nahuel y coman esos panecillos dulces. Se sentirán mejor después de ello. Por mientras, yo iré a ver cuántas habitaciones disponibles hay.

Los demás todavía se encontraban medio adormilados.

—Los dejo con el viejo elfo. Él les contará todo lo ocurrido —añadió Kanmeus, dando media vuelta hacia la derecha.

El joven guerrero fue al segundo piso, pero no solo a ver las habitaciones disponibles, sino también para decirles a Razzagel y Gremedith que los demás ya habían despertado y que tengan cuidado al hablar con cada uno de ellos; ya que les había narrado otra historia, y no la de aquel enfrentamiento con Spidwhee. Todo esto era recomendación del viejo elfo.

Mientras tanto, en el primer piso, Nahuel, nuevamente, encendió su vieja pipa en forma de hoja y comenzó a explicarles sobre el efecto del aroma de las extrañas flores, ya que tenía que continuar con la historia que Kanmeus les había narrado.

Cragooz se quedó con ciertas dudas, debido a que él conocía muy bien el Bosque oscuro y jamás había visto ese tipo de flores. Pensó que Nahuel las estaba confundiendo con las flores de campana, pero el dolor que sentía en la cabeza era terrible y le impidió hacerle más preguntas.

El viejo elfo se había dado cuenta de la curiosidad de Cragooz; por ello, empezó a decirles que esas flores eran un nuevo cultivo: una mezcla de flores de campana con una planta carnívora. Esta nueva combinación producía un gas somnífero que adormece a sus presas o a los individuos que lograsen estar junto a ellas.

—¿Qué plantas tan extrañas siembras en el bosque! —refunfuñó Cragooz—. ¿Por qué no cultivar

margaritas por ejemplo? Estas son inofensivas.

—Lo tendré en cuenta, querido Cragooz —respondió Nahuel.

—Además, ¿por qué no pusiste una advertencia o algo parecido? Si bien es cierto, yo no leo nunca esas cosas, pero al menos mis acompañantes lo hubiesen hecho —añadió Cragooz.

—Mi buen Cragooz, si hubiese puesto una advertencia, de qué serviría haberlas cultivado. Las dejé así por dos simple razones: cuidar el camino al manantial y cuidarme de Barkun y sus guerreros oscuros —explicó Nahuel.

El viejo elfo aún continuaba con la mentira, pero todo ello tenía algo de lógica, ya que, en el fondo, sí tenía quienes cuiden de todo el lugar: Gremedith y Spidwhee. Además, ellos también cuidaban de las demás criaturas que habitaban en ese bosque.

—¿Acaso mencionaste a Barkun? —preguntó Cragooz, al escuchar el nombre de aquel maligno.

—Así es —intervinó Kanmeus—. Aquel maligno estuvo por acá y se llevó a algunos seres mágicos que habitaban el lugar.

Kanmeus había respondido desde las escaleras que daban al segundo piso. A su lado, solo estaba Gremedith, ya que Razzagel se encontraba descansando en una de las habitaciones. El joven guerrero se acercó a sus compañeros, junto a ella, y la presentó como una dríada del Bosque Verde.

Todos se habían quedado muy sorprendidos. Solo habían escuchado algunos cuentos y leyendas sobre lo hermosas que eran y de lo terrible que pueden llegar a convertirse. Cada dríada era muy diferente a otra. Tenían habilidades realmente sorprendentes que solo pocos lograban verlas.

Gremedith comenzó a caminar hacia donde se encontraban los tres, pero... todos comenzaron a alejarse con temor, ya que pensaban que se iba a convertir en un monstruo o algo parecido.

—¿Cómo se encuentran todos? —preguntó Gremedith, en un tono muy amable.

—¡Estamos bien! —dijeron—. No nos harás nada, ¿verdad?

Los guerreros la miraban con cierto temor. Esta empezó a soltar pequeñas carcajadas.

—Que mal concepto tienen de una dríada. Acaso no ven lo hermosa que soy. Cómo se les ocurre que yo les podría hacer algo malo. ¡Yo soy Gremedith y estoy a su servicio!

Luego colocó sus manos detrás de su cabellera y cogió a Spidwhee del abdomen con su mano derecha. A este animalito le gustaba quedarse en la espalda o enredado en su larga melena.

—Este pequeñito que ven se llama Spidwhee y también está a su servicio —continuó la dríada.

—Qué rara mascota tienes —dijeron, sin recordar nada de aquel enfrentamiento que tuvieron horas atrás.

Las pócimas de Nahuel sí que funcionaban muy bien, todo iba de maravilla, nadie recordaba absolutamente nada. Los guerreros solo recordaban su entrada al Bosque oscuro y la aparición de aquellas luciérnagas.

—Esta no es una mascota cualquiera, él es un Goliat de fuego. Ahora está muy pequeño, pero si llegase a enojarse se transformaría en una araña gigantesca; incluso, podría llegar a ser tan grande como esta casa —explicó Gremedith.

—¡Sorprendente! Había escuchado de ellos —dijo Bernand.

—Quizá de ellos no, ya que es el único que queda de su especie —replicó Gremedith.

—Bueno —interrumpió Kanmeus—. Como ahora todos se conocen, los pondré al tanto de los últimos acontecimientos de aquel maligno.

Kanmeus y Nahuel empezaron a contarles que Barkun había atravesado la barrera que protege todas las tierras del sur. Asimismo, el elfo les reveló que aquel ser poseía un objeto que lo hace aún más fuerte, ya que, con ayuda de ese, se había llevado a las hermanas de Gremedith, al viejo Berbujit y a algunos centauros del Bosque Oscuro.

Cuando escucharon el nombre del gran oso negro, llamado Berbujit, Cragooz y Bernand quedaron totalmente sorprendidos y furiosos a la vez; ellos conocían a ese animal desde muy pequeños, cada uno de una forma peculiar. Tanta fue la indignación que sintieron que se levantaron de los sillones muy consternados.

—¡No es posible! —gruñó Bernand—. ¿Qué objeto tiene? ¿Cómo pudo apoderarse del viejo Berbujit?

—En realidad, no sé muy bien qué es lo que posee —contestó Nahuel—. No logré verlo por completo. Cuando Spidwhee me encerró con sus hilos, llegué a observar, por una rendijita, un elemento extraño, entre sus túnicas. Era un objeto negro, luego lo extendió con sus manos, y este empezó a vociferar unas palabras, que no logre comprender. Después, desapareció, llevándose a las hermanas de Gremedith, al gran Berbujit y al resto de amigos míos de este bosque.

—¡Maldición! —dijeron furiosos Cragooz y Bernand—. ¿Y por qué seguimos perdiendo el tiempo aquí?

Los demás los miraron asombrados por reaccionar de esa forma.

—¿En cuánto tiempo estará la pócima para Hannuilt y su manada? Debemos irnos de aquí y buscar las demás armas mágicas —gruñó Cragooz.

Kanmeus y Nahuel empezaron a mirarse, no sabían cómo explicarles que la pócima demoraría dos meses o, tal vez, un poco más.

El viejo elfo caminó hacia su izquierda y empezó a aspirar el humo del tabaco que salía de su vieja pipa. Dio unos cuantos pasos hacia la ventana, luego volvió nuevamente al grupo, soltando por la nariz y boca el humo del tabaco; de este se formaron algunos espirales.

—No se podrá. No se podrá hacer la pócima hasta no menos de dos meses.

—¿¿Qué?! ¿Qué es lo que estás diciendo? —preguntaron furiosos los tres al mismo tiempo.

—No se enojen con Nahuel —dijo Kanmeus—. Lo que sucede es que, para preparar la pócima, necesita de un tipo singular de veneno y solo un pequeño animal puede producirlo.

Mientras el joven guerrero les explicaba las razones por que no se podía elaborar, Nahuel fue a traer a su pequeño animalito, llamado Serperpill, que se encontraba colgado en un diminuto arbolito. Con él en mano, complementó la explicación de Kanmeus.

Jazz, Bernand y Cragooz se quedaron pensando sobre qué es lo que harían en esos meses. No podían quedarse mucho tiempo sin hacer nada. Incluso, por un momento se les pasó por la mente que lo mejor era regresar de donde vinieron, y volver a reunirse después de esos dos meses.

Jazz fue el primero en mostrar su posición:

—Hay que planear otra estrategia. Por el momento, regresaré a Goussendor con Razzagel.

Sin embargo, dentro de él, habían muchas dudas: qué pensaría su padre al verlo regresar sin lograr el objetivo o qué pasaría si Barkun manda a su ejército a atacar la torre de piedra que se encuentra en Goussendor... Simplemente, asesinarían a todos los del reino incluyendo, niños, ancianos y

animales.

—¡Un momento! —dijo Nahuel—. Por qué piensas en regresar. Acá hay muchas actividades por hacer. Además, todos ustedes pueden ayudarme a reconstruir algunas partes del bosque Oscuro, y enseñarle al pequeño Razzagel cómo utilizar correctamente La espada de la luz. Asimismo, como le dije a Kanmeus, pueden practicar sus ataques o poderes mágicos, si lo tuvieran, con Spidwhee y Gremedith. Estoy seguro de que ellos serán muy buenos oponentes.

—¿Reconstruir el bosque? —dijeron los tres—. Ese no es nuestro problema.

—Creo que ustedes tres no piensan, ¿verdad? —indicó, fastidiado, Nahuel—. En este bosque hay demasiados secretos que todavía no conocen; por ejemplo, objetos muy valiosos que jamás han sido encontrados. Les pregunto, si Las dagas del viento fueron otorgadas al rey Beffer para proteger Windflurf y las tierras del sur, estas deberían estar en estos dominios, ¿cierto? El Bosque Oscuro es un buen lugar para empezar la búsqueda.

—¡Sí! —exclamó Kanmeus—. Yo obtuve La espada del fuego en Khanexu's, que pertenece a las tierras del oeste, y... La espada de la luz siempre ha estado en Goussendor, jamás ha salido de allí. Eso quiere decir...

—¡Que las demás armas mágicas se encuentran en los lugares en los que fueron otorgados a su protector! —dijeron los demás guerreros al unísono.

—¿Entonces se quedarán? —preguntó Nahuel, mostrando una pequeña sonrisa.

—Sí, no cabe duda de eso —respondieron.

—Muy bien, pero por hoy vayan a descansar —sugirió Nahuel—. Aunque debo indicar que solo hay dos habitaciones en el segundo piso, por lo tanto deberán compartirlas.

Todos se sintieron más tranquilos al escuchar el consejo del viejo elfo. Por fin, tenían una pista para iniciar la búsqueda de las demás armas, luego que terminaran con la tarea que Monderhen les encomendó: ayudar a los hombres lobos de plata. Por todo ese gran entusiasmo, en ese momento, no les importó compartir las habitaciones. La noche, para ellos, se tornó muy agradable. Con una sonrisa en el rostro fueron hacia ellas.

Razzagel, Jazz y Kanmeus se quedaron en una habitación amplia; esta tenía una pequeña ventana redonda en la que, a lo lejos, se podía observar un camino lleno de flores. Mientras Cragooz y Bernand, en una pequeña habitación; esta tenía una cama encima de otra. El kreinll escogió la parte de arriba porque era el más delgado y mediano; sin embargo, a pesar de que la cama de abajo era más grande, no bastó para Bernand.

Debido a ello, retiró las cobijas, colchas y almohadas que se encontraban encima y las tendió en el suelo para poder dormir. El gran cazador estaba acostumbrado a dormir en el campo o en cuevas, por eso para él no era ningún inconveniente.

Rendidos por el cansancio, se quedaron completamente dormidos con la esperanza de hallar pronto Las dagas del viento.

Una visita inesperada

Los dos meses pasaron en un abrir y cerrar de ojos. Los jóvenes guerreros, en este lapso, ayudaron a reconstruir algunas partes del Bosque Oscuro dañadas por el maligno Barkun y sus guerreros. A su vez, buscaron por todo el bosque Las dagas del viento, sin embargo no tuvieron suerte, ya que no pudieron hallarlas.

Por otro lado, en este tiempo, aprendieron ciertas artimañas sobre el arte de pociones gracias al viejo Nahuel. Asimismo, en ese transcurso, Razzagel aprendió a utilizar La espada de la luz. Al principio le había costado mucho trabajo, pero con la ayuda de Gremedith, mejoró sus habilidades notablemente. Además de saber cómo emplearla, había descubierto -en él- un poder mágico que tenía escondido. No obstante, todo ello le resultaba inusual, ya que él no era un mago ni usaba objetos mágicos (aparte de la espada), sino, era, simplemente, un humano. El pequeño príncipe pensaba que había aprendido aquella magia cuando su madre le enseñó a curar algunos animales heridos. Cabe resaltar que ella, a diferencia del protector de Gounssedor, había nacido con ese don.

Razzagel podía mover objetos, manipular el fuego e, incluso, acelerar el proceso de crecimiento de las plantas: desde una semilla hasta que llegue a ser una flor. Este último poder era idéntico al que podía realizar Gremedith (este era una habilidad que poseían las dríadas).

El viejo elfo, desde un inicio, presentía que había un poder oculto y especial en el pequeño. Por ello, en el transcurso de esos dos meses, se había interesado mucho en sus habilidades. No obstante, Razzagel les había pedido a él y a Gremedith que no comenten nada a los demás sobre los últimos sucesos de sus nuevas habilidades, ya que su madre le había prohibido utilizar el don de curación delante de las otras personas. Sin embargo, para ellos, el poder mágico que tenía el pequeño no solo se trataba de un simple don, sino que sus límites iban más allá: como las de un mago.

Zwein había sido aprendiz de Nahuel por un corto tiempo y a pesar de que ella poseía el don especial, tenía que aprender algunos hechizos, técnicas e, incluso, el arte de las pociones para desarrollar la magia de curación.

El último día de enero, por la mañana, Kanmeus, despertó con gran preocupación. Habían transcurrido un poco más de dos meses y todavía no tenían noticias sobre aquellas dagas del viento. Por otro lado, en ese lapso, tampoco volvieron a saber de Barkun. En realidad, eso era lo que más le preocupaba.

Cubierto con una manta, se acercó a la pequeña ventana redonda y dirigió su mirada al camino de flores que llevaba al manantial de las dríadas. Aquel lugar había sido creado por Gremedith y sus hermanas hace mucho tiempo. Ellas recordaban, con nostalgia, cómo vivían sus antepasados; por eso, recrearon uno igual en el bosque. Era el único ambiente hermoso en todo el paraje.

Algunos decían que ellas habían sido abandonadas cuando todavía eran muy niñas; otros, que habían sido desterradas al Bosque Oscuro, ya que como habían nacido fruto de un amor prohibido entre un gran elfo y una dríada, merecían quedarse en ese lugar tétrico.

Asimismo, también se comentaba que Nahuel fue quien las encontró, cuidó y crió, y eliminó sus

malos recuerdos para que no sufrieran tanto.

Ellas nunca intentaron volver al Bosque Verde, lugar de origen de las dríadas. Solo iban a ver, a los alrededores, a un gran árbol con el rostro de una mujer al que le decían madre. Este árbol era como la líder de todas ellas.

Aparentemente, no eran aceptadas por las demás, ya que eran muy diferentes al resto. Las otras dríadas podían cambiar el color de su cabello y de su piel según la estación; en cambio, a Gremedith y a sus hermanas les resultaba imposible realizar algo así. Incluso, estas tenían una peculiaridad: se convertían en seres monstruosos al enfadarse. Debido a todo ello, jamás se involucraron con el resto de su especie y se quedaron viviendo en el Bosque Oscuro junto a Nahuel. A partir de eso, se contaron leyendas, y hubo muy malos entendidos sobre las dríadas: los humanos y algunos seres mágicos tenían miedo de ellas, ya que las creían monstruos o criaturas malignas.

Con muy poca visibilidad en el camino de flores, Kanmeus logró ver, entre la neblina, a Gremedith, Spidwhee y a Razzagel. Volteó, rápidamente, a ver la cama del pequeño príncipe de Goussendor, sin embargo nadie se encontraba allí. Sorprendido, dejó la manta a un lado, se colocó deprisa sus botas y, sin hacer ruido, salió de la casa. Empezó a seguirlos, pero la neblina aún estaba muy densa, debido a ello les perdió el rastro.

De pronto, entre los arbustos, escuchó una hermosa melodía que llegó directamente a sus oídos. Cuando trató de hallar de qué dirección venía ese inquietante y bello sonido, cientos de mariposas turquesas, del tamaño de la palma de una mano, se desprendieron de diferentes árboles y... volaron en dirección al manantial.

Kanmeus las siguió y estas se detuvieron cerca al pequeño lago. Estaban esparcidas por todos lados con las alas aún agitándolas. El guerrero se quedó escondido, entre algunas plantas, para observar a esos hermosos animales. La intensidad de ese color turquesa que tenían lo maravillaba. La melodía las había atraído hasta el manantial. Cuando volteó a su derecha, vio, que cerca a la orilla, en una pequeña cueva, se encontraba el viejo Nahuel tocando una flauta y a lado, en una roca enorme, Gremedith con una linda lira.

Estaba a punto de ponerse de pie e ir en dirección hacia ellos, pero, en ese momento, apareció Razzagel con Bela y los demás caballos. Estos se ubicaron y se colocaron expectantes a lo que estaba por ocurrir. Inmediatamente, Kanmeus se escondió entre los arbustos para poder observarlos, ya que le había parecido muy extraño verlos reunidos tan temprano en el manantial.

Mientras se quedó observando, Nahuel y Gremedith comenzaron a entonar una canción. Las mariposas aún seguían moviendo sus alas, como si todas estuvieran danzando de lado a lado al ritmo de la melodía. Incluso, Spidwhee se colgó del techo de la cueva y empezó a balancearse.

*Desde lejos han venido,
al inmenso Bosque Oscuro estar
de los helados y fríos bosques,
donde pronto volverán.
Hoy devuelta al manantial
donde pronto dormirán.
Un suave manto, entre sus cuerpos,
los hará soñar.*

*Y al despertar, por la mañana, nuevos colores brillarán.
¡Nuestros corazones se agitarán
nuevamente al verlas volar!
¡Lejos y más lejos volarán,
dejando huellas estarán!
Y entre las nubes un arcoíris resurgirá.
¡Las tres montañas cruzarán y luego ellas retumbarán!
Los grandes elfos pronunciarán.
Un nuevo mes comenzará
¡Todos ellos al verlas volar!*

Al término de la canción, colocaron los instrumentos a un lado. Las innumerables mariposas dejaron de agitar sus alas. Luego, soltaron unos extraños hilos marrones, que se adhirieron al suelo. Después, se cubrieron por completo con ese hilo y formaron un sinfín de capullos enorme, como si fueran rocas de color marrón por todo el manantial.

Gremedith tenía la capacidad de sentir la presencia de cualquier ser vivo que estuviese cerca del manantial. Durante la canción, había sentido la presencia de Kanmeus, así que volvió su mirada fijamente hacia los arbustos y dijo:

—¡Kanmeus, sal de los arbustos! ¿Por qué has tenido que esconderte?

El joven guerrero se paró medio avergonzando y respondió.

—Solo seguí a esas extrañas mariposas.

—¡Ven aquí, Kanmeus! —gritó Razzagel.

—¿Qué son realmente esas cosas? —preguntó Kanmeus, acercándose muy despacio hacia ellos.

—Ellas son las mariposas turquesas del Bosque de hielo. Eres afortunado. Has presenciado cómo estas se cubren en sus hilos. Esto no es un acontecimiento usual —dijo Nahuel.

—¡Fue impresionante ver todo eso! —exclamó Kanmeus.

—Luego tendrán una última metamorfosis, donde cambiarán sus alas a un color rojizo. Cuando empiecen a volar, desprenderán polvos mágicos de sus alas y formarán hermosos arcoíris por todos los bosques y las montañas de los elfos. Luego volverán al Bosque de hielo donde se quedarán hasta el próximo año —explicó el viejo elfo

—Había escuchado unas historias sobre su transformación, pero verla es fantástico. Otra consulta, ¿por qué cantaron para ellas? —preguntó Kanmeus.

—Lo hacemos cada año en el último día de enero. Todas las mariposas turquesas vienen desde el Bosque de Hielo a este manantial. Las canciones hacen que ellas puedan relajarse para que creen sus capullos —respondió Gremedith.

—Necesitan de las melodías de una dríada para que puedan hacer sus capullos —agregó Razzagel.

Kanmeus se quedó pensando, con una mano en el mentón, por qué no le habían comentado sobre estos acontecimientos. En ese preciso momento, cuando estaba por preguntarles, una gran sombra cruzó encima de ellos y trajo un fuerte viento que hizo mover las ramas de los árboles y de algunos pequeños arbustos.

Aquella sombra empezó a dar algunos chillidos y se dirigió a la casa de Nahuel. Todos salieron corriendo del manantial a ver de quién se trataba. Pensaron, por un momento, que era un Crenwolt o algún monstruo de los cielos, convertido en un aliado de Barkun, que había ingresado a las tierras del sur, ignorando la barrera de magia de la torre de piedra, para atacarlos.

Cragooz, Bernand y Jazz habían sentido aquel estruendo que venía de los cielos, por ello, rápidamente tomaron sus armas y salieron de la casa. Cuando aquella sombra se hizo notar, una pequeña voz se escuchó. Aquel ser era nada menos que Hisszeld y había venido junto a Cleo. El ave empezó a descender muy despacio, ya que sus grandes alas le impedían moverse con facilidad.

—¡Hola a todos! —gritó Cleo, que aún se encontraba descendiendo con Hisszeld.

Jazz, guardó su espada y pidió a todos que también lo hicieran, debido a que no había ningún peligro. Cuando descendieron, vieron que el pequeño duende llevaba una vestimenta distinta: un pequeño saco azul, pantaloncillos marrones y zapatos medianos en forma de punta de color azul.

Jazz no había visto a nadie de Goussendor hace más de dos meses. Al verlo se llenó de mil emociones y lo abrazó muy fuerte.

—¡Cleo! —exclamó Jazz—. ¿Cómo has estado, pequeño amigo? ¿A qué se debe tu visita?

—Me alegro de verte, Jazz —dijo Cleo—. El señor Monderhen me pidió que los acompañe.

—Solamente es, otro enano más —murmuró Cragooz.

—Genial, qué bueno que te unas a nosotros —indicó, con alegría, Jazz.

—Pero ese enano de qué nos puede servir. Aquella enorme ave ayudaría más —murmuró nuevamente Cragooz, cruzando los brazos.

—¡Señor Cragooz, también me alegro de verlo! —dijo Cleo, observándolo con una sonrisa fingida—. Puedo servir de mucha ayuda a todos, pero después les contaré. ¿Dónde se encuentra Razzagel?

—¿Razzagel? Ciertamente. No ha salido con nosotros. ¿Se habrá quedado dormido? —respondió Jazz.

—No, él salió muy temprano junto a Gremedith y con ese sucio arácnido —dijo Cragooz.

—¡Y por qué no me avisaste! —exclamó Jazz.

—Kanneus los siguió después —respondió Cragooz.

—¿Cómo sabes todo eso si te encontrabas durmiendo hasta que esa ave nos despertó? —preguntó Bernand.

—Es un kreinll. Él puede escuchar todo tipo de sonido así esté dormido —dijo Cleo—. Monderhen me ha contado todo acerca de ellos.

—¡Eso es muy cierto, enano! —dijo Cragooz, mostrando sus pequeños colmillos.

—¡No soy un enano! —dijo Cleo—. No me confunda con esos ladronzuelos. Ellos siempre roban el oro de los duendes.

—¿Y qué eres entonces? —preguntó Cragooz, en un tono burlón.

—¡SOY UN DUENDE! —gritó, muy enojado, Cleo.

—¡Bah! Ambos son pequeños, además les gusta el oro del otro —dijo Cragooz, fastidiando a Cleo.

La pequeña bienvenida que había recibido Cleo no fue nada agradable. Cragooz siempre fastidiaba a los de baja estatura, a pesar de que él tampoco era tan alto. Los kreinlls solo podían llegar a medir hasta el hombro de un ser humano promedio. Ellos solamente eran un poco más altos que los duendes.

Cleo se había puesto furioso, no le gustaba que lo confundieran con un enano. Cuando este estaba por responderle, Razzagel, de una corta distancia, comenzó a llamarlo y, enseguida sus orejas empezaron a moverse. El duende dio media vuelta con mucha emoción, ya que no había visto a su mejor amigo en meses.

—¡Cleo! —exclamó Razzagel, acercándose a gran velocidad.

Al verse, hicieron un extraño saludo.

*Una mano a la derecha, otra a la izquierda
pie izquierdo arriba y un pequeño giro a dar.
Luego al suelo, nos iremos a lanzar
¡Quién logrará rodar hasta el final!*

Esto dejó a todos boquiabiertos, ya que jamás habían visto algo parecido en sus vidas

—¡Me da mucha alegría que te encuentres aquí, Cleo! —dijo Razzagel agitado por aquel saludo

—. ¿Cómo has estado? Jamás nos hemos alejado tanto tiempo, amigo.

—¿Has olvidado qué día es hoy? ¡Hoy es tu cumpleaños, Razzagel!

—¡ES CIERTO! Ha pasado tanto tiempo, desde que salí de Goussendor, que se me había olvidado por completo —dijo, en un tono amable.

—¡Hoy es tu cumpleaños número trece! Nosotros, en el castillo, no nos hemos olvidado. Es por eso que estoy aquí.

Jazz, siendo su hermano, se había olvidado por completo el cumpleaños del pequeño. Para él también había sido difícil recordar los días y meses desde que salieron del reino. Se sintió muy sentimental y a la vez mal, ya que no había recordado tal fecha.

Nahuel al ver el rostro pálido de Jazz trato de ayudarlo a disimular.

—¡Hoy tendremos una fiesta! —dijo Nahuel—. Preparemos un enorme pastel con muchas moras y frambuesas.

—Sí, me parece perfecto, todos ayudaremos —dijo Gremedith, muy alegre.

—¡Perfecto! —dijo Nahuel—. Todo esto será como una alegre despedida. La pócima que vinieron a buscar ya está lista. La preparé hoy muy temprano.

Todos al escuchar esa noticia se alegraron aún más.

—Pero tendrán que dejar sus caballos aquí y luego volver por ellos después, debido a que ningún animal logra salir del Bosque Oscuro a no ser que salga por el mismo lugar por el que vino. Este es el secreto que guarda este lugar. No le gusta que los animales logren irse.

—¡Interesante bosque! —dijo Bernand—. ¿Pero por qué el viejo Berbujit, siendo un oso, podía salir de acá?

—Porque él es guardián de acá. En cada bosque hay uno. Cabe resaltar que existen otros protectores que son sagrados, no obstante son muy difíciles de verlos. No sabemos muy bien en dónde realmente se encuentran. Hace mucho tiempo estuvieron a la vista de todos, sin embargo cuando hubo aquel enfrentamiento entre las dos hermanas, ellos desaparecieron y decidieron no involucrarse, pero... no es momento de cuentos. Hoy tenemos un cumpleaños que celebrar, así que entremos a la casa y preparemos algo muy divertido —dijo Nahuel, tocando la cabeza de Razzagel.

—¡Esperen! —dijo Cleo—. Tengo un pequeño paquete para Razzagel.

Cleo fue a traer el presente que estaba atado con una cuerda en el cuello de Hisszeld. Luego de retirarlo, el ave abrió sus alas y empezó aletear. Formó un tremendo viento que hizo mover las hojas que estaban en el suelo y muchas ramas de los árboles. Voló en dirección a la Montaña helada, haciendo varios chillidos.

El duende, de inmediato, entregó el paquete al cumpleañosero. Dentro de este, había varias rosquillas dulces que la señora Leni había preparado y una pequeña carta. Razzagel al oler los

bocadillos, que aún estaban calientes, recordó aquellas delicias que se preparaban en el castillo. Tomó solamente una y luego convidó el resto a los demás. Todos saborearon un alimento dulce después de mucho tiempo. Posterior a ello, abrió la carta con mucha emoción y empezó a leerla. Era de sus padres.

Querido hijo Razzagel:

Hoy cumples trece años de edad. Queremos que sepas que estamos muy orgullosos de ti por la gran responsabilidad que has decidido asumir. Nosotros, y todos en el castillo, te extrañamos mucho. Echamos de menos tus ocurrencias y travesuras.

Nos hubiese encantado estar a tu lado para celebrar tu cumpleaños, pero sabemos que es por una noble causa.

Han pasado más de dos meses desde que saliste de Goussendor y siempre te recordamos.

¿Cómo te estás portando? Espero que bien. Nos imaginamos que poco a poco estás madurando por las circunstancias que te están tocando vivir.

Te comentamos que tu hermano Ralf aún sigue disgustado, pero esperamos que poco a poco pueda cambiar ese mal carácter.

Por el momento, todo está tranquilo, sin novedades de aquel maligno.

Hay una noticia que, estamos seguros, te alegrará: Cleo se unirá con ustedes al viaje. Él les contará todo, a detalle, de algunos hechos que ocurrieron desde que partieron del reino.

Traten de reunir las armas mágicas lo más pronto posible y vuelvan a Goussendor. Saluda de mi parte al señor Nahuel y a la joven Gremedith.

Te queremos mucho,

Tus padres Ginn y Zwein

Mientras Razzagel leía con emoción y nostalgia la carta, los demás habían ingresado a casa del viejo elfo para a organizar la celebración.

Cleo esperó que su amigo terminara de leer la misiva y luego empezaron a contarse los acontecimientos que les habían sucedido en todo este tiempo.

—Cleo, te veo muy diferente —dijo Razzagel, observando su nueva vestimenta.

—Sí, me la hizo tu madre días antes de venir aquí.

—Oh, ya veo. Déjame decirte que te ves como todo un mago. Te felicito, mi amigo.

—¡Gracias! —respondió Cleo emocionado—. Vayamos adentro con los demás. Les tengo que contar ciertas novedades.

—De acuerdo. Vamos.

—¡Cierto! ¡Casi lo olvido!

Cleo, buscó entre sus bolsillos un objeto dorado. Al hallarlo, inmediatamente, se lo dio a Razzagel.

—¡Oh! —exclamó el pequeño príncipe—. Esto es un *Tishpat*.

—¡Sí! Tu padre me dijo que te lo enviaba como regalo de cumpleaños.

—¡Es el *Tishdow* de mi padre! —dijo, emocionado, Razzagel—. Este es el que Cragooz quería. Aunque, él ya tiene uno de otro tipo al igual que Kanmeus.

—¡Vaya! Ese kreinll también tiene uno. Qué desagradable sujeto —dijo Cleo, haciendo un gesto de disgusto.

—Vayamos adentro para enseñarles a los demás —dijo Razzagel, alegre por el regalo que su padre le había enviado.

De esta manera, entraron a la casa de Nahuel y les mostraron a los demás aquel objeto. Razzagel se lo colocó como un prendedor, en la parte derecha de su saco, después le dio un pequeño giro... y desapareció. Se volvió invisible por unos segundos y luego volvió aparecer cerca a la chimenea. Así estuvo jugando un buen rato con Spidwhee.

Cragooz se acercó al pequeño para intentar intercambiar ese *Tishdow* por mucho oro, ya que él siempre había anhelado tener uno de ese tipo para ser el único ser que pueda caminar entre las sombras, aparte de los duendes. A pesar de que le ofreció oro y otros objetos, el pequeño príncipe no accedió a la petición. A este no le interesaba ningún otro objeto ni ningún bien material. Los intentos de Cragooz fueron inútiles.

Cleo, antes de la pequeña celebración que estaban preparando a Razzagel, les contó por qué se uniría a ellos, a partir de ahora en la búsqueda de las armas.

Monderhen, el mismo día que los jóvenes guerreros partieron de Goussendor, había ido muy temprano al árbol de moras, donde viven los duendes, para indicarle a Cleo que acompañaría a Razzagel y a los demás, pero todavía más adelante, ya que tenía un plan para él. Le pidió que le mantuviera todo lo conversado en secreto. El mago sabía que el viaje iba a ser muy tedioso; por ello, el grupo iba a necesitar a una persona que domine las habilidades mágicas y el poder de la curación, y quien mejor que el pequeño duende. Así pues, Cleo estuvo dos meses en la habitación del sueño junto a Zwein aprendiendo todo lo concerniente a la curación. Ella, al finalizar todas las clases, le entregó su libro, en el que se explicaba, a detalle, cada hechizo en distintos casos de riesgo. Además, también le enseñó a comprenderlos, sobre todo aquellos que solo constaban de gráficos, mas no de escritos.

Nahuel se quedó muy sorprendido, ya que jamás se hubiese imaginado entregar un libro de hechizos a un ser mágico y mucho menos poder enseñarle el poder de la curación a quien no tuviera el don. Sin embargo, el viejo elfo comprendió que los jóvenes guerreros necesitarían de aquella magia curativa por si algunos de ellos llegaran a estar en riesgo de muerte al enfrentarse a Barkun y a sus temibles guerreros oscuros. Era una causa noble y justa.

Después de lo comentado por Cleo, Gremedith trajo un enorme pastel y lo colocó en la mesa; además había preparado mucha comida y varias jarras de jugo de moras para los pequeños y vino azul de la cosecha para los adultos.

Hubo una magnífica celebración por el cumpleaños de Razzagel. Entonaron varias canciones e incluso jugaron a los acertijos durante casi toda la noche. El pequeño príncipe se sentía muy feliz y esta acrecentaba, ya que sabía que su mejor amigo iría con él en búsqueda de las demás armas mágicas.

La posada del viajero sonriente

A la mañana siguiente, los jóvenes guerreros se despertaron muy temprano al oír los cantos de los zorzales. Después de ello, se cambiaron, rápidamente, para degustar el gran desayuno que Gremedith y Nahuel habían preparado. Luego, empacaron sus pertenencias para emprender el viaje hacia las cuevas de Neptanzal. Seleccionaron solo algunas de ellas debido a que iban a trasladarse a pie: sin caballos

Cuando al fin terminaron de alistarse, Nahuel entregó a Kanmeus la pócima que preparó para la hipnosis, era un pequeño frasco que contenía un extraño líquido verdoso. Asimismo, les explicó las instrucciones que debían seguir para poder utilizarla de manera adecuada. Ellos tendrían que esparcirla en algunas frutas para luego hacérselas comer a Hannult y a su manada de hombres lobos de plata o derramarla en algunas de sus bebidas para que estos puedan tomarlas. De esta manera, regresarían a la normalidad.

Ya afuera de la casa de Nahuel, listos para emprender el viaje, Gremedith y Spidwhee decidieron llevarlos hasta la salida del Bosque oscuro para que no se desvíen o se pierdan en el camino. Los guerreros se despidieron de Nahuel y le agradecieron por toda la estadía y por las enseñanzas. El viejo elfo no tuvo palabras de reciprocidad.... Solo sabía que pronto los volvería a ver.

Nahuel, al verlos dejar la casa, levantó su mano derecha y la agitó de lado a lado.

—¡Adiós... vu-vu-vuelvan pro-pro-pronto! —dijo, tartamudeando.

Al escucharse, de inmediato, colocó sus dos manos en los labios. Se percató que la última ración que le quedaba de tabaco la había agotado ayer para poder cantar junto a Gremedith.

—¡No puede ser! —dijo Cragooz—. ¡Gastó todo el tabaco de los duendes! ¿No puede hacer una pócima para que desaparezca su tartamudez?

—Lo mismo le indiqué —dijeron Gremedith y Kanmeus al mismo tiempo. Al responder, ambos, al unísono, se miraron y se empezaron a reír en señal de complicidad.

Mientras empezaban alejarse de la casa de Nahuel, cruzaron por el manantial y vieron que las mariposas turquesas se desprendían de sus grandes capullos. Estas comenzaban a aletear, con mucha fuerza, sus nuevas alas, que ahora eran de un color rojo intenso. Luego, estas se juntaron en el cielo y volaron en dirección al norte. A su paso, iban dejando un rastro de polvo de colores que iba formando, a su vez, un lindo arcoíris.

Caminaron por seis largas horas en el brumoso bosque. Todos estaban agotados. Gremedith, enhorabuena, había llevado una bolsa con dos botellas: una que contenía vino azul y la otra, jugo de moras, y algunas frutas que solo crecían en el manantial. La joven llamó a un lado a Kanmeus y le entregó la bolsa como obsequio. Este reaccionó al instante, la tomó de las manos y la miró fijamente. Luego, le agradeció por su buena hospitalidad y amabilidad. Al observar tal escena, los demás se quedaron ruborizados. Gremedith, al darse cuenta, miró a Kanmeus y le lanzó una bofetada. Incluso, Spidwhee comenzó a lanzarle varios de sus hilos, ya que se dio cuenta que la dríada estaba molesta.

—¿Y esa bofetada a qué se debe? —preguntó Kanmeus. «Quizás me lo merecía», pensó

—Para que recuerdes que no debes ser tan confianzudo —dijo Gremedith, y luego le dio un dulce

beso en la mejilla.

— ¿Y... esto? —dijo Kanmeus, muy ruborizado.

—Eso es... para que te cuides y vuelvas pronto —dijo, dulcemente, Gremedith.

Luego caminó hacia el pequeño Razzagel y también le dio un pequeño beso en la mejilla en señal de cuidado y bendición. Al igual que a Cleo. Sin embargo, a Bernand, Jazz y Cragooz, solo les dio la mano, aunque ellos estaban esperándola con sus mejillas puestas. Además, les dijo a estos que se cuidaran y que cuando vuelvan se los comería en un asado. Recalcó ello, ya que al principio habían pensado que ella era un terrible monstruo.

Después de despedirse de todos, Gremedith y Spidwhee retornaron al brumoso Bosque Oscuro.

A partir de ese lugar, los jóvenes guerreros emprendieron su camino sin guía alguna. Caminaron por una senda de piedras que los llevaba al valle de Lanoell. Su primera noche fue muy fría, solamente se escuchaba el murmullo del viento, que soplabá con gran fuerza dando un ligero silbido, y los cantos de las aves nocturnas: el sonido de grandes lechuzas y búhos de la zona.

En ese transcurso, encontraron una pequeña cueva donde hicieron una fogata para calentarse. Cragooz había sido elegido para quedarse de guardia esa noche. Decidieron esto a partir de un juego. Este consistía en lanzar una piedra lo más lejos posible. Aquel que tenga la menor distancia sería elegido para quedarse despierto y cuidar el lugar. Todos ya habían lanzado una pequeña piedra. Estás fueron tan lejos que no se llegaban a ver. Sin embargo, cuando llegó el turno de Cragooz, se confió tanto que tiró mal la piedrecita y fue el perdedor.

Durante otros cuatro días caminaron arduamente. Solo se detenían a descansar tres a cuatro horas por día. Indudablemente, a Razzagel y a Cleo les pesaba esa rutina, pues no estaban acostumbrados a esa clase de esfuerzo, eran muy jóvenes. Ellos extrañaban la buena comida, los deliciosos postres de la señora Leni, sus camas cubiertas en finos edredones, etc. Al inicio del quinto día, llegaron al valle de Lanoell, muy sucio y cansados, con caras de no haber dormido en meses. No obstante, tal sacrificio valió la pena, ya que arribaron dos días antes de lo previsto. Desde el Bosque Oscuro al valle de Lanoell normalmente eran de seis a siete días a pie; luego, de ahí hasta la entrada a las cuevas de Neptanzal solo los separaba seis horas de distancia.

El valle de Lanoell era muy frondoso, por ello habitaba todo tipo de aves cantoras. Además, se había formado un pequeño lago por el desborde del río. En este lugar, parecía que solo existían animales, ya que no había rastro alguno ni de humanos ni de otros seres; sin embargo, sí habían vestigios de grandes cultivos, abandonados, aparentemente, hace muchos años. Después de una hora caminando, encontraron un enorme portón de color negro con algunos diseños curiosos en formas de espirales. Al frente de la puerta, cerca al camino, había un letrero de madera incrustado en el suelo. Este tenía un escrito en tinta gris difícil de comprender, pero se podía notar, con mucha paciencia y detenimiento, una frase que decía: “La Posada del viajero sonriente”.

—¡Es una posada! —dijeron todos con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Qué bien! —dijo Razzagel—. Pasemos el día aquí. Tenemos mucha hambre, Cleo y yo.

—Sí, me parece una buena idea —dijo Jazz, alborotando el cabello de Razzagel.

—Entonces, hoy nos quedaremos aquí. Nos hemos adelantado en llegar y nos merecemos un pequeño descanso —agregó Kanmeus.

—Entonces, ¿qué esperamos? —preguntó Bernand, adelantándose al portón.

El gran cazador dio tres grandes golpes a la puerta, pero no salía nadie. Volvió a intentarlo y, de pronto, se oyó una voz aguda y diminuta a la vez.

—¿Sí? —se llegó a escuchar—. ¿Qué es lo que desean?

—Queremos algunas habitaciones y mucha comida. Solo hemos consumido frutas y verduras,

estamos muy hambrientos —respondió Bernand.

—¡Está bien! ¡Está bien! —dijo la voz aguda—. Pero solo tenemos dos habitaciones, tendrán que compartirlas. ¿Están de acuerdo?

—¡No tenemos ningún problema! —respondieron todos.

Entonces, muévanse unos pasos atrás, abriré el portón —dijo la voz aguda, en un tono gracioso.

El portón de la posada se empezó a abrir muy lentamente. Su tamaño era tan grande que tardó varios segundos. Cuando se completó dicha acción, al parecer no había ninguna persona, pero al divisar al interior, parecía un pequeño pueblo, donde existían varias cabañas e incluso una bella fuente redonda en el centro con dos grandes aros enlazados.

—¿Dónde se encuentran sus caballos, viajeros? —preguntó la voz aguda.

—¿Quién eres? ¿Dónde estás? —preguntó Bernand.

—Bernand, tienes que mirar hacia abajo —susurró Razzagel.

El cazador era uno de los más grandes del grupo. Al dirigir su mirada hacia abajo, vio a un pequeño hombrecillo barbudo, pero sin cabellera en la parte superior de la cabeza; con túnicas de color verde muy gastadas. El pequeño hombrecito era un enano de las tierras del norte.

—¡Oh! —exclamó Cragooz—. ¡Eres un enano!

—Sí, y trabajo aquí desde hace mucho —respondió

—Señor enano, no traemos caballos —dijo Razzagel.

—Enano no. Yo tengo un nombre y es Boker; sin embargo, la gente por acá me llama Bo —explicó.

—Claro. Disculpe. ¿Cómo está, señor Bo? —dijo Razzagel—. No tenemos caballos, hemos llegado a pie desde el Bosque Oscuro.

—Ya veo —respondió el enano.

—¿Podemos quedarnos en la posada? —preguntó el pequeño príncipe, en un tono amable.

—Sí, claro que sí, en la Posada del viajero sonriente todos son bienvenidos e incluso hasta los kreinlls que tienen cara de gato —dijo Boker, en un tono burlón.

—¿Qué es lo que has dicho enano horrible? —dijo Cragooz, muy enfurecido y dando un fuerte resoplido.

—¿Quieren las habitaciones o no? —dijo, de inmediato, el enano.

Bernand cogió de la nuca a Cragooz y lo llevó hacia atrás. Intuyó que iba haber un enfrentamiento, así que lo alejó.

—¡Tranquilízate, Cragooz! —dijo Bernand, con una voz muy grave.

—Sí deseamos las habitaciones, señor Boker. Las disculpas respectivas por nuestro amigo. El viaje ha sido muy agotador y se encuentra muy cansado —dijo Kanmeus.

—¡De acuerdo, de acuerdo! —respondió el enano—. Déjenme llevarlos hacia el dueño de esta posada. Él les mostrará sus habitaciones.

Boker dio media vuelta y caminó unos cuantos pasos. Los demás se habían quedado sorprendidos, ya que vieron que el enano caminaba con dificultad y arrastraba el pie izquierdo. Además, al moverse movía sus dos manos, de lado a lado, como si estuviera bailando. Se veía demasiado gracioso. Luego se detuvo y volteó a verlos.

—¿Qué es lo que esperan? —preguntó Boker con su vocecita aguda.

—Sí, ahí vamos —dijeron todos.

Los guerreros se rieron disimuladamente. Seguramente, si se daba cuenta de ello, se quedaban sin habitaciones y sin comida caliente.

Se contuvieron y ayudaron a Boker a cerrar el enorme portón. Luego, este los llevó a una pequeña

casita, donde se encontraba el dueño. De esta, salió un pequeño anciano encorvado, con una barba muy larga. Usaba gafas, un collar de plata, un bastón en la mano izquierda y una fina vestimenta: llevaba puesto una camisa blanca manga larga hecha de una tela muy delgada; esta sobresalía de su hermoso saco verde. Además, lucía pantalones marrones y zapatos, del mismo color, muy elegantes.

—¿Qué les trae por aquí, queridos viajeros? —preguntó, amablemente aquel anciano.

—Necesitamos quedarnos el día de hoy en su posada y si es posible, también algunas raciones de comida —dijo Kanmeus.

—¿Qué linda mañana, no? —respondió—. Disculpen mis modales, no me he presentado. Mi nombre es Cassimo. Yo soy el viajero sonriente y el dueño de este lugar. Estoy a su servicio.

—Sí, es una mañana maravillosa, señor Cassimo. Mucho gusto, mi nombre es Razzagel —comentó.

—¡Qué niño tan amable! —dijo el anciano, entregándole una manzana—. Qué bueno que alguien sí respete a sus mayores. Efectivamente, es una linda mañana.

Los demás se quedaron sorprendidos y avergonzados, sin decir palabra alguna.

—Pero si quieren las habitaciones y las raciones de comida, tienen que decirme qué los ha traído hasta acá... ¿Un viaje importante quizás? —agregó Cassimo.

Kanmeus tomó el liderazgo y respondió, tratando de no contar los verdaderos sucesos.

—Así es, señor. Somos unos simples viajeros, un pequeño grupo de seis. Ahora nos encontramos en dirección a Khanexu's; sin embargo, nuestro viaje ha sido demasiado agitado, por ello al pasar por su posada, decidimos permanecer un día entero.

—Es imposible creer tu historia. Todos los lugareños saben que el reino de Khanexu's ha sido tomado por Barkun y otros espectros malignos. Además, tu rostro se me hace muy conocido. Tú debes ser un sobreviviente de ese reino —dijo, observándolo fijamente.

—Se equivoca, señor Cassimo, todos venimos del reino de Windflurf, a excepción de Cragooz, que es un kreinll de las tierras del oeste. Nuestro primer objetivo es llegar ahí, luego emprenderemos otro viaje hacia Khanexu's.

El anciano los miró detenidamente a cada uno y luego dijo:

—No, ustedes no son de Windflurf. Yo conozco cada reino, bosque, valle y uno que otro lugar oculto; por ello, es que me conocen como el Viajero sonriente. He viajado por todos los reinos de los humanos, de los elfos, de los enanos, de los seres mágicos, por eso sé cómo suelen vestirse cada uno de ellos —dijo Cassimo.

Al escuchar su testimonio, todos se quedaron nuevamente sorprendidos.

—¿Deseas, aún, seguir con tu mentira o alguno de ustedes me dirá la verdad? —agregó Cassimo.

El silencio invadió a los jóvenes guerreros.

—¿Por qué todos se han quedado mudos? Sé quién eres, joven de cabellera larga y de tan curiosa espada. Si tú no lo dices, yo lo haré ahora mismo. Tú eres el hijo de Kan treu, rey de Khanexu's. Se nota en tu rostro. Eres idéntico a él cuando todavía era joven. Además, también veo que llevas una de las Armas mágicas contra la destrucción. Eso quiere decir que tu padre está muerto. Por lo tanto, lo que ustedes están buscando son las demás armas... un trabajo muy difícil para solo seis. No obstante, es necesario que logren su objetivo para poder acabar con el tercer jefe de la oscuridad y el último de ellos. Les daré un consejo, necesitan una de las armas más importantes para hallar a las restantes. Esta se encuentra en Goussendor. Lo llaman La espada de la esperanza

o creo que La espada de la luz, el nombre se me viene vagamente a la mente —explicó Cassimo.
—¡Ja, ja, ja! —rió Cragooz—. Muy cierto. Todo es correcto. Pero lo que usted no sabe es que nosotros ya contamos con dicha arma

—¿Eso es cierto? —preguntó el anciano.

Cassimo se quedó pensativo por algunos segundos. «Eso quiere decir que el mago Monderhen por fin se movió de la Montaña helada», se dijo a sí mismo.

—Yo no miento y la puede verlo usted mismo —agregó Cragooz.

—¿Quién de ustedes la posee? —preguntó mirando la cintura de todos.

—Yo... yo la tengo, señor —respondió Razzagel, con una voz muy suave.

—¿Tú? —dijo, sorprendido, Cassimo—. ¡Eres aún un niño!

—Y el niño más valiente que he conocido —intervino Kanmeus.

—¡Oh! —exclamó el anciano—. Tanta responsabilidad siendo muy joven. ¿Puedo verla?

—Por supuesto, señor Cassimo —indicó el pequeño príncipe—. Incluso puede cogerla.

—¿Puedo? —preguntó entusiasmado.

—Claro, tómela —dijo Razzagel entregándosela en sus manos.

Kanmeus y Bernand no confiaban en aquel anciano de barba. Lo miraron fijamente por si, en algún momento, reaccionaba con mala intención.

La espada había llamado la atención de Cassimo ni bien escuchó que la tenían.

—Qué recuerdos se me vienen a la mente al coger esta arma. Pero ahora que recuerdo, esta era más grande —dijo, muy sorprendido.

—Sí, esta espada se amoldó a mi talla cuando la cogí por primera vez —explicó Razzagel.

—¡Qué interesante! —dijo el anciano—. No sabía que podían encogerse.

—Se encogen o se agradan según la estatura de la persona que la porte —agregó Kanmeus.

—¿Señor, usted ha visto esta espada y las otras armas antes? —preguntó Cleo.

—Claro. Las he visto todas juntas cuando fueron entregadas. Yo he sido el jefe del ejército de Goussendor por más de treinta años cuando gobernaba el rey Dolcal —respondió Cassimo.

—¿Eso es cierto? —dijo Jazz—. Nosotros somos los nietos de Dolcal. Nuestro padre es el rey Gim.

—Entonces, no preguntaré más, queridos príncipes de Goussendor —dijo Cassimo, dando una fina reverencia a Jazz y Razzagel.

—Muchas gracias, señor —respondieron ambos.

—Todos ustedes sean bienvenidos a mi humilde posada. Hoy serán bien atendidos por todos nosotros. Ahora mismo los llevaré a sus habitaciones para que puedan descansar, y mandaré a alguien que les lleve algunos alimentos.

Los jóvenes guerreros quedaron muy contentos al escucharlo.

—¡Sígueme! —prosiguió Cassimo—. Antes que lo olvide, te devuelvo tu espada, príncipe Razzagel y te doy las gracias por prestármela un momento.

Las sospechas que tenían Kanmeus y Bernand sobre aquel anciano se desvanecieron. Cassimo solo quería ver La espada de la luz, ya que le había traído algunos recuerdos de aquellos años cuando vivía en Goussendor al lado del viejo rey Dolcal.

—No se preocupe, señor —respondió Razzagel.

—¡Oh! —exclamó Cassimo—. Ahora que recuerdo, esta noche habrá una pequeña fiesta en el bar, por la celebración de mi cumpleaños número ciento treinta. Espero que todos puedan acompañarme.

—¿Una fiesta? —preguntó Razzagel, con demasiada emoción.

—Sí, es un pequeño agasajo —respondió Cassimo.

El pequeño se alegró mucho, debido a que le gustaban las fiestas de cumpleaños.

—¿Podría ir? —preguntó Razzagel, volviendo la mirada a todos del grupo.

— ¡Por supuesto que sí! —dijo Jazz—. Iremos todos, ¿verdad?

Kanmeus se quedó en silencio por unos segundos. No sabía si lo más prudente en esos momentos era ir a una celebración. Miró a los demás, pero nadie atinó a responder. Entonces, se armó de valor y dijo:

—Sí, no hay ningún problema. Necesitamos relajarnos un poco. Creo que todos nos lo merecemos.

—Qué bueno que lo dijiste tú —agregó Cragooz—. Yo estaba a punto de decir lo mismo, pero con otras palabras.

—Sí, Cragooz, seguro que sí —dijo Bernand, en un tono burlón.

Los demás empezaron a reír al escuchar y entender el mensaje.

—¡Me parece perfecto! —exclamó, muy contento, Cassimo—. Entonces, los estaré esperando en el Bar. Por ahora, vayan a descansar.

Después de haber aceptado la invitación, el anciano los guió hacia las habitaciones que se encontraban en el segundo piso de una de las pequeñas cabañas. Muy cerca a estas, se encontraba un gran establo hecho a base de madera.

La Posada del Viajero sonriente era como un pequeño pueblo en donde se podía apreciar doce pequeñas cabañas muy bien construidas y conservadas, y una fuente redonda de agua muy hermosa, que tenía dos aros enormes enlazados en la parte del medio. Cabe indicar que aquella había sido diseñado y construida por aquel anciano. Por último, también gozaba con un bar y un establo, realmente grandes, con algunos caballos y otros animales.

Las habitaciones que el pequeño Cassimo les había otorgado estaban unidas, solo un muro en el medio con una pequeña puerta los impedía cruzar, así que tuvieron que pedirle que lo abriera para que puedan estar todos juntos. Asimismo, le dijeron que mantuviera en secreto todo lo que habían contando.

Posterior a ello, cuando ya estaban instalados, el fiel sirviente Boker junto a dos personas más, de cuerpos delgados y de estaturas medianas, llegaron a las habitaciones con dos fuentes llenas de comida, cestas de panes, jarros de leche fresca y otros jarros de vino dulce, para cada habitación.

Cuando dejaron todos los alimentos y bebidas, el enano Bo les indicó que deberían ser puntuales en llegar para la celebración del cumpleaños del pequeño anciano.

—Al señor Cassimo le gusta que todos sus invitados lleguen a tiempo.

—¡No se preocupe señor Bo! —dijo Razzagel—. Nosotros, estaremos a la hora.

Con aquellas palabras tan amables de pequeño príncipe, Boker, con una sonrisa en el rostro, se retiró junto a las dos ayudantes.

Razzagel, Cleo y Jazz llevaron la parte de sus alimentos a la habitación del frente. Luego juntaron todos los alimentos y los colocaron en el suelo para mayor comodidad. En pocos minutos, devoraron todo lo que encontraron en las fuentes. Las cestas y los jarros quedaron totalmente vacíos.

Después del banquete, el cansancio y el sueño les comenzó a vencer. Habían dormido solo algunas horas en los últimos cuatro días, así que cada uno fue a echarse en sus camas. Cada uno, según su preferencia, tomó la cama más cómoda y agradable, a excepción de Bernand, que se había

quedado dormido entre las sobras de alimentos al terminar de comer. Aunque quisieron moverlo, no pudieron, ya que todos se encontraban muy cansados.

Durante varias horas, los jóvenes guerreros durmieron profundamente. Nada ni nadie pudieron interrumpir sus sueños, hasta que, ya de noche, comenzaron escucharse fuegos artificiales.

El sonido y los murmullos que se lograban a escuchar en la posada, despertaron a Cleo y a Cragooz. Ambos tenían las orejas muy sensibles y escuchaban, incluso, a larga distancia. Se levantaron -al mismo tiempo- con los ojos aún entreabiertos, se acercaron a la ventana y vieron llegar a varias personas: pobladores del valle de Lanoell, a un grupo de enanos, una pareja de duendes... Todos se dirigían hacia el bar.

Al percatarse de ello, fueron a despertar a los demás, que aún con tanto sonido que hacían las explosiones de los fuegos artificiales, permanecían dormidos. Realmente estaban exhaustos.

—¡Despierten! ¡Despierten! —gritaron los dos, haciendo sonar las dos fuentes como platillos musicales.

El plan funcionó, ya que todos reaccionaron de manera inmediata. Sin embargo, todavía el cansancio los acompañaba.

—¡Vamos, levántense! —gritaron nuevamente—. Tenemos que ir al cumpleaños del anciano Cassimo.

—¿Es en serio? —dijo Razzagel—. ¿Estamos de noche?

—Sí, nos hemos quedado profundamente dormidos. Si no fuese por ese sonido estruendoso de aquellos fuegos artificiales no nos hubiéramos despertado —dijo Cleo.

—¡Es verdad! —exclamó Jazz, observando por la ventana.

Los demás recordaron la celebración del anciano Cassimo y se levantaron de las camas.

—Razzagel, ven por acá. Mira los hermosos fuegos artificiales. Esto me recuerda a las luces mágicas de Effio, prácticamente son muy parecidas, las dos forman luces de estrellas en todo el firmamento —dijo Jazz.

—Sí, tienes razón —añadió Razzagel—. Pero las de Effio forman figuras mágicas y son de color azul. En cambio, estas son de diferentes colores. ¡Que increíble!

—Se quedarán observando ahí toda la noche o vendrán con nosotros —preguntó Kanmeus, ajustándose el cinturón.

—Iremos a la celebración, pero necesitamos quitarnos toda esta suciedad. Tenemos que tomar un baño —respondió Razzagel.

—¿Un baño? —dijo Kanmeus—. Lo harán al regreso. Estamos muy tarde y le prometimos... es más, tú le prometiste al enano Boker que estaríamos puntuales.

—¡Es verdad! —asintió el pequeño príncipe—. Se me había olvidado. Discúlpennme todos.

—No tienes que disculparte, pequeño —dijo Bernand—, solo alístate y punto. Nosotros también nos hemos quedado dormidos.

Razzagel, Cleo y Jazz no perdieron más tiempo y se volvieron a colocar lo que llevaban puesto en el viaje. Lavaron sus rostros y se acomodaron sus cabellos.

Cuando todos se encontraron listos, bajaron con mucha prisa. Al llegar al primer piso, lo que más les llamó la atención fue la fuente de los dos aros: el agua circulaba por el borde de aquellas formas, era realmente mágico. Dicha fuente solo podía funcionar de noche.

Por otro lado, a Cragooz todo le parecía raro. Tenía un extraño presentimiento. Veía a muchos sujetos. Todo esto le resultaba muy sospechoso, por ello indicó lo siguiente, de forma sarcástica:

—Demasiados pobladores para este valle. Desde que entramos, no hemos visto a nadie labrando las tierras ni recolectando el maíz, que a la vista se encuentra totalmente maduro. Además, hemos

visto grandes cultivos de hortalizas, pero a nadie que esté al tanto de ellas. Hemos entrado en esta posada sin saber nada más de esta —explicó Cragooz.

—¿Qué es lo que quieres decir? —preguntó Jazz.

—Ustedes son muy jóvenes aún. Se dejan guiar solo por lo que ven, sin siquiera analizar la situación —respondió Cragooz, un poco malhumorado.

—El señor Cassino ha viajado por cada uno de los reinos; debe haber hecho grandes amistades por todos esos lugares —dijo Razzagel.

—¡Sin duda alguna! —añadió Jazz—. Además, ha sido jefe del ejército de Goussendor, no tenemos por qué sospechar de él.

—Tienes razón, Jazz —indicó Kanmeus—. Sin embargo, las sospechas de Cragooz parecen ciertas. Desde que entramos al valle de Lanoell no hemos visto a ningún poblador. Recién cuando llegamos a esta posada, vimos a algunos habitantes. Por ello, cuando entremos al bar, tenemos que estar muy precavidos y atentos a cada movimiento.

¿Y si mejor nos quedamos aquí? —susurró Cleo, con un poco de miedo.

—No —dijo Kanmeus—. Es mejor incorporarnos y averiguar qué es lo que está ocurriendo, además le hemos prometido al anciano que estaríamos en su cumpleaños número ciento treinta...

¡Vaya edad!

—¡Vamos entonces! —indicó Jazz—. Ya lo averiguaremos cuando estemos adentro.

—Tu sentido de irresponsabilidad puede llevarnos a una trampa. Se nota todavía tu inexperiencia —dijo Bernard.

—Pero si tú fuiste el primero en querer ir. Además, es una fiesta, habrá mucha bebida y comida abundante —replicó Jazz—. Asimismo, creo que si nos hubiesen querido hacer algún mal, lo hubieran hecho mientras dormíamos.

—¡Tiene lógica lo que mencionas! —dijo Kanmeus, con mucha seguridad. Sin embargo, igual debemos estar alertas ante cualquier situación. Si es posible, no hay que separarnos demasiado.

Luego de haber acordado ello, se dirigieron hacia el bar. Este estaba muy repleto, a tal punto que no lograban ver al anciano Cassino. De pronto, entre los sonidos de los violines, cánticos del público y del bullicio general de los invitados, se escuchó una voz grave muy conocida, desde una pequeña plataforma de madera, en donde se encontraban algunos músicos, con trajes de color verde oscuro muy largos.

Aquella voz era, sin duda, del anciano Cassino que estaba subiendo al estrado con la ayuda de su fiel sirviente Boker.

Los músicos, por un momento, dejaron de tocar; los invitados, de entonar las canciones: el murmullo se detuvo, y solo hubo un silencio extraño. Cassino, en aquel instante de silencio, aprovechó en dar algunas palabras de agradecimiento por la celebración de su cumpleaños. Lo curioso era que el anciano llevaba un pequeño sombrero hecho de cuero con algunas plumas alrededor.

—¡Gracias a todos por venir! Hoy tengo a unos invitados especiales que deseo presentarles —anunció Cassino, llamando a Kanmeus y al resto del grupo.

Los guerreros se sintieron sorprendidos; se miraron entre ellos.

—¡Suban! ¡Suban! —gritaba Cassino, desde la pequeña plataforma.

—Subamos, Cleo —dijo Razzagel, muy entusiasmado.

Todos los invitados que estaban en el bar comenzaron a mirarlos y luego los alentaron a subir. Chocaban sus jarros, copas y recipientes en donde bebían cerveza y vino.

Viendo al público tan eufórico, no les quedó más remedio que subir al pequeño estrado de

madera.

—Este anciano está muy ebrio. Espero que no se le vaya ocurrir delatarnos o presentarnos como tal —susurró Cragooz.

—No nos queda de otra —dijo Kanmeus—. ¡Subamos!

Razzagel y Cleo se habían adelantado y fueron los primeros en estar en el escenario. Mientras tanto, los demás subían uno por uno. Sin embargo, cuando Bernand estuvo a punto de subir vio, de reojo, que la pequeña plataforma no iba a resistir todo su peso, así que decidió quedarse en el piso de concreto.

—¡Queridos amigos! —dijo Cassimo—. Les presento a nuestros invitados especiales. Ellos han venido del reino de Goussendor solo para la celebración de mi cumpleaños.

El anciano los empezó a presentar a cada uno por sus nombres, pero cuando llegó el turno de mencionar a Cragooz, se oyó un pequeño susurro por parte del kreinll.

—¡Cragooz, el mágico! —susurró muy cerca al anciano.

—¿Cómo? —dijo Cassimo, acercándose.

—¡Cragooz, el mágico! —susurró nuevamente el kreinll—. Preséntame así.

—¡Oh! —exclamó Cassimo—. No lo había logrado entender, pero ahora mismo lo digo.

¡Queridos amigos! Con ustedes... Cragooz, el mago.

Razzagel y Cleo empezaron a reírse. Fue tan gracioso que, incluso, Bernand soltó algunas carcajadas moviendo sus hombros.

—¡No anciano! —dijo Cragooz—. Te dije el mágico, no el mago. Yo mismo me presentaré Cragooz se sentía muy incómodo por el impase.

—¡Adelante! —dijo Cassimo.

El kreinll dio un paso adelante, miró a todo el público y dijo:

—Señores, yo me llamo Cragooz, el mágico, y estoy a su servicio.

—No era lo mismo —susurró Cassimo a los pequeños.

—¡Sí! —dijeron los dos—. Él es muy gracioso.

Cuando Cragooz se presentó dando una fina reverencia, todos se quedaron en pleno silencio, no había murmullo alguno, ni siquiera uno pequeño. De pronto, aquel silencio se convirtió en grandes carcajadas.

—¡Qué gracioso! —decían todos.

Cragooz, al escuchar la risa de todos los sujetos que se encontraban en el bar, bajo de un gran brinco de la plataforma, cruzó por el medio de los invitados y se dirigió al cantinero.

—¡Deseo una pinta de cerveza!

—Con mucho gusto, Cragooz, el mágico —dijo aquel cantinero, en un tono burlón.

El kreinll se encontraba demasiado enojado. Se llevó su pinta de cerveza a una mesa que estaba al costado de los barriles de vino.

Cassimo cuando terminó de presentar a Bernand, quien fue el último, pidió a los músicos que sigan tocando y a sus sirvientes les ordenó empezar a repartir la comida.

Kanmeus, al ver a su amigo enojado, se dirigió hacia la mesa en donde se encontraba. En el transcurso, se detuvo y le pidió al cantinero pidiendo un jarro de vino.

—¿Una copa? —preguntó Kanmeus.

—También vienes a burlarte —respondió Cragooz, con la cabeza abajo mirando la pinta de cerveza.

—¿Burlarme? —dijo Kanmeus—. No, querido amigo, solo he venido a ver cómo te encuentras, solo eso.

—Cómo crees que estoy —contestó
—Deberías divertirte como lo hacen Bernard, Jazz y esos dos pequeños —sugirió Kanmeus.
—No soy muy divertido que digamos —murmuró Cragooz.

—Ay, mi amigo, está bien —respondió Kanmeus.
—Ves a esos enanos que están en aquella mesa —dijo, de pronto, Cragooz, cambiando de tema.
—¡Sí! —dijo Kanmeus—. ¿Sospechas algo malo?
—No, es eso, solo que desde hace unos momentos, me están mirando y burlándose. Prefiero retirarme a la habitación antes que malogre la fiesta del anciano —dijo Cragooz, levantándose de la banca en donde se encontraba sentado.
—Cragooz te comportas como todo un niño. Mejor vayamos a divertirnos y a aprovechar el tiempo, ya que mañana saldremos muy temprano y no sabemos qué pueda ocurrirnos después en esas cuevas —dijo Kanmeus, tocándole en el hombro izquierdo.

Mientras Kanmeus animaba a Cragooz, el anciano se encontraba muy eufórico, estaba pasado de copas. Comenzó a entonar una canción muy conocida, que solo se escuchaba en bares de “mala muerte”. Cassimo, alegre y lleno de vida, cogió de los brazos a Razzagel y Cleo, y los llevó al medio de un pequeño círculo, donde todos se encontraban bailando. En ese lugar, empezó a cantar y a realizar algunos pasos de baile que iban al ritmo de la melodía.

*¡Una barrica, dos barricas
y nos pondremos a bailar!
¡Brindaremos hasta el final,
y el pago del mes nos iremos a gastar!
Sin monedas quedaremos,
luego de esto nos iremos
Pero ¡sin barricas de cerveza no estaremos!*

La canción que se entonaba se trataba de una muy antigua. Era una de los viejos soldados que gastaban sus monedas de oro y plata en los bares donde pasaban la mayoría del tiempo.

Razzagel y Cleo, terminando de bailar, se acercaron a la mesa donde se encontraban Kanmeus y Cragooz. Los animaron a que también se unan con ellos a la celebración.

Sin embargo, en ese mismo momento, el portador de La espada del fuego vio cruzar a una hermosa mujer de cabello muy largo de color castaño y de piel clara. Esta se dirigía hacia el cantinero. A su costado, iba una niña, un poco más baja que ella, con un paquete en la mano. Las dos tenían el mismo color de cabello y vestimentas largas de colores azules y verde. Entre los muslos, unas pequeñas aberturas para movilizar las piernas. Kanmeus se detuvo a verlas por unos cuantos segundos y se percató, de inmediato, que aquella bella mujer de cabello largo tenía las orejas puntiagudas como las mujeres élficas; en cambio, la más baja, orejas pequeñas: era un ser humano normal.

Él se había quedado totalmente deslumbrado por la belleza de aquella mujer élfica, pero algo lo incomodaba cuando la observaba.

El pequeño Razzagel vio que Kanmeus se encontraba muy distraído, como si su mente estuviera en otro lugar. Lo observó detenidamente y se dio cuenta que su mirada estaba puesta en esa bella mujer, así que se acercó, lentamente, y le gritó directo al oído.

—¡Kanmeus!

El joven guerrero reaccionó al instante y volvió a la realidad.

En ese momento, una luz comenzó a brillar entre el saco del pequeño.

—¿Qué es eso tan luminoso? —preguntó Cragooz.

—¿Qué? ¿A qué te refieres? —respondieron los dos.

—Eso que está en tu saco, pequeñín —indicó Cragooz.

Cuando Razzagel abrió por completo su saco vio que el arma mágica que había empezado a brillar repentinamente.

—¡La espada de la luz esta brillando! —dijeron Kanmeus y Cragooz.

—Seguro que la hice reaccionar mientras daba esos brincos con Cassimo y Cleo —indicó Razzagel, inocentemente.

—No es eso, tonto —dijo Cleo, en un tono inofensivo.

—Razzagel, no se trata de eso —dijo Kanmeus—. Lo que sucede es que una de las armas mágicas está muy cerca de acá. Alguna de estas personas la debe poseer.

—Oh, ya veo. Tienes razón —respondió Razzagel.

—¡Todos alerta! —indicó Kanmeus—. Observen a cada uno de estos sujetos. Cleo, ve por Jazz y Bernand.

¡Enseguida! —contestó Cleo—. Ahora mismo los traigo.

Mientras Cleo fue a buscarlos, Kanmeus empezó a observar a cada persona que llevaba alguna arma u objeto extraño. Cragooz y Razzagel también se pusieron hacer lo mismo.

Después de unos minutos, Kanmeus dijo:

—Quédense a esperar a los demás. Yo iré a la mesa de esos enanos, desde hace un buen rato que nos están observando.

Cuando el joven guerrero se dirigía hacia la mesa, nuevamente vio cruzar a aquella bella mujer junto a una niña que la acompañaba a todos lados. Entre la multitud, observó que la mujer tenía, entre sus vestimentas, una especie de arma élfica: una larga y delgada daga de color dorada. Desde ahí, empezó a brotar un débil resplandor. Kanmeus no podía creer que ella lleve una de las armas mágicas.

—¡Cragooz! —gritó Kanmeus—, acabo de encontrarla. Avisa a los demás y síganme.

El joven guerrero no lo pensó más y se dirigió hacia ellas, pero la multitud, que estaba en el bar, impedía su paso. La bella mujer y la pequeña niña iban caminando muy despacio hacia la salida hasta que se dieron cuenta que las estaban siguiendo. En ese momento, empezaron a alejarse lo más rápido.

—¡Esperen! ¡Esperen! —grito Kanmeus—. No se muevan.

La mujer y la niña no hicieron caso alguno y salieron rápidamente del bar. Mientras Kanmeus intentaba alcanzarlas entre el tumulto de invitados, dos hombres, de gran tamaño, le obstruyeron el paso.

—¿Por qué las están siguiendo? —preguntaron.

—No se entrometan —respondió Kanmeus.

—No te dejaremos pasar si no nos dices por qué las sigues —volvieron a preguntar.

Kanmeus no tenía intención de contarles nada. Gracias a sus habilidades, logró pasar sobre ellos sin usar la fuerza ni buscar alguna pelea. Los dos hombres al percatarse del engaño lo siguieron; sin embargo, Cragooz se interpuso.

—¡Adelante Kanmeus! —dijo el kreinll—. Yo me encargaré de este par.
Kanmeus salió del bar de prisa, miró por todos los lados, pero no logró encontrarlas. Corrió hasta la fuente para tener más visión de todo el lugar. En ese momento, vio salir a la bella mujer con aquella niña por la gran puerta de la posada. Fue lo más rápido que pudo, pero al llegar a la entrada, observó que las dos seguían el camino del valle, en dirección a unas pequeñas colinas.

El becerro dorado

Kanneus las empezó a seguir lo más rápido posible, pero el valle estaba tan oscuro que, cada vez, las veía menos. Solo las luces de los fuegos artificiales alumbraban aquel lugar. Cuando llegó a la pequeña colina encendió su espada para que tenga más visibilidad. De pronto, un resplandor de color azul se encendió entre dos árboles. El guerrero fue corriendo hasta ese lugar, pero no pudo encontrarlas. Ahí solo halló los dos árboles y un gran obstáculo de rocas, que formaban parte de la colina. Se quedó a investigar los alrededores, no obstante, no encontró alguna cueva donde pudieran haberse escondido, era un lugar sin salida.

—¡Kanneus! ¡Kanneus! —gritaron sus demás compañeros, que se encontraban encima de la colina buscándolo.

—¡Aquí... abajo! —gritó—. ¡Vengan todos!

Mientras bajaban la pequeña colina con la luz que brotaba del *Tishpat* de Cragooz, Kanneus seguía buscando algún rastro de las misteriosas mujeres. No podía sacar de su cabeza ese resplandor azul.

—Llegaron rápido. ¿Qué es lo que ha sucedido con aquellos hombres? —consultó Kanneus.

—Tuve que utilizar un poco de polvo soñador que Gremedith me obsequió, no iba a dejar que arruinen el cumpleaños del señor Cassimo —contestó Razzagel.

—Muy inteligente de tu parte —dijo Kanneus—. Entonces pudieron salir de la posada sin levantar sospechas, ¿verdad?.

—¡Así es! —dijeron Jazz y Bernand.

—¿Pudiste alcanzarlas? —preguntó Cragooz, acercándose a Kanneus.

—¡Sí! —respondió—, pero las perdí cuando bajaron de la colina. Lo único extraño fue un resplandor azul que brotó. Busqué y no hay ningún rastro.

—Qué extraño —dijo Cragooz.

—Razzagel, necesito que vengas aquí —ordenó Kanneus.

—Está bien, pero... qué tengo que hacer —preguntó.

—Solo acércate —susurró Kanneus.

Mientras se acercaba, el joven guerrero observó detenidamente la espada de la luz para ver si esta volvía a reaccionar.

—¿Ahora qué tengo que hacer? —preguntó Razzagel, muy cerca del obstáculo de rocas.

Nada, solo quería ver si la espada reaccionaba como lo hizo en el bar. El arma que poseía aquella mujer era una daga larga y dorada. Monderhen nos contó que la espada de la luz tiene la particularidad de percibir a otras armas mágicas, así estuviesen ocultas entre las sombras.

—¡Es verdad! —exclamó Razzagel—. Eso quiere decir que han desaparecido por completo, ¿cierto?

—Así parece. Es extraño porque no sé por dónde han podido escapar. Este lugar es cerrado, tendrían que haber escalado estas rocas y las hubiera visto subir —explicó, desconcertado, el guerrero de Khanexu's.

—¿Kanneus, crees que este sea un portal? —preguntó Jazz, repentinamente.

—No, amigo mío. Monderhen dijo que los portales no desaparecen si se volvieran a abrir; además, este no es un lugar donde se pueda encontrarse uno de ellos. Recuerda que, en el mapa

que el mago nos mostró, sus ubicaciones estaban cerca a las torres y, ahora, estamos muy lejos de aquellas —respondió.

—Esperen un momento. Nadie se mueva —dijo Bernand, repentinamente

—¿Qué es lo que sucede? —preguntaron todos, muy sorprendidos.

—No se muevan. Nosotros, los cazadores, somos buenos rastreando huellas de cualquier ser. Todos dejan rastros y si ellas han pasado por aquí, lo sabremos —dijo Bernand.

El gran cazador con la poca luz que se apreciaba en aquel lugar comenzó a buscar por todo el suelo húmedo lleno de pasto alguna pista. Cuando rastreaba, justo por los pies de Razzagel, vio algo extraño e inmediatamente pidió a Cragooz que acercara con su *Tishpat* de luz.

—¡Alumbra aquí! —dijo Bernand—. No te muevas, Razzagel, no intentes levantar ninguno de tus pies.

—¿Por qué, qué tienen mis pies? —preguntó el pequeño.

—En un momento lo sabremos. La superficie donde están tus pies se encuentra ligeramente desnivelada —respondió

Todos se quedaron sorprendidos por la habilidad y minuciosidad del cazador.

—¡Ahora muévete! —ordenó Bernand.

Razzagel, de inmediato, se movió de lugar. Dejó una huella pequeña en el pasto húmedo.

—Acá tenemos dos huellas, la más pequeña es de Razzagel, y la otra es un poco más larga, aparentemente de pies delgados, además usan un tipo de botín —dijo Bernand, mostrándoles a todos.

Los guerreros estaban tratando de inferir qué es lo podía haber sucedido.

—Por lo general, nosotros no tenemos pies delgados, por lo tanto nuestras huellas son más grandes —agregó el cazador.

Luego buscó más pistas en la dirección donde señalaba la huella. Dio algunos pasos y encontró la misma por los pies de Jazz. Estas se dirigían hacia el obstáculo de rocas que era el fin del camino. Bernand caminó entre los dos árboles, luego se inclinó y colocó sus dos manos en el pasto. Se dio cuenta que todo ese trayecto estaba seco: desde los dos árboles hasta el obstáculo de rocas, no obstante no pudo hallar nada más.

—Han pasado por aquí y luego no se han movido —dijo Bernand.

—¿Cómo? —dijeron todos.

—¿Qué es lo que quieres decir? —preguntó Jazz.

—Que han desaparecido en este lugar —respondió Bernand—. Toda esta parte está totalmente seca. Cuando bajamos esa pequeña colina, aún el camino estaba húmedo; en cambio, en este lugar ya no.

—¡Tienes razón! —dijo Cragooz—. Qué bueno que seas un cazador.

—Entonces quieres decir que hay un lugar secreto por acá —consultó Kanmeus.

—Quizás este sea un lugar secreto, pero estoy seguro que de este lugar no se han movido —dijo Bernand.

—Cragooz sientes algún hechizo de ocultamiento o espejismo —preguntó Kanmeus—. Tal vez podría haber un kreinll con ellas.

—No, no se siente nada. Además lo hubiera intuido desde un inicio —respondió Cragooz observando toda la pequeña colina.

—Entonces hoy pasaremos la noche aquí. Si hay alguna entrada, también debe haber una salida, y si vuelven aparecer, estaremos muy cerca de ellas —sugirió Kanmeus.

—Pero tenemos dos lindas habitaciones juntas, además no nos hemos despedido del señor

Cassimo y Boker —agregó Razzagel.

—Lo sé, pero alguien más tiene una de Las armas mágicas y estas por nada del mundo pueden caer en manos equivocadas. Además acá entre todos nos cuidaremos —refutó Kanmeus.

—Señor Kanmeus, creo que se ha olvidado un detalle —dijo Razzagel, dejando sorprendidos a todos.

—¿Qué es lo que quieres decir? —contestó, frunciendo el ceño.

—Las armas mágicas solamente las pueden poseer un protector de buen corazón, deseoso de cuidar a los demás y si alguien no lo fuera, desaparecería al instante. En otras palabras, no puede tenerlo una persona maligna. Además, todavía seguimos en las tierras del sur, eso quiere decir que las armas que posee esa mujer podrían ser Las dagas del viento. Según los que nos explicó Nahuel, cada arma está dentro de su territorio. Por lo tanto, una de ellas debe ser la protectora.

—Tienes toda la razón, Razzagel, lo había olvidado por completo —dijo Kanmeus, muy sorprendido—. De todas formas, necesitamos quedarnos aquí y averiguar quiénes son ellas. Esperaremos hasta que el sol salga por la mañana y continuaremos nuestro viaje hacia las cuevas de Neptanzal.

—También podríamos averiguar en la posada sobre ellas —dijo Jazz.

—Dudo que nos den algún tipo de información. Los dos hombres que se interpusieron en mi camino me preguntaron por qué las estaba siguiendo. Es mejor no levantar más sospechas —explicó Kanmeus.

—Lo que dice Kanmeus es cierto —dijo Bernand, acercándose al obstáculo de rocas.

—¿Y qué haremos con nuestras pertenencias? —preguntó Cleo.

—Ustedes vayan a traerlas. Despídanse astutamente del anciano. Yo me quedaré aquí —sugirió Kanmeus.

—Yo me quedaré contigo —añadió Bernand—. Es mejor ser dos que uno.

Cuando los demás se dirigían hacia la posada, Kanmeus sacó de su cinturón dos monedas de oro y le entregó a Cragooz. Le pidió que le pague al anciano Cassimo por la comida y la estadía.

Kanmeus y Bernand se quedaron haciendo una pequeña fogata y vigilando todo el terreno de colina mientras los demás se dirigieron a la posada. Por suerte, aún el gran portón negro seguía abierto. Sin embargo, al entrar todo parecía muy extraño: no se escuchaba ningún tipo de música, murmullo ni fuegos artificiales. Parecía que todo había acabado y que se habían retirado. No obstante, cuando llegaron al bar, se dieron con la sorpresa que no había nadie: ni el anciano Cassimo ni Boker ni aquellos enormes hombres que dejaron dormidos en suelo. Todo parecía haber terminado. Lo más curioso era que todo se encontraba muy bien organizado y limpio. No había rastro de haber tenido algún tipo de celebración.

—¿De qué se trata todo esto? —preguntó Jazz—. ¿Dónde se encuentran todos?

—Al parecer todos se han retirado —respondió Cragooz.

—¿Cleo, llegas a escuchar algo? —preguntó Jazz de inmediato.

—No, absolutamente nada —respondió Cleo, mirando todo a su alrededor—. ¿Cragooz y tú?

—¡Tampoco! —agregó.

—¿Creen que hayan sido fantasmas? —consultó Razzagel, levantando su espada.

—No seas tonto —dijo Cleo—. ¿Cómo puedes creer en eso?

—Mmmm... Puede que todo esto sea una trampa. No creo que hayan sido fantasmas —indicó Cragooz.

—No hay que separarnos. Traigamos nuestras pertenencias, de inmediato, y salgamos de acá —sugirió Cragooz.

—Sí, no perdamos tiempo aquí. Alejémonos los más pronto posible —ordenó Jazz, cogiendo su espada con las dos manos.

Caminaron con mucha cautela, en posición de defensa, hasta llegar a la cabaña donde se habían instalado. Cragooz y Cleo subieron hasta el segundo nivel, cogieron las pertenencias y luego se reunieron con Jazz y Razzagel en el portón negro. El pequeño duende hizo que todos formen un círculo para que puedan trasladarse y alejarse de la posada. Todos se tomaron de la mano, Cleo cerró los ojos y... se desvanecieron. En un abrir y cerrar de ojos, aparecieron en el pequeño lugar donde se encontraban Kanmeus y Bernard.

—¿Qué sucedió? —preguntó el guerrero de Khanexu's—. ¿Por qué han llegado de esta forma?

—Todos en la posada han desaparecido. Pareciese que la tierra se los hubiera tragado —dijo Jazz, con nervios.

—¡Tranquilízate! —dijo Kanmeus, cogiéndole de los brazos—. ¿Qué es lo que ha sucedido?

—No hay nadie en la posada, todos han desaparecido —respondió Jazz, con más calma.

—¿Qué? —dijo Kanmeus—. ¿Esto es una broma?

—Todo es cierto —dijo Cragooz—. Si gustas, puedes ir a cerciorarte.

—No, no se preocupen, yo les creo —dijo Kanmeus, en un tono pensativo—. Hace mucho tiempo me contaron que existía un lugar donde habitaban fantasmas, hablan como nosotros e incluso pueden responder cualquier tipo de pregunta, pero están muertos... Lo más curioso de esto es que ellos no saben que lo están. Aparecen como personas normales, viviendo el último recuerdo que han tenido, luego desaparecen. Eso les sucede día tras día.

—¿Fantasmas? —dijo Razzagel—. Entonces, el anciano Cassimo y Boker... ¿eran fantasmas?

—¡Eso es imposible! —exclamó Cragooz—. Yo sentí la pinta de cerveza correr por mi garganta. Todos hemos bebido y comido hasta quedarnos satisfechos.

—Eso es cierto —comentó Jazz.

—Y qué dices de la bella mujer con la niña que iba a su costado —dijo Cragooz, levantando sus manos, en señal de pregunta—. Esas dos mujeres tienen las dagas mágicas que estuvimos buscando en el Bosque Oscuro. No creo que hayan sido fantasmas.

—Mmmm... —murmuró Kanmeus—. Efectivamente, todo esto es muy extraño, aun para nosotros. Por eso, es mejor permanecer juntos y ya no alejarnos.

—Tienes razón —indicó Bernard.

—Pongamos las cosas cerca a la fogata y alistémonos para dormir. Debemos descansar bien, ya que las cuevas de Neptanzal son muy oscuras y profundas. Tenemos que estar atentos ante cualquier movimiento hasta llegar a donde se encuentra encerrada la reina de la oscuridad. En ese lugar estarán los hombres lobos y no dudarán en atacarnos. En su momento, ya les daré más indicaciones. Por ahora, es momento de descansar —explicó Kanmeus.

El frío y los nervios habían invadido la atmósfera del lugar.

—¿Quién se quedará de guardia hoy? —consultó Jazz.

—Yo me quedaré de guardia esta noche —respondió Kanmeus.

—¿Usted no dormirá? —preguntó Razzagel.

—He dormido lo suficiente —respondió—. Pero no te preocupes, dormiré unas horas antes del amanecer, así podré engañar a mi cuerpo.

—Supongo que darás un pequeño paseo durante la noche. Solo no te alejes demasiado —dijo Bernard.

—Tranquilo, no me moveré de aquí —sonrió Kanmeus, observándolos a todos.

Los demás buscaron un pequeño espacio, cerca a la fogata, para poder dormir. Kanmeus, por otro lado, se dirigió nuevamente hacia el obstáculo de rocas. Ahí recostó su espalda y sacó, entre sus ropas, una flauta que el viejo Nahuel le había regalado antes de partir del Bosque oscuro.

—¿Qué es eso? —preguntó Razzagel.

—Vaya, pequeño. Te imaginaba dormido. Es una flauta que el viejo Nahuel me la dio antes de partir. Ahora vuelve a recostarte y descansa. No te preocupes por mí.

—Tiene razón. Usted es un sujeto muy fuerte.

Kanmeus miró a Razzagel con una sonrisa y en un tono muy amable le dijo:

—Tú también lo eres. Tocaré la flauta para que puedan relajarse y logren dormir plácidamente.

El joven guerrero se sentó en el pasto seco y, apoyado en la roca, empezó a tocar una linda melodía. Los presentes sintieron como si estuviesen flotando en el cielo, los ojos empezaron a pesarles y el sueño venía muy lentamente. Todos cayeron rendidos.

Kanmeus, luego de lograr su propósito para que descansen sus compañeros, seguía pensando en los sucesos extraños que le habían comentado. Quería cerciorarse por sí mismo lo que había visto Cragooz y los demás, por ello se dirigió a la posada. Se levantó muy despacio y se retiró sin hacer ningún tipo de sonido. Durante un largo rato, el guerrero había dejado la pequeña colina y, en ese preciso momento, una campanilla se llegó a escuchar, como si alguien estuviera brincando o jugando con aquella.

De inmediato, las orejas de Cleo empezaron a moverse por sí solas con cada movimiento que hacía la campanilla. Aquel sonido le resultaba muy conocido y entre sueños recordó las campanadas que daba la señora Leni para la hora del desayuno. Sin embargo, poco a poco, comenzó a fastidiarle ese tañido. Despertó con los ojos entreabiertos, observó todo su alrededor, pero no hubo nadie que estuviese haciendo tal ruido.

El sonido se escuchaba cada vez más cerca, nuevamente miró a todos lados, pero tampoco halló nada. De pronto, se sintió en el aire una esencia muy particular, que solo los duendes conocían. Cleo se levantó por completo para buscar de dónde provenía aquel aroma y, entre unos pequeños arbustos alejados de la fogata, vio a un pequeño becerro de color dorado, que tenía en el cuello un pequeño lazo con una campanilla. Aquel aroma y sonido venía de ese ser: el Becerro dorado. Cleo estaba muy familiarizado con aquella fragancia que emanaba ese animal.

Lentamente, Cleo empezó a acercarse, pero cada vez que lo hacía, el becerro empezaba a alejarse. Sin embargo, aquel becerro se detuvo en un lugar que parecía estar cubierto con algunas piedras muy pequeñas. Cleo se quedó observándolo por algunos segundos. Tenía temor en acercarse hasta que una mano muy fría le tocó la oreja derecha.

—¿Qué es lo que haces despierto? —preguntó Razzagel

—¡Oh, dios! —murmuró Cleo—. ¡Eres tú! Casi me matas de un susto.

—Claro que soy yo. ¿Quién esperabas que fuera?

—¡Shhh! No hagas ningún un ruido.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que sucede?

—Mira al frente —susurró

—¡Oh! Es un becerrito, un becerrito dorado.

—Así es. Desde hace un buen rato que lo vengo persiguiendo y cuando estoy por alcanzarlo se aleja más. No obstante, esta vez se ha quedado en aquel lugar. ¿Puedes percibir su aroma?

—¿Aroma? No, no puedo oler nada, solo el pasto húmedo —respondió, tratando de percibir un aroma diferente. ¿A qué huele?

—Su aroma es como... oro, si no me equivoco. Nosotros los duendes estamos familiarizados con ese olor.

—¿Oro? ¿El oro tiene algún aroma?

—Solo nosotros podemos percibir su aroma.

En ese momento, el Becerro dorado empezó a retirar las piedras con sus patas delanteras; luego realizó algunos brincos haciendo sonar la campanilla que llevaba puesto en el cuello y, en unos instantes, desapareció por completo entre las piedras, dejando un pequeño brillo dorado.

—¿Qué pasó? —preguntó Razzagel.

—No lo sé, vayamos a ver —respondió Cleo.

—Mejor avisemos a los demás, no hay que ir solos —sugirió, con un poco de nervios.

—No hay tiempo. Vamos antes que desaparezca ese brillo. Debe haber algo allí.

Cleo y Razzagel fueron hasta el lugar donde había desaparecido aquel becerro. Retiraron algunas piedras y por unas pequeñas aberturas podían ver algo que brillaba. Cuando estaban por retirar las últimas piedras, el suelo húmedo se hizo muy suave y empezó abrirse. Ambos cayeron en un agujero muy espacioso.

Al soltar algunos gritos, Jazz y Bernand despertaron de un brinco. Observaron todo su alrededor y se dieron con la sorpresa de que solo estaban ellos dos.

Jazz y Bernand empezaron a gritar el nombre de los demás y cuando estaba por separarse para iniciar la búsqueda, Cragooz les dijo:

—¡Por aquí!

Cragooz estaba viéndolos desde hace un buen rato. Llegó a observar cómo, repentinamente, los pequeños habían caído por un agujero.

Ya adentro de este, Cleo pidió a Razzagel que utilizara el poder de su espada para que tengan un poco de luz. Al hacerlo, pudieron observar varios cántaros llenos de oro, piedras preciosas y objetos dorados.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Razzagel, muy sorprendido.

—¡Esto es oro, amigo! —exclamó Cleo—. Mi olfato de duende jamás se equivoca.

—Esto era lo que ese Becerro dorado quería que encontrarán —susurró Cragooz, viéndolos desde arriba.

Cleo, al oír el susurro del kreinll, subió la mirada y frunció sus cejas, en señal de enfado.

—Es de nosotros dos, lo vimos primero —gruñó el pequeño duende.

Cragooz lo miró fijamente y dijo:

—Yo no deseo el...

—¿Qué es lo que sucede, Cragooz? —preguntaron Jazz y Bernand, interrumpiendo lo que estaba a punto de explicar.

—¿Por qué me interrumpen cuando estoy hablando? —refunfuñó el kreinll.

—No es hora de enojarse, mi amigo —dijo Bernand—. ¿Qué es lo que está pasando?

—Miren el agujero por ustedes mismos —respondió y soltó un quejido, con las manos en la cintura.

—¡Oh! —dijeron—. ¿Y todo ese oro?

—Lo encontramos nosotros dos —dijo nuevamente Cleo.

—No hay ningún problema por eso, pequeñín —dijo Bernand—. Pero... cómo han encontrado todo esto en medio de la nada.

—Cleo estuvo persiguiendo a un Becerro dorado y este nos condujo hasta aquí —explicó Razzagel.

—¿Becerro dorado? —preguntó Jazz—. ¿En medio de la nada?

—Mmmm... Creo que eso ya lo había escuchado antes —dijo Bernand.

—Es una gran mentira. Tú no has escuchado nada, seguro se quieren quedar con todo nuestro oro —dijo Cleo, en un tono poco agradable.

—¡Duende tonto! ¿Qué te pasa? A nadie nos interesa el oro, así que te puedes quedar con todo si es lo que tanto deseas —dijo Cragooz.

A los duendes el oro los ponía muy intensos y hasta en ocasiones medio agresivos.

—¡Ya lo recordé! —exclamó Bernand—. Es una historia muy antigua. Mi abuelo me la narró cuando todavía yo era un niño. Hace años atrás, los cazadores guardaban el oro de sus ventas que hacían con los comerciantes en un pequeño becerro. Para salvaguardar las riquezas, los enterraban en diferentes lugares, pero cuando volvían para utilizarlo, estos ya habían desaparecido por completo sin entender el porqué. Desde ese entonces, aparece el espíritu de un Becerro dorado rondando por los valles y colinas, haciendo tintinear una campanilla. Los antiguos cazadores lo llaman el espíritu de la luna, y dicen que el que logre encontrarlo y verlo cuando desaparece será el acreedor de todas las riquezas de mis ancestros.

—¿Y por qué lo guardaban en un becerro? —preguntó Razzagel—. ¿Quiere decir que asesinaban a los becerros?

—Los más antiguos suponían que ellos podían cuidar el oro aun estando muertos —respondió Bernand.

—¡Pero también es una gran maldición! —gritó Kanmeus, acercándose al agujero—. ¡Aléjense de ese lugar! ¡No tomen nada de ese oro!

—¿Qué es lo que dices? —dijeron todos, muy sorprendidos.

—¿Dónde has estado? —preguntó Jazz.

—Fui a la posada —respondió Kanmeus—. Todo ese oro está maldito. Solo puedes llevarte los objetos que no sean de oro. La historia que han contado es cierta. Al regresar a cerciorarme de lo que habían contado, encontré esta bolsa de monedas muy antiguas en el bar. Hay algo en ese oro que hizo desaparecer a todos en aquel lugar.

Los demás quedaron asombrados al escucharlo. El guerrero del fuego prosiguió.

—Es mejor dejarlo en donde está.

Luego soltó la pequeña bolsa de monedas en uno de los cántaros y la echó dentro del agujero.

—Así que al final fuiste a cerciorarte —dijo Cragooz, con una pequeña carcajada.

—Sí, ahora salgamos de acá —sugirió Kanmeus—. Vayamos a dormir. Partiremos antes de que salga el sol. Solo nos quedan pocas horas.

—¡Espera! —gritó Cleo—. Dijiste oro, pero no plata ni piedras preciosas.

—Cleo, es mejor irnos a dormir y no llevarnos nada de esto —volvió a repetir Kanmeus.

—Pero, pero... me puedo llevar este brazalete: es de plata —dijo el duende, sosteniendo aquel

objeto.

Kanneus no lo pensó dos veces y le lanzó aquel brazalete a Cragooz para que lo revisara, ya que el podía sentir si es que hay alguna magia oscura o si es que pertenecía a las riquezas malditas de los cazadores.

—Este es un objeto mágico de los kreinlls. No entiendo qué es lo que hace aquí entre todo esto y... sí se lo puede llevar —dijo Cragooz, lanzando el brazalete a Cleo—. Averiguaremos, después, por qué estuvo acá y cuál es la función de este objeto mágico.

Cleo se sentía muy feliz. Por fin tenía un objeto mágico. Se lo colocó, de inmediato, en el brazo izquierdo y salió muy rápido del agujero. Quería probar cuanto antes qué tipo de poder escondía ese brazalete. Aunque no sabía si hacerlo.

Mientras Razzagel intentaba salir del agujero, resbaló y cayó en un cofre plateado lleno de piedras preciosas.

Enhorabuena, ese cofre amortiguó su caída, pero al levantarse vio, entre las piedras preciosas, un libro con la cubierta de color dorado, un poco desgastado por los años, que tenía un ligero hoyo en el medio -como si alguien hubiese arrancado un objeto valioso de allí-. Razzagel lo levantó y miró, entre sus páginas, hechizos escritos, nombres de objetos mágicos, guardianes sagrados dibujados y la historia de Las cinco armas mágicas.

—¿Qué es lo que tienes en tus manos? —preguntó Kanneus.

—Por lo que veo es un libro de hechizos, pero no lo puedo leer muy bien. También hay varios dibujos parecen las armas que estamos buscando —dijo Razzagel, entregando el libro al guerrero de Khanexu's.

—Creo que te has confundido pequeño —dijo Kanneus—. Aquí no hay nada de eso.

—¿Qué? —replicó Razzagel de inmediato—. Pero sí yo puedo verlos.

—No, acá no hay nada —volvió a decir Kanneus.

—Mmm... dámelo para darle una mirada —indicó Cragooz.

—Toma. ¿Este libro también pertenece al tesoro de los antiguos cazadores? —preguntó el protector de La espada del fuego.

Cragooz empezó a revisarlo detenidamente. Cleo, al encontrarse cerca de él, tuvo un poco de curiosidad y empezó a husmear. Observó la cubierta y se dio cuenta que algo le faltaba en el medio.

—Se parece al libro que tu mamá me regaló, Razzagel —dijo Cleo, mostrando el libro de hechizos de Zwein.

—Mmm... interesante. Tienen la misma cubierta, pero son de diferentes colores y a ambos le faltan algo —dijo Cragooz—. Supongo que era demasiado valioso para que estén en estos libros.

—Así parece. Pero ¿podremos llevarlo? —consultó Kanneus.

—Sí podemos —respondió el kreinll, entregándole el libro.

El guerrero del fuego lo cogió por un momento y pensó en quedárselo; sin embargo, quien lo había encontrado fue Razzagel, así que era mejor que él lo guardase.

—Esto es tuyo, pequeño príncipe. Tú lo encontraste, así que te lo puedes quedar. Además, eres el único que puedes ver aquellos dibujos y escritos, y nos serán de gran ayuda —dijo Kanneus,

mirando la parte superior del agujero.

—Pero...

—No te preocupes, Razzagel, después se lo mostraremos a Nahuel. Seguro él nos dará más información sobre este libro y nos explicará por qué solamente tú puedes ver el contenido de este

—agregó Kanmeus, con una pequeña sonrisa.

—¡Gracias! —dijo Razzagel, guardándolo entre su saco.

—Ven. ¡Súbete a mi hombro! —dijo el guerrero del fuego, inclinándose.

Cuando estuvieron afuera de aquel agujero, Kanmeus sugirió sellar el lugar donde se encontraba todo ese tesoro para que nadie más pueda caer en la maldición de esos objetos, ya que sin saberlo podrían tener un triste final.

El plan de Cragooz

Todos ayudaron a sellar aquel agujero, colocaron hojas, ramas y piedras. Después de una pequeña conversación, se quedaron completamente dormidos.

Los cantos de las bellas aves del valle de Lanoell hicieron despertar a los jóvenes guerreros. Aquella mañana el sol había salido muy radiante, diferentes tipos de aves volaban alrededor de la colina, pero las pocas horas de haber dormido, hicieron que algunos se despertaran con un mal genio.

—¿Qué tanto fastidian esas aves! ¡HORRIBLES AVES! —bramó Cragooz.

—¡Vamos... todos a levantarse! —dijo Kanmeus, con la mano derecha entre los ojos—. ¡Debemos darnos prisa! Pude coger algo de queso y frutas cuando fui a la posada. Esto es lo que hoy desayunaremos. Divídanlo por igual.

—¿Qué es eso que llevas en el pecho? —preguntó Cragooz, mirándolo fijamente, aún con su mal genio.

—¡Esto es una bota de vino... Tengo una gran idea! —respondió Kanmeus—. Luego les explicaré en el camino—. Ahora vuelvo. Revisaré los alrededores.

Luego que el protector de La espada del fuego revisó el lugar, partieron de la pequeña colina y continuaron su camino sin volver a saber nada de aquellas muchachas y de la Posada del viajero sonriente.

En el transcurso del camino, Kanmeus empezó a explicarles por qué había traído con él una bota de vino. La estrategia constaba en que ellos llegarían a las cuevas diciendo que eran unos simples comerciantes y que la bota era un obsequio de su nueva cosecha. Esta estaba mezclada con la pócima que el viejo Nahuel les había entregado. De esta manera, podrían engañar a Hannuilt y a su manada de hombres lobo al momento que la beban.

—¡Es una grandísima idea! —exclamó Bernand—. ¿Pero si llegan a descubrirlo?

—También pensé en eso, por ello para que el sabor no se sienta solo mezcle en esta la mitad de la pócima. La otra mitad la tengo conmigo —dijo Kanmeus, mostrándoles el resto de la pócima viscosa.

—Nos arriesgamos demasiado. Si llegan a descubrirnos, sería nuestro final. Recuerda que ningún objeto mágico puede ser utilizado: ni siquiera los seres mágicos pueden realizar sus hechizos allí adentro —explicó Cragooz.

—Tienes razón, amigo, solo nos queda arriesgarnos y con un poco de suerte todo saldrá bien —dijo Kanmeus, muy motivado.

—¡Entonces... sigamos adelante! —exclamó Razzagel, tomando la delantera junto a Cleo.

—¡No hay que desanimarnos! —dijeron los pequeños.

El buen humor de Razzagel y Cleo hizo que todos se sintieran más seguros. A pesar de que la misión era muy difícil, confiaban en sus habilidades y en la gran idea de Kanmeus.

El camino se hacía cada vez más ligero. Después de haber transitado por algunas horas, y en

menos tiempo del planeado, llegaron al final del valle de Lanoell. Todos corrieron muy rápido, con el corazón entre las manos: no sabían si era por la emoción, por el temor o porque al fin acabarían con esta terrible tarea. Una vez adentro tenían que tener extremado cuidado, ya que si el plan fallaba, los terribles hombres lobos los atacarían sin piedad. Además, si por algún descuido sus garras de plata consiguieran tocarlos, quedarían petrificados.

¡Finalmente... estamos acá! —exclamó Kanmeus—. Ahora vamos hacia la entrada.

—¿Cuál entrada? —preguntaron todos de inmediato.

—La que... se encontraba allá —señaló Kanmeus, quedando sorprendido—. ¿Cragooz... qué es lo que ha sucedido aquí? —preguntó Kanmeus.

—Parece que han sellado la entrada —respondió Cragooz—. ¡No puede ser posible!

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Jazz—. ¡Respondan!

—Significa que no podemos entrar —contestó, desenchajado, Kanmeus.

El ingreso a las cuevas de Neptanzal se encontraba obstruido, lleno de inmensas rocas del tamaño de un gran elefante. Estas estaban situadas entre el límite derecho de las tierras del sur y el límite izquierdo de las tierras del oeste.

—¿Cómo que no podemos entrar? —preguntó nuevamente Jazz, muy exaltado

—Solo teníamos este ingreso. No podemos seguir adelante —dijo Kanmeus, con un gran quejido—. ¡Maldición!

—Hemos salido de Goussendor por más de dos meses. No me digas que todo esto ha terminado aquí —dijo Jazz—. ¡Debe haber otra entrada!

—No lo entiendes, ¿verdad? Este es el límite del valle de Lanoell y hasta aquí nos protege la barrera de la torre de piedra. Esa entrada era la única forma de entrar a las cuevas, no podemos arriesgarnos tanto —dijo Kanmeus, muy frustrado.

—¡Tonterías! —gritó Bernand, corriendo hacia las inmensas rocas—. ¡Mi hacha puede destruir cualquier cosa!

El gran cazador sacó su enorme arma plateada, y esta se agrandó, repentinamente. Golpeó una de las rocas para poder destruirlas, pero al intentarlo, rebotó y cayó al suelo.

—¿Qué sucedió? —preguntó, de inmediato, Bernand.

—Lo que pasa que toda esta cueva tiene el hechizo de Katrina, así como también de Monderhen. No podemos destruir nada, es un hechizo de protección —explicó Kanmeus.

—¿Incluso las rocas que están afuera? —preguntó, nuevamente, Bernand.

—No lo sé muy bien, el hechizo era al interior —respondió Kanmeus.

—¡Esto debe ser obra de Barkun! —estalló Cragooz—. ¡Vayamos todos a destruir esas rocas!

Cragooz, Jazz, Bernand e incluso Kanmeus corrieron con sus respectivas armas, pero también rebotaron en las rocas y cayeron al suelo. Cuando estaban por intentarlo por tercera vez, Jazz recordó algo muy importante.

—El mapa... tenemos el mapa, usémoslo.

—¡Es cierto! —dijo Kanmeus—. Aún tenemos una esperanza.

—¿El mapa? —preguntó Cragooz—. ¿Cuál mapa?

—Monderhen me entregó un mapa mágico antes que llegaras —respondió Kanmeus, con una gran sonrisa en el rostro.

—¿Y qué hace ese mapa? ¿Nos ayudará a destruir estas rocas? —consultó el kreinll.

—No, nos ayudará a dirigirnos por otro camino. Este nos dirá qué camino tomar —respondió

Kanmeus.

—¿Y... por qué no lo dijiste antes? —refunfuñó Cragooz.

—¡Razzagel, Cleo acérquense deprisa! —gritó Kanmeus.

Ambos corrieron hacia el obstáculo de rocas, donde se encontraban los demás. Kanmeus sacó el Luna mapa que el mago le había entregado. Luego pidió a Razzagel que utilizará La espada de la luz.

El pequeño hizo iluminar su arma y se acercó al plano, pero no ocurrió nada. Kanmeus recordó que el mapa solo se podía utilizar en la noche con la luz de la luna, así que les pidió a los demás que hagan sombra alrededor, no obstante este seguía sin reaccionar: no se dibujaba nada en aquel viejo pergamino.

—¡Maldición! —gritó Kanmeus—. Necesitamos que se haga de noche.

—Entonces esperemos hasta que caiga la noche —sugirió Jazz.

—Parece que no hay otra opción —dijo Bernand.

—¿Y esperar otro día más? —preguntó Cragooz, lleno de ira.

—Señor Cragooz, no es mala idea, esperemos mejor —dijo Razzagel, tratando de calmar al kreinll.

—Tengo un plan, pero no se si esto funcione —dijo de inmediato Cragooz, en un tono pensativo.

—¿Cuál es? —preguntaron todos.

—Hacer volar estas rocas con una gran explosión —respondió Cragooz, sacando un extraño objeto entre sus ropas—. ¡Tengo un Fojorrojo! Lo traje de Gignisiss para emplearlo en un momento complicado y creo que ha llegado. Esto puede hacer estallar hasta una colina entera.

—Pero... no se puede usar objetos mágicos allí adentro, y eso lo sabes muy bien —expresó Kanmeus.

—Este no es un objeto mágico, solo es un poco de ciencia kreinlls: trucos que nos dejaron y enseñaron nuestros antepasados —explicó Cragooz—. Adentro llevan algunos cuantos elementos que al activarlo hacen una gran explosión en pocos segundos.

El guerrero del fuego se quedó sorprendido. El kreinll prosiguió.

—Así como este, hay otros objetos sin magia que nos pueden ser de gran utilidad, por ejemplo, las piedras blancas de los enanos: cuando las combinas con agua caliente, hace que brote humo como si un volcán estuviera erupcionando. Amigos, ustedes deberían salir en búsqueda de aventuras y descubrirán cosas grandiosas en aquellos viajes.

—Tienes razón, amigo —respondió Kanmeus—. Bueno, entonces puede ser que sí funcione tu idea. ¡Intentémoslo!

—¡Bien! —dijo Cragooz—. Solo necesitamos que el duende se traslade a la entrada de las cuevas, lo coloque atrás de las rocas y luego gire la llave del explosivo.

—¿Yo? —murmuró Cleo, con temor.

—Sí, tú. Acaso temes a la oscuridad —dijo Cragooz, soltando algunas risitas—. Además tú eres el único que puede desaparecer y volver aparecer en otro lugar. Yo solo puedo ocultarme entre las sombras; en cambio tú puedes trasladarte.

—Pero... mi padre me dijo que nuestro poder no funciona en la cueva —replicó Cleo.

—No lo has intentado. Solo será en la entrada, no en la profundidad —dijo Cragooz.

—¡Ánimo Cleo, tú puedes hacerlo! —dijo Razzagel.

—Bueno... lo intentaré —respondió el duende—. Pero si no funciona...

—Si no funciona, esperaremos hasta la mañana, después que el mapa nos dirija a la otra entrada

—dijo Kanmeus.

Cragooz entregó inmediatamente el Fojorrojo, un explosivo muy poderoso de los kreinlls, a Cleo para poder volar esas rocas sumamente enormes.

Odrewill el gigante de fuego

Todos comenzaron alentar al pequeño duende. Este aún sentía cierto temor, pero con el objeto en la mano, dio un gran suspiro, se armó de valor y contó con todas sus fuerzas: uno, dos, y... desapareció de la vista de todos.

Sin embargo, como no sabían si este había llegado a la entrada o simplemente, desaparecido, empezaron a llamarlo con mucha intensidad.

—¡Cleo! ¡Cleo! ¿Dónde estas?

El pequeño duende se encontraba aún sin responder, ya que no sabía exactamente si estaba adentro de las cuevas, hasta... que oyó la voz de su amigo muy leve, como si fuese un susurro y comprendió que había ingresado.

—¡Adentro! —contestó Cleo—. Adentro, muchachos; todo está oscuro aquí, no logro ver absolutamente nada.

—Enano, ahora te guiaré para que puedas girar la llave del explosivo en un lugar adecuado —dijo Cragooz.

—No veo nada —respondió Cleo—. Todo está oscuro aquí adentro y encima hace demasiado frío.

—¡Espera! —dijo el kreinll—. Haré que pase un poco de luz por las aberturas.

Cragooz, de varios brincos, comenzó a escalar las grandes rocas como si fuera una gran cabra saltarina; luego sacó de su bolsillo derecho su *Tishpat* de luz y buscó un pequeño orificio; sin embargo, no tuvo suerte. Continuó subiendo y halló un agujero minúsculo. De inmediato, en una abertura casi imperceptible, pudo introducirlo. Ni bien penetró en aquel agujero, este cayó rápidamente y perdió casi toda su luz.

—¡No... no puede ser! —dijo Cragooz—. ¡No sirve esto adentro! ¡Rayos!

El kreinll pensó rápidamente qué podría hacer.

—¿Duende... me escuchas? —gritó Cragooz.

—¡Sí! —respondió Cleo.

—¿Puedes ver el *Tishpat* que acaba de caer? Todavía debe estar brillando un poco.

—Sí, acá esta. Pero no funciona.

—Lo sé. Aprovecha ese *Tishpat* hasta que pierda su luminosidad.

—¡Está bien!

—Coloca el Fojoorjo en el medio del lugar. Al girar la llave del explosivo, tendrás algunos segundos para que puedas regresar lo más rápido posible.

—Sí, Cragooz, ya está —dijo Cleo.

—¡Perfecto! A la cuenta de tres lo giras y regresas.

—Entendido.

Cragooz se alejó un poco de las rocas y gritó:

—Contemos los dos juntos, Cleo. A la cuenta de tres... giras la llave.

—Uno, dos, tres... —ambos gritaron de manera sincronizada.

Cleo giró la llave del explosivo y se alejó rápidamente para poder trasladarse.

—¡Aléjense todos! —gritó Cragooz.

Todos despejaron el lugar por la explosión que se avecinaba. Sin embargo, pasaron algunos segundos y no hubo ninguna reacción y tampoco vieron a Cleo por ningún lado.

—¿Qué es lo que pasó? —se preguntaron.

—¿Dónde está Cleo? —dijo, angustiado, Razzagel.

—Esperen, todavía no se muevan —dijo Cragooz—. A veces tarda en explotar.

Razzagel no pudo esperar más y corrió hacia la entrada de la cueva sin importarle la advertencia de Cragooz. Su mejor amigo se había quedado adentro sin poder salir.

—¿Cleo, aún sigues adentro? —gritó Razzagel, golpeando una de las rocas.

—¡Maldición! —gruñó Cragooz—. ¡El duende no pudo salir y al parecer tampoco funcionó el Fojorrojo! ¡No entiendo! ¡Si ese no es un objeto mágico!

—¿Cómo que el duende no pudo salir... Tú lo enviaste adentro! —dijo, furioso, Jazz—. ¡Maldito seas Cragooz!

Hubo un silencio atormentador.

—¡SÁCALO AHORA MISMO! —agregó Jazz, cogiendo del cuello al kreinll.

—¡Espera un segundo, Jazz! —gritó Kanmeus—. Todavía no hace explosión.

En ese momento, se llegó a escuchar un leve ruido.

Kanmeus junto a los demás corrieron desesperados hacia las rocas. Mientras Razzagel gritaba el nombre de su mejor amigo con mucha angustia.

—¡CLEO! ¡CLEO!

—¡Razzagel! ¡Eres tú! —respondió el duende, muy asustado.

—¿Cleo, qué ha sucedido? —preguntó.

—No lo sé, no puedo trasladarme y lo he intentado varias veces. Me he escondido atrás de un muro. El Fojorrojo de Cragooz tampoco hizo explosión. Todo aquí está muy oscuro y el ambiente es gélido —explicó el duende.

—Cleo, ahora te vamos a sacar, no te muevas de allí —dijo Jazz.

—Sí, amigo, tranquilo —agregó Razzagel.

—¡Kanmeus, busquemos la forma de entrar! —dijo Jazz muy exaltado—. Por favor, nosotros hemos crecido con Cleo y no me perdonaré si algo malo le llega a suceder.

—Solo nos queda la otra entrada —indicó de inmediato Kanmeus, con la cabeza inclinada—. Pero será casi un suicidio ir por ese lugar.

—No importa que no tengamos la barrera que nos proteja, yo iré solo si es posible —añadió Jazz. Kanmeus miró los ojos sollozos de Razzagel y Jazz, pero aún no decidía ir por la otra entrada, ya que correrían un gran peligro. Él sabía que no era solo por la falta protección, sino que la causa real era que por los alrededores de ese lugar habitaba un ser muy peligroso que Barkun lo tenía en su poder. Sin embargo, al ver la desesperación tan grande de los demás, decidió ir por esa vía, aunque les cueste la vida.

—¡Yo también iré! —agregó Cragooz—. Todo esto fue mi culpa, así que les debo a todos una gran disculpa.

—Mmm... —dijo Kanmeus, con un nudo en la garganta—. De acuerdo.

—¿Bernand, irás con nosotros o deseas quedarte? —preguntó Kanmeus directamente, sosteniendo

con gran fuerza el mango de su espada.

—¿Quedarme y dejar que tengan su propia diversión? —respondió el cazador, soltando una gran carcajada—. Yo también iré.

—¡Entonces, vayamos hacia el oeste! —exclamó Kanmeus, levantando su puño y con el ceño arriba.

—¡Vayamos! —exclamaron todos.

Kanmeus antes de marcharse junto a los demás se dirigió al pequeño duende.

—¿Cleo, me escuchas? —preguntó, pegándose muy cerca de una de las rocas.

—¡Sí!

—Escóndete cerca a la entrada y no intentes bajar a las profundidades de estas cuevas. Nosotros iremos a buscarte, solo te pido que tengas un poco de paciencia

—¡Está bien, aquí los esperaré! Kanmeus, espera, alguien se acerca... alguien viene, puedo oírlos.

—¡Cleo! ¡Cleo! ¿Quiénes se acercan? Cleo, respóndeme —dijo Kanmeus.

Al no tener respuesta, el guerrero de Khanexu's dijo:

—Cleo, espéranos allí. Estaremos por ti antes de que el sol caiga. El camino por donde iremos es mucho más corto aunque arriesgado a la vez. Solo escóndete y no hagas ningún tipo de ruido.

Después de quedarse pensativo e intentar creer en sus propias palabras, se dirigió al grupo, e indicó:

—¡Muchachos, vayamos rápido! Cleo esta en peligro

Cleo no había respondido lo que le preguntaba Kanmeus, debido a que había escuchado que alguien se acercaba. El duende se había escondido debajo de unas rocas con su saco azul para tapar el hueco donde se encontraba.

Mientras tanto, los demás corrían deprisa, como si fuesen unos feroces lobos de las montañas, hacia la siguiente entrada. Con la desesperación, olvidaron ser cautelosos, y no se percataron que ya habían salido de la barrera protectora desde hace un buen rato.

Para llegar a aquella entrada, que quedaba cerca del volcán Barquedrell, tenían que cruzar por el lago de fuego y subir por un camino inclinado: era como una pequeña estribación con un agujero enorme de lava. Sin embargo, lo más peligroso era el antiguo gigante que cuidaba ese lugar. Kanmeus solo esperaba, con suerte, que no estuviera ahí.

Corrieron por varias horas y ya se podía casi observar el final del trayecto. En esos instantes, cuando el cansancio estaba tomando mayor fuerza, un gran viento sopló y un chillido, muy leve, se escuchó. Solo Cragooz pudo escuchar ese sonido.

—¡Se acercan dos seres! —gritó Cragooz—. ¡Saquen sus armas!

—¿De quiénes se tratan? —preguntó Kanmeus, observando todo su alrededor.

—No es momento de hacer preguntas —respondió el kreinll—. Solo no dejen de correr, estamos muy cerca al lago de fuego.

—¡Razzagel, hermano, corre lo más rápido que puedas! —exclamó Jazz.

—Es lo más rápido que puedo ir. No se puede correr por aquí; el camino está lleno de piedras — contestó Razzagel con dificultad.

—¡Continúa! —dijo Kanmeus, señalando a un objetivo—. Tenemos que llegar hacia aquellas rocas.

—Intentalo, hermano, tú puedes —agregó Jazz, mirando hacia atrás

—¿Cragooz, puedes decirnos quiénes nos están siguiendo? —preguntó, nuevamente jadeando, Kanmeus.

—¡Son dos... y vienen volando! —gritó Cragooz.

—¿Puedes decirnos qué son? —repitió Kanmeus.

—Son...

—¡No puede ser! —gritó el guerrero del fuego, muy agitado—. Los puedo ver, son dos Crenwolts y son enormes. Escondámonos ¡Ahora mismo en esas rocas! ¡Ahora!

Todos, de inmediato, brincaron hacia las piedras que señaló Kanmeus. Ni bien lograron camuflarse entre ellas, los dos Crenwolts pasaron por sus cabezas haciendo retumbar el lugar con sus poderosas alas.

Esos animales que habían venido a gran velocidad eran demasiado enormes. Venían del reino de Khanexu's. Barkun los había enviado a investigar, ya que escuchó que un grupo de guerreros se acercaban a las cuevas de Neptanzal. Aparentemente, alguien había traicionado al grupo. No obstante, para los jóvenes guerreros, los Crenwolts no eran oponentes tan difíciles de derrotar, solo que aquellos eran los más enormes que habían visto.

Los Crenwolts eran los monstruos más temibles del cielo. Su piel era muy lisa de un color negro intenso, con un tono gris en el pecho. Asimismo, tenían unas enormes alas, parecían dragones gigantes, pero sus rostros eran como los de un murciélago: con orejas pequeñas. Además, tenían un cuerno en la cabeza. Sus ojos estaban estirados y tenían un color plomo oscuro. Parecían estar ciegos. Su cola y cuerpo eran demasiado largo y contaban con unas terribles garras y espinas en sus lomos.

Razzagel y Jazz nunca habían visto a esos enormes monstruos. Se habían quedado totalmente callados, sin decir ninguna palabra, escondidos en las diminutas rocas.

—¡Algo sucede aquí! —dijo Bernand en un tono muy bajo—. No se están moviendo. Solo se encuentran volando alrededor del lago de fuego.

—¡Saben que estamos aquí! —susurró Kanmeus, viéndolos de reojo.

—No nos queda de otra, tendremos que derrotarlos antes que llamen a los demás —dijo Cragooz.

—¡Se me ha ocurrido a un plan! —dijo Kanmeus, con el corazón en la mano—. Razzagel, Jazz, nosotros atacaremos a los Crenwolts. Ustedes dos corran hacia la entrada y quédense hasta que lleguemos.

—Yo también quiero pelear —refutó Jazz.

—No, tú no conoces a estos monstruos, jamás has peleado con uno de ellos. Uno pequeño hubiera sido muy fácil, pero esos dos son demasiado grandes —replicó Kanmeus.

—¡Entiendo! —dijo Jazz—. Pero en algo puedo ayudar, no solo quiero correr.

—Protege a Razzagel hasta llegar a la entrada —dijo Kanmeus—. Ese será tu misión. El escudo que Monderhen te ha regalado te cubrirá de las flamas de los Crenwolts. Te suplico que no

intentes ayudarnos. Corran sin mirar atrás.

—Bueno... no me queda de otra, ¿verdad? —preguntó Jazz.

—Sé que lo harás muy bien —contestó Kanmeus—. Ustedes sigan adelante.

Kanmeus jamás había sentido miedo alguno por los Crenwolts. El temor venía por algo más enorme que de esos dos monstruos voladores: el gigante de fuego llamado Odrewill. Venía a su mente terribles recuerdos. Por ello, antes que salgan a derrotar a los enormes Crenwolts, entregó la bota de vino y la pócima a Jazz, diciéndole que si llegara a pasarle algo, él tendría que seguir con el plan.

Kanmeus, tomó la mano de Razzagel y Jazz con un gran apretón y luego los miró con una noble sonrisa, una que indicaba el gusto de haberlos conocido. En ese momento, pareciera que Kanmeus se estaba despidiendo de ellos.

—¡Amigos míos, ahora... corran! —gritó Kanmeus—. Cragooz, Bernand. ¡Vamos!

El grito de Kanmeus hizo que los dos Crenwolts emitan un chillido muy agudo y que vuelen a toda velocidad lanzando fuego por el lugar. El guerrero del fuego tenía que distraerlos para que Razzagel y Jazz logren llegar a la entrada de las cuevas. De inmediato, movió la hoja de su espada al lado derecho y de ello brotó una gran ráfaga de fuego, pero esto no les llegaban a hacerles ningún daño, debido a que estos seres se encontraban en el aire. Tenía que hacer que lleguen al suelo. Pero, de pronto, uno de los Crenwolts se dio cuenta que dos personas se distanciaban, por ello uno de estos bordeó y se dirigió con toda velocidad, dando un gran chillido que logró aturdir a Razzagel. El pequeño cayó de rodillas, con las dos manos puestas en sus orejas. El animal lanzó una gran bola de fuego que iba directo hacia él. En ese momento, Jazz se puso adelante y utilizó su escudo mágico y repelió el ataque.

—¡Levántate, hermano! —grito Jazz, cogiéndolo del brazo—. ¡Sigamos!

Razzagel se puso de pie y corrió a lado de su hermano con todas sus fuerzas, sin embargo, de nuevo el enorme Crenwolt lanzó otra bola de fuego. Su aliento contenía grandes llamaradas. Esta vez Jazz intentó de nuevo detenerlo, pero aquella bola de fuego iba muy rápido seguido con las llamas que, a la vez, lanzaba. No tenía tiempo para cubrirse de ellas, por eso, con su mano derecha, lanzó a Razzagel y él brinco hacia la izquierda. Por suerte, lograron esquivarlas.

Por otro lado, Kanmeus, Bernand y Cragooz, peleaban con el otro Crenwolt; este era un poco más grande que el que se encontraba con Jazz y Razzagel. Bernand y Cragooz intentaban hacer que baje para poder derrotarlo fácilmente, pero este monstruo volador no cedía y arrojó una enorme flama haciendo que se escondan entre las rocas para protegerse.

Kanmeus, en ese momento, dio un grito de desesperación. Se dirigió a Jazz y a Razzagel.

—¡QUÉ ESPERAN! ¡SIGAN CORRIENDO!

—¡Razzagel, sigamos! —gritaba Jazz, dando ánimos a su hermano.

Cuando el pequeño príncipe estaba por ponerse de pie, el Crenwolt, que se encontraba frente a ellos, dio una curva en el cielo y bajó a la superficie, arrinconando a Razzagel.

—¡Muévete! —gritaron todos.

Razzagel sintió la muerte muy de cerca. Aquel Crenwolt se preparaba a escupir de nuevo el fuego que venía de su interior, mientras Jazz estaba listo para lanzar una de sus flechas, la puntería tenía que ser certera, adentro de su garganta o en uno de los ojos, de este modo aturdiría a ese gran monstruo volador y Razzagel tendría tiempo para poder correr, de lo contrario tendría un fatal desenlace. En ese instante, se empezó a escuchar otro chillido muy conocido que venía por la entrada de la cueva. Algo se acercaba y también era enorme: sus alas formaban huracanes. Los Crenwolts se habían detenido por un momento, y cuando vieron a su peor enemigo, se dirigieron hacia él.

—¡Hi-Hisszeld! —gritó Kanmeus—. Es Hisszeld. Es nuestro día de suerte—. ¡Vayamos a la entrada! —dijo de inmediato Kanmeus.

Kanmeus, Cragooz y Bernand salieron de las rocas y fueron donde se encontraba Jazz y Razzagel. Sin embargo, cuando parecía que había una esperanza, todo el lugar empezó a retumbar. Esta vez, no eran aquellos monstruos ni tampoco era Hisszeld. Kanmeus se quedó congelado, sintió un nudo inmenso en la garganta, sabía que era lo que se avecinaba. Era a lo que más temía y aún no se sentía preparado.

—¡Kanmeus! —gritó Bernand—. ¿Por qué te detienes?

—Muchachos, no... no llegaremos a la entrada, tampoco lograremos ir hacia la barrera protectora —dijo Kanmeus, con una voz muy débil.

—¿Odrewill? —preguntó Cragooz—. Es él, ¿verdad?

—Cragooz, Bernand, lleven a Razzagel y a Jazz, hacia la entrada y sigan el plan... Yo lo distraeré. Ustedes no podrán con él. ¡Lárguense de aquí... ahora mismo! —gritó Kanmeus.

En ese instante, una enorme voz aterradora se escuchó en todo el espacio.

—¿Quiénes tienen la osadía de despertarme? ¿Quiénes son y qué es lo quieren?

—¡Kanmeus, vámonos! —gritó Bernand.

—¡Que esperan en moverse! —indicó Kanmeus—. ¡Salgan de aquí, de una buena vez!

—Vámonos, Bernand —dijo Cragooz.

—¿Kanmeus? —dijo aquella voz—. ¡Oh! Sé quién eres. Fuiste quien se me escapó esa vez, ¡guerrero del fuego! También siento a ese kreinll, amigo tuyo, que pudo salvarte de mis llamas.

Kanmeus quedó impactado por todo lo que escuchaba. El gigante prosiguió:

—Siento que has venido con otros seres. Son cinco para ser exacto y no son kreinlls. Yo no les permitiré ingresar a las cuevas. Mataré a todo aquel que ose entrar por mis dominios —dijo aquella voz.

El gigante Odrewill se encontraba oculto dentro del lago de fuego y, después de decir ello, comenzó a salir lentamente. Los guerreros no pudieron correr hacia la entrada. El gigante, con la mitad de su cuerpo afuera del lago, abrió su gran boca y lanzó grandes llamaradas: obstruyó todo el camino. Kanmeus aprovechó el momento y con los poderes de su pendiente y de su espada realizó una tremenda ráfaga de fuego que le cayó directo al cuerpo del gigante Odrewill, pero esto no le causó daño alguno.

—¡Ja, ja! —empezó a reír el gigante—. Solo me hizo cosquillas. Vamos, ponle más ganas a tus ataques. Yo soy Odrewill, nada puede detenerme, la lava es fuego y yo estoy hecho de eso. Mi piel es dura como un diamante. Mis llamas son ardientes como el sol y mis ojos, como la luna, pueden

ver todo lo que sucede a mí alrededor.

Los jóvenes guerreros quedaron impactados por el tamaño de semejante monstruo.

—¿Díganme, por qué han venido hasta mis dominios? —agregó aquel ser.

—Somos unos simples comerciantes, tenemos una nueva cosecha de vino —dijo Razzagel, en un tono inocente.

—¡Shhh! —susurró Jazz—. Eso no funcionará Razzagel, esa mentira era solo para Hannuilt.

—¿Comerciantes? ¿Vino? ¡Ja, ja! —empezó a reír de nuevo—. Ustedes no son comerciantes, no parecen serlos. A mí no me gustan los mentirosos, odio a esas personas; por eso, los mataré a todos.

—¡Odrewill! —gritó Kanmeus—. Eres uno de los guardianes que juró proteger este lugar, nosotros somos amigos.

—No tengo amigos, nadie ha sido mi amigo. Todos me temen y todos deberían hacerlo. Yo protejo este lugar por años y solo sirvo a uno: al gran Barkun. Él es lo más cercano que tengo a un amigo.

—Él te ha hechizado, te ha colocado esos brazaletes negros —dijo Kanmeus—. Tú eres un buen sujeto. ¡Reacciona!

—Cállate. No me confundas, y no lo hagas. Estos son parte de mí, parte de los bellos objetos que me ha regalado el señor Barkun. Nadie en muchos años, me había regalado algo así — ¡Yo soy Odrewill! ¡Los mataré! ¡Los mataré ahora mismo!

—Solo te pido que recapacites —dijo Kanmeus.

—No me gusta hablar con extraños. Ya me cansé de esta plática. Fue un gusto conversar con unos mentirosos —dijo Odrewill, abriendo su gran boca, listo para escupir fuego.

La llama llena de vapor que sacaba de su interior era enorme. Los jóvenes guerreros comenzaron a separarse para lograr derribarlo, pero al separarse olvidaron cuidar del pequeño. El gigante se percató de esto. Movi6 su mano izquierda y de ella, de inmediato, sali6 fuego. Lo arroj6 hacia Razzagel y form6 alrededor de este en un anillo enorme de fuego. El pequeño no podía moverse: había quedado sin salida.

—¡Razzagel! —gritaron todos.

El pequeño príncipe no pudo moverse por los nervios y qued6 encerrado con el fuego a su alrededor. Nuevamente, sintió que su fin estaba cerca. Esta vez, nadie podía salvarlo. En ese momento, Hisszeld se dio cuenta que el pequeño estaba en peligro y, aunque se encontraba luchando con los dos Crenwolts, fue a toda prisa esquivando los ataques.

De pronto, Odrewill lanz6 otra enorme llama que fue dirigida a Hisszeld. Este, hábilmente, la esquiv6 y el ataque quem6 por completo a unos de los Crenwolts. El que parecía más pequeño, pero igual los dos eran mucho más grande que los habituales comenz6 a caer del cielo, muy despacio, cubierto en llamas al lago de fuego, mientras el otro se estaba escapando de aquel lugar.

Hisszeld, al librarse de los dos, fue a rescatar a Razzagel, no obstante el gigante no le permitía pasar. Hacia lo mismo con los demás. Todos intentaban rescatar a Razzagel, pero era inútil. Las llamas que encerraban al pequeño cada vez se alzaban más y más. No había forma de ayudarlo. Odrewill podía manejar el fuego a su antojo.

De pronto, una explosión estall6 en el cuerpo de Odrewill, una... tras otra empezaron a detonar dentro de él. Razzagel aprovech6 el momento, dio un gran grito y utiliz6 su espada haciendo brotar de ella una luz muy brillante que dej6 ciego, por algunos instantes, al gigante de fuego.

El pequeño empezó a utilizar la espada como le había enseñado Gremedith: la movía de un lado a otro, haciendo grandes ráfagas cortantes. El círculo de fuego que lo encerraba se agrandó de inmediato. Odrewill, muy enfurecido, al ver eso, estuvo a punto de quemarlo vivo, pero, en ese momento, Hisszeld fue a atacar al gigante. Lamentablemente, no tuvo suerte y fue golpeado con el gran mazo que tenía el gigante de fuego... Hizo que el ave salga volando hasta la entrada de la cueva.

—¡Todos ahora morirán! ¡Me divertiré viéndolos arder! ¡ARDER! ¡ARDER! —rugía con furia Odrewill.

—¡No lo permitiremos! —se oyeron dos voces femeninas.

Otras dos explosiones se empezaron a escuchar en el cuerpo de Odrewill.

Todos miraban a su alrededor para ver de quiénes se trataban, pero entre los estallidos, se escuchó un gran grito.

—Están detrás de él. Al otro extremo del lago de fuego —dijo Bernand, señalando con su hacha.

—¿Quiénes son? —preguntaron los demás.

Kanmeus corrió a toda prisa, bordeó el círculo donde Razzagel se encontraba encerrado y fue a atacar a Odrewill, pero fue inútil. Este levantó su mano derecha y del suelo salió lava hirviendo. Con ello arremetió contra Kanmeus y lo imposibilitó de lanzar un ataque.

El guerrero de Khanexu's se puso muy furioso y empezó a vociferar el nombre del gigante.

Mientras tanto, Razzagel se quedaba sin aire por el calor de las llamas vivientes del gigante. El pequeño no soportó más y se desmayó.

—¡Odrewill! ¡Deja libre al pequeño! —ordenó una voz femenina.

—¡Eres tú de nuevo! —respondió el gigante—. Esta vez mataré a toda tu familia y amigos. ¡No escaparás!

—Esta vez no será igual. Esta vez te encuentras solo —dijo la muchacha.

—¡Hermana, vayamos! —gritó aquella mujer.

Kanmeus cuando vio correr a aquellas dos chicas, entre el borde del lago de fuego, observó que ellas dos tenían el rostro cubierto con túnicas azules. En aquel momento, recordó que llevaban puestas las mismas vestimentas que las dos mujeres de la Posada del viajero sonriente.

Cuando una de ellas retiró de los muslos dos dagas doradas, el guerrero del fuego dio un enorme grito:

—¡Cragooz! Ellas son las mismas mujeres del bar. ¡Luchemos junto a ellas!

—¡No entienden ustedes! —gritó furioso Odrewill, levantando las dos manos—. ¡Morirán! ¡Morirán!

El gigante incendió todo el lugar. Hizo una gran barrera de fuego donde se encontraban Kanmeus, Cragooz, Bernand y Jazz.

Mientras tanto, las dos muchachas misteriosas luchaban. La más pequeña lanzó unas diminutas bolas de color negro con dirección al cuerpo de Odrewill para que hagan una gran explosión. La

más alta se inclinó con las dos dagas doradas, movió las dos manos adelante y de estas brotó una gran ráfaga de viento muy poderosa, que hizo un agujero en el cuerpo de Odrewill. Pese a todos los ataques, el gigante de fuego no caía.

De pronto, de una forma misteriosa, el sitio donde Razzagel se encontraba encerrado con las grandes llamaradas, comenzó a enfriarse. Rápidamente, todo el lugar se había convertido en hielo... hielo sólido. El gigante Odrewill había quedado como una estatua de hielo.

—¡Elianne, usa de nuevo el poder de las dagas! —se escuchó una voz como si fuese un susurro en la oreja de la muchacha más alta.

—¿Qué... quién eres? —gritó Elianne.

—Hazlo rápido antes que el gigante Odrewill salga de este hechizo —respondió la voz misteriosa.

Razzagel, casi moribundo, había utilizado un poder mágico oculto. Este había convertido todo a su alrededor en hielo: las llamas, el lago, la lava,...

A Elianne le había parecido muy extraño todo esto, sin embargo por la coyuntura que atravesaban no le tomó importancia. Era su única oportunidad. Volvió a usar el poder de Las dagas de viento y con aquella energía de la tercera arma mágica destruyó a Odrewill. Este, de inmediato, explotó en mil pedazos como si fuese un sinfín de cristales.

El gigante había caído por fin. El terror que había sembrado en el reino de Khanexu's por el poder de Barkun fue vengado por aquella muchacha.

—Gracias por haber acabado conmigo. Les agradezco de todo corazón por destruirme —dijo Odrewill, en las mentes de todos, con una voz muy agradable.

Luego, poco empezaron a salir pequeños destellos de cristales, en forma de un polvo azul, que se esparcían directo al firmamento. De esta manera desapareció Odrewill, delante de todos.

Kanmeus, Cragooz y Bernand con sus poderosas armas empezaron a destruir, la barrera de hielo que se había formado y también el círculo de llamas donde Razzagel se encontraba encerrado. Jazz, al ver a su hermano tendido en el suelo, corrió sin importarle nada. Intentó despertarlo, pero no reaccionaba. Todos quedaron observándolos, con la cabeza inclinada y con un silencio en todo el lugar. Nadie decía nada. Todos pensaron que era demasiado tarde, hasta que... el pequeño empezó a respirar. Su corazón comenzó a latir muy suave. En las manos de su hermano, abrió muy lentamente los ojos. Parecía que hubiera tenido un mal sueño.

De pronto, comenzó a soltar algunas palabras.

—¿Cle-Cleo,... e-eres tú?

—¡Estás vivo! ¡Estás vivo! —gritó Jazz, abrazándolo muy fuerte.

—¡Soy tu hermano! ¡Soy Jazz, tu hermano! —exclamaba Jazz.

—¿Cle? ¿Hisszeld? ¿El gigante? —dijo Razzagel—. ¿Qué pasó con todos ellos?

Todo ha terminado, hermanito mío... todo ha terminado —dijo Jazz muy alegre—. ¡Vamos levántate! ¡Busquemos a Cleo!

Todos se habían quedado muy felices viendo a Razzagel de pie. Se acercaron y lo levantaron hacia arriba de una manera graciosa. El pequeño príncipe miró todo su alrededor y empezó a preguntar.

—¿Qué es todo esto? ¿Por qué todo está de hielo?

—Lo hicieron ellas —dijo Bernard, señalando la entrada a las cuevas.

El pequeño vio, en ese instante, a Hisszeld, que se encontraba con una de las alas rotas a lado de las dos muchachas.

—¡Hisszeld! —gritó Razzagel, corriendo muy rápido hacia él.

—¿Qué le pasó? —preguntó Razzagel a las dos chicas.

—Intentó rescatarte. Tiene el ala rota —respondieron.

Razzagel no recordaba lo que había pasado. Tenía en mente solo los sucesos antes que Hisszeld fuera golpeado por el mazo de Odrewill.

Kanmeus junto a los demás empezaron a subir el camino a la entrada de la cueva, pero se detuvieron para pensar qué cosas podrían decirles a las dos muchachas. Lo primero que tenían en mente era agradecerles por haber destruido al gigante de fuego, y luego por haber salvado a Razzagel.

Tus amigos se acercan. Es momento de retirarnos —dijo la muchacha más alta.

—¡Esperen! —dijo Razzagel—. ¿Pueden cubrirme?

—¿Cómo? —respondieron

—Por favor, solo cúbranme. Curaré a esta ave —explicó Razzagel.

—¿Puedes hacerlo? —preguntó la más pequeña.

—Sí, solo no quiero que sepan que tengo este don mágico de curación. Es un secreto que tengo con mi madre —explicó Razzagel.

—¡Cúralo entonces. Nosotras te cubriremos! —dijeron.

Razzagel, de inmediato, puso su mano en el ala derecha de Hisszeld y mencionó el hechizo de curación *Donnsonna*. De pronto, la luz que brotaba de la mano de Razzagel cerró la herida del ave. Las bellas muchachas se quedaron muy impresionadas por aquel don de Razzagel. Luego, le preguntaron:

—¿Tú hiciste todo esto?

—¿Qué? ¿Qué cosa? —respondió el pequeño príncipe

—¡Este hechizo! ¡Todo esto está congelado! —dijeron las dos. Observando el lago de fuego, que ahora se encontraba de hielo.

—No, yo no lo hice. No recuerdo ni como me desmayé —explicó Razzagel.

—¿Entonces... tú eres un mago?, ¿verdad? —preguntaron.

—No, no lo soy —dijo Razzagel—. Solo puedo curar a algunos seres. Mi madre también tiene este don.

Razzagel no recordaba casi nada. La palabra mago solo la había escuchado por Nahuel y Gremedith, ya que ellos le habían preguntado lo mismo.

El poder mágico de Razzagel aún era desconocido por él mismo, y por otros.

De pronto, Hisszeld, muy vigoroso, abrió sus enormes alas y dio un gran aleteo; luego brincó e inició el vuelo dando algunos círculos alrededor del lago de fuego, que ahora se encontraba totalmente congelado. Con un gran chillido se despidió de todos y fue rumbo a Goussendor.

Mientras todos miraban volar al ave, las dos muchachas colocaron un objeto cuadrado de color gris cerca a la entrada de la cueva y volvieron a desaparecer. Al hacerlo, dejaron un destello de luz color azul, igual al que Kanmeus vio aquella noche cuando se esfumaron en la colina del Valle de Lanoell.

El guerrero del fuego corrió rápido hacia la entrada al ver aquel destello de color azul. Buscó por todo el lugar a las dos muchachas, pero no logró encontrarlas.

—¿Razzagel, qué pasó con aquellas mujeres? —preguntó.

—Curaron a Hisszeld y luego se fueron. Tenían algo de prisa, pero seguro las volveremos a ver muy pronto —dijo Razzagel, en un tono misterioso.

El ave comenzó a emitir unos sonidos en señal de despedida.

—¡Adiós, Hisszeld! —dijo un gran grito Razzagel—. ¡Gracias por todo!

Mientras tanto, todos se quedaron en la entrada de la cueva mirando hacia el castillo de Khanexu's. Sabían que lo que veían no era real. Por ello, Kanmeus pidió a Cragooz que use su poder mágico de espejismo para que pudieran observar el verdadero estado en que se encontraba su reino. El kreill, de inmediato, movió su mano derecha y los símbolos que tenía en ella, empezaron a moverse. Luego realizó un círculo y este se tornó de un color azul. Vieron, en su interior, a lo lejos, un lugar oscuro, lleno de Crenwolts alrededor del castillo. Estos volaban y escupían fuego. A su vez, lograron observar la torre de piedra, que cubría las tierras del oeste, destruida por la mitad, tal como Cragooz les había contado.

Todos se quedaron en silencio. Entre nubes negras y truenos, observaron la atrocidad que Barkun había realizado en el reino de Khanexu's. Solo dieron un gran suspiro, y llenos de ira e impotencia inclinaron suavemente la cabeza.

—Todo esto tiene un comienzo, pero recuerden que también, un final —dijo Razzagel, corriendo hacia la cueva, con una enorme sonrisa—. ¡Cleo, es hora de ir por tí!